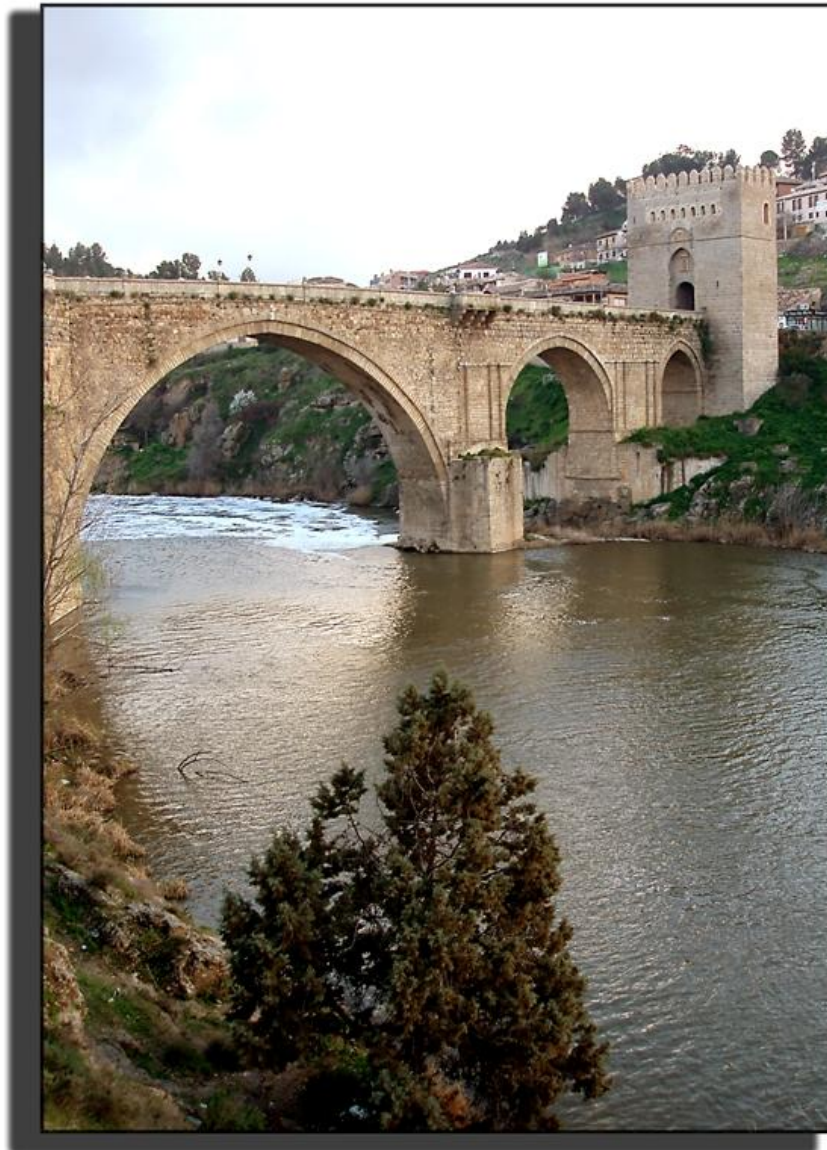


REVISTA LITERARIA KATHARSIS

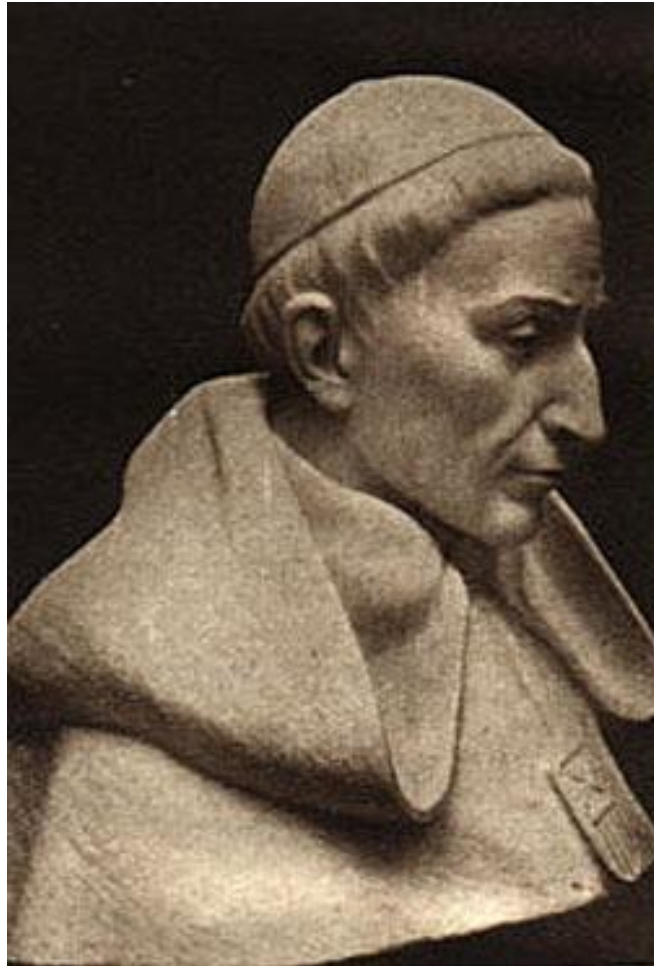
CIGARRALES DE TOLEDO

Tirso de Molina (¿1584–1648)



Edición digital a cargo de Rosario Ramos
Escaneado por Justo S. Alarcón
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

DATOS BIOGRÁFICOS DE TIRSO DE MOLINA (¿1584–1648)



Tirso de Molina, seudónimo del célebre autor Gabriel Téllez, dramaturgo español (¿1584 - Amazán 1648), tal vez el mejor discípulo de Lope de Vega. Nacido en Madrid, fue fraile mercedario. Pocos datos se conocen sobre la vida del mercedario Gabriel Téllez, que ha sido incluso identificado, con dudosas pruebas, como hijo del duque de Osuna. Se sabe que se ordenó en el convento de Guadalajara en 1601, cuando contaba diecisiete años. En 1614 y 1615 vivió en el monasterio de Estercuel, en Aragón; en 1616 hizo un viaje a Santo Domingo, de donde regresó en 1618. dos años más tarde se encontraba ya en Madrid. Allí una junta de Reformation le condenó a destierro de la corte por escribir comedias profanas que podían atentar contra la moral. Sin embargo, en 1626 estaba de nuevo en la corte y fue nombrado comendador del convento de Trujillo. Las mismas causas que promovieron su destierro originaron al parecer su

confinación en el convento de Cuenca por orden del P. Salmerón, visitador general. En 1632 fue nombrado cronista general de su orden; en 1645 comendador del convento de Soria, y al año siguiente definidor provincial de Castilla.

Tirso fue un escritor muy fecundo. Sus comedias –cerca de tres centenares– se imprimieron en cinco partes: *Primera Parte* (Sevilla, 1627); *Segunda Parte* (Madrid, 1635); *Tercera Parte* (Tortosa, 1634); *Cuarta Parte* (Madrid, 1635); y *Quinta Parte* (Madrid, 1636). La temática de sus obras es muy varia y abarca desde el auto sacramental hasta la comedia de intriga.

Como dramaturgo religioso escribió varios autos sacramentales que carecen aún de la perfecta conjunción entre argumento y alegoría (*El colmenero divino*, *No le arriendo la ganancia*, *El laberinto de Creta*), comedias bíblicas (*La mujer que manda en casa*, sobre la historia de Acab y Jezabel; *La mejor espigadera*, sobre Ruth; *La vida y muerte de Herodes*; *La venganza de Tamar*) y comedias hagiográficas (la trilogía de *La Santa Juana*, *La ninfa del cielo*, *La dama del Olivar*, etc.). Como Lope, acudió a las historias y leyendas nacionales para extraer argumentos de numerosas comedias, como sucede en la trilogía sobre Pizarro –1631– (*Todo es dar en una cosa*, *Anazonas en las Indias* y *La lealtad contra la envidia*, que toman como fuente la historia de López de Gómara), la historia de Antona Pérez (*Antona Pérez*), la de Martín Peláez (*El cobarde más valiente*), o la de María de Molina (*La prudencia en la mujer*), basada en las crónicas e historias de Salazar y Mendoza, Argote de Molina y el P. Mariana.

Entre las comedias llamadas de carácter destacan *Marta la piadosa*, sobre la joven que finge haber hecho voto de castidad para evitar contraer matrimonio con un viejo, y *El vergonzoso en palacio*, en la que Tirso desarrolla habilmente el proceso amoroso de un joven tímido.

Muy semejante al grupo anterior son las comedias de intriga, como *La villana de Vallecas*, *Desde Toledo a Madrid*, *Por el sótano y el torno* y, quizá la más completa, *Don Gil de las calzas verdes*.

Finalmente, se atribuyen a Tirso, aunque no se incluyeron en las partes de sus comedias, dos obras de contenido filosófico de gran importancia, *El burlador de Sevilla y convidado de piedra* y *El condenado por desconfiado*. Es especialmente famosa *El burlador de Sevilla*, la primera obra en que aparece la figura de don Juan, es decir, donde se desarrolla la leyenda del joven libertino y seductor de mujeres, matador de hombres, que lleva su atrevimiento a invitar a cenar a la estatua de un caballero a quien dio muerte. El tema fue tratado, después de Tirso, por numerosos autores extranjeros (Molière, Dumas, Byron, Goldoni, etc.) y españoles (Córdoba, Zamora). En pleno Romanticismo, José Zorrilla desarrolló la

leyenda en su popularísimo drama *Don Juan Tenorio*. Una importante diferencia hay entre esta obra y la de Tirso: en la versión romántica, don Juan se salva, redimido por el amor, mientras que se condena en la del mercedario.

Como prosista, Tirso escribió una *Historia de la Orden de la Merced*, que se conserva manuscrita, y dos obras misceláneas, *Los cigarrales de Toledo* (Madrid, 1621) y *Deleitar aprovechando* (Madrid, 1635).

Como dramaturgo sigue fiel a la comedia de Lope; es decir, mezcla el elemento trágico con el cómico; no guarda la unidad de tiempo ni la de lugar; utiliza con frecuencia la canción tradicional como motivo lírico y adapta la métrica a las distintas situaciones dramáticas. Se diferencia de Lope por el análisis más profundo de la psicología de sus protagonistas, en especial en los tipos femeninos, cuya variada y matización resulta casi desconocida en el teatro español de su tiempo.





[Monasterio de Santa Maria del Olivar. Esteruel. Teruel (Aragón). Aquí vivió Tirso de Molina, seudónimo de Fray Gabriel Téllez, uno de los grandes del Siglo de Oro. Aquí escribió «La dama de El Olivar» en la que trata los inicios de la Orden Mercedaria de la que fue cronista.]

Los cigarrales de Toledo, obra en prosa, escrita hacia 1620 y publicada en 1624. La obra, narrativa, se divide en seis capítulos de desigual longitud. Ante el calor del verano toledano, unos nobles y sus amigos deciden refugiarse durante cuarenta días en sus casas de recreo, los cigarrales. Los cigarrales sob casas toledanas de recreo rodeadas de huertas. Se eligen a suerte diez gentileshombres, diez damas y veinte cigarrales. Cada personaje se obliga a divertir a sus amigos de la manera más agradable posible, por riguroso turno. De este modo se hilvana

el relato, a base, preferentemente, de aventuras amorosas. Incluye, además, varios poemas y tres piezas teatrales: *El vergonzoso en palacio*, en el Cigarral primero, *Cómo han de ser los amigos*, en el Cigarral cuarto, y *El celoso prudente*, en el Cigarral quinto. De los veinte cigarrales en que debía, en principio, desarrollarse la acción, sólo cinco son tratados, cerrando Tirso la obra con el Cigarral quinto y dejando al lector con la esperanza de una continuación. La estructura de la composición está inspirada en el *Decamerón* de Boccaccio. Precedente inmediato de *Los cigarrales de Toledo* es *La casa del Placer honesto* (1620) de Salas Barbadillo. Pese a su carácter misceláneo, la obra de Tirso no carece de cierta unidad, derivada de la común localización geográfica donde las historietas son narradas y de la relación existente entre las diversas acciones.

El condenado por desconfiado, drama de Tirso (1635). Paulo hace vida de ermitaño en un desierto, pero en su pecho anida la preocupación por su destino final. Para salir de dudas interroga a Dios sobre su suerte. Un demonio, aparecido en forma de ángel, le revela que su fin será el mismo que el de un bandido napolitano, Enrico. Paulo abandona su retiro y marcha a Nápoles con objeto de conocerlo. Los sicarios de Paulo prenden Enrico, y el antiguo ermitaño, disfrazado de fraile, insta al napolitano a la conversión. Ante su negativa, Paulo desespera por completo de la salvación de su alma, y se convierte en bandolero. Enrico es preso por la justicia; al visitarle su padre, el amor y el respeto que el bandido le guardaba hacen que se arrepienta y se confiese. Paulo, por el contrario, muere en la desesperación, acosado por el pueblo, y se condena. Se duda si este drama fue realmente escrito por Tirso. Algunos críticos creen que es de Mira de Amescua, o de ambos; otros lo atribuyen a fray Alonso Renón.

El drama plantea el problema teológico de la predestinación, en un tiempo en que florecía esta problemática, especialmente en la polémica entre dominicos y jesuitas. *El condenado por desconfiado* sigue las teorías de los jesuitas representadas por el P. Molina. Las fuentes del drama son fundamentalmente dos: la primera se halla incluida en la obra *De arte bene moriendi*, de Bellarmino; la otra está recogida en las *Vitae patrum* y es la leyenda de san Pafnucio. La obra atribuida a Tirso de Molina fue imitada por Moreto en *El lego del Carmen* y por Hartzzenbuch en *El mal apóstol y el buen ladrón*, en España, y por George Sand en *Lupo Liverani*, en el extranjero, siendo además traducida al francés (1863).

El burlador de Sevilla y convidado de piedra, drama en tres actos atribuido a Tirso, que fue publicado por primera vez en la colección *Doce comedias nuevas de Lope de Vega Carpio, y otros autores*, en 1630, en Barcelona. Su argumento sigue un esquema rápido, lleno de violentos cambios de acción y movimiento de los personajes: don Juan Tenorio, hidalgo descreído, llega a Sevilla después de dejar a varias mujeres burladas (Isabela en Nápoles, Tisbea en Tarragona). El rey, enterado de los sucesos de Nápoles, destierra a don Juan, pero éste, haciendo

caso omiso del castigo, suplanta a su amigo el marqués de Mota para gozar de su prometida, Ana de Ulloa. El padre, Gonzalo de Ulloa, sorprende al burlador y, al intentar vengar su honor, muere a manos de don Juan. El rey ordena que se levante un lujoso panteón para los restos de don Gonzalo. Don Juan y su criado Catalinón marchan al destierro, y al pasar por el pequeño pueblo de Dos Hermanas, el hidalgo seduce a una recién casada.

Pasado algún tiempo, vuelven amo y criado a Sevilla y encuentran el panteón con la estatua de don Gonzalo; don Juan invita a cenar a la estatua. Por la noche, se presenta el espíritu de don Gonzalo en casa del burlador, y le cita para cenar en su panteón. La última escena tiene lugar en el panteón de don Gonzalo, que ha preparado una cena infernal para don Juan. Pelean el burlador y el espíritu, quien arrastra hasta el sepulcro al hidalgo que horrorizado pide confesión a gritos; caen en la fosa, mientras el espíritu pronuncia la frase que será culminación de la teoría de Tirso: «Quien tal hace que tal pague».

El autor presenta un tipo humano descreído, que no piensa que un día tendrá que rendir cuentas de su proceder, y se burla con la repetición de un verso: «¡Qué largo me lo fiáis!» No se trata de un personaje capaz de seducir a las mujeres como luego el de Zorrilla, sino que sus éxitos amorosos están basados en engaños, falsas promesas de matrimonio o suplantaciones de personalidades. El comediógrafo, intencionadamente acentúa el carácter de su personaje para que pueda servir a sus fines moralizantes. La obra está basada en una comedia anónima anterior, titulada *¿Tan largo me lo fiáis?*, que se sigue casi textualmente. *El burlador*, aunque no es original y está escrita con descuido y rapidez, es el punto de partida de casi todas las versiones nacionales y extranjeras, del tema de don Juan.

Don Gil de las calzas verdes, comedia estrenada en Toledo en 1615, sin demasiado éxito. Apareció impresa en la *Cuarta parte de las comedias del maestro Tirso de Molina* (1635). Doña Juana Solís, en hábito de hombre, corre desde Valladolid a la corte tras su escurrizado galán -don Martín de Guzmán-, comprometido por codicia con doña Inés Mendoza. Este repetido argumento se apoya de manera original en el equívoco inicial de que don Martín, por consejo de su padre y por temor a la persecución de doña Juana, cambia su nombre por el de don Gil de Albornoz. Los equívocos se multiplican, habilmente conducidos por doña Juana, y en el último acto don Martín se siente acorralado por toda una serie de personajes que se presentan como don Gil.

Por último, un pequeño esbozo sobre el teatro en el siglo XVII. ¿Cómo eran las representaciones teatrales en el tiempo de Lope o de Calderón? Tenían lugar en los corrales. Aprovechando, efectivamente, corrales o patios de vecindad, se montaba un escenario, cubierto por un tejadillo; el recinto se cubría con un toldo.

El público masculino, los mosqueteros, asistían de pie; las mujeres ocupaban la parte posterior del patio, la cazuela. Más tarde, se instalaron gradas y bancos. Los balcones y las ventanas que daban al corral eran alquiladas a gentes de calidad. El espectáculo solía celebrarse tres o cuatro veces por semana, y comenzaba a primera hora de la tarde, para aprovechar la luz. Los mosqueteros eran temibles: aprobaban o desaprobaban con vehemencia y ruido. Los corrales pertenecían a cofradías piadosas, que destinaban sus ganancias a beneficencia. En Madrid funcionaban el corral de la Pacheca (1574), el de la Cruz (1579) y el del Príncipe (1582); más tarde, en el siglo xviii, se construyó el de los Caños del Peral. En Valencia hubo, tal vez, teatro desde 1526, y existieron en Sevilla (1575), Toledo (1576), Barcelona (1597), Zaragoza, Córdoba, Granada, Valladolid, etc.

El espectáculo solía empezar con una *loa*, que precedía a la *comedia*; entre los actos de esta, se intercalaban *entremeses* cómicos, y la función solía acabar en un *baile*.

Sigamos imaginativamente una de aquellas representaciones. Comenzaba, como hemos dicho, con un preámbulo o *loa* (alabanza al autor, al público, a la comedia, a la ciudad, etc.), que era, en ocasiones burla o vituperio de alguien o de algo. Solía recitarla el actor principal, pero a veces intervenían dos o más.

Rosario Ramos

Editora de La Revista Literaria Katharsis

CIGARRALES DE TOLEDO

PRIMERA PARTE

Índice

Cigarral primero

Cigarral segundo

Cigarral tercero

Cigarral cuarto

Cigarral quinto

TASA

Yo don Hernando de Vallejo, Secretario del Rey nuestro Señor, y su Escribano de Cámara, uno de los que residen en su Consejo, doy fe que, habiéndose visto por los Señores dél un libro, que con su licencia fue impreso, intitulado Cigarrales de Toledo, compuesto por el Maestro don Gabriel Tirso de Molina, le tasaron a cuatro maravedís cada pliego, el cual tiene setenta y tres pliegos, sin los principios y erratas, que al dicho precio suma y monta cada volumen en papel doscientos y noventa y dos maravedís. Y mandaron que a este precio, y no a más, se haya de vender y venda, y que esta tasa se ponga al principio de cada volumen, para que se sepa y entienda lo que por él se ha de pedir y llevar, sin que de la dicha cantidad se exceda, como consta y parece por el auto y decreto original que en mi oficio queda, a que me refiero.

Y para que dello conste de mandamiento de los dichos Señores del Consejo, y pedimiento del dicho Maestro don Gabriel Tirso de Molina, doy esta fe en la villa de Madrid, a seis días del mes de Marzo de 1624 años.

D. Hernando de Vallejo

EL REY

Por cuanto por parte de vos, el M. D. Gabriel Tirso de Molina, nos fue fecha relación habiades compuesto un libro, intitulado Cigarrales de Toledo, en que habiades puesto mucho cuidado y trabajo, el cual era compostura muy honesta y provechosa, y nos suplicastes os mandásemos dar licencia para le poder imprimir, y privilegio por veinte años, o como la nuestra merced fuese. Lo cual visto por los de nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hizo la diligencia que la premática por nos sobre ello fecha dispone: Fue acordado que debíamos mandar esta nuestra carta para vos en la dicha razón, y nos tuvimoslo por bien.

Por la cual os damos licencia y facultad para que, por tiempo y espacio de diez años cumplidos primeros siguientes, que corran y se cuenten desde el día de la fecha desta nuestra cédula en adelante, vos o la persona que para ello vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podáis imprimir y vender el dicho libro, que de suso se hace mención.

Y por la presente damos licencia y facultad a cualquier impresor de nuestros Reynos que nombráredes para que, durante el dicho tiempo, lo pueda imprimir por el original que en el nuestro Consejo se vio, que va rubricado y firmado al fin

de Hernando de Vallejo, nuestro Escribano de Cámara, uno de los que en el nuestro Consejo residen, con que antes y primero que se venda le traigáis ante ellos, juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impresión está conforme a él, o traigáis fe en pública forma, cómo por Corretor por nos nombrado se vio y corrigió la dicha impresión por el dicho original.

Y mandamos al dicho impresor, que ansí imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego dél, ni entregue más que un solo libro con el original al Autor, y persona a cuya costa lo imprimiere, ni a otra alguna, para efecto de la dicha corrección y tasa, hasta que antes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo, y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, en el cual inmediatamente ponga esta nuestra licencia, y la aprobación, tasa y erratas. Ni lo podáis vender, ni vendáis vos, ni otra persona alguna, hasta que esté el dicho libro en la forma susodicha, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en la dicha premática y leyes de nuestros Reynos que sobre ello disponen.

Y mandamos que, durante el dicho tiempo, persona alguna sin vuestra licencia no le pueda imprimir, ni vender, so pena que el que lo imprimiere y vendiere haya perdido y pierda cualesquiera libros, moldes y aparejos que dél tuviere, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís por cada vez que lo contrario hiciere, de la cual dicha pena sea la tercia parte para la nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para el que lo denunciare.

Y mandamos a los de nuestro Consejo, Presidente e Oidores de las nuestras Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la nuestra Casa y Corte, y Chancillerías, y otras cualesquier justicias de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros Reynos y señoríos, y a cada uno en su jurisdicción, ansí los que ahora son, como los que serán de aquí adelante, que vos guarden y cumplan esta nuestra cédula y merced que ansí vos hacemos, y contra ello no vayan, ni pasen, ni consientan ir, ni pasar en manera alguna, so pena de la nuestra merced, y diez mil maravedís para la nuestra Cámara.

Fecha en Madrid, a 8 días del mes de Noviembre de 1621.

YO EL REY.

Por mandado del Rey nuestro Señor,

Pedro de Contreras

ERRATAS

Este libro, intitulado *Cigarrales de Toledo*, con estas erratas, corresponde con su original. Dada en Madrid a 22 de febrero de 1624.

El Licenciado Murcia de la Llana

APROBACIÓN

Por comisión del señor Vicario de Madrid y su tierra, vi un libro intitulado *CIGARRALES DE TOLEDO*, compuesto por el Maestro don Gabriel Tirso de Molina, en prosa, y diverso género de versos, en el cual no hay cosa contra la Fe y buenas costumbres, sino muchas dignas del delicado ingenio de su autor – dispuestas con elegante y cortesano estilo y con muestra de la erudición que en todas ciencias tiene el que las trata aquí–, y de que se mande salgan a luz para alentar los ingenios a sutiles discursos, y gastar algunos ratos de los que ocupa la ociosidad, enemiga de toda virtud.

En San Martín de Madrid, a 8 de octubre de 1621.

Fr. Miguel Sánchez

APROBACIÓN

Por mandado de V. A. he visto este libro, donde no hay cosa contraria a la Fe y buenas costumbres.

El ingenio y estudio del Autor es grande, como se descubre en la materia entretenida destes discursos, donde hallarán los aficionados aparato notable de invención fabulosa, y artificio muy diestro en las Comedias selectas que entremete. Puede V. A. dar licencia a su impresión.

En Madrid, 27 de octubre 1621.

Don Juan de Jáuregui

LOPE DE VEGA CARPIO

Con menos difícil paso
y remotos horizontes,
hoy tiene el Tajo en sus montes
las deidades del Parnaso.
La lira de Garcilaso
junto a su cristal luciente
halló de un laurel pendiente
Tirso, y esta letra escrita:
«Fénix, en ti resucita,
canta, y corona tu frente».

Digno fue de su decoro
el ingenio celestial
que canta con plectro igual
tan grave, dulce y sonoro.
Ya con sus arenas de oro
compiten lirios y flores,
para guirnaldas mayores
a quien, con milagros tales,
los ásperos Cigarrales
convierte en selvas de amores.

De Don Alonso de Castillo Solórzano

Si Toledo se hermosea
por tener sus Cigarrales,
con los sobrenaturales,
Tirso, Madrid se recrea.
Agradece a vuestra idea
que le deje en sucesión
partos de recreación,
estancias de amenidad,
preceptos de urbanidad
y ejemplos de erudición.

De Doña María de San Ambrosio y Piña Monja en la Madalena de Madrid

La fama eterna alabanza
ya no espera, no porfía,
si el libro, en quien la tenía,
ya es gloria, no es ya esperanza.
Sólo vuestro ingenio alcanza
con el arte y la experiencia,
esencia y ser de la ciencia,
délfico aliento de infusa,
lauro eterno vuestra Musa,
luz, Gabriel, de inteligencia.

A don Suero de Quiñones y Acuña, caballero del hábito de Santiago, alférez mayor, y regidor perpetuo de León, señor de los concejos y villas de Sena y Hibias, etc.

Tiene V. m. tanto derecho a todos mis estudios que, si ingrato quisiera negarle el dominio del presente, me pusiera este libro pleito; y, cuando yo no se le dedicara, él mismo se acogiera a la sombra de su amparo, tanto por pagar deudas de su padre, cuanto por el interés que se le sigue de su patrocinio. No sé qué mejoras llevan los hijos prohijados a los legítimos, que en algún modo parece se aventajan a la naturaleza, si es más perfecto lo que elige la libertad que lo que necesita la generación, disculpa antigua y admitida de los pocos calificados, cuando responden que si pudieran escoger padres nacieran con la generosidad que les falta.

Mis CIGARRALES, a su imitación, enmiendan defectos heredados del natural, con la participación del adoptivo; y tengo por cierto que les ha de caber parte en la buena fama y general aceptación con que V. m. es amado en esta Corte, pues a ninguno he comunicado en ella, de alto o bajo estado, rico o pobre, ignorante o discreto, que no se haga lenguas en la alabanza de su apacibilidad, cortesía, nobleza y demás calidades con que adquiere el grado de perfecto Cortesano el que cursa esta confusa Universidad, sin que en esta parte haya quien fiscalice (milagro del siglo presente, con ojos para examinar faltas, sin lengua para alabar perfecciones).

Ya este libro está adoptado por V. m. y ya le corre la misma fortuna. Si se quejare de la poca de quien le engendró, agradézcame la mucha que se le sigue del

Patrón que le he dado, pues por el respeto de éste no se acordarán de los deméritos del otro. Guarde Nuestro Señor a V. m. con las circunstancias que merece y yo deseo.

El Maestro Tirso de Molina

AL BIEN INTENCIONADO

No sé –¡oh, tú, que me estás leyendo!– si tienes derecho al título que te doy en el de este Prólogo.

Si te cuadra, alábate por dueño de una ejecutoria tanto más calificada en el tiempo presente, cuanto menos puesta en uso. Y si no, en leyendo el sobrescrito, déjame para quien voy, que no es cortesía abrir cartas ajenas y profanar letras aseguradas por el derecho de las gentes en el crédito del nombre a quien se remiten. Pero bueno sería que, por no hallar al bien intencionado, para quien voy dirigida en tiempo tan estéril dellos, me quedase virgen y, como carta rezagada, se malograsen los ratos que gasto en mi contextura.

Anda, léeme, no se te dé nada; y haz cuenta que estoy sobrescrita: Al bien intencionado y, en su ausencia, al malicioso, en casa de la murmuración; porte, ocho reales... Ya me has abierto, y yo sé que, en tu opinión, no me recibes a título de lo segundo. Pues si tú te conocieras por mal intencionado, predestinaras tus acciones, porque, ¿quién hay que, registrando defectos al espejo del propio conocimiento, no procure enmendarlos? Y si son suplementos en lo físico tanta cabellera, moño, tinte y diente postizo, ¿por qué no lo serán en lo moral virtudes que a tan poca costa se hacen naturales?

No quiso el que me dio el ser disculpar mis faltas con lo acostumbrado de que, a persuasión de amigos, me encomendó a la imprenta; porque, ¡lleve el diablo al que le habló tal palabra! Ni es discreta satisfacción sacar a vistas hijos corcovados, por la aprobación de amistades apasionadas, pues si a quien feo ama, hermoso le parece, por ti, que no estás en la lista de mis comprendidos, se podrá decir al contrario: que a quien mormura de lo perfecto, lo hermoso le parece feo.

Ya juzgarás, por lo dicho, que me vendo, soberbio, por consumadísimo. Pero ni te engañas en todo, ni en todo aciertas. Mira: toda arrogante presunción es locura, y todo abatimiento de sí mismo, que no se ejercita por Dios, es pusilanimidad. Ni me tengo por tan monstruo que no salga con esperanzas de poder lucir entre mis contemporáneos, ni por tan bien complexionado que me

prometa entre ellos ser primero en licencias. De uno y otro tendré.

Como salgo a vistas desnudo, haréte alarde de mis faltas y sobras. Pudiera yo como tú (si eres hombre), ponerme de noche bigotera. enrizar guedejas, traer peto, bruñir valonas, prohijar pantorrillas, y (si eres mujer), arrastrar telas, enmelar manos, embadurnar mejillas, adulterar cabellos, sustituir corchos; y viérasme corneja, si me ves gozque de la China. Desta suerte salí del vientre de mi madre –si puedo dar este nombre a la imaginativa que me concibió y a la pluma que me sacó a luz–.

De los defectos que en mí hallares, parte tiene la culpa mi progenitor, y parte el ama que me enseñó a hacer pinitos. ¡Duelos me hicieron negra, que Yo blanca me era! ¡Ocho meses ha que estoy en las mantillas de una imprenta, donde, como niño dado a criar en el aldea, me enseñaron los malos resabios que en mí descubrieres: mentiras de un ignorante compositor, que tal vez añadía palabras, tal sisaba letras! Y ¡ojalá para en esto, y no se me acogiera, llevándosele a mi padre el dinero adelantado de mi crianza –medio precio de mi impresión–, y me dejara jubón a la malicia, la mitad de seda y la otra de fustán, obligándole a buscarme nuevo pupilaje, mohatrar papel y trampear la costa! Un padre tengo y dos ayos. ¿Qué mucho que, habiendo andado tantos días por casas ajenas, salga con lo que se les pega a los niños de la Doctrina?

Tampoco te doy esto por disculpa; que no se me da de ti un caracol. ¡Mira qué sacudido salgo! Pero siendo vagamundo, ¿qué mucho? Porque o me lees habiéndome comprado –y si diste por mí tu dinero, ¿qué menos precios equivaldrán al provecho que a tu costa tiene mi padre?–, o me pediste prestado a mi dueño; y, si lo hiciste por hablar mal de mí, eres poco agradecido, pues te aprovechas de la hacienda ajena para deslucírsela a tu amigo.

El día que salí de la tienda entré a servir a quien me compró; y desde entonces ya no corre por cuenta de quien me dio el ser mi defensa, sino del señor a quien reconozco. Di mal de mí, que de camino dices mal dél, y le pagas el empréstito en injurias de su doméstico; que yo te prometo, por más que fulmines, no se acobarde mi Autor tanto, que no prometa mi Segunda parte, pues con ella crecerá el gusto al amigo y la envidia al que no lo fuere. Puédote afirmar que está ya comenzada; y en tanto que se perficiona, dadas a la imprenta Doce Comedias, primera parte de muchas que quieren ver mundo entre trecientas que en catorce años han divertido melancolías y honestado ociosidades.

También han de seguir mis buenas o malas fortunas, Doce Novelas, ni hurtadas a las toscanas, ni ensartadas unas tras otras como procesión de disciplinantes, sino con su argumento que lo comprenda todo. Muchos hermanos me promete señor padre; pero respóndole yo que «como comeremos».

La vanguardia llevo. Haz presa en mí; que, como te ocupes tanto en mi censura que des lugar a los demás, daré por bien empleados mis naufragios, a truco de la prosperidad de mis sucesores.

CIGARRALES DE TOLEDO

Regocijada estaba la Emperatriz de Europa –Roma segunda y corazón de España–, de que en competencia del cielo, cuyas benévolas influencias goza, una noche serena y apacible, guardajoyas de sus diez recámaras, hubiese sacado a vistas, más ostentativa que otras, el lucido aparador de sus estrellas, cuya claridad participada hacía las veces del sol; pues, como virreinas suyas, sustituyen en su ausencia. No las echara menos Toledo, aunque otras veces se atreviera la oscuridad (sumiller de sus cortinas) a echar las ordinarias de sus nubes; pues, en su emulación, esta noche había coronado sus altas torres, elevados capiteles, antiguos muros, ventanas y claraboyas, con lo más lucido del cuarto elemento que, cebado en el blanco artificio de las abejas, por verse tan alto señorear de la sagrada Vega, creyó estar en su natural centro. Y los esmaltados valles y enriscados montes, que la miraban ufanos por verse vecinos suyos (en fe de ser agora cabeza de Castilla, si primero del mundo), juzgaban sus inquietas luces por apretadores, plumas y medallas de diamantes con que, adornando su cabeza a imitación de sus hermosas damas, mostraba en su tocado que hasta las cosas inanimadas hermosea el adornarse al uso. El nunca suficientemente alabado Tajo, incansable rondador de su belleza, retratando en el oro potable de su cristal las luminarias, daba más quilates dél a sus arenas y materia más copiosa a los versos de Marcial, Ovidio y Juvenal, para celebrallas. Hasta el mismo Tiempo –que al casi eterno círculo de Apolo obligaba, a los principios del estío, a coronar de azucenas y claveles la celeste cerviz del León hercúleo, como Julio de espigas a Ceres–, parece que con más sutileza desvelaba sus pinceles en el natural esmalte de los árboles.

En fin, el celestial adorno de las esferas, las regocijadas luminarias de Toledo, la deleitosa compostura de los jardines, y la canora música, que desde los miradores que salen a la Vega celebraban y entretenían, ya las unas, ya las otras, hacían aquella noche la más alegre y festiva de cuantas sus nobles habitantes se acordaban haber tenido; cuando en el camino que viene de Madrid, al emparejar con sus conocidas ventas y descubrir la dorada piña de sus casas, un caballero, hijo suyo, en quien igualmente competían la nobleza y la virtud, y entrambas en supremo grado le hacían amado y respetable, con los deseos que en cerca de tres

años de ausencia podía causar la amada patria (¡y tal patria!), se acercaba apresurando un macho bayo que, con aderezos de monte verdes, caminando de portante por lisonjear a su dueño, hacía que las espuelas sirviesen más de adorno que de necesidad, poniendo en no pequeña a un criado de a pie y a otro de a caballo: a aquél, de que caminando al trote, y a éste de que trotando en el camino, maldijesen tanta ligereza.

Suspendióse don Juan de Salcedo –que así se llamaba el caballero– con el repentino objeto de su resplandeciente habitación; y, deslumbrado con tanta luminaria, creyó al principio que, resucitando en Castilla el músico incendiario de Roma, sustituyendo por Tarpeya el antiguo Castillo de San Cervantes, cantaba desde él, alegre, la triste representación de Troya.

Pero, reparando después en la correspondiente orden de sus luces, conoció su engaño, pues nunca la confusión dio lugar a la curiosidad de tan vistoso ornato. Y, juzgando por feliz pronóstico de su venida tan alegre recibimiento, no pudo reprimir la lengua a que, interpretando al alma, no dijese:

–«Medio lustro ha, ¡patria ilustre!, que por ese mismo tiempo salí de ti tan acompañado de desdichas como de consuelos; y tú, más cruel que madrastra conmigo –si con los extranjeros más que madre piadosa–, no permitiste una luz siquiera en una de tus torres, que haciéndome escolta facilitase a los ojos la ocasión de verte y al alma obligase a despedirse de tus muros, ya que fue imposible hacerlo de la causa de mi destierro. Negóme el cielo las tuyas conformado con tu riguridad. Y la imaginación, ofuscada con las nubes de tantas sospechas, oprimiendo la luz de mi amor (que aunque es todo fuego, cuando se alimenta entre cenizas de celos es de la suerte que el del infierno, que si abrasa, no alumbra), tropezaba a cada paso en mis agravios, poniendo a riesgo de despeñarse la esperanza. A oscuras salí, habiendo durado esta larga noche medio lustro; y ahora, que ignorante de tu alegría creí hallarte en el mismo estado, conozco en la mudanza de tus fiestas lo que pueden las del tiempo, pues en las piedras la causa. Y ¡cuán verdadero sale el proverbio que aconseja el ver a deseo a quien no se pretende dar fastidio, pues quiero prometerme (aunque tan desdichado) que las luces que enciendes son en gratulación de mi venida! Si ya no fuese que sirviendo tú misma de túmulo hiciese el aniversario a mi ausencia... A lo menos, si esto fuese así, no juntarías al nombre de rigurosa el de olvidadiza. ¡Ay, tirana ocupación de mis pensamientos, Lisida hermosa! ¡Si del modo que la variedad de los años ha sido bastante a enseñarme los edificios de tu patria, aplaudiendo mi venida (que con tanto despego me negó la deuda natural de madre, desterrándome de su cara habitación) hiciesen en ti otro tanto; y, ya que imitas en la aspereza a sus piedras, las imitases en recibirme con la agradecida demostración de su presencia!... Mas, puesto que el ser tú tan parcial de la mudanza me promete hallarla en tu rigor, será más poderosa mi desdicha para

conservarte firme en mi aborrecimiento...»

En estos discursos ocupaba sus imaginaciones, entretanto que la vista se regalaba con la ostentativa apariencia de la Imperial Toledo; cuando, a la mano izquierda, a pequeña distancia, entre unos almendros (que, perdido el temor al riguroso verdugo de sus flores, los más años por madrugadoras castigadas, mecía en cunas verdes con los brazos de sus ramas, ayudada del viento, las tiernas crías de sus partos, ya amargas y ya dulces, que por lo que se parecen al amor no quisieron dar lo uno sin lo otro) oyó a dos personas que, aunque el recato con que hablaban no dio lugar para percibir distintamente sus razones, bastó para distinguirlas y conocer que la una era de hombre y la otra de mujer. Y, pareciéndole que las conocía, le obligaron a suspender el paso y escucharlos, cuando la mujer proseguía desta suerte:

-«Ya dejo, don García, el principal tema de mis quejas. Y, olvidada de la sustancia dellas, echo mano de lo que pudiera ser me estuviera más bien, si el amor que te tengo permitiera que, partiéndote de Toledo, le pusiera en cura y manos de la ausencia, médico tan diferente de los que se usan, que pocas veces, o ninguna, ha tomado el pulso a apasionadas almas que, mediando recetas del olvido, no haya restituido en breve tiempo a su antigua y mal guardada salud el más desahuciado enfermo. No te pido ya que me quieras, que bien sé que no puedes, porque si el amar es hacer entrega del alma a la cosa amada, donde asiste más que donde anima, y tú estás sin ella, necedad fuera pedirte un imposible. Conozco, por mi mal, que no tienes alma que entregarme, pues la tuya, que a Irene ofreciste, echándola de su natural habitación y no admitiéndola ella, anda como criado despedido, desacomodado. Tu dama no quiere o no puede darte la suya, por hallarse bien con su amante, ya seguro esposo. Cierras la puerta a la mía cuando, siquiera por la falta que te hace (parte tan principal), pudiera recibilla de prestado. Si estás sin alma, siendo ésta el sujeto del Amor, ¿cómo pretenderé yo que me quieras? No te pido tanto. Menos es lo que te suplico. A que no te ausentes te persuado, que no es razón pague mi amor, no viéndote, la ingratitud con que Irene me da venganza de la tuya. Pues, aunque es verdad que, saliendo tú de Toledo, pudiera prometerme el remedio ordinario que la ausencia causa, y más en mujeres -como vosotros decís-, sujetos suyos, ya yo estoy de suerte que tendré por más tormento olvidarte, que quererte aborrecida. A un hidrópico aconsejaban, si quería alcanzar salud, que no bebiese; y respondía que por mayor enfermedad juzgaba la sed que padecía que el peligro con que la enfermedad le amenazaba. Peor me hallaré, don García, no amándote, que me hallo aborreciéndome tú. Y no será justo que, siendo yo mujer, tenga más valor mi voluntad (permaneciendo en adorarte despreciada) que la tuya (perdiendo por huir cobarde los méritos que puede ganar con el Amor, siendo mártir de sus imposibles); pues el servir sin interés es efecto de un alma noble, más que de la del que ama por la paga, como el jornalero. Ya que no

puedo obligarte a ser agradecido, oblíguete, a lo menos, a ser cortesano; y si esto no basta, basten las canas ilustres de tus padres que, sustentando el peso de sus años en tu vista, será fuerza que des con su vejez en tierra, si les quitas el báculo de tu presencia, arrimo de su vida.»

–«Pluguiera a Dios (respondió el referido don García) que tuviera yo tan libre, hermosa Serafina, la voluntad, como tengo el entendimiento, para que, al paso que conozco lo que te debo, pudierapagártelo. Confiésome deudor tuyo. Y cuando no hubiera otra ocasión para ausentarme que la imposibilidad de satisfacerte, era bastante a apresurar mi partida, pues uno de los mayores sentimientos del deudor noble es tener presente al acreedor a quien pagar no puede. Liberal, me sueltas esta deuda, pero con obligación terrible, pues es con cargo de quedarme a la vista de mis ofensores, cosa que será imposible, si consideras la condición de los celos. A todos nos está bien mi ausencia. A ti, para olvidarme; a Irene, para que goce, sin el contrapeso de mi vista, el fruto de su ingrata elección; a su consorte venturoso, para asegurarle de los celos que, si siendo pretendiente le tocaban en el alma, agora, que es dueño legítimo, le tocarán en la honra; a mis padres, para que, no viéndome morir viviendo delante de sus ojos, fíen de la mudanza de los aires la de mi desasosiego; y últimamente, a mí, para ahorrar de enemigos, pues si me llevo conmigo la privación del objeto de mi amor, bastante a quitarme la vida, excuso con ella los agravios, que teniéndolos presentes tal vez, a pesar de la cordura, ocasionaran a la desesperación, para tomar venganza de quien está menos culpado en mis desdichas. Fuera de que la falta que en este aprieto me hace don Juan de Salcedo, con cuyos sabios consejos y entretenida conversación pudiera contrapesar mis sentimientos, me necesita a que le siga, pues hasta en salir los dos desterrados, y no favorecidos de nuestros empleos, somos parecidos; aunque don Juan ya se diferencia de mí, pues es amado en ausencia y espera cuando vuelva dar más dichoso término a sus pesares que el que yo desconfío, pues, desposándose esta noche mi adorada ingrata, imposibilita mi esperanza.»

Apenas con estas últimas palabras certificó don Juan los indicios de quién era el que las decía, cuando fue todo uno el arrojarse de la cabalgadura y el correr a él, los brazos abiertos, diciendo:

–«A lo menos, amigo verdadero, la última razón con que honestáis vuestra jornada, no os ocasionará a ella, pues me trujo el cielo a punto que siendo testigo de lo que mi amistad os debe, lo será también de la nueva obligación en que le habéis de poner, no ausentándoos.»

Habíanse levantado los desconformes amantes, él apercibiéndose receloso de quien deseaba, con su muerte, asegurar el estado que gozaba; y ella, temerosa de que, interesados en las prendas de su honor y sangre, intentaban defenderlas,

sospechando que sabían la resolución con que había salido de Toledo, para restituirle su apasionado amante. Pero, seguros y alegres con la conocida voz del caro amigo, dieron lugar con los brazos a que el repentino contento licenciase la lengua para que, adelantando palabras en don García, le dijese:

-«Sólo vos, deseado don Juan, podíades ser bastante a sazonar disgustos, al parecer imposibilitados de consuelo. Mi Santelmo habéis sido, tanto más socorrido, cuanto más diligente en mi remedio, pues el otro se aparece pasada la tormenta; pero vos me socorréis en la mitad della.»

-«Y a lo menos, dijo Serafina, desta dicha quedo con mayor obligación. Y así quiero asegundar brazos que salgan fiadores deste empeño, aunque nuevas tengo yo que daros, con que desadeudarme, que dilato para cuando den lugar amigables recibimientos.»

-«Bueno es, Serafina hermosa (respondió don Juan), que paguéis deudas con prisiones, y que las que por cortés confesáis hipotequéis en tan seguros abonos como vuestros brazos. Recíbolos como por precursores de las dichas que me tenéis guardadas; porque de tal depósito me prometo mejor suceso que el que conjeturaban mis desconfianzas. Y para que agradezcamos a este apacible sitio el hallazgo que cada uno en él hemos hecho, lleven a esa primera venta las cabalgaduras mis criados; y, asentándonos los tres donde los dos estábades, celebremos nosotros, a imitación de nuestra Patria, esta alegre noche; pues, aunque ignoro la causa de tanta luminaria y alegría, seguro estoy, por grande que sea, que no iguala a la que con veros he tenido.»

Sentáronse los señores, y apeáronse los criados, en la referida venta, conocida en esta comarca por el nombre de las Pavas, donde -hallando un coche a la puerta, en que Serafina había venido, adelantándose a atajar los pasos y determinaciones de don García, cuyo caballo y mozo en la misma parte esperaban la de su señor- con pocas señas se dieron por conocidos, y profesaron las ordinarias amistades que en semejantes puestos establece el trajinado licor, que, como si fuera imagen de milagros, tiene tantos devotos de sus medidas; puesto que, aunque se aprietan las cabezas con ellas, aumentan más que disminuyen sus dolores. Entretanto, pues, que éstos desembolsaban cuartos por embolsar cuartillos, y entre un brindis y otro gobernaban el Reino (que el vino, como tan gran señor, no se contenta con la autoridad que tiene en el mundo mayor, sino que quiere ser Monarca del menor, que es el hombre, poniendo la silla de su jurisdicción ordinariamente en la torre de su homenaje, que es el cerebro; y así, nunca trata menos que en materias de Estado, y en fe de su monarquía gradúa con la mitad deste blasón a sus vasallos), habían sus señores cumplido con las acostumbradas gratulaciones y dádose parabienes mezclados con pésames, sentándose al pie del más copado almendro de los muchos de que aquel sitio abunda, y dado ocasión a

que don Juan dijese:

-«Entre muchos enfermos, el médico (que merece este título) a aquel primero visita que, más peligroso, necesita de más breve remedio. Y así, supuesto que los tres estamos en el Hospital del Amor -pues no me parece le esté este nombre impropio a quien tanta diversidad de enfermedades comprende- y vos, don García, a peligro, según la malicia de la vuestra, de que os trasladen al de los incurables, licencia me daréis -ya que las últimas palabras por donde os conocí se prometían mejoría y alivio con mis consejos y amistad-, a que primero me informe del principio de vuestra pasión y progreso della, que os cuente la mía. Pues yo, habituado a padecer tantos años ha, con la esperanza de sanar que me dio lo que os oí (aunque en confuso), podré entretenerme, como Serafina prometerse buen suceso, si el amar sin competencia y el ver a su prenda en las manos del desengaño son indicios de mejoría. Sacadme, si es que estimáis nuestra amistad, de la admiración en que me pone el estado en que os hallo, que como os dejé tan libre del de amante y os veo tan profesor de su facultad, os prometo que me la causa no pequeña esta novedad...»

-«Por muchas razones, respondió don García, debo hacer lo que me mandáis. Y entre otras, por el desahogo que trae consigo el referir un apasionado sus desdichas; que, aunque dicen que el refrescar la memoria suele aumentar tormentos, yo soy de opinión contraria: pues es alivio del enfermo el quejarse, y mal que tiene desaguadero en la lengua no aprieta tanto el corazón, fuera de que la lástima con que ve celebrar a los oyentes el desdichado sus infortunios se los disminuye, pues el pesar repartido es menor, y como el contento se aumenta comunicado, así también el disgusto se aligera. Esto, pues, y el mandármelo vos, me obliga a que dándoos de los míos verdadera noticia, empiece así: Sentimientos de vuestra no comunicada ausencia -que pararan en agravios, a no disculparlos el poco lugar que dan a obligaciones y amistades, desesperaciones de un amor mal pagado- me trujeron, los primeros días que nos dejastes, tan ociosa la voluntad y desazonado el gusto, que le fue necesario mendigar entretenimientos con que engañar soledad de un alma tan desocupada como vos sabéis que estaba la mía; pues por no admitir huéspedes que se alzasen con ella, si no es por vos (que por correspondencia de estrellas y simpatía de inclinaciones recíprocó las nuestras), para todos los demás estuvo a puerta cerrada. Entre otros muchos, pues, de quien fié el divertirme, fueron las fiestas que todas las octavas del Corpus Christi celebra la famosa villa de Yepes, tan nombrada por el culto con que sirve a este misterio cada año, como por el generoso licor que produce. Eran las de entonces nombradísimas, por serlo sus mayordomos, y las prevenciones de gastos y curiosidades, que publicaban el abono de sus haciendas y la liberalidad de sus dueños, habían sacado, de todos sus comarcanos, infinitos deseosos de vellas, cabiéndole no pequeña parte a nuestra ciudad, y a mí el acompañar, entre los muchos que salieron, a dos herederos, cuyas haciendas en

Polán y cortesano trato en Toledo, tenían acreditados de modo que les daban sus lados los más calificados caballeros suyos.

»Llegamos, en fin, un día antes de la víspera deseada, y aposentámonos en la casa de un vecino rico de aquella villa –que en tales ocasiones todos tienen huéspedes, unos de obligación y otros de interés–. Y después de haber registrado damas naturales y forasteras, como en lugares cortos hallan tantas horas de sobra los ociosos cada día, por entretener aquél tres o cuatro que le faltaban para la cena, de palabra en palabra paró la conversación en jugar al hombre uno de mis compañeros y yo a otros dos cortesanos, huéspedes también de nuestra posada; el uno de los cuales, picado con dos chachos que le dimos y veinte escudos que le costaron, a puras persuasiones tuyas y disgusto nuestro mudó en el parar el hombre (tabardillo de las haciendas, pues uno y otro, con sus pintas, acaban casi de repente, éste las vidas, y aquél, el apoyo de ellas, que es el dinero). Empeoró de suerte el perdidoso con la mudanza, siéndole el otro hasta en esto compañero, que a pocas suertes se hallaron sin mil escudos y con millares de arrepentimientos por haber comenzado el juego y venido a las ya no alegres fiestas para ellos. Quise darme fin, porque nos llamaban a cenar, y ellos le habían puesto a su dinero. Pero sacando el uno una imagen de Nuestra Señora de la Concepción, de diamantes, y el otro una cifra de letras de oro, sembradas de los mismos, dijeron:

–«Estas piezas valen, sin las hechuras, cuatrocientos doblones entre las dos: docientos y cincuenta la una, y lo demás la otra. Jueguen vuestras mercedes sobre ellas, que, si las ganaren, en Yepes hay quien abone su valor y la fineza de las piedras; y cuando falten, deudos tenemos aquí que asegurarán su precio.»

»Parecióronme tales como afirmaban y la presencia de sus dueños, indigna de toda sospecha, prometía. Y así, volviendo a tomar el naipe, volvió la fortuna a favorecernos, y a mí principalmente: que, por cumplir el proverbio, me pronosticó en esta ganancia la poca que podía esperar en amores.

En fin, ellos quedaron sin joyas y escudos, y yo con las dos piezas y seis mil reales de aumento, de que se sintieron tanto los dos picados, que el uno de ellos, barajando en seco, dijo:

–«Si los que nos han ganado (no sé yo cómo) fueran tan diestros en las espadas vivas como en las pintadas, desquitara yo, a buen seguro, en las unas lo que he perdido en las otras. Pero pocas veces valiente[s] por papeles lo son por el acero.»

–«A lo menos (dijo el otro) más ejercitados estarán los que siguen –como cuervos el ejército– las ferias y concurso de gente en las tretas que pintó Juan Bolay, que en las que escribió Carranza..»

»Sintióse mi compañero como más colérico y menos advertido en la licencia que da a la lengua una pérdida cuantiosa y respondió:

-«Andan tan juntos el juego y las armas, que no sé yo que haya capitán célebre en lo uno que no lo sea en lo otro. Y de mí podré afirmarles, señores hidalgos, que de mejor gana echo dos traviesas en el campo que una en el tablero.»

-«Poco se echa de ver a vuesa merced (replicó el primero de los dos) si hemos de dar crédito a la curiosidad de la que ciñe, pues si no truxeran más hechos los naipes que ellas, pudiera ser que sacaran tan poca sustancia los unos, como las otras habrán sacado sangre.»

-«Eso yo os lo prometo (acudió el otro); que, en lo poco manoseado de las guarniciones y empuñaduras, nos aseguran que pueden pretender, por su limpieza, cualquiera beca en los Colegios mayores de Salamanca y Alcalá.»

»Había yo callado hasta entonces; pero, obligado de su descompostura, les respondí:

-«En la Corte, y en cualquiera parte donde hay bien nacidos, sé yo que los que se precian de sello, y juegan, pierden callando, por ganar crédito perdiendo. Si vuestas mercedes lo son, como creo, no es justo pierdan la reputación con el dinero, tan malo de desquitar después.»

-«El creo lo agradezco (dijo el mismo) que, aunque con sonsonete, si fuera nuestra calidad misterio de fe, yo estoy cierto tardara más en pronuncialle.»

-«No lo haré yo, le respondí, en castigar vuestro descomedimiento.»

»Y trasladando la mano a la cara, y la daga a un brazo, que le pasé, saqué la espada, a tiempo que mi compañero había hecho otro tanto y herido a su opuesto en la cabeza.

»Salimos desta suerte a la plaza, donde nuestra posada tenía la puerta principal. Y alborotándose toda la villa, cargó tanta gente y armas sobre nosotros, sin saber quiénes eran los alborotadores, que, con su confusión y la de la noche que ya venía, tuvimos tiempo para retirarnos y un criado para decirnos:

-«Vénganse vuestas mercedes tras mí, que a la puerta del lugar les aguarda mi camarada con las cabalgaduras.»

»Seguímosle; y, subiendo en ellas, dimos la vuelta a Toledo, bien que por otro camino, por desmentir los que sospechamos habían de seguirnos. Y, tomando a

las ancas los mozos, dimos tanta priesa a las siete leguas que dista Yepes de esta ciudad que, habiendo salido a las ocho, nos hallamos a la una llamando a las puertas de la casa del heredero, cómplice en el juego y desgracia que habéis oído. Abrieronle, y convidóme a quedar con él aquella noche; pero yo, dándole las gracias, le dije que la cuestión y calidad que los heridos mostraban pedían más diligencia y cuidado con nuestras personas; y así, que se quedase mi mozo con mi cabalgadura en su casa, por no inquietar la de mis padres, entretanto que yo iba a ella y sacaba los dineros y joyas que pudiese, previniendo en ellas y en el que conmigo tenía, cualquiera suceso que nos resultase, y que le aguardaría la mañana siguiente en el Hospital de Afuera, cuyo administrador era deudo mío y nos aseguraría de cualquier extorsión de la justicia, disponiendo de nosotros según la necesidad y nueva deste caso nos avisasen.

»Cuadróle mi resolución. Y, apeándome, guié a mi casa con una linterna flamenca que le pedí, destas que no dan luz sino cuando su dueño quiere y la abre una puertecilla de bronce, que encubre la de vidrio. Y, como tenía llave maestra, fue me fácil, sin inquietar la gente, entrar hasta mi cuarto, que estaba en bajo, en una sala que aquí llaman palacio, en el patio della. Abrí, en fin, lo más paso que pude, porque no me sintiesen y con mi venida no esperada se alterasen mis padres, ocasionándome a contalles el suceso, de que tanta pena habían de recibir. Y aplicando la linterna a un escritorio, para sacar dél cantidad de joyas y dineros, me pareció que sentía, sobre mi cama, el ruido sordo que suele hacer el sueño en quien duerme con algún desasosiego. Causóme novedad, porque –si bien mi madre tenía otra llave de la misma cuadra, y ella correspondía a otras que estaban alrededor del mismo patio– nunca en mis ausencias había consentido que nadie se aposentase en ella, así, por ser capaz la casa para cualquiera huésped que viniese, como por saber lo que yo disgustaba desto, cuando llegaba a mi noticia; ni tampoco por maravilla la puerta, que por de dentro se mandaba, se abría, si no era para hacerme la cama y aderezarme el aposento, cuando yo asistía en la ciudad. Curioso, pues, de saber lo que podía ser esto, me llegué con la linterna a medio abrir, pisando como si tuviera gota, y hallé acostada en mi misma cama (si bien mejorada de sábanas, almohadas y colcha) una dama que, aunque vecina nuestra y celebrada por hermosa y discreta, el poco cuidado que hasta entonces había tenido en tomar de memoria hermosuras, me pusieron en duda de quién fuese, aunque no de que otras veces la hubiese visto. Mostraba en los aceros con que dormía que era aquel primer tercio de su sueño, cuyo poco recelo, ayudado de la seguridad del hospedaje, clausura de la puerta, oscuridad de la noche y calor del estío –que en el principio de junio aligeraba ropas–, desenfadaba bellezas ocultas, hacía alarde de pedazos de cristal competidores de la Holanda de la misma cama, y, si en ella pudiera haber envidia, la mostrara tener de haber, para más afrenta suya, dado lugar a que juzgasen mis ojos la ventaja que la hacía.

»Yo os doy mi palabra, don Juan amigo, que –sin reparar en la descortesía en que había de incurrir, si despertaba, los agravios que había de formar su honestidad de verse vista, y el sentimiento de mis padres si lo sabían– estuve tan fuera de mí, y tan dentro de las niñas de mis ojos (tiranas ya del alma a quien convidaron para ver por ellas aquel milagro), que imité por un largo espacio, en lo sensible, si ella en lo cándido, a una estatua de mármol. No sé si me enamoré entonces; que si el amor es hábito, y éste se adquiere poco a poco por muchos actos, juzgaréis a impropiedad de amantes de comedia el tener la voluntad tan dispuesta que a la primera vista se rindiese; aunque, fuera de que hay quien afirme poderse engendrar, de un acto solo, una costumbre, la excelencia del objeto suele tener tanta eficacia, que hace más en un instante que otros en muchos días.

»A lo menos, si yo entonces no me enamoré, sé que me admiré, copiando en el alma aquella belleza; pues si el filósofo llamó al entendimiento de los niños tabla rasa y limpia, en la cual se imprime con facilidad cualquiera imagen o especie, por hallarla desembarazada de otras, siendo tan niño mi amor, y tan desacostumbrada mi voluntad a semejantes peregrinas impresiones, fácilmente pudo recibir ésta que, como primera, conservó, y conservará hasta la muerte.

»Y, porque disculpéis cualquiera repentina sujeción de mi libertad, diré lo que entonces vi y agora adoro:

»Tenía los cabellos de resplandeciente azabache (si el azabache se peina) recogidos, parte, en una redcilla de nácar –y si presos me prendieron, ¿qué hicieran sueltos?–; y parte, licenciosos. quebrantando la cárcel, se desenfadaban por el espacioso campo de cristal de la frente y hombros, tan atrevidos, que algunos dellos osaban besar, ya las rosadas mejillas, y ya las puertas de coral, depósito de tantas perlas. Los ojos, guardadamas de sus niñas, habían hecho portero al sueño que, con la defensa de sus negras pestañas –sino alabardas, sutiles flechas– defendían la entrada a importunos deseos, puesto que, como pobres mendigos, donde quieren se entran. ¡Inaudita victoria de Amor que venciese una voluntad tan rebelde como la mía, envainadas sus principales armas, y la cautivase a cierra ojos! Las cejas que los coronaban, pudieran –siendo iris de sus dos cielos– asegurarme la clemencia que hipotecó en el de las nubes el Soberano Autor de la universal inundación, si, por ser tan negras como los cabellos, no pronosticaran, con su luto, el trágico fin de mis amores. Buscando estoy comparaciones para las mejillas, de quien ellas son el hipérbole, y no las hallo, porque si alego la leche mezclada con claveles, los jazmines entretejidos de rosas, ni las igualan, ni es justo traer ejemplos tan comunes; pues no hay pluma que pinte hermosuras que no las manosee.

Sólo digo que eran mejillas de dama de Toledo, donde pudieran castigar a los afeites por vagamundos, pues –gozando de los naturales del Tajo– cuantos

intentó el engaño son aquí impertinentes; y, si no es que el amor desproporcione mis encarecimientos, os aseguro, que sacó las deste milagro de belleza en limpio, siendo las demás sus borradores. La nariz proporcionada se había puesto por juez árbitro en medio, señalando los límites de su jurisdicción, y obligando los labios a conjeturar cuál debía de ser el tesoro que guardaban, siendo sus puertas de rubíes. De buena gana trocara el rapaz de Chipre los brazos de su diosa madre por las cunas de los dos hoyuelos, uno debajo de la hermosa nariz y otro debajo de la boca, puesto que sosegara poco en ellos, pues fuera grosería y no descanso dejar por el sueño la contemplación de tales hoyos. A lo menos, si él no fue admitido, tropezó mi libertad en ellos, de suerte que no se levantara tan presto de la caída; y a no asirse mi esperanza al apacible cuello –en lo blanco leche, si en lo riguroso alabastro–, fuera maravilla no despeñarse. No sé si fueron crueles o piadosos los pechos de la sutil camisa en permitirme viese los de aquel dormido hechizo, pues si les deben agradecimiento los ojos, puede con razón formar quejas la libertad. Llamáralos yo pellas de nieve, si no abrasaran; cerros del Potosí de la hermosura, si no los hallara tan avarientos della; globos de cristal, vía láctea de su cielo y, en fin, pechos de Irene, que es más que todo. Tenía sobre ellos la diestra mano apuntando en el reloj del corazón –que pulsaba mis pesares–, las horas de mis penas, si no era que con aquella acción jurase no quererme; la otra, apoyando la cabeza, mostraba ser digno de tal fábrica solamente tan hermoso pedestal; y entrambas, tan bien hechas, tan blancas y tan largas, como cortas con mi dicha. No os refiero pedazos de cielo que, intercediendo el calor, me permitió ver la colcha, nube de aquella Luna que me enseñó en fragmentos sus reliquias, por guardar el debido respeto a su honestidad y el justo decoro a nuestra conversación.

»Si tan repentinos asaltos os parecen suficientes para derribar una alma no prevenida, juzgad qué tal quedaría quien halló en su casa tan apercebido de armas al enemigo; que yo sólo os sabré afirmar que, en la contemplación de tan milagroso objeto, de buena gana me quedara en aquella postura filosofando discursos toda la noche. Pero obligóme a suspendellos el dar la dormida vencedora un vuelco al otro lado, e infinitos a mi corazón, creyendo despertaba. Pero habíase apoderado el sueño de tal suerte della que, aunque cerré la linterna y encomendé al silencio no permitiese se desazonase aquel amoroso hurto, reparé brevemente que proseguía en su natural descanso. Y así, volviendo a hacer la favorable luz mi tercera, por no malogrársele a quien sin saberlo me había hecho tantos favores, determiné desocupar la cuadra; y dando licencia al atrevimiento a que animase a los labios para imprimirse en la cándida cera de la bella mano que tenía sobre los pechos, por entre sus torneados dedos, como por entre celosías, pienso que alcanzaron a tocar la nieve de uno dellos.

»Tenía debajo de la cabecera, pendiente de una trenza de plata y azul una cruz de diamantes y esmeraldas, que me persuadió le tomase el alma codiciosa de

prendas tuyas, en contracambio de la libertad que me usurpaba y de la joya de la Concepción que gané, y atándola con un listón cabellado a seis vueltas de una cadenilla de oro tirado me había echado al cuello. Dejécela en el mismo lugar donde hallé la otra. Y despejando, bien que de mala gana, el aposento, volví lo más paso que pude a cerrar la puerta, haciendo fuerza a los pies para que, desobedeciendo a la voluntad, no tornasen a lisonjear los ojos con la peregrina gloria de mi nuevo empleo.

»Salí, en fin, a la calle, volviendo a echar la llave a su postigo. Y determinado de pasar lo poco que quedaba de la noche en casa del referido heredero, pasé por la de mi dama (que estaba dos más abajo de la mía), cuyas puertas hallé abiertas y su familia ocupada en trasladar muebles de una casa a otra, casi frontero de la suya. Sospeché no fuesen ladrones, porque a tal hora, y con ropa a cuestras, no pude persuadirme se mudase su dueño. Y, deteniendo al primero que encontré, le pregunté dónde iba de aquel modo. Conocióme como a tan vecino suyo, y respondiome:

–«¡Bien parece, señor don García, que, ocupado vuesa merced en las fiestas de Yepes, ignora las desgracias de mis señoras! Sepa que la misma noche que se partió a ellas, el descuido de una doncella, y el atrevimiento de una vela mal acomodada, pegó fuego a nuestra casa, tan irremediable, que hasta que se reedifique nos es forzoso el trocarla por esta de enfrente, donde pasamos los pocos bienes que perdonaron las llamas. No debe de haber entrado vuesa merced en la suya, pues no sabe este suceso y los huéspedes que tiene en ella, que son mis dos señoras, vieja y moza, y aun sospecho que acomodadas en su mismo palacio; que, como tan vecinos y nobles, sus padres de vuesa merced juzgaron a agravio la elección que hacían de otra más lejos. Dos días ha que sucedió el incendio; y, porque cuando se levanten hallen aliñada la nueva posada, madrugamos, como vuesa merced ha visto, a componella...»

»Conocí entonces la ocasión del venturoso hallazgo que mi amor hizo en mi casa, acabando de enterarme de quién era la nueva ocupación de mis pensamientos. Y, aunque mostré en la cara el pesar de aquella desgracia, se las di en el corazón al fuego, autor de mi felicidad.

»Despedíme dellos y encarguéles no dijese me habían visto, porque habiendo venido por unas damas convidadas a las fiestas, sin entrar en mi casa, determinaba volverme luego con ellas, y me pasaría llegasen a oídos de mis padres semejantes ocupaciones. Prometiéronmelo, y yo, llegando a la del amigo referido, la hallé abierta, y a él, que iba a buscarme. Holgóse de que le excusase aquellos pasos, y aseguróme del recelo que podía causarme la pasada pendencia, con decirme que un criado suyo acababa de llegar de aquella villa y había sido testigo de vista de la prisión de los dos heridos perdidosos, por manos de un

alguacil de Corte que llegó en su seguimiento, y los volvía a Madrid, no menos que por ladrones famosos. Sosegámonos con esto. Y aunque la estrella de la diosa enamorada pedía albricias de la cercana venida del mayor planeta, y mi huésped me acomodó de regalada cama y aposento fresco, ni el cansancio, ni los envites del sueño, bastaron a no gastar hasta las diez del día todo aquel tiempo en repasar la lección primera de mi amor, que aunque estudiada de repente ha tiranizado mi memoria. Muchas veces imaginaba la confusión de mi dama cuando se despertase y reconociese el truco de las joyas que, aunque la que yo la dejé era de más valor para el interés, no para la estimación de voluntad, por habérsela dado quien era dueño de la suya.

»Y para que sepáis de qué tanta era para ella, os contaré anticipadamente lo que acerca desto supe y me dijo una criada, fiel depósito de sus secretos, y agente después de los míos, gracias al oro que todo lo facilita.

»Amábanse con recíproca correspondencia, días había, don Alejo e Irene –que son los que ocasionan las fiestas y luminarias con que esta noche celebra sus desposorios nuestra ciudad, en fe de lo que universalmente sus vecinos los estiman y quieren, pues aunque mis celos y agravios procuren desacreditarlos conmigo, puede más en mí el conocimiento de su valor y prendas para alaballo, que la envidia de su gloria, porque, a pesar della, os confieso que don Alejo, en cortesía, nobleza, bizarría y discreción, es digno sujeto de toda alabanza; e Irene en honestidad, gentileza, sangre y condición apacible es honra de sus bellezas y espejo de sus damas-. Eran los dos iguales en lo que vale menos y se estima en más, que es en la hacienda; de edad florida y capaz para el estado que toman, porque Irene ha cumplido los veinte años, y don Alejo, añadiendo cuatro a la suya, aún no ha acabado de matizar la parte más respetable de la cara con el negro y robusto bozo. Ella, sin padre y en la tutela de una madre venerable y virtuosa, y él, sin ésta y con aquél, son únicos herederos de sus bienes y valor. Y, en fin, tan para en uno, que lastimado el Amor por vellos divididos, esta noche se ha determinado de juntarlos. Todo esto me obliga a confesar la fuerza de la verdad, en mí siempre poderosa.

»Hubiéranse los dos casado con el consentimiento de sus naturales dueños (que, si con certidumbre no sabían que se querían, lo sospechaban), a no aguardar don Alejo en la venidera flota una cuantiosa herencia que le dejaba un tío suyo, hermano de su padre y gobernador loable de una de las más ricas provincias del Perú –de cuya muerte y sucesión en su hacienda, con el despacho della, habían tenido cartas y aviso cierto-, no porque la que poseían en Toledo no bastase, ni porque la codicia de la que esperaba su suegra quisiese hacer vendible la hermosura de su hija (que era noble y, por el consiguiente, desinteresable), sino porque habiéndose de partir en breve el mismo don Alejo a Sevilla, a disponer con su contratación el buen despacho de la plata, por dilatar menos su cobranza,

cuando llegasen los galeones, quisieron con más sosiego celebrar lo uno y lo otro juntamente; que herencias sobre bodas, son marcos de oro sobre pinturas.

»Por esto, pues, y por querer los dos amantes gozar el estado de su posesión, con todas sus antecedencias y circunstancias, dilataban lo mismo que apetecían, como el muchacho que come con deleite la poza de almíbar, que a pesar de su buen aliento la va cercenando poco a poco, regateándola al gusto, porque dure más, que casamientos repentinos sin estas disposiciones son de menos estima y sazón, y como vestido sin guarnición, que, por fina que sea la materia, luce poco y cansa muy presto. Con la taza penada destas entretenidas dilaciones brindaban deseos y gastaban días, hasta que por la mitad de mayo llegó uno en que habiendo surgido en Sanlúcar un navío de aviso, le tuvo don Alejo y su padre de lo que importaba su presencia en Sevilla, para el recibo de papeles de consideración que venían en él, y de quienes dependía el breve avío de la hacienda, que afirmaban traer aquella flota. Encargóle el viejo su partida y fuele fuerza obedecelle, con no poca resistencia de la voluntad, martirizada con los temores de aquella ausencia. Viose con su dama aquella noche, por una ventana baja que caía a una calle angosta y sin salida, de las muchas con que deslucieron parte de la hermosura de nuestro Toledo los avarientos edificios de los moros, los años que la habitaron. Habíanse hablado por ella, con más gusto, otras muchas, terciando la sobredicha criada, y entonces, gastando las horas que permite el recato y el silencio en los ordinarios extremos que usa el amor cuando está de camino. Últimamente se despidieron, dándose para apoyos de su memoria prendas de firmeza labradas de diamantes: don Alejo e Irene, la cruz que hallé debajo de sus almohadas, y ella a él, una Magdalena de las mismas piedras guarnecida. Y cuando éstas le faltaran, bastaban las perlas con que hicieron sus hermosos ojos la costa de aquel viaje, para enriquecella.

»Partióse, en fin, el favorecido caballero, y la ausente dama gastó los días –para ella siglos– en llorosas soledades que mide el tiempo, y hay desde veinte de mayo hasta veinte y cuatro del mes de junio, que fue el que abrasó su casa el descuido de aquel doméstico enemigo que os he contado: resultando desta desgracia el hospedaje que mis padres dieron en la mía a la madre e hija, y luego el suceso y principio de mis amores y hallazgo de la dormida ingrata, cuyo suceso he querido contaros en este lugar para declaración de lo que se sigue.

»Había yo dormido poco o nada, como os dije, aquella noche y mañana, con la novedad de mis pensamientos, cuando oyendo las once al reloj, y entrándome a llamar el heredero para que fuésemos a oír misa, por ser aquel el día del santificado Lucero, honra del Jordán y precursor de Cristo –que aquel año había concurrido con el de la octava del Corpus y en el Hospital célebre de don Juan Tabera, que tiene su advocación y le llama vulgarmente nuestra ciudad el Hospital de Afuera, se festejaba con real demostración y concurso de todos–,

vestíme apriesa, así para cumplir con esta obligación cristiana, como con los deseos que tenía de ver despierta a quien me hechizó dormida.

Oímos en San Vicente la de un clérigo, harto a propósito de mi poca devoción, que la dijo en guarismo juntando casi a un mismo tiempo el *Introito al Ite Missa est*. Y volviendo a la amigable posada, despedido de su dueño, subí a caballo con mi criado y entré en mi casa fingiendo acababa entonces de llegar de Yepes, cuyas fiestas dejaba de ver por haber sabido que en nuestra calle se había abrasado una casa principal; y sospechando, según las señas, era la nuestra, lo dejé todo por certificarme de la verdad.

»Abrazóme mi madre, y mi padre exageró cuán bien lograba en mí su semejanza, asegurándome los dos de mi fingido sobresalto, refiriéndome lo que yo ya me sabía. Mostré desabrimiento de que contra mi gusto (que no ignoraban) en mi aposento durmiese otro que yo, y más, mujeres, habiendo tantos en que acomodallas, a que me satisfizo mi madre con que el aderezo más curioso del mío, y el haber tenido dos desmayos del susto Irene, había dispensado por aquella vez, y que la habían dejado sola en él para que sosegase sin ruido, puesto que en la pieza inmediata de más adentro durmió su madre, pegada la cama a la puerta, por donde se comunicaban aquellas dos cuadras, para acudir la con brevedad, si sintiese haberlo menester, aunque cerrada la dicha puerta porque no la desasosegasen; mandándome la fuese a visitar y dar el pésame, que yo acepté contentísimo, como quien no deseaba otra cosa, si bien mostré rehusarlo haciéndome de rogar, poniendo por excusa la poca comunicación que hasta allí habíamos tenido.

»Fui a verlas luego, descalzándome sólo las espuelas, y hallélas en la mitad de la calle, que iban a misa. Acompañélas, por más que lo rehusaron, obligándome mi amor a reiterar otra vez aquella devoción, y pareciéndome más corta que la primera, con ser de un padre de la Compañía, que con tanta curiosidad, espacio y policía las dicen, advertí, con no poca, si traía la joya que la dejé, y de no vérsela me desconsolé notablemente. En fin, saliendo con ellas, no me permitieron pasar de allí, aunque no por eso las perdí de vista hasta que, entrándose en su casa, volví a la mía. Comimos; quise dormir la siesta y no pude, feriendo el sueño en la multiplicada contemplación de mi nuevo cuidado, si hermoso desnudo, con las galas –guarnición de la belleza– hermosísimo. Llegó la tarde, favorecida de un viento fresco y unas nubes pardas, que sirviendo de toldo contra las inclemencias del sol, convidaban a visitar la Vega y en ella la advocación del referido Santo. Y, pareciéndome no dejaría de aceptarla mi dama, me vestí de rúa, y, acompañado del cortesano heredero que vino a verme, bajamos juntos al espacioso llano, poblado entonces de infinitas flores de damas, si, a falta dellas, todo el año lo está de yerba.

»Aquí es forzoso hacer una digresión, sin la cual dificultaréis la inteligencia deste

enmarañado suceso, cuya principal parte toca a la hermosa Serafina, que está presente.

–«Si es el de mis desdichas (respondió ella) no quiero, don García, que me privéis del descanso que recibiré en contarlas yo misma, así porque las sabré decir al paso que supe sentir las, como porque obligaciones de mi amor en vuestra lengua perderán parte del valor que tienen, cercenando los merecimientos por disminuirlas la paga.»

–«Ya vos sabéis que la confieso (dijo don García) y con ellas la imposibilidad de su satisfacción.

¡Ojalá que pudiera la voluntad hacer pleito de acreedores, que vos, como más antiguo, cobrárades primero! Mas, pues es vuestro gusto ser relatora de vos misma, proseguid adelante, que yo le tendré en oídos, y de camino ganaréis un testigo en don Juan, en abono de vuestra deuda.»

–«Como en las de Amor se permitieran fiadores (respondió él) de buena gana saliera yo por don García. Pero no sé que hasta ahora las admitan sus tribunales, ni es razón; pues para empeños de voluntad nunca son saneadas las ajenas. Comenzad, señora, que, si la piedad capta la benevolencia a los oyentes, la que me habéis causado me tendrá atento.»

A que, no respondiendo Serafina, por dar principio a su discurso, dijo así:

–«Algunos días antes que el fuego (de quien yo hice tanta confianza que le aposenté en mi pecho, con las veras que el Amor, que le conserva, puede ser testigo) terciase tan mal en mi favor con don García, y abrasase la casa a Irene para darle ocasión a amalla, pudiera yo alegar antigüedad, si por ella tuvieran mejor asiento los que se honran con las becas de su Colegio. Porque al tiempo que mi madre y un hermano (que, por la muerte de mi padre, usa con más rigor que debiera de su jurisdicción) tenían tratado por cartas casarme con un caballero de Córdoba –mayorazgo de tres mil ducados, en profesión soldado, en edad mediana y en nombre don Andrés, con quien mi hermano había en Flandes, años antes, profesado la amistad que los de una nación, en las extrañas, iguales en nobleza e inclinaciones, establecen–, y antes de darme parte dello –como si yo fuera la que menos importaba para su ejecución, le habían enviado un retrato (de que dicen que estuvo muy enamorado) y la certidumbre de su efecto, para cuyo fin sólo aguardaban su presencia– sucedió la imposibilidad de la parte más principal para su conclusión, que fue mi voluntad, acomodada, sin saber la daban dueño, con otro, si más ingrato, no menos noble. Fue, pues, el caso que, viendo nosotros enfrente de la casa de don García, y muy cerca de la de Irene – con quien desde niña tuve particular amistad– y las ventanas de una y otra tan juntas que, aunque las dividía una calle, su angostura (cosa común en Toledo)

casi las hacía comunicables, sucedió una noche, entre otras, que don García cantase a un balcón (con la gracia que vos sabéis, señor don Juan, le comunicó por mi mal el cielo) y que desde otro le oyese yo, con no poco gusto, por ser tan a mi propósito el estado que entonces gozaba mi libertad, bien descuidada de que, siendo hidalga, la había de empadronar tan presto Amor por pechera. Y porque, para atormentarme después, hurtó entonces la memoria a los oídos los versos que conserva, os los quiero referir, que son desta suerte:

Alma, la herencia mayor
de vuestra felicidad
se cifra en la libertad,
que es de infinito valor.
Compralla intenta el Amor,
porque el engaño la oprima;
guardaos dél, aunque se anima
cuando a tales ferias sale,
porque una joya no vale
más de aquello en que se estima.
Sus deleites son gitanos,
no hagáis della ostentación
que hace a la lealtad ladrón
quien lleva el oro en las manos.
Si con sus gustos villanos
a rifársela os obliga,
advertid, cuando os persiga,
que es la hermosura tirana
cual moneda segoviana:
poca plata y mucha liga.
No salga si no es por tasa
a vistas, que es novelera,
y libertad ventanera
poco permanece en casa.
Sed con los ojos escasa,
si salir a ellos procura,
que, por más que os asegura,
dañan ventanas abiertas,
y en casa donde hay dos puertas
no está la hacienda segura.
Entre piratas extraños
que os amenazan andáis,
mas como vos no queráis
no os vencerán sus engaños.

Lograd vuestros verdes años
y guardaos de Amor cruel,
que si Fedra os da el cordel
de su confusa labor,
la ventura que hay mayor
es vivir libre en Argel.

»Milagrosa eficacia comunicó el cielo a la Música: con cuanto intenta sale, adormece los Argos, domestica los brutos, atrae las piedras, suspende los tormentos, ahuyenta los espíritus, y, si es verdad lo que afirman tantos antiguos, conserva el mundo con la suave consonancia de sus orbes, de donde debió de tomar motivo aquel gran doctor para llamar esta máquina «verso heroico cuyas sílabas son sus criaturas». A lo menos en mí pudieron, ya que no vencerme, disponerme de suerte que, a pocos lances, se enseñoreó de mi libertad quien tomó por instrumentos los suyos para cautivarme.

»Tenemos un Cigarral cerca del religiosísimo monasterio de los Padres Capuchinos, con una casa en él, suficiente para gozar en invierno del sol y, en verano de sus flores –que, regadas de una fuente y a vista del caudaloso río, las pule Flora, sirviéndole de espejo, con el peine sutil de los vientos mansos que de ordinario las lisonjean–, donde muchas veces nos íbamos, ya en un barco, ya en un coche, por dos o tres días, a abrir las ganas con que en su quietud apetecíamos, después de la cortesana vivienda de Toledo. Y uno dellos, que fue pienso que el décimo, después que oí cantar a don García, habiendo mi madre y hermano ido al referido convento, me dejaron sola en él, achacando indisposiciones, de que me aproveché, por comenzar ya a darme gusto la soledad, presagio de mi amor. Y a cosa de las once, estando haciendo un ramillete de jazmines y clavellinas, por divertir pensamientos que empezaban a desmandarse, entraron dos hombres con otro en los brazos, herido y desmayado, que, poniéndole sobre ellas y la cabeza en mis faldas, me dijeron:

–«Ejercitad, señora, la piedad tan propia de la nobleza, que tan natural es en las damas de Toledo, con este caballero, y mandad a vuestros criados le acomoden en una cama, entretanto que nosotros vamos, yo, por un Padre déstos, aquí cercanos, que le absuelvan, y mi compañero, por un cirujano que remedie si es posible su peligro.»

–«Y en diciéndome esto, se fueron, dejándome a tiempo que no había quedado persona conmigo, por estar unos con mi madre, y otros en la ciudad por las cosas necesarias para nuestro regalo.

Turbóme con la impensada desgracia; mas sacando fuerza de flaqueza y quitándome un paño de cambray guarnecido, que tenía en la cabeza, le apreté

con él, lo mejor que fue posible, una herida que tenía debajo del pecho izquierdo, de que salía infinita sangre, y parecía mortal. Y, reparando luego en su desfigurado rostro, conocí que era don García. Si a los sentimientos ordinarios os parecen bastantes para hacer extremos los que dieron principio a mi afición, juzgad cuáles serían los míos; que yo lo que sabré deciros es que, trasladando aquel golpe desde su pecho a mi alma, vertí sangre del corazón por los ojos, en tanta copia como él por la herida.»

»Di voces a los cigarraleros comarcanos, sin osarme levantar de donde estaba, pareciéndome que cualquier ligero movimiento había de ser causa de que más en breve se acabase de apagar la poca luz en que se cebaba su vida. Y apenas había dado las primeras, cuando entró por la puerta un escudero de casa, y con él don Andrés, el caballero de Córdoba, que acababa de llegar en aquel punto a Toledo; y, no hallándonos en la nuestra, venía con aquel criado a buscarnos. Halló más de lo que quisiera, que fue al herido en mi regazo, y a mí con tantas muestras de amor como de sentimiento.

Conocióme por el retrato que tenía mío, y, echando de ver no ser mi hermano el que ocupaba aquel lugar, conjeturó de mis extremos que algún interesado en mi honra, asaltándole en aquel puesto, le había, por vengarse, muerto. Y así, dejándose llevar del repentino furor de los celos, sin decirme palabra, sacó la daga y quiso con ella abrir nuevas salidas al alma, que porfiaba con la vida a desocupar su antigua habitación. Yo, entonces, coligiendo de aquella acción colérica que era el que le había herido y, no satisfecho con aquella venganza, volvía a echar el sello a su crueldad, con el ánimo que en las mujeres amantes y ofendidas es tan poderoso, me levanté asiéndole de ella, dupliqué los gritos, y pedí justicia al cielo y a las gentes, contra el agresor, de aquel insulto.

»Llegaron a ellos dos alguaciles, que los más de Toledo por instantes escudriñan aquellas casas de placer (ellos saben por qué), los cuales, oyendo mis voces, hallando el herido en el estado dicho, a don Andrés con la daga desnuda, y a mí ensangrentada, y afirmando que era quien le había muerto, le prendieron, al tiempo que, volviendo mi madre y hermano con la familia de oír misa y conociendo al que aguardaban para yerno y cuñado, con la confusa información que les dieron los presentes, tuvieron por infalible que el haberme yo excusado de acompañarlos al Monasterio fue por dar lugar a que don García entrase a poseer lo que tan presto se pierde y tan despacio se llora. Ocasiónó esto a mi hermano (que de suyo es colérico y precipitado) para que con la espada desnuda fuese tras mí, que –amparándome de la mucha gente que se había juntado– me traspusieron a otro Cigarral, y desde él, por orden del corregidor, a la casa de una señora principal y viuda, depositándome en ella y dándomela por cárcel. Retiróse mi hermano; llevaron preso a don Andrés; pusieron dos alguaciles de guarda a don García, que –vuelto en sí e ignorando la confusión de tantos sucesos– le estaban curando un cirujano a vista de un médico, entrambos

famosos en su facultad, y le aseguraron no ser la herida del peligro que se sospechaba, no siendo de parecer que por entonces hiciese mudanza de allí.

Volvióse mi madre a la ciudad traspasada de dolor; y llegando entonces el que había ido por el confesor religioso afirmó a los circunstantes (con el testimonio del que trujo el cirujano) que no sabían de aquel caso más de que riñendo dos hombres contra uno, allí cerca, detrás de unas paredes, habían visto caer a aquel caballero herido y echar los agresores hacia San Bernardo, y que ellos, viéndole desmayado, de compasión le había traído a aquel Cigarral, pidiéndome le hiciese socorrer mientras buscaban quien remediase así su cuerpo como su alma; y que desta verdad sería testigo la sangre que en el suelo donde fue la pendencia aún estaba caliente.

»Resultó de aquí el llevarlos también a la cárcel (que a veces es la piedad dañosa) y venir el padre de don García tan lastimado, como padre de un solo hijo; preguntáronle lo que en esto había y respondiósle: que, saliendo aquella mañana a gozar el fresco tan apetitoso entre aquellos jardines, halló riñendo dos hombres, saliendo él, por ponellos en paz, con los gajes ordinarios de tales ocasiones; jurando, para el paso en que estaba, no tener culpa en todo el contrapunto que había echado el engaño sobre aquel canto llano.

»En fin, por no cansaros: la justicia se informó de los retraídos (a quienes también prendió, cogiéndolos fuera de sagrado); y, averiguada la verdad, salió don Andrés que, no satisfecho della, se volvió a Córdoba, y mi hermano, según dijeron, con él jurando no tornar a Toledo, menos que a ocasión de borrar con mi muerte la nota que había dado mi mal culpada fama. Convaleció don García. Vino a visitarme Irene que, como tan mi amiga, estaba satisfecha de mi inocencia, y después de varios arbitrios escogió por el más acertado el aconsejarme volviese a la compañía de mi madre, de que la disuadí, con el peligro que corría si hallándome mi hermano con ella ejecutaba sus vengativos propósitos; y así, nos pareció mejor por entonces me asegurase debajo de la protección de un tío mío, casado y de edad respetable. Hícelo así, y mi madre, añadiendo a sus años esta pesadumbre, acabó con ellos y con la vida, sin querer –ni aun en el último paso, donde las injurias de más consideración se perdonan– verme. Cumplió mi tío con las obligaciones de su entierro y honras, recibimos los acostumbrados pésames y visitas, y pasándonos todos a mi casa procuramos saber dónde estaba mi hermano, para dalle cuenta de lo sucedido, tomando a la suya mi tío aplacalle con la información de mi inocencia. Pero no fue posible hallar memoria dél. Sólo le respondió don Andrés desde Córdoba se había vuelto a Flandes.

»Quedé yo llena de sus recelos, cargada de luto, y perseguida de pensamientos amorosos, que fueron bastantes en mí a forzarme a escribir estos renglones a la causa dellos, tomando por achaque el parabién de la convalecencia. Y por ser de virtud tan eficaz los versos para persuadir, quise fiar éstos el buen principio de

mi pretensión:

CARTA

El parabién de vuestra mejoría
me he dado yo a mí misma, interesada
en vuestro aumento o daño, don García;
que si establece, en ser comunicada,
la sangre un parentesco, ya nos hace
deudos la que sacó la fiera espada.
Engendre Amor espíritus que enlace
en el fuego vital de sus trasuntos,
y al alma alcázar organice y trace.
Pinte en bosquejo líneas, forme puntos
naturaleza en su obrador materno
(los dos agentes de su efeto juntos)
que en el principio del compuesto tierno
sólo a la sangre la materia toca
conservación del parentesco eterno.
Pues de la vuestra no me dio tan poca
la herida lastimosa, que no sea
su amoroso depósito una toca.
Bañada en ella quiera Amor que vea
su virtud, que hasta el alma reducida
tirano sus potencias señorea.
¿Posible es, don García, que una herida,
sacando sangre en vos, fuego en mí encienda
y dos almas recelen una vida?
¿Que un solo acero vitorioso ofenda
de un golpe dos sujetos y que pase
espíritus un hierro y no lo entienda?
¿Cómo es posible que la sangre abraza
helada ya y del cuerpo despedida,
y siendo material almas traspase?
Matáis muriendo, herido dais la herida
que Amor, áspid oculto, hizo en mi pecho
entre flores segura y divertida.
Si fuera Venus yo, ya hubiera hecho
rosas la sangre que esmaltó mi Quinta
aunque usurpen a Adonis su derecho.
Si del Catay la que el Ariosto pinta,
Angélica, la sangre de Medoro

para escribir mi amor me diera tinta.
Retratos suyos somos, aunque ignoro
que en vos halle la fe que halló la bella
en su amante, pues tuvo fe aunque moro.
Entre las flores, de la suerte que ella,
herido os vi, y acumulando enojos
amor por imposibles atropella.
¡Quién creyera que hicieran los despojos
de un cuerpo casi muerto, don García,
tal rüina en el alma por los ojos!
A sangre y fuego, en fin, la batería
escalas pone y al asalto llama,
cautiva resistencias, celos cría;
y no contento con rendir su llama
la libertad, entre las manos puso
del qué dirán, si no el honor, la fama.
Creyó mi hermano o sospechó, confuso,
agravios cuando os vio de aquella suerte,
contra su honor, que en mí vengar dispuso.
¡Pluguiera al cielo que me diera muerte,
pues perdiendo por vos la vida cara
la libertad viviera sana y fuerte!
Fuérades mi deudor, sin que llegara
a que os sacara prendas mi fatiga,
y Amor, muriendo yo, os ejecutara.
Fortuna, en mi propicia o enemiga
(el suceso dirá cuál atributo
de aquestos dos su ceguedad obliga),
llamas de amor oculta en triste luto,
¡ved, si verde se pinta la esperanza,
naciendo negra cuál será su fruto!
En conclusión, por vos dará venganza
mi presunción soberbia deste agora,
al Amor en poder de la mudanza.
Sin madre estoy por vos y la habladora
lengua del vulgo, licenciosa afirma
contra mi honor lo que atrevido ignora.
Si obligaciones el valor confirma,
sobrándoos tanto, no me persuado
neguéis lo que la sangre vuestra afirma.
La vida me debéis, con el cuidado
que me cuesta su riesgo, y juntamente
la fama, que la plebe ha profanado.

Si, como noble, sois correspondiente,
fácil conformidad de voluntades
me puede dar satisfacción decente.
En calidad, hacienda y en edades,
poco el cielo a los dos nos diferencia,
puesto que tema Amor adversidades.
Pero si a ajenos gustos dais licencia
y no merezco, en todo desdichada,
recíproca de amor correspondencia,
viviré aborrecida consolada
de veros, muerta yo, seguro y vivo,
acreedora siempre y no pagada,
porque Amor sume gastos sin recibo.

»Estos mal concertados, si bien sentidos versos, cerrados como carta con su sobre escrito y porte, mezclé entre las muchas que trujo el mismo día un cartero, que siendo ellas tantas, y revolviéndolas yo mientras buscaba las que venían para mi tío, no fue dificultoso incorporalla con las demás. En fin, por este camino (excusando el de terceros, enemigos forzosos del secreto) vino a mano de quien deseaba. Pero, como halló el mal recibo que quien tiene antiguo huésped hace el advenedizo, a poder escaparse de sus manos se volviera a las mías. Debióla de leer con la gana que mostró su respuesta. Y, remitiéndomela con una criada de su madre, me la dio, con achaque de que la enviaba a saber de mí en qué parte podría hallar las puntas para un manto (encomiendas de una forastera), conforme a aquella muestra que venía envuelta en un pliego, preñez de su ingratitud.

Sospeché lo que podía ser; y aunque no conocí la letra –que otra vez no había visto, deseosa de ver lo que menos me importaba–, respondí me informaría de mis amigas, cuyo buen gusto daba más ocasión a sus galas que mi luto, para cuya diligencia me quedaba con la dicha muestra. Partióse ella con esto, y yo confusa, y apetitosa de averiguar dudas, licencié criadas y ocupaciones, quedándome, si no sola, a lo menos mal acompañada, con los desengaños de la respuesta, que era desta suerte:

CARTA

Si el confesar la deuda pagar fuera,
yo ajustara a los gastos el recibo,
pero donde el alcance es excesivo,
y ninguno el caudal, aún no hay espera.

Prendas sacó la ejecución primera
de una verdad en cuyos yerros vivo,
y no hay acción a bienes de cautivo
que, a podellos gozar, libre viviera.
Acabad vos con él, suelte la prenda,
y hasta que vos cobréis su finca aguarde,
que a fe que es abonada el alma mía.
Pero vos acreedor, yo sin hacienda,
cobraréis mi señora nunca o tarde,
que a esto se pone quien a pobre fía.

»Bien quisiera yo hacer una bella retirada, conocida la dificultad de la empresa, y volver la libertad por los mismos pasos a su primero alojamiento. Pero cuando retrocedió Amor sin dar de ojos, no teniéndolos, y atajándole el camino tropiezos de celos averiguados, formé quejas, ponderé agravios y propuse olvidos, engañándome a mí misma con la salud imaginada en la cura, sobresalto que suele prometer una no correspondida voluntad, que tal vez juzgan desengaños, por contrayerba de amor, a los celos. Pero ¡qué mal juicio!, mostrando la experiencia que son ceros en su cuenta, pues cuantos más se le juntan, crece más su número, y tantos pueden ser, que a una pequeña unidad de amor añadan infinidad sin suma.

»En fin, no dieron lugar, por todo aquel día, sentimientos de mi menosprecio – que por tal juzgué entonces nobles satisfacciones– a los de mi afición; y, tratándome como sana, di a mi libertad la bienvenida. Pero sucedióme lo que al que recibe una herida mortal que, al principio, la fuerza del golpe adormece de suerte el sentimiento que no le duele, siendo después tanto mayor cuanto lo fueron las treguas que dio el dolor. Tomó el mío corrida atrás para acometer con más ímpetu, y fue de modo que atropelló, si no con la salud, con los apoyos della, sustento y sueño. Y lo peor desto fue que, como no tenía con quien comunicar mis desvelos, andaban a tienta en mi casa, aplicando medios ridículos, sin hacer en mí más efeto que atormentarme puertas adentro del alma.

»Habíaseme dado por amiga della, muchos días había, Irene, como os he referido. Y, siendo vecinas, diéronle aviso lo uno y lo otro de mi indisposición, obligándola a visitarme, que fue a tiempo que don García, sano ya del todo, había vuelto de Yepes, e Irene, sin sabello, mostrándose más poderosa dormida que yo despierta.

»Una tarde, pues, que las dos estábamos a la ventana frontera de mi enemigo, y él, por gozar tan buena ocasión, templando un laúd, a ella, y fiando de los ojos ponderaciones del alma que no fió de la lengua, habiéndonos hecho una

agradable cortesía, y atribuyéndome yo las señales amorosas que a Irene despachaba; o arrogante –¡que toda mujer lo es cuando piensa que la quieren!–, o indignada –con la libre presencia de quien, tan poco había, me desengañó– le di con la ventana en los ojos, vengándome sin sabello, con quitalle dellos su adorado empleo. Y, diciendo «¡Jesús, qué grosero presumido!», me levanté, tomándola por la mano y bajándonos al patio (recreación curiosa, los veranos). La novedad de aquella acción, tanto más peregrina en mí cuanto menos ocasionada, y la mudanza de colores en el rostro, se la dieron a Irene para decirme:

–«Aunque te estoy agradecida, Serafina mía, porque, sin saber lo que has hecho, has castigado atrevimientos de don García –si merecen este nombre pretensiones amorosas y cortesanas que dice que le debo–, con todo eso, el afeto de la palabra y obra, tan poco usado en tu apacible trato, me hace novedad y causa deseo de saber qué delito ha sacado tu urbanidad de sus límites.»

–«¿Es pequeña ocasión, la respondí, el haber perdido por él mi madre, la presencia y amor de mi hermano, y expuesto mi reputación a la rigurosa censura del vulgo?»

–«¿Pues qué culpa tiene de eso (dijo) quien sin ella, como se ha averiguado, se vio en tus brazos casi sin vida?»

–«Tampoco la tiene la espada con que hiere el homicida (repliqué), y con todo eso la aborrece el herido. Pero declárame qué es eso que dijiste de pretensiones amorosas, de que te hace cargo.»

–«¿Agora sabes (dijo) que desde el incendio de mi casa me atribuye el de sus pensamientos?»

–«No te debo (la repliqué), pero pésame de que no le correspondas; que yo te confieso, si no fuera por no sacar verdaderas las mentiras que han dado nota en mi recato, que las muchas partes que le apadrinan hubieran en mí atropellado las de mi sentimiento.»

–«Antes para restaurar menoscabos de tu fama, si ha habido algunos (respondió), era el total remedio el obligalle, y tratar de que en el mar del matrimonio se anegasen vulgares murmuraciones; que don García merece mucho.»

–«¡Ya le alabas! (dije) abrasada en celos.»

–«¿Lisonjéote (respondió) con su alabanza, porque conjeturo que le quieres bien?»

-«Y yo colijo (repliqué) que no le quieres tú mal.»

-«Ninguno me ha hecho (dijo), pero si tu sospecha llega a maliciar que una breve ausencia pueda, en menoscabo de mi firmeza, adelantar partes de don García a méritos de don Alejo, sabiendo tú que nuestros padres aguardan su venida, para trocar esperanzas en posesiones, agravias el buen crédito que imaginé tenía contigo, porque no sólo en esta parte le aborrezco, pero aun cerceno obligaciones de vecina, acrecentadas con el hospedaje -pues le tuve en su casa cuando se abrasó la mía-, tanto, que no lo he visitado sino sola una vez, y ésa, a importunas persuasiones de mi madre, tan limitadamente como las de médico que cura de limosna.»

-«Ahora bien, dejemos despropósitos impertinentes (dije, si algo asegurada, no menos celosa) que tú por esos respetos, y yo por los que te he dicho, disculpan lo que basta la desdeñosa clausura de mi ventana, y divertamos las dos mañana, día de San Juan, en la Vega, tus desvelos de ausencia y mis melancolías de luto.»

-«Estaba por decirte de no (me replicó), enojada contigo por lo poco que te debe el abono de mi perseverancia; mas como la vuelva su honra, yo admito la aplazada recreación de la Vega.»

»Con esto redujimos asomos de enojos a entretenimientos de risa (si en ella verdadera, en mí fingida). Y la siguiente tarde salimos juntas, Irene de verdegay -vestido y alma- y yo de negro -uno y otro-; ella sintiendo ausentes dilaciones, y yo llorando presentes agravios. Llegamos al campo de Marzal, plaza célebre del Hospital de Afuera -entonces jardín de toledanas birrarías-, adonde sucedió que don García podrá proseguir, que yo, habiéndole sustituido la digresión -paréntesis largos de sus amores-, cumplo con esta circunstancia, restituyéndole lo que falta deste suceso, en que no tengo poca parte.

-«Compasivo deleite ha dado a mi sentimiento, hermosa Serafina (dijo don Juan), lo que nos habéis contado, restituyendo por los ojos el que la comunicaron los oídos. Proseguid, don García, que adelanta ya el alba crepúsculos, y me holgaré lleguéis a su conclusión antes que el Sol nos vea, revelador de amorosos enredos que aún no habrán olvidado Marte y Venus.»

-«Por daros gusto (respondió él) añadiré alcances a las deudas que confieso a doña Serafina, añudando el hilo de mi historia con el de sus quejas, que son tan verdaderas como yo desdichado.»

Dejé mi cuento en que el heredero y yo bajamos a la festiva Vega. Y, prosiguiéndole, digo que la hallamos poblada de diversas hermosuras,

divirtiéndose mi compañero, y –como libre– cebando los ojos, ya en unas y ya en otras, y despertando su multitud en mí nuevos deseos de ver la que, a mi parecer, era cifra de todas. Cumplíomelos la ocasionada fiesta, si bien para mayores sentimientos, porque habiendo acudido a ella (como doña Serafina ha dicho) y el alma que –por la parte que tiene de divina–, acertando donde estaba, a la sombra de la cortesía y conocimiento de la vecindad que, junto con el conversable trato de Toledo, permite lícitas y breves conversaciones en semejantes lugares, llegué a hablarla, dejando al heredero entretenido en curiosas averiguaciones de tapadas, haciéndose en mí el alma ojos, o los ojos alma, aunque Irene, de medio, como doña Serafina, resistía al aire que, usurpando la plaza de sumiller –como si yo le hubiera sobornado–, intentaba obligarme y correr la cortina a soplos del avariento soplillo, funda de aquel bellissimo relicario.

»Entretuviéronme un rato en la mitad de la espaciosa plaza, atrio de la imperial Puerta de Bisagra.

Pudo ser por dar gusto a doña Serafina, si no fue por dalla celos (que no hay mujer, aunque más prendada esté en otra parte, que en llegando a competencia no procure salir con la victoria). En fin, por uno o por otro, sin conocer a la que deseaba tanto como se encubría, y con el conocimiento de quien le tenía menos de mis penas, respondía a palabras equívocas encaminadas a la poca correspondencia con que pagaba mal obligaciones de la compañera que, por decillas por impersonales y estar tan lejos yo de que lo era doña Serafina, ni de que su discreción permitiera al secreto buscar tal abogado, respondí, sino a su propósito, por lo menos al mío: licencia que dan palabras anfibológicas al entendimiento para aplicallas a diversos sentidos. Desta suerte procuraba eslabonar mis deseos con los de Irene, ignorante de que hubiese quien le pidiese cuenta dellos; cuando improvisadamente, malogrando encarecimientos de mi amor, me atajó las palabras diciendo:

–«Perdonad, señor don García, que me esperan ciertas amigas de obligación.»

»Y asiendo de la mano a doña Serafina (que, si había callado, no menos había sentido la enajenación de libertad que por tantos títulos debía reconocerla por dueño) se fueron, y yo siguiéndolas de lejos hasta San Bartolomé de la Vega con los pasos, y hasta la huerta de don Antonio de Vargas con los ojos; donde, entrándose, me dejaron hecho un enigma de recelos, sin saber determinar la ocasión de aquella repentina retirada, ni permitir la satisfacción que de Irene tenía silogizar la sospecha proposiciones en menoscabo de su buen crédito.

»Es, pues, el caso que, como poco ha supe de la referida criada de mi dama, cuando estaba hablando conmigo, vio salir por la dicha puerta a su don Alejo que, acabando de llegar de Sevilla y no hallando en casa a la ocasión de su

apresurada vuelta, la venía a buscar a la Vega, con el mismo vestido de camino y al pecho la Magdalena de diamantes, memoria de su empleo. Receló Irene, con el susto de velle, no ocasionase, hallándola allí conmigo, pesadumbres en lugar de bienvenidas. Y, como quien de veras ama cualquiera sombra de culpa en ofensa de su dueño se le presenta gigante, parecióla que ya nos había visto y conocido. ¡Como si no supiera un manto y un medio ojo desatinar conocimientos linceos y transformar mujeriles Proteos! En fin, Irene, sino culpada, condenada por sí misma, se fue con su compañera a la dicha huerta, y entrando en una de sus salas, con permisión de la casera, persuadió a doña Serafina trocasen vestidos, y se dividiesen después, andando de por sí aquella tarde por la Vega, hasta que al anochecer volviesen a su primero traje. Porque si, como sospechaba, don Alejo la hubiese conocido por el vestido –señuelo otras muchas veces de su amor–, y agraviado quisiese intimar quejas, encontrándola después en aquel hábito, se atribuyese a sí mismo el engaño que entonces tanto la importaba. No fue muy difícil de alcanzarlo de doña Serafina, que había determinado burlarme con el mismo disfraz; antes añadió temores que estorbos. Y así, ejecutando brevemente el cauteloso truco, salieron las dos divididas, con tan aparente semejanza que a sí mismas se engañaran. Habíase echado al cuello, aquel día, mi dama la medalla de la Concepción que la dejé a la cabecera, y debiólo de hacer, sino aficionada a su curiosidad y riqueza, deseosa de que, sacándola a vistas, conociese por ella a su dueño que tan confusa la traía. Y así, por no dar ocasión a que la pidiese cuenta don Alejo de la que había de estar en su lugar, ni venir bien con el luto que usurpaba, hizo a doña Serafina que, poniéndosela, acompañase a su engaño. Y quiero advertiros que yo, por no dar motivo a que mi Irene, conociendo la cruz que la quité, supiese la coyuntura que fue tan a costa de su vergüenza, aunque la traía al cuello, la encubrí al tiempo que estuve hablando con ella, guardando para mejor oportunidad lo que, si entonces supiera, me había de hacer daño. Pero luego que se apartaron de mí, volví a ostentarla al pecho; que, como la estimaba en tanto, no me juzgué galán sin ella.

»Apenas se dividieron las dos por la espaciosa Vega, cuando doña Serafina, guiando hacia mí sus pasos y hallándome llevado de mis imaginaciones –no sé si algunas dellas determinadas de entrar en la guerra y averiguar sospechas–, me dio ocasión con su disfrazado encuentro a juzgarlas por maliciosas, y con el alegrón de ver sin compañía la que imaginé que era a prometer albricias a mi esperanza. Vio Irene bajar a don Alejo hacia el referido Monasterio, hecho los ojos escoltas de lo que buscaban y tenían delante. Y, saliéndole al camino, le obligó más la cortesía que el gusto a suspender un rato las diligencias, que en la pretensión de lo que gozaba le daban excusadas priesas. En fin, conversables palabras –que, a saber cuyas eran tuviera en más estima– le entretuvieron, y, por deciros las que Serafina y yo pasamos, difiero para después las tuyas. Agradecido al imaginado favor, ahorré pasos al engaño que me salió al encuentro, diciendo:

-«Envidia o celos (si ya estas dos no son una misma cosa) me incitaran a la recuperación de la dicha que me desazonó vuestra impensada ausencia tan buen rato, sino me fueran a la mano recelos de enojaros, y vos, hermosa Irene, no los hubiérades reparado con esta segunda merced, de tanta más estima, cuanto el hallazgo de lo que se pierde da más acrecentimiento al gozo cuando se halla.»

-«Por ser yo la perdidosa (respondió) vuelvo a restaurar malogros del buen rato, señor don García, que hoy debo a vuestra entretenida conversación. Estorbólo el temor de mi compañera que, creyendo la había visto cierto deudo, ausente ahora -sospechoso, sin causa, de vos y della-, le pareció el mejor remedio excusar, con retirarse, desgracias que eran forzosas -si el que vio fuera el que pensaba-, en uno de los tres o en todos juntos. Ya nos enteramos de que era otro; y ella, por excusar segundos sustos y no profanar el reciente luto que a causa vuestra trae, se vuelve a su casa, y yo a proseguir con vos permisiones de la Vega.»

-«Dos cosas habéis apuntado (dije) en lo que acabo de oiros, que no entiendo: la primera, que un deudo de la persona que os acompañó tiene sospechas de mí y de ella; la segunda, de que el luto que trae es por mi causa.»

-«Si vos la conociérades (replicó), estuviera yo excusada de satisfaceros; pero según dicen malas lenguas, todo lo que es conocimiento en vos peligra.»

-«Yo, señora (dije) tengo tan enajenados los sentidos cuando os veo, que no los da licencia el alma, menesterosa dellos para gozaros, a que pasen los límites de vuestra hermosura. Pero ¿quién era, por vida vuestra, la que me hace cargo de su luto?»

-«¿Qué me daréis (respondió) porque os lo diga?»

-«¿Qué os puede dar (dije) quien os dio el alma? Pero ¿qué queréis vos porque no me lo digáis?»

-«¿No lo queréis saber (respondió), y echáis por vidas a costa de la mía? En poquísimo debéis de tenella.»

-«¡Mirad vos, señora (dije), en qué tan poco, que no pende la mía de otro principio que de su conservación! Quisiera conocer a quien no conocer quisiera, porque, como no sé hasta agora que haya acreedores de mi voluntad en este mundo ni el otro, ni quien por mi causa no haya vivido todo lo que los médicos han gustado, holgárame reconocer a quien me imputa mentiras; y no conocella, porque no perdiera por ellas su crédito conmigo.»

-«Pues en verdad que afirma ella (respondió) ser vos homicida, no de una sino de muchas. Y mirad si son hartas, pues llora, muerta por vos su madre, su libertad y casi para ello su reputación.

Además, que si la ausencia usurpa el nombre a la muerte, también se la puede atribuir a su hermano, que no sabe dónde está por vuestra ocasión.»

-«Ya sé por quién abogáis (la dije); pero pues os dio relación doña Serafina de deudas que corren por cuenta del agradecimiento, y no de la voluntad, cobre de vos que tenéis la mía, que con una sola partida no puede pagar el deudor dos libranzas de una misma cantidad.»

-«Ni hay quien deba (dijo), sin ser tramposo, por no satisfacer a ninguna de las dos. Habréis escondido la vuestra, como hace quien teme ejecuciones, y alegaréis empeños fingidos.»

-«Reconoced vos (respondí) cartas de pago que ha formado el amor, y veréis cómo habéis cobrado adelantado tercios de la voluntad.»

-«Lo mismo diréis a doña Serafina», replicó.

-«Eso, ¿de dónde podéis colegirlo vos?», dije.

-«De que sé cuán agradecido sois (dijo) y que debiéndole la vida –testigo vuestra sangre depositada en una toca–, la habréis pagado con igualdad.»

-«A ser necesario (respondí) emplealla en su servicio, sí hiciera, desempeñando con ella esa prenda; pero no con el alma, que ésa es vuestra.»

-«Pues yo, ¿para qué quiero (acudió) alma sola sin cuerpo vivo?»

-«Agora una y otro está (dije), a vuestra disposición. Secrestaldo todo y, no hallando doña Serafina de qué cobrar, quedaré yo desobligado.»

-«No sé si os crea (respondió); pero juradme, por vida de lo que más queréis, de no amar más de aquí adelante a la que agora está en la Vega, enlutada, y vino conmigo; que, con esa condición, en muestras de lo que ya no puedo negar, que os quiero, yo quedaré segura y vos sin nota de ingrato.»

»Loco de contento, multipliqué juramentos y maldiciones. Y pidiéndola la mano, que no permitieron besar ojos de tantos circunstantes, se la di de ser eterno correspondiente de tal merced.

»Hasta este punto había llegado nuestro engañoso discurso, mientras que el de

Irene y don Alejo añadía lazos a este laberinto, porque –habiéndole detenido (como os dije) la bienvenida con que Irene le entretenía de medio ojo y él, sin saber con quién hablaba, buscaba atajos a sus rodeos para desasirse de su conversación– le fue encadenando en ella y de palabra en palabra, entretanto que con los ojos registraba cuantos mantos eran nubes de los soles de la Vega. Curiosa de saber lo que en él tenía ganado su amor, y qué quilates había disminuido o acrecentado en el suyo la ausencia, retocándolos en la piedra de los celos, le dijo:

–«Lástima tengo, señor don Alejo, al desasosiego con que buscáis cosa que no tenéis muy lejos, ni os habéis de holgar de ver, a causa de las circunstancias que, si averiguáis curioso, os han de desengañar impaciente. Mujer pintan a la Ausencia; mujer es vuestra dama; y una mujer con otra fácilmente se concertan.»

»Llegáronle al corazón estas estocadas, porque no hay peto fuerte de seguridad a prueba de celos. Pero, desmintiendo la lengua colores advenedizos del rostro, pregoneros de su turbación, respondió:

–«Yo, señora a quien no conozco, vivo tan cierto de serlo –lo que en agravio de vuestro sexo decís– que en fe de esa verdad no he desmandado hasta agora pensamientos que traigan de acarreo forasteros cuidados al alma.»

–«Luego, nunca habéis querido bien,» replicó Irene.

–«Nunca (respondió él) que fuera quererme mal a mí»

»Picóse desto la disfrazada amante y, ya sea por vengarse –que enojos, y más de amor, nunca previenen inconvenientes–, ya averiguándose el disfraz y descubriendo quién era, cuando sus impacencias hubiesen hecho alarde de su afición, por dar más sazón a su amor (pues estaba fácil el remedio, consistiendo sólo en correr a la cara media vara de manto) –o ya, en fin, por vengarse– que la presunción de la hermosura siente por agravio el no preciarse de su esclavitud en ausencia quien en presencia la confiesa–, quiso con una no sé si impertinente prueba, dar perfecto punto a sus amores, que sin celos dicen, están desabridos como el manjar sin sal. Pero echó tanta que, en vez de sazonallos, por poco los echara a perder. No en balde dijo un experimentado que así como la sal en los manjares, siendo poca, los hacía apetitosos, y siendo mucha, los hacía amargos, así los celos moderados realizaban el amor, como los superfluos los convertían en aborrecimiento. Comprobóse este ejemplo en el suceso presente, pues cargando Irene la mano en demasía le dijo:

–«Yo me había engañado, creyendo por las diligencias del cuerpo ocupaciones del alma, pues tan señora decís que es de sus acciones, y tan poco os ha de

importar lo que, imaginando os costara mucho, decía por emblemas, reconoced aquel vestido verde, si por las paredes de la casa sacáis el dueño que la habita, y mirad cuán pocas plazas hay vacas en la facultad de Amor, pues en ausencia del propietario busca tan presto sustituto.»

»Apenas dijo esto cuando, viéndonos don Alejo de las manos, y jurando falso el vestido de Irene en doña Serafina (quizá efecto de la liberalidad de don Alejo y por eso bastante conocido), apoyando sus celos la cruz de diamantes que yo traía y él debió de ver, sacando la espada y viniéndose para mí, pudiera ser le hiciera el enojo descortés, si yo, avisado Por la fingida Irene y verdadera Serafina con un grito, no le opusiera la mía desnuda, mientras que la mucha gente que había en la Vega impidió, con su confusa multitud, así la ejecución de su cólera y mi venganza, como la conclusión que tenía Irene imaginada con que dar alegre fin, manifestándose, a aquellos enmarañados principios; porque, temerosas una y otra de la nota que podían dar descubriéndose, se fueron juntas y no poco asustadas a la casa de Serafina, donde, restituyéndose los vestidos, maldijeron metamorfosis: Y don Alejo y yo –sin tener él más lugar que decirme: «a impedimentos de vulgo en agravios de honor, si estimáis el vuestro, podréis satisfacerme cuando y donde os avisare», ni yo de responderle sino «que, cuanto más lo defiriese, haría mayor agravio a mis deseos»– nos apartamos por diversos caminos, él licenciando compañías de deudos y yo de amigos. Y, aunque a él lo obligaron a entrarse por la Puerta del Cambrón, y a mí por la de Bisagra a Toledo, sus celos –cuanto más considerados, con más determinación– y los míos –que con los recibidos favores, puesto que engañosos, se habían hecho más lozanos– se buscaron a un tiempo, hallándonos los dos en breve distancia junto a la plazuela de Santo Domingo el Antiguo, que por ser poco habitada y más a tal hora –que comenzaba a nocher–, le pareció a mi competidor a propósito para decirme:

–«Huélgome, señor don García, de haberos hallado a tiempo que, pasados los primeros ímpetus de mi cólera, con más consideración y cortesía pueda averiguar si tengo razón o no en lo que hice en la Vega. Yo, aunque he comunicado con vos poco, os tengo por caballero en quien no desmienten las obras a la sangre ilustre que os acredita. Quiero bien, con recíproca correspondencia, a la dama con quien en la Vega estábamos hablando, cuando la poca consideración de los celos se aprovechó más de la irascible que de la moderación que tal lugar y personas pedían. He estado ausente algunos días; y aunque la confianza que en Irene he tenido (si es cuerdo el que la funda en mujer ausente) aseguraba temores, con todo eso, dejé en Sevilla a medio despachar papeles de no poca importancia, y me volví a Toledo, a tiempo que, no hallando a mi dama en su casa, sin descalzarme las espuelas, la salí a buscar a la Vega, vi lo que pienso, que no fue sino que mis sospechas, haciendo tropelías en mi imaginación representaron, por medio de la perspectiva, mentirosas especies

a los ojos... En fin, o sea verdad o no, a mí me pareció que os daba la mano, y os favorecía más de lo que permite una palabra dada de esposa a un amante que ha más de un año que funda toda su esperanza en ella. Y, si no es que con el mismo engaño me desvanece lo que miro, la cruz que traéis al pecho acaba de certificar mi agravio, porque –al despedirme– cifré con ella la seguridad de mi dicha, que por ser diamantes creí serían abono de su firmeza; y agora veo la fuerza de la ausencia, pues lo que no puede el acero con ellos puede el breve término de un mes, pues muda hasta los diamantes, si en vos bien empleados, en mí no bien correspondidos. Quisiera saber, primero que los celos que me habéis dado malogren los deseos que de serviros tuve, si conocistes con quién hablábades, y, conocida, si sabéis la acción que tengo a su hermosura, o, sabiéndola, fue aquella representación de mi olvido –más que lícito entretenimiento en tales días– y puesto permitido a un medio ojo y un galán cortés, que, puesto que prendas al cuello conocidas son testigos que no padecen excepción en mis agravios, quiero más fiarlos de vuestra lengua que de su certidumbre, por la seguridad que en vuestra nobleza tengo, de quien me prometo verdadera relación.»

–«Mucho holgara, señor don Alejo (respondí), en correspondencia de vuestro noble modo de proceder, no verme tan en la mitad de este amoroso laberinto, para retirarme de él; y lo hiciera, a no dudar de la salida que dificulta una voluntad sin ojos y ya prendada. Pero ya que no se consiga este deseo, os diré la verdad pura de este caso, y luego, haciéndoos juez a vos mismo, pasaré por la determinación vuestra, vencido más de vuestra cortesía que de vuestra espada. Yo no supe jamás que Irene –que era la dama con quien me hallastes hablando–, tenía tan bien empleados sus pensamientos; antes, certificándome del recato con que siempre ha vivido, estaban exentos de toda jurisdicción amorosa. Me atreví a la dificultad que trae consigo el conquistar voluntades primerizas, puesto que con la perseverancia, y medios honestos de una lícita pretensión, ha sido hoy el día que hubiera dado albricias a mi buen principio, a no malogralle la ocasión que me significáis tener a su hermosa posesión, alegando la antigüedad que os confieso, porque la mía no pasa de un mes poco más. La joya que llamáis vuestra, y sé yo que ha sido suya, si bien la traigo por prendas y favor de cuya fue, no la poseo con su permisión, ni aun ella sabe quién la tiene. Un suceso, que pide más tiempo y lugar que el que tenemos, me hizo dueño suyo, que os contaré cuando vos queráis y estemos más de espacio. Sólo podréis formar quejas de Irene en los favores que esta tarde me hizo y, dándome la mano, confirmó, viéndolos vos, según decís. Y juzgándoos ausente (que en eso no hallo disculpa) prometió corresponderme con todas veras, si olvidaba a cierta dama de quien nunca he tenido memoria; y, prometiéndoselo con todo el encarecimiento que pude, me dio la mano a tiempo que impaciente quisistes hacer con la espada lo que Alejandro en el nudo gordiano, blasón de los Reyes Católicos. Ésta es la verdad, puesto que en cifra. Ved qué determináis haga por serviros, que, no parándole perjuicio al amor que a Irene tengo, juzgaré a mucha dicha el satisfaceros.»

–«De vuestro valor y noble trato lo quedo yo mucho (respondió) puesto que con la mudanza de esa ingrata crezca mi agravio: Quien no parece, parece. Fiéme en la inconstancia del viento. No es mucho haya dado al traste mi navegación; que, siendo piloto la ausencia, ¿qué otro paraje podía esperar quien se embarcó en la poca seguridad de una mujer? ¡Gozalda muchos años, y sean con más felices fines que los míos!»

»Y, sin aguardar respuesta, me dejó tan lastimado cuanto confuso e imaginativo. En fin, juzgándome preferido y con la esperanza de los favores que me dio la fingida causa de tanta confusión, llegué a mi casa determinado de dar aquella noche principio al empleo de mi engañada pretensión. Dieron las doce, y, sin más compañía que la de un jaco, espada y broquel, busqué la más acomodada batería de aquella amorosa fortaleza, donde se había quedado doña Serafina con Irene (permitiéndolo su tío) a dar traza, como la tela de Penélope, de desenredar de noche lo que habían enmarañado aquel día. A pocas vueltas, pues, que dí, escuché satisfacciones, de una ventana, no admitidas en una calle tan estrecha como las ordinarias de esta ciudad, y por fin dellas a don Alejo, que, perdido lo que quizá importó más a su sentimiento, digo al juicio, dando lastimosos suspiros, como la Poesía toda es furor y los celos en esta parte se le parecen tanto, decía estos versos, estándolos oyendo las dos afligidas amantes:

¡Verdad, que hasta agora en duda
a los montes te destierras
y en los desiertos te encierras
porque no te vean desnuda,
no es tiempo que ya estés muda,
pues callar y padecer
con celos no puede ser,
y menos con desengaños!
¡Romped el silencio, daños,
que el pecho es cárcel estrecha,
y si cupo una sospecha
ya no caben certidumbres!
¡Amorosas pesadumbres,
ropa al mar, que tras la calma
padece tormenta el alma
y lo más pesado arroja!
La esperanza se despoja
de sus frágiles empleos;
al agua se echan deseos,
caudal de poca sustancia:
¡Anéguelos su ignorancia,
pues se hicieron mercaderes,

que con olas y mujeres
no hay trato que ande seguro!
El Amor, que es Palinuro
al mar echa su sosiego:
mas piloto que está ciego
¿cómo podrá gobernar
la nave que en tanto mar
escollos y sirtes teme?
Ni ¿cómo regira el leme
donde entre dos elementos
gobiernan treinta y dos vientos
reinos de aguas inconstantes?
Pensamientos navegantes,
¡huid peligros y encantos,
que en reino en que mandan tantos
poco dura el gusto en popa!
¡Echemos al mar la ropa,
y la hacienda de más peso!
¡Vaya lo primero el seso
(pues la esperanza zozobra)
que, en fin, es trasto de sobra
en quien falta la ventura,
porque celos y cordura
no se compadecen bien!
¡Memoria, anegaos también!
Mas, si yo al mar os echara,
¡ay de mí, que me faltara
para desterrar cuidados!
Recordáis bienes pasados
para dar males presentes.
Confianzas diligentes
al mar os echa un desprecio.
Todo confiado es necio.
Necio soy, pues confié
en sol de hebrero, en la fe
de un griego, en torres de viento.
¡Alto, al mar, entendimiento,
que no os quiero a vos tampoco,
porque discursos de loco
no estriban en la verdad!
¡Salid también, voluntad
pues vuestra mala elección
ha sido mi perdición!

¡Buscad posada, sentidos,
que sois Sinones fingidos
por quien mi Troya se abrasa,
y de enemigos de casa
no hay que esperar sino enojos!
Enemigos son los ojos
pues traen penas de acarreo
al alma, y con el deseo
concertando sus engaños
meten huéspedes extraños
que usurpan la libertad.
¡Oídos, desde hoy cerrad
puertas a voces sirenas,
que para aumentos de penas
los quieren vender mentiras!
Alma, si el incendio miras
que en mis pensamientos pasa,
¿por qué no sales de casa
donde triunfa tu enemigo?
¡Huye, y llévate contigo
los penates si es que quedan
libres alivios que puedan
dar a tus penas consuelos!
Mas siendo peste los celos
no habrán reservado nada.
¡A casa que está apestada,
cerralla y ponella fuego!
¡Cuerpo, a la mar os entrego,
que es fuego y sal juntamente,
y castigo conveniente
a vuestro delito igual,
quemar o sembrar de sal
casa en que viven traidores!
¡Gracias al cielo, temores,
que no me daréis enojos!
Sin alma, cuerpo y sin ojos
y sin sentidos estoy.
Sólo el desengaño soy
de Irene: engañóme Irene.
Fiéme en el mar que tiene
olas con que Amor se apague.
¡Quien tal hace, que tal pague!
¡Quien tal paga, que tal pene!

»De esta suerte se iba enfureciendo don Alejo, y casi ejecutando con las manos lo que decía la lengua, cuando, alborotados los vecinos y sucediendo pasar por allí su padre, que le reconoció, unos y otros le llevaron por fuerza a la casa de Irene, cuya madre –que, como os he dicho, había días que le pensaba tener por yerno– sospechosa de lo que era, había salido a la puerta con su hija y Serafina.

Y todos cuatro con el apasionado mancebo, despidiendo la vecindad, se entraron en una sala, donde contando Serafina la causa de aquel accidente, atestiguando lágrimas de Irene, abonando caricias de su madre, y juntándose promesas del noble viejo, bastaron a sosegar aquella furiosa tempestad, que la de los celos imitan a las del verano, pues con poco que duran amenazan peligros, pero luego se serenán. Satisfízose don Alejo: y, para acabar de asegurarle, confirmaron sus padres lo que antes tenían tratado, determinándose de desposallo, sin aguardar peligrosas dilaciones, con que paró toda aquella máquina de pesadumbres en abrazos y regocijos, echando fuera de casa celos y enojos, que buscando con quien acomodarse, y hallándome a mí escuchando por entre una ventana mi desdicha, les fue forzoso el embestirme, y a mí, el llevarlos conmigo.

»¡Mirad con quién y sin quién, para sosegar en mi casa lo poco que faltaba para el día hallóme despierto, puesto que juzgando por sueño todo lo que por mí había pasa[do] aquella tarde y noche!

Pero, para desengañarme, llegó un paje a avisarme que estaba allí la criada de Irene (que os dije que era su consiliaria y mi espía) y, levantándome asustado de la cama donde vestido no pudo hallarme el sueño, entró con un papel, que de parte de su señora me dio y yo leí, cuya sustancia era desengañarme, contándome la verdad del caso sucedido en la Vega, el casamiento concertado con don Alejo para de allí en quince días –a que me convidaba–, el pedirme la destrocarse la joya que, sin saber cómo, tenía noticia estaba en mi poder, enviándome la Concepción, que, por haberla hallado en su lugar cuando despertó, imaginaba ser mía –perdonándome el atrevimiento que conjeturaba había tenido entonces contra la inviolable inmunidad del hospicio que mis padres la hicieron– y, últimamente, el persuadirme a la debida correspondencia de doña Serafina, encareciéndome las veras de su amor y las obligaciones en que me había puesto. Acabé de leerle y de desengañarme que no dormía. Y aunque con el sentimiento que heridas de repente, y más de celos, causan, pudiera responderla desacuerdos, reprimí quejas para repasarlas después a solas. Y, enviándole la cruz que le tenía usurpada, sin admitir la presea que en su retorno me restituía, la escribí el parabién de su acertada elección, confesando la envidia que tenía al venturoso poseedor, lo mucho que había de costarme el persuadir a la voluntad había sido engañado lo que tan de veras creyó en la Vega, que, puesto que el entendimiento le juzgaba por tal, ella estaba todavía incrédula. Pero para atajar los estorbos que en sus desposorios podían intentar mis sentimientos, la prometía ausentarme, y asegurar con mi partida los recelos de su

dueño. Y, sin responder a la cláusula tocante a doña Serafina, despedí la criada, quedando de suerte que –no bastando los consuelos que un desengaño suele comunicar, ni los remedios que halla el amor en sus imposibles– fue tal la fuerza de la imaginación, el valor de la pérdida, y los celos de ver enajenado lo que ya juzgué por mío, que me ejecutaron en la salud, con tantas veras, que dudaron de mi vida los que en esta ciudad tienen por oficio el conservarlas.

»Sintiéronlo mis padres como quien, siéndolo sólo de un hijo, libraban en él todas sus esperanzas.

Y, sabiendo la ocasión, hicieron todas las diligencias posibles para obligar a Irene a que, siquiera con fingimientos, me entretuviese, hasta que saliese de peligro.

»Dio muestras de intentallos, compasiva como noble, si desdeñosa como amante de don Alejo, que volvió a formar sospechas. Y así, por acudir a lo principal, que era satisfacerle, dejó lo accesorio, que era sanarme. Publicáronse las bodas para mañana –en cuya solemnidad han comenzado sus vísperas las luminarias que habéis visto, y con que Toledo celebra el amor que a tan ilustres vecinos tiene– cuyas nuevas (en fe que una pasión de fuerzas) pudieron tanto en mí, que bastaron a levantarme de la cama, y a persuadir a un criado para que, sin dar parte a mis padres, me ensillase un caballo y me siguiese.

»Estaba éste sobornado por doña Serafina; y, yendo a avisarla a la Quinta o Cigarral (que con tanta propiedad llamó, su ilustrísimo dueño, Buenavista) donde eran las fiestas, y donde como tan amiga de la desposada asistía, previno un coche en que, aguardándome al paso, impidió los de mi determinación, contándome el cómo y cuándo había tenido noticia de ella, y obligándome a que dejásemos en la venta su coche y mi caballo y oyese en este sitio las querellas de su amor, que en su principio ocasionaron la dicha del deteneros y hacernos compañía. Veis aquí, amigo, el suceso de mis desgracias. Disponed vos agora dellas y de mi gusto, que, como tan interesado en él, yo sé que no permitiréis acabe de malograrse, a los ojos de quien con tanta crueldad le tiraniza.»

–«Yo (dijo don Juan) doy muchas gracias a los cielos, por haberme guiado a parte donde pueda excusar a vuestros padres la muerte, que será cierta en sabiendo vuestra ausencia. Y cuando no haya sacado otro fruto la mía más de llegar a ocasión de valerme de las leyes de nuestra amistad, la doy por bien empleada, y en virtud della os suplico nos volvamos a vuestra casa donde, antes que en la mía sepan mi venida, quiero ser vuestro huésped, a que debe obligaros siquiera el deseo de saber mi historia –no menos peregrina que la vuestra–, que prometo contaros en ella. Y pues doña Serafina, como convidada de los desposados, no habrá hecho falta en la suya, ni en Buenavista la habrá echado menos la confusión de tanta fiesta, páreceme que se vuelva a ella, que yo espero de las

mudanzas del tiempo, y desengaños vuestros, que han de dar lugar al agradecimiento, para que, desocupando la voluntad, conozca lo bien que la está el admitirla por su dueño.»

-«No quiero, señor don Juan (dijo Serafina) otra satisfacción, de la mucha que él sabe que le tengo, sino el verle presente; pues, cuando la mía forme agravios por mal correspondida, pagará por los ojos al alma en esperanzas, que sustenta con su vista.»

-«La de don Juan solamente fuera poderosa (respondió don García) para hacerme mudar propósitos y camino. Dénmele los cielos de conocer lo mucho, Serafina hermosa, que os debe.»

Levantáronse con esto todos, a tiempo que envidiosa la Aurora de la poca falta que había hecho en Toledo la luz del Sol, aquella noche tan apadrinada de luminarias, le daba prisa para que, reconociendo sus rayos, a imitación de las estrellas se escondiesen, corridas de ver su resplandeciente majestad. Y, llegando a la referida venta de las Pavas, despertaron sus criados, que, sobre los colchones de Baco, pudieran vender sueño a sus señores y quedarles el brazo sano y volviéronse a Toledo. Y al emparejar con el Hospital de Afuera se dividieron: Serafina, en el coche, hacia Buenavista; y los dos amigos a la ciudad, en ocasión que la casa de don García estaba alborotada, y sus dueños, temerosos de alguna desgracia, dando traza de buscarle. Recibiéronle con amorosas reprensiones. Y, dando la bienvenida a don Juan, los aposentaron juntos por conocer su gusto, encargándoles restaurasen la mala noche (que echaban de ver habían pasado) a costa de algunas horas del día, en que tanta parte tiene el sueño de los caballeros, que cercenándole a las tinieblas –contra el orden de la Naturaleza–, se le cargan de ordinario a la claridad del día; que para ellos amanece a las doce, cuando más temprano.

A tiempo llegó Serafina a la Quinta –tálamo de las celebradas bodas–, que el sol, en el principio de su acostumbrado trabajo, pudiera dar ocasión a los desposados para maldecirle por madrugador, si le permitieran entrada las ventanas, prevenidas con tiempo para semejantes atrevimientos, y el sueño, ocasionado entonces más que otras veces, así por la dilación del tiempo, que le permitieron usar de su oficio (que no pudo ser más temprano que a las tres de la mañana), como por la disposición que halló en los dos consortes y comodidad de los brazos que le aguardaban, añadiendo al cansancio con que queda Amor en semejantes aventuras, el apetitoso fresco del verano en aquellas horas, tan amigas de sábanas y colchas, no le hubieran dado tanta jurisdicción que, a permitirlo obligaciones de gratuladores amigos, pudiera ser se les pasara a los ojos por alto la luz de aquel día.

Descansó Serafina en una cuadra que, entre otras, daba regalado hospicio a los convidados, fingiendo con sus amigas un dolor de cabeza, que dio ocasión para no hallarse a los festejados desposorios; y, entre esperanzas y temores, mil veces verificaron sobresaltos despiertos, desvelos dormidos. En fin, ella como los desposados, se levantaron; éstos, recibiendo parabienes a vueltas de graciosos motes –en que tan diestros están los ingenios de Toledo–, dando alegre materia para ello los bisoños casados, que sacaron colores nuevas en las hermosas mejillas de Irene, y dieron pie a cortesanías respuestas de don Alejo.

Estaban puestas las mesas debajo de los artificiosos cenadores de la Quinta, donde la Naturaleza, en floridos jazmines, alegres parras y peinadas murtas, arrogante había admitido la curiosidad de la industria para que, ayudándose la una a la otra, hiciesen más ostentativos los triunfales arcos de Amor, coronando de sus verdes trofeos a los convidados. Sentáronse todos, adelantando la hora al banquete (que entre caballeros, y más entonces que triunfaba la gula, suele ser más a propósito para cenar que para comer) por dar tiempo a un torneo de agua, que la capacidad del río –cuya tabla en aquel lugar permite semejantes gentilezas–, el amor que a nuestros novios tiene nuestra ciudad, y la riqueza generosa de sus caballeros, había trazado para aquella tarde. Ya comenzaban a servirse los principios, cuando entró de camino un gentil hombre cordobés, con unas cartas que doña Serafina recibió, no poco asustada, por conocer en ellas la letra de su hermano. Y abriéndolas (satisfecha primero la cortesía de los circunstantes) vio que decían así:

CARTA

«Bastante ocasión me había dado el suceso pasado (que tan contrario fue a vuestra reputación) para no volver en mi vida a vuestros ojos, menos que a restaurar, quitándoosla, el honor –si no perdido, murmurado– que tan amigo es de sangre. Pero ha podido tanto el amor que don Andrés os tiene, y la cuidadosa información que os disculpa, que a persuasiones tuyas y obligaciones mías (pues, muerta mi madre, queda por mi cuenta vuestro estado) determino reducir venganzas a amistades.

»Yo he vuelto a Córdoba desde Lisboa, donde de nuevo he ratificado la palabra que di a don Andrés de que seréis su esposa, en cuya conformidad os escribe, y para cuyo cumplimiento estaremos en esa ciudad dentro de cuatro días después que hayáis recibido éstas. Tengo por averiguado que, cuando disgustáredes de este casamiento (que no hallo razón por qué) el satisfacer sospechas, y mostrar cuán poca causa distes a ellas, os obligará a admitir lo que os está tan bien. Y en fe de esta seguridad, os prevengo que luego que lleguemos celebraréis vuestros desposorios y, concluidos, nos volveremos todos a Córdoba; que en compañía, y con los regalos de vuestro esposo, olvidaréis presto la de vuestra patria.

»A mi tío escribo sobre esto. Sus canas y prudencias os persuadirán a lo mismo. Guárdeos el cielo. Córdoba y julio, etc. Vuestro hermano,

Don Luis.»

Habíanse reducido a los ojos, con el alma, los sentidos de la turbada Serafina, por averiguar lo que contenía aquella definitiva sentencia. Y, en notificándola el entendimiento a la voluntad, no fue posible que dejaran de pagar todos el tributo al pesar, que en tales casos libertades violentadas acostumbran, copioso de suspiros y rico de lágrimas, cuya nueva alteración dio causa a que reparasen los más en ella, y que Irene se la preguntase. Púsole el pliego en las manos sin poder hablar palabra, y leída la de don Luis (porque la de don Andrés, cerrada, como vino, tuvo sólo licencia de abrilla el fuego), después de muchos sentimientos, al fin se resolvió en volverse al punto a la ciudad, así por no aguar aquella fiesta con sus desdichas, como por acudir con tiempo al remedio de la que esperaba. Despidióse de todos, dejando compasivo sentimiento a los que sabían su suceso, y admiración a los que le ignoraban. Y, haciendo traer un coche, dio la vuelta a su casa, sospecho que deseosa de que él se convirtiera en ataúd y ella en sepultura

Entretanto, pues, que los desposados apresuraban platos por no dilatar la fiesta con que el cortesano Tajo los aguardaba, y Serafina caminaba filosofando ocasiones para el aborrecido desposorio, con que persuadir a su tío a que le contradijese, los dos amigos, don Juan y don García, cercenando al sueño algunas horas, mejor empleadas en comunicar sucesos que en suspender sentidos, habían renovado lazos a su amistad; que no la hay tan firme que, ya que no quiebre con la ausencia, por lo menos no afloje. Y persuadido don Juan de don García a que le contase las aventuras de su peregrinación, por darme gusto y recibir el que esperaba de la mudanza que habían hecho sus desdichas con su dama, dijo así:

-«Aunque la amistad, que tantos años ha que profesamos, hizo a cada uno de nosotros señor del otro, tan absoluto que ni hubo secreto que lo fuese, ni bien o mal de que no nos tocase la mitad, con todo eso, las contrarias inclinaciones que en el tiempo que vivimos juntos nos diferenciaron, haciéndome a mí amante y a vos libre, no os pudieron de suerte hacer capaz de mis pasiones, que ya que las supiédes por mayor, os diesen noticia de muchas circunstancias, niñerías al parecer de quien no es amante, y veras del alma para los que lo son. Y así, para refrescaros la memoria, como para que conozcáis la fuerza dellas, la razón que tuve para hacer tan larga ausencia (que si en ella no la habéis sabido, ya que yo entonces no os la dije, será bien pagaros agora esta deuda), quiero epilogaros mis amores, desde el día que los dieron principio los favores de Lisida, hasta que sus mudanzas me obligaron a hacerla de Toledo.

»Un año, como os sabéis, había que cautivé los verdes de mi edad en el hermoso Argel de Lisida.

Y poco menos que en mi competencia, don Baltasar, mozo, rico, noble, y como tal, atrevido, sazonó con sus celos mi amor. Él, aprovechándose de las partes que os he dicho, no perdonaba diligencia, y yo entre confiado y temeroso, ni haciendo tanto caso del opositor, que me desesperase –porque la cordura de mi prenda me aseguraba no haría elección de quien tan mala cuenta daba de las que, engañadas, habían en él malogrado las suyas–, ni descuidado de suerte que no viviese con vigilancia de pretendiente (que así queda bien encarecido), y procuraba contraminalle sus ardides.

»Tenía don Baltasar muy falido su crédito a causa de algunas bellezas –fáciles en dar fe a sus promesas y difíciles en restaurar lo que por ellas perdieron– que, burladas, libraban sus esperanzas, agravios, como el sus obligaciones en olvido. Y así, por éste, como porque Lisida –según ella decía– tenía tan enajenada la libertad en mí, que no daba lugar a peregrinas impresiones, vivía yo con más satisfacción que debiera y la experiencia me mostró tarde. ¡Merecido castigo de quien la tiene en la mudanza, o en la mujer, que todo es uno!

»Un día, pues, que por más favorecido se juzgaba mi amor más venturoso, estando en los trucos divirtiendo horas del día, hasta lograr las de la noche, a quien debo mil amorosas tercerías –testigos la calle y rejas de mi dama–, entró el cauteloso competidor con tan desusadas muestras de contento en el semblante, que reparando en él mis celos –astrólogos que conjeturan por las señales de la cara la ocasión que tienen para acrecentarse o disminuirse–, me dio ocasión a preguntarle la causa de aquella novedad. A que me respondió aparte –que, aunque de noche nos acuchillábamos, nos hablábamos de día:

–«Téngoos yo, señor don Juan, por hombre tan desinteresado en dichas ajenas que, aunque sean a costa de sentimientos propios, cederéis el derecho que da la fortuna y no los merecimientos. Dígolo, porque en la pretensión amorosa que los dos hemos tenido, estoy tan adelante, como dirá este papel que acabo de recibir y os vengo a notificar. Leed secreto, y no estorbéis envidioso mi buena suerte, sino en posesión, con esperanza de estallo tan presto, que os admire.»

»Diómele entonces, y yo, sin hallar palabras que respondelle, por habérmelas retirado la turbación, fié de los ojos al alma sus letras, que decían así:

PAPEL

«Más cuidado tienen mis padres de aumentar los míos, que vos de volver por la acción que tenéis al derecho que pretenden usurparos. Vedme esta noche por donde soléis –que hay muchas novedades en mi casa, más para lloradas que para

escritas, y falta la mayor-, si vos os determináis y las tinieblas nos ayudan.»

»Conocí la letra, desconociéndome a mí. Y, cuando iba a darle tibios parabienes y preguntarle qué novedades eran aquéllas, entró un amigo suyo (no sé si prevenido primero) que diciéndole: «Para lo mucho que tenemos que hacer, son muy a propósito los trucos», le sacó del brazo, dejándome sin el papel –pero con el traslado en el alma–, y de la suerte que vos podéis imaginar, pues ya sois de mi profesión. Hice mil discursos, ya disculpando a mi enemiga con los unos, ya condenándola con los otros; éstos, fundándolos en la letra conocida y estilo de sus palabras, y aquéllos, en los engaños de quien le trujo, pues la facilidad con que le puso en mis manos (cuando debiera recatarse dellas, por excusar los estorbos que, como tan interesado, había de ponerle) me hacía más maliciosa su cautela.

Pero en fin, ni despreciando confiado, ni sentenciando arrojadizo, aguardé aquella noche –más vagorosa, a mi parecer, que otras– a certificar indicios y prevenir sufrimientos.

»Bien los hube menester para no dar voces y perder el seso, hallando colgada una escala del balcón donde solía hablarme Lisida y bajando por ella un hombre (¡juzgad vos de lo que habéis oído si sería don Baltasar!), que ya en los últimos pasos afirmaba, los pies en el suelo. Y, aunque le seguí determinado de que lo fuesen de su vida, él se dio tan buena diligencia que se me puso en cobro gracias a las enmarañadas calles de esta ciudad. Y yo, volviendo fuera de mí al mismo puesto, intenté, subiendo por la escala, pues había sido instrumento de mi agravio, lo fuese también de mi venganza.

Pero, cuando quería poner en ejecución mis desatinos, vi recogerla de dentro, y alborotada la casa –debía de ser por haber sentido sus padres, tarde, su deshonra– de quien, por no ser testigo, sintiendo que salían en busca del delincuente, me retiré reportando ímpetus, si lo pueden estar cuando los engendran celos impensados. Consideré que Lisida había hecho como mujer –pues las que no se mudan exceden de su natural–, y que para mi satisfacción me sobraba el mal pago que tenía por cierto la había de dar el ya olvidado amante, pues no había ella de ser más dichosa que las demás burladas.

Y con estos consuelos, por mejor decir, desesperaciones, determiné sin daros parte (por excusar estorbos) ausentarme la misma noche. Mal hice, si celos y desengaños en sus principios permiten desempeños de amistades. Pero en fin, lo ejecuté, recogiendo joyas y dineros, y partiéndome a Vinaroz, donde estaban las galeras de Nápoles; porque, no satisfecho de poner tierra en medio, quise poner también toda el agua del Mediterráneo, para sepultar agravios en estos dos elementos. Pero, como los celos son desesperados, ni en la mar ni en la tierra hallaron sepultura, y así se vuelven en el mismo estado que cuando de aquí salieron.»

–«Antes que paséis adelante (dijo don García) quiero desengañaros de todas esas ilusiones tan fundamentales en los accidentes, y contrarias en la sustancia, averiguada por mí con rigurosa información, no sólo en los ojos de Lisida, que han hecho compasiva costa a sus pesares, sino en el mismo don Baltasar, que, viéndose más aborrecido estando vos ausente, confesó la verdad, blasonando de haberos echado de Toledo, y satisfecho de que perdiédes lo que él no pudo gozar.

El billete que os enseñó era para vos, habiéndole llevado a sus manos un bolsillo de reales, con que cohechó a la tercera; y, sirviéndose de sus letras como de espías dobles, os hirió con vuestras mismas armas; que una espada, mal aplicada, muchas veces daña a su propio dueño. En confirmación de lo cual, celoso vuestro contrario, os le quitó de las manos, hiriéndoos con él, para cuyo efecto os le enseñó. La escala que hallastes a la ventana, y el hombre que bajó por ella, fue con diferente motivo del que sospechastes, como sabréis por la verdad del caso. Don Sebastián, hermano de Lisida, inconsiderado y mozo, estaba –como vos sabéis– tan perdido por una belleza de la Corte –su desigual en calidad y hacienda y aun en reputación, si hemos de dar crédito a la fama, pues cuando sea mentirosa basta, en fin, ser fama para huir de su lengua– que había determinado de casarse con ella.

»Súpolo su padre, sacóle forzado de Madrid y trújole a Toledo, donde, viéndole rebelde, mientras que persuaciones cuerdas resfriaban el entendimiento, y la ausencia ímpetus ciegos de la voluntad, determinó tenerle encerrado en aquella sala, cuyo balcón tantos favores os hizo, como vos decís, las noches que desde él os habló Lisida. Pero el arrojado mozo, llevado más de sus deseos que de los de su padre, colgando una escala (de quien en empresas amorosas muchas veces había fiado sus entretenimientos) y descolgándose por ella al tiempo que vos llegábades, atropelló consideraciones y consejos, y se partió a Madrid donde, llegando la noche siguiente, y queriendo reconocer ciertos embozados a las puertas de su empleo, le hirieron tan mal, que por poco le costara su desobediencia la vida. En fin, convalenció de la herida y del alma, y, casado a gusto de sus padres, vive quieto y contento, como Lisida, libre de los aprietos con que apresuraban su casamiento. Cuando os escribió el mal entendido papel –quitándoos este estorbo un dolor de costado que se llevó en cuatro días al esposo intruso–, y entreteniéndolos con dilaciones artificiosas, que han durado los años de vuestra ausencia, los ha persuadido Lisida que hasta que los seis se cumplan tiene hecho voto de no casarse.

Don Baltasar huyó a Milán, acosado de tres cédulas de casamiento que, a un mismo tiempo, presentaron al Vicario tres diferentes acreedoras de un solo matrimonio; porque veáis cuán fácilmente se engañan los ojos y cómo castiga el tiempo a quien por malos medios desazona voluntades.»

–«¡Válgame Dios (dijo don Juan) y qué extraños son los sucesos de esta vida!

Notable cosa es que, siendo los casos contingentes, de suyo tan disparatados, se eslabonen algunas veces de modo que más parecen efectos de causas concertadas que accidentales y sin orden. ¿Quién no se persuadiera, viendo la correspondencia del papel y escala, que todos eran medios dispuestos para un fin y que más distantes pudieran imaginarse? Sólo vos pudiéades acreditar, cosa tan peregrina, cuya autoridad puede obligarme a darla fe y, en pago della, los brazos a vos, que, por lo que yo sé, los estimáis. Creo que los tendréis por las mejores albricias de tan dichosas nuevas. Vamos a pedir perdón, a mi inocente constante, de los agravios que en tantos días la han hecho mis imaginaciones.

Disculpadme, sed mi padrino, y volved a concertar voluntades, que ha tanto que andan descaminadas; que, antes que vea a mis padres, ha de quedar Lisida satisfecha, yo en su gracia, y vos con la gloria desta empresa.»

–«Sosegaos (dijo don García), que se os atropellan los contentos en la boca. Lisida es fuerza que se halle en las bodas de Irene y don Alejo, por ser tan su amiga y, cuando no lo fuera, porque la autoridad de los desposados se ha llevado tras sí todo lo principal y hermoso de esta ciudad. Mirad vos cómo podrá faltar quien tiene tanto en lo uno y otro. Proseguid vuestros sucesos, que me tienen deseoso de saberlos, lo que me promete tan larga ausencia y el ser vos quien en ella hizo los papeles principales, pues no es posible que deje de contener sutiles puntos.»

Iba a responderle don Juan y comenzar su discurso, cuando entrando una criada donde estaban le dio un papel, junto con una carta abierta, y le dijo:

–«Mi señora doña Serafina tiene en vos cifrada toda su esperanza, y segura de que acudiréis a ella os aguarda a vos solo por respuesta, si don García no está para acompañaros.»

Fuese, y abriéndole vieron que decía:

PAPEL

«De la que va con ésta conoceréis, señor don Juan, cuál estará quien espera en tan breve término ver su libertad en poder de quien aborrece tanto, cuando se contentaba de ser, si no amada, agradecida de don García. El contento de tenerle por vos presente se me malogra, con la ausencia que me amenaza, si vuestra discreta persuasión no convence la cuerda vejez de mi tío a que ponga el medio más necesario que de vuestro ingenio espero; que como estorbe este casamiento, por riguroso que sea, se me hará fácil; para cuya ejecución os quedo aguardando, etc.

Doña Serafina.»

Leyeron los dos, después del papel, la carta de don Luis, su hermano. Y porque admiréis, amantes, lo que pueden pérdidas de lo que se posee, aunque no se estime, don García, que nunca amó a doña Serafina, y tan exento estaba a su parecer de la jurisdicción que en esta parte podían tener en él los celos, luego que acabó de oír la última cláusula de la carta (entretanto que don Juan, suspenso, revolvía trazas con que desahogan la afligida amante) considerando lo mucho que la debía, la imposibilidad de su primero empleo, la resistencia que en su favor hacía para no casarse, y que, en fin, forzándola a ello la libre resolución de su hermano había de envidiar en poder ajeno lo que con tanto tiempo pudiera gozar en el propio y, en fin, la prisa con que todos estos inconvenientes le amenazaban, sin ser poderoso para más, dijo con amoroso sentimiento:

–«En fin, don Juan amigo, ¿se casa Serafina y no es conmigo? En fin, don Juan, ¿pierdo a doña Serafina?».

Palabras que a un mismo tiempo admiraron al generoso amigo y le abrieron camino para atajar el que tanto rehusaba su dama. Y así, aprovechándose de la buena ocasión en que hallaba a don García, si no determinado, por lo menos dispuesto a lo que deseaba persuadille, le respondió:

–«Sí, amigo, Serafina se casa y no es con vos. Don García pierde a doña Serafina, ella la libertad, vuestra nobleza el crédito, y vuestro agradecimiento la opinión, Toledo su hermosura y la esperanza, que tenía librada en el tiempo, de que habíades de dar un fin apacible a sus tormentos; y en fin, ¡quiera Dios que no le tenga por vuestra culpa tan lastimoso, como estas razones pronostican, la vida de vuestra inocente aborrecida! Todo esto se remedia con una sola acción y lustre. Ponderad la vida que le debéis, la firmeza con que os ha querido, el riesgo que corría por vos su honra, el peligro en que la puso su hermano, la pérdida de su madre, la determinación con que os salió al camino, y que de todo esto sois vos solamente la causa, sin querer ser el remedio. Veréis cuán obligadas halláis todas vuestras potencias y sentidos a la satisfacción de tantas deudas. Examinad al entendimiento, cuyo objeto es la verdad, y veréis cuán convencido se halla con tantas como su firmeza os ha propuesto; la voluntad, con el bien que se os sigue de tan noble, rica y virtuosa consorte; la memoria, con tantas cartas de obligación en que os ha de ejecutar, podrá ser, cuando sea imposible el pagarlas; los ojos, con su belleza; los oídos, con su discreción. Y, discuriendo desta suerte por todos, veréis que no hay en vos cosa que no esté adeudada. Ya Irene se casa, e intentar cosa que desdiga de su honra y vuestra nobleza, ni a vos os pasará por el pensamiento, ni yo os lo consentiré. De dos acreedores que vuestra voluntad tenía, ya el uno os da carta de pago que es Irene sola. Queda Serafina, y yo por agente suyo. ¡Vive Dios, que si permitís, en ocasión tan apretada, que ella añada

quejas de vuestra ingratitud a las pasadas, que antes que a mis padres vea, ni a Lisida, que es alma de mi vida, he de ausentarme, donde ni ellos ni vos tengáis jamás noticia de amigo tan poco poderoso con quien tanto estima!»

–«Basta, don Juan (replicó don García), que a menos vueltas confesara el alma en el potro de la verdad la obligación que a Serafina tiene, y en vos de nuevo reconoce. Poderosa es la ocasión, eficaces los celos, ejecutiva la brevedad del término que tenemos. Vamos a ver a Serafina. Hablemos a su tío, y cumplamos, si es posible, de una vez con ella. con vos y conmigo.»

–«De tan noble proceder (dijo lleno de alegría don Juan) no podía salir menos ilustre conclusión. De nuevo confirmo con estos brazos nuestra amistad, en vos tan bien lograda.»

Con esta resolución llegaron a la presencia de la temerosa amante, que de rodillas estaba suplicando a su tío, si no hallaba otro remedio con que impidiese el daño que esperaba, escogiese uno de dos: o encerrarla en un monasterio, último paradero de desengaños del mundo, o dividiere con la daga el cuerpo del alma, tan felice por estar en su compañía. Hablóla don Juan, dándole sucinta cuenta de la determinación de su amante, entretanto que él contemplando en el lloroso rostro de su prenda (que parece había sacado de ostentación nueva hermosura, no sé si adivinando lo que entonces la importaba), había hecho gala de las lágrimas, que tal vez en un semblante hermoso no suelen ser el menos eficaz afeite, y juzgándole por más bello que otras (porque siempre parece más hermosa una cosa cuando se enajena). En fin, acertando palabras y remitiéndose las lenguas a los ojos, Serafina, trasladada en un instante desde el infierno de la desesperación al cielo de su esperanza, si no loca, poco menos; don Juan, diligente; el venerable viejo, persuadido; y don García enamorado, después de arbitrar diversos medios, se resolvieron en el más seguro, que fue desposarlos antes que llegasen don Luis y don Andrés, que habían de impedirlo.

Fueron, pues, todos tres a casa del Vicario del Arzobispo, el cual informado de la necesidad del caso y valor de los interesados, con libertad eclesiástica dispuso en que publicándose el día siguiente, que era de fiesta, los enamorados contrayentes pudiesen desposarse luego, con que dieron la vuelta a la del prudente tío, con el contento que, por no agraviarle con avaros encarecimientos, remito a quien ha leído las trabajosas y prolijas vísperas desta solemne fiesta, y sabe por experiencia en lo mucho que se estima lo que mucho cuesta.

Cenaron juntos. Y despedidos de la agradecida Serafina –que como tan nueva en saber de gustos, y acostumbrada a pesares, casi los desconocía–, se fueron los dos amigos a casa de don Juan, donde sus padres reiteraron abrazos, y celebraron el hallazgo del perdido mayorazgo, con no menos contento que el que acabo de

referiros, enviando parabienes los corazones a los ojos, envueltos en lágrimas (que éstos con una misma moneda pagan placeres y pesares: sólo se diferencian en las marcas, porque las unas las acuña el regocijo y las otras el desconsuelo). Quedóse con don Juan, aquella noche, don García –avisando a sus padres no le esperasen–, y pasaron la mayor parte della en apuntar sucesos que remitió al recién venido para más espacio, no hartándose de velle los que, sin saber en cerca de tres años dél, le habían llorado por muerto.

En este estado estaban los amores antiguos de Serafina, y nuevos de don García, cuando (volviendo atrás algunas horas de las referidas) los satisfechos desposados, que en Buenavista dejé acabando de comer, cumplida aquella natural obligación con majestad espléndida, habían ocupado los miradores y andamios que, marginando el imperial río, daban nueva vida a sus cristales y admiración al artificio que los había vestido de doseles y telas, donde las labores de los arquitectos gusanos, compitiendo con las de la sutil Naturaleza, daban en qué entender a los ojos jueces, sin determinarse a quién cediesen la ventaja. Ocuparon los novios los prevenidos asientos, acompañados de toledanas hermosuras, aparadores del Amor, que, arrogante de verse obedecido de tales vasallos, se olvidaba de sus pasados triunfos, trasladando la Monarquía de Chipre, su patria, a la deleitosa ribera de la nuestra. Estaba en medio de los poblados miradores un sitial majestuoso y debajo dél tres sillas de brocado, tribunal de los señalados jueces, que fueron: don Jerónimo, padre del desposado, digno por sus canas y prudencia de otra mayor judicatura; don Pedro y don Gómez, si no tan viejos, a lo menos tan ilustres y cortesanos, elección cuerda de los naturales competidores. A la mano derecha, debajo de otro dosel, los precios del torneo, tan ricos y curiosos, que animaban a los aventureros, si no con el interés de su materia, con la delicadeza de su artificio, deseosos de mejorallos en la posesión de sus damas. Los que entraban en la fiesta (que eran de los más mozos, más nobles, más hacendados y más amantes de Toledo) sin perdonar gastos ni diligencias, habían recogido cuantos barcos trillaban, por todas aquellas veinte leguas, el transparente campo del padre de los ríos, y, armando sobre ellos las máquinas de sus ingeniosos pensamientos, habían hecho a mano un apacible soto de poblados álamos, tarayes, acebos y otros árboles silvestres, que entrando parte dél en las corrientes bastaba para encubrir los apercebidos barcos, causando a un tiempo recreo y admiración su vista. No se acordaban haberse visto otra vez los cárdenos riscos –cárceles del Tajo– más favorecidos de sus comarcanos hijos, porque trasladada la ciudad a ellos, y despoblados los vecinos lugares, representaban una ordenada confusión y apacible variedad que los coronaba, siendo como anillo de diferentes esmaltes, y sirviéndole de nudo y piedra el hermoso trono de las damas, que acompañaban a los generosos novios.

Salió vestida Irene de tabí de plata y verdemar; Narcisa, de encarnado; Anarda, de pajizo; Isabella, de rosaseca; Lucinda, de turquí; Diana, de morado; Sirena, de

flor de romero. Y la graciosa Lisida, descuidada del bien que le prevenía su firmeza, y cuidadosa de quien juzgaba tantas leguas distante, y tenía tan cerca, salió de leonado, con guarnición de verdeoscuro y oro, señal de sus congojas, aliviadas de la esperanza, que –aunque confusa con tan larga ausencia– campeaba con los quilates del oro de su fe. Dejo a la consideración de quien conoce la bizarría de Toledo, la diversidad de tocados, flores, lazos, cifras, medallas, y laberintos de cabellos, por no perderme entre ellos, contentándome con decir que la fiesta era de Irene y de don Alejo. Las damas, de la cabeza de España, y en número muchas, unas enamoradas y otras libres, procurando hacer los vestidos y tocados enigmas de sus pasiones, expuestas a las varias interpretaciones de quien las explicaba, según el estado de sus pensamientos, tales agradecidos, y tales agraviados. Pocos ojos había ociosos y pocas almas que no se asomasen a ellos, olvidando lo que esperaban por lo que veían. Cuando despertándolos del entretenido éxtasis la música de la multitud de instrumentos, que la barca del Mantenedor acompañaban, vieron en la mitad de la transparente tabla un formidable dragón, tan a lo vivo, que dio causa al alarido popular de la femenil naturaleza. Cubrían las escamosas alas de tal suerte los dos bordes, que no se veían seis remeros, que debajo dellas venían bogando, pareciendo los remos pies de la aparente sierpe. Servía de proa la cabeza que, en siete repartida, retrataba la Hidra fabulosa, victorioso triunfo del Tebano y la enroscada cola, que era la popa, dando espantosos latigazos, azotaba sin culpa las cristalinas ondas que, en multiplicados círculos, parece abrían las bocas para quejarse. Preguntar querían los jueces el nombre de su dueño cuando, disparando por las siete bocas infinidad de llamas, con desapacible aunque entretenido estrépito, se cubrió la región del aire de varias figuras y peregrinas impresiones ayudadas de las pardas nubes (que aquel día hicieron cortesano al Sol, para que, ni abrasando con sus rayos, ni impidiendo con su luz la de los fuegos, con más distinción hiciesen fiesta a los ojos), pareciendo abrasarse aquellos montes. Duró un buen espacio, con festiva inquietud de la plebeya gente que, forzada de la solícita persecución de los cohetes, desamparaban sus sitios; y ellos, ya retozando pies y ya atreviéndose a las ropas, como alguaciles de la fiesta, parece que, diligentes, andando de ronda, buscaban en los circunstantes si traían armas prohibidas. Resolvióse, en fin, en humo y llamas la máquina artificiosa, y, desvanecida la confusa niebla, volvió a su posesión la claridad, quedando la barca desembarazada, y en la proa, vestido de reales ropas, sobre una silla augusta, don Fernando, coronado de las dos diademas que hacen la Imperial, con un estoque desnudo en la mano diestra, y en la otra un globo o esfera, armas de nuestro Toledo, que por ser tan hijo suyo quiso representarlas en sí mismo. Y los seis que bogaban antes encubiertos, ya patentes, vestidos de africanos, a los bordes, con las armas pintadas, en los remos, de las principales ciudades y villas que se incluyen en este Reino, conquistadas por el valor de nuestros antepasados.

Admiró la invención y celebraron la voluntad que el Mantenedor tenía a su Patria recibiendo los jueces la letra que decía:

Las armas me hacen feliz,
letras y hermosura heredo;
mas ¿qué mucho, si Toledo
en todo es la Emperatriz?

Estimaron la letra cuantos la oyeron, por la parte que en ella les cabía, e hicieron misterio del postrer verso, viendo abreviado en él el nombre desta ciudad llamándola Emperatriz de todo, pues la síncopa de Toledo, quitándole la sílaba de en medio, viene a ser todo, con tanta propiedad, como pueden verificar sus ingenios, religión, hermosura, nobleza, hazañas, riqueza, clima, aguas y frutos. Pues hasta su río produce oro, sus montañas plata, y sus fuentes jacintos. Siendo esto tanta verdad, como muestra la experiencia, y yo tanto menos apasionado en su alabanza, cuanto no siendo natural, ni vecino della, debo ser tenido más fidedigno.

Recreándose estaban los ojos en la bizarra ostentación de la Mantenedora barca, cuando los apartó della la novedad de la primera aventura, que fue una ánade hermosa, tan grande, que ocupaba toda la capacidad de la navegadora máquina. Venía cubierta de tantas plumas, que imaginaran ser selva, si no los engañara la forma verisímil que traía de ave, y tan blancas, que los persuadiera a que era monte de nieve, si lo permitiera el tiempo caluroso, tan fuera de propósito para tal imaginación.

Traía dos remos con apariencia de pies, proporcionados en todo a su cuerpo, sirviendo la proa de cabeza y la popa de cola, que, haciendo oficio de timón, recreaba a cuantos la vían dando hipérboles a sus alabanzas. Y, para divertir las, salió nadando de improviso, desde lo más profundo del diáfano raudal, un gallardo mancebo que, abrazándose a su cuello, y recibido con amorosas muestras por la agradecida ave, al son de arpas y vihuelas, que se oían sin ser vistas, debajo de sus alas, no halló hospedaje mejor que el de su corazón. Y así, abriendo el capaz pico, le admitió dentro, volviendo a salir en tiempo breve, sobre las rizadas plumas de la nevada espalda, don Suero, vestido de raso blanco, guarnecido de oro a fuer de marinero, terciada la lanza y embrazada la tarjeta, dando con gallardo brío la letra a los jueces, que leída en alto decía:

Hoy por vos, Ánade, el río
pasa a nado mi fee honrada.
Por vos nada, y sin vos ¡nada!

Agradecida fue de los entendidos la agudeza del mote, conociendo quién era la dama a quien servía el dueño dél, y la correspondencia con que era pagado, ponderando el ver incluido en el verso primero su nombre y sobrenombre, con tanto artificio, puesto que hubo escrupulosos que dijeron ser falta reprobada en las empresas (cuya alma es la letra) el aprovecharse, o jugar del vocablo en ellas; pero perdonósele por ser bien traído. Entretanto, pues, que unos la celebraban y otros la mordían, se había el Mantenedor ocultamente mudado las imperiales ropas, saliendo vestido de otras más ligeras y a propósito para el marítimo entretenimiento. Y, presentándose su contrario a los jueces, en quien depositó una firmeza de diamantes, hecha la señal por los militares instrumentos, se encontraron por las proas, con tanta destreza e igualdad que, guardando para el segundo acometimiento la dicha neutral del primero, codicioso demasiado el aventurero de emplear bien el golpe, dio consigo en el río, con mejor suerte del Mantenedor, que, antes que el competidor cayese, quebró en su tarjeta la lanza, y ganó el premio, que presentó a Diana, con envidia de Isbella, que le amaba en secreto, y quisiera ver logrados en público sus merecimientos. Volvió segunda vez nadando a su simbólica ánade don Suero, asegurando los temores que la caída y peligro del claro piélago causaba a quien sabía cuán riguroso castigaba semejantes atrevimientos; de que no temían los diestros tornadores, como experimentados desde niños a tomarse a brazos con sus coléricas corrientes.

Llegó en esto, a boga arrancada, una galera de ocho remos por banda –por no dar más lugar la limitada capacidad de un barco luengo–, fundamento de su armazón, dorada la palamenta y los que la jugaban en figura de mercaderes de todas naciones, alas con que vuela el Interés, de quien tomaba la galera su apellido. Llevaban todos los remos escrita esta letra:

Contra el viento.

Todas las jarcias y máquina de cuerdas parecían hechas de cabestrillos, bandas, cadenas, apretadores, cinturas, gargantillas, y orejeras de oro, que, aunque falso, y las piedras y aljófar, de que estaban sembradas, eran de vidrio, engañaron la perspectiva de los que la miraban, que juzgaron su materia del metal monarca, diamantes, esmeraldas, rubíes y balajes finos, a que daba color el caudaloso mayorazgo de su dueño, igual a su liberalidad. Estaba esta letra en mitad de las escalas enmarañadas que subían a la gavia:

Por aquí.

Tenía el espolón, al parecer, de oro macizo; con que, rompiendo las toledanas ondas, parece que se dejaban atropellar voluntariamente, sobornadas de su vencedora riqueza, y llevaba con letras azules, que ocupaban toda su longitud,

aqueste mote:

Por si acaso.

El árbol mayor era una natural semejanza del que disfrutó Hércules, adurmiendo a la vigilante guarda de las tres hespéridas hermanas, celebradas de Séneca, Lucrecio y Diodoro. Iba la vela tendida de la antena, de raso blanco, bordada toda de doblones, escudos, reales, y todas suertes de monedas mayores, con este mote:

No con viento, mas con éstos.

De la misma suerte y con la misma empresa llevaba la mesana. Era la gavia, en la apariencia, de coral, y en la forma, de corona, escrito alrededor:

Para aquel que diere más.

Sobre ella estaba el Amor vestido ricamente (que aquí apeló del voto de pobreza que tantos siglos profesó), alargándole la vista unos anteojos que, siendo del mismo metal hasta las lunas, tenían escrito:

Sin menguante por ser de oro.

Y alrededor de los cercos:

Ciego al pobre, lince al rico.

En lo último del masteleo estaba enarbolada una bandera tan cumplida, que besaba con las dos puntas el agua. Era de tafetán turquí, y estaban en ella pintados los celos, en figura de un mastín, ladrando a un amante, que echándole pedazos de oro para acallalle, y recibéndolos en la boca, parece que se atragantaba con ellos. Estaba en todos escrita esta letra:

Zarzas para los celos.

Infinitas flámulas y gallardetes colgaban por todas las jarcias, árboles, filaretos y bordes de varias y lucidas colores; pero en todas ellas estaba pintada la pobreza desnuda y afligida, con esta letra:

Porque la azoten los vientos.

El castillo de popa, si no en la verdad, a lo menos en la ostentación, era de cristal, nácar, oro y plata. Asentado en una silla de lo mismo, un Enano tan feo y

asqueroso que, a buscar en quien transformarse el que se atrevió a asombrar al penitente Patriarca de los desiertos, no sé si le pudiera hallar más a propósito. Estaba desnudo; y la Hermosura –representada elegantemente por un muchacho de a trece a catorce años, vestido de mujer– dando de mano con menosprecio desdeñoso, a Adonis, Píramo y Absalón que, postrados, la encarecían su amor, con una mano tenía asidas las joyas y cadenas que del monstruoso Enano adornaban cuello y pecho, y con la otra, hincada de rodillas, le incensaba con un turíbulo de oro, lleno de aromáticas pastillas. Con esta arrogante representación, llegó la galera a la presencia de los jueces y damas, y en ella don Lorenzo, vestido espléndidamente, dándoles esta letra, y en ella risa a los caballeros y colores vergonzosas a las damas:

En aqueste siglo de oro
el más feo es más galán,
siendo del Tribu de Dan.

Ya se prevenía el Mantenedor para vengar las injuriadas hermosuras, que al maldiciente aventurero cualquier mal suceso deseaban, cuando se presentaron otros dos, que fueron don Nuño y don Vela; aquél, convertida su barca en un huerto, que pudiera contarse entre los poéticos de Alcinoo, tan decantados de Juvenal, y competir con los Pensiles de Adonis, invención de Semíramis y recreación de Ciro. Venían los árboles colmados, de fruto los unos, y los otros de flores de todas suertes; que, puesto que eran de cera, sutilmente labrada, engañaban eficazmente el apetito. Infinitos pajarillos, huéspedes apacibles de aquellos deleitosos Cigarrales, atados con sutileza por sus ramos, o se quejaban cantando por verse presos, o celebraban con natural música la fiesta. En la mitad de la esmaltada huerta andaba una noria, guiando sus vueltas la Paciencia, y a un lado della, junto a la canal donde se desocupaban los arcaduces el bien empleado y mal correspondido don Nuño, señalando en la circunferencia de la rueda esta letra:

¡Buscan sin seso los engaños míos
pena en los llenos, gusto en los vacíos!

Detuvo su curso enfrente de los jueces y damas, disparando de improviso por todas partes los árboles diversidad de flores, rosas y yerbas aromáticas, a vueltas de innumerable multitud deavecillas, cubriendo unas los vientos, y otras las faldas, manos y cabellos del hermoso concurso, y causando apacibles sustos y alborotos la regocijada turbación que, sosegada con la seguridad del festivo combate, paró en risa, y en leer la letra que presentó su dueño y decía:

Todos cogen, sino es yo,
flor y fruto; ¡mas no medra
labrador que siembra en piedra!

Siguióse don Vela con su barca disfrazada en un monte, y sobre una peña dél, recostada la Virtud en forma de Hércules, cercado de gran número de niños, al parecer pigmeos que procuraban con frágiles y delgadas cañas darle muerte, significando en su inútil persecución la que los ignorantes hacen de ordinario al ingenio y la virtud. Pero el dormido Héroe –como quien entre sueños sacude los importunos mosquitos, que más con ruido que con armas nos inquietan–, de cuando en cuando, volviendo ya la una mano, ya la otra, los derribaba por el suelo. Despertó el autorizado tribunal, y, huyendo los envidiosos émulos, dio la letra, que era deste modo:

Contra el ingenio y virtud
no hay trofeos;
¡que ignorantes son pigmeos!

Acometiéronse don Lorenzo y el Mantenedor, y derribóle éste con no poca dicha del perdidoso, pues diera en el río, y se riyeran dél las damas, ofendidas, a no asirse al dorado espolón (que no hay quien caiga si se abraza al Interés). Gozó el precio Lisida, y en él unos gallos de rubíes y diamantes, por orejeras, como si los hubiera menester para despertar voluntad que tantos años había velado por su ausente.

Salió a vengar a don Lorenzo don Nuño. Y hízolo tan bien, que mereció llevar la joya, y en ella dos vueltas de cadena, ofrecidas a Narcisa para que tuviese más prisiones con que ejecutar su rigor en el victorioso amante. Prevínose de nuevo don Fernando contra don Vela, que, derribándole, imitó en la dicha al compañero, como en el premiar el desdén de Anarda con un estuche rico, caja de terciopelo azul, los remates de oro, la herramienta inglesa, y los cabos de coral y nácar, cuyos extremos eran de esmeraldas, si fue cordura dar armas a quien con las de su hermosura le trataba tan mal.

Cubrióse en esto la líquida palestra de muchas barcas aventureras, que por ser tantas, y cumplir con las de más consideración, habré de ir abreviando.

Fue la primera de don Melchor, cubierta toda de laureles, en medio de los cuales se levantaba un monte, esmaltado de menuda yerba y matizadas flores, en cuya cumbre, Apolo, presidiendo entre un coro de diversos Poetas deste tiempo (cuyos nombres callo) estaba asentado en un trono o cátedra, y sobre su cabeza unas letras tan corpulentas, que desde lo más distante se permitían leer, y decían:

Parnaso crítico.

Causó novedad el traje de los nuevos dogmaticantes porque las coronas de la ingrata ninfa no ceñían sus sienes como se acostumbraba, sino sus cinturas. Pudo ser por llamar a los desta facultad (que tan mal se dan a entender por palabras) bachilleres de estómago. Y aunque curiosamente vestidos, habían mudado el uso hasta en el modo de su adorno, porque traían los vaqueros de tela abotonados por las espaldas, las rosetas de las ligas les servían de cuellos y puños, y los puños y cuellos de ligas, las mangas de gregüescos y los gregüescos de mangas, a imitación de su poema.

Pues, si toda su elegancia consiste en anteponer y posponer vocablos, entretejiendo verbos entre adjetivos y sustantivos –que también tiene Apolo sus pedantes–, del mismo modo les pareció podían critiquizar sus vestidos, posponiendo los unos y anteponiendo los otros. Hasta la misma barca los imitaba, porque bogaba al revés, la popa adelante y la proa atrás, con no poca risa de los que entendieron la satírica navegación. Parece que venían los afectados académicos interpretándose a sí mismos unos con otros con escandalosa confusión de todos, según lo que declaraba un pergamino que rodeaba el Parnaso, plaza de su peregrina secta, porque venían en él unas letras:

¡O somos gallegos,
o no nos entendemos!

Dio la que traía don Melchor, enemigo acérrimo de todo lo que se opone a la claridad y lisura, imitadora de la Naturaleza. Leyéronla y decía:

¡Mecene y joylice barbarismos
de los que se no entienden a sí mismos!

Llegó tras ésta la de don Jusepe, y un templo sobre ella derribado, maltratando muchos filisteos que tenía debajo, unos heridos y otros muertos. Sansón en medio, asido a las columnas, y sobre su cabeza y espaldas toda la máquina de la asolada ruina, el semblante robusto, nazarenos los cabellos y ensangrentados, hincada una rodilla en tierra, y con la otra haciendo fuerza para levantarse con todo el templo a cuestas. Y esta letra en uno de sus pedestales:

Morir matando y no vivir muriendo

Que fue la misma que presentó a los jueces, y significó en ella lo que en el templo del Amor atormentan los celos, filisteos de la paciencia.

Siguióse luego la de don Miguel, libre y burlador, satírico de toda ocupación amorosa.

Significábalo en traer su barca hecha una mazmorra de cautivos amantes, con esposas, argollas, cadenas y grillos en manos, cuellos y pies, y sobre ellos el dios nieto de la espuma que, vestido a lo turquesco con sus alas, flechas y arco, parece que amenazaba riguroso al exento joven que, armado, rebatía sus tiros en una rodela de acero, escrito en ella:

Ocupación honesta

Tenía las armas sembradas de higas negras, y una grande en la mano, de azabache, que, encarándola al airado dios, decía:

Para ti y para quien ama;
¡y para mí,
si me sujetare a ti!

Don Alonso entró en una barca, carabela portuguesa en la hechura, llena de músicos y danzantes desta nación, folijando y haciendo diestras mudanzas. Llevaba sobre sus hombros el más dispuesto al primogénito de Venus con capuz y sombrero portugués, alas y arco, y alrededor dél, haciéndole todos festejados mimos y agasajos, los folijadores lusitanos, que dieron esta letra:

Pois de Portugal vos fez
Minino nosso primor,
¡quanto un home tem de amor,
tanto tem de portuguéz!

Tirso, que, aunque humilde pastor de Manzanares, halló en la llaneza generosa de Toledo mejor acogida que en su patria -tan apoderada de la envidia extranjera-, llegó en un pequeño barco, aunque curioso, hecho todo un jardín, que hallara lugar entre los hibleos, y en medio dél una palma altísima, sobre cuyos últimos cogollos estaba una corona de laurel. Trepaba el pastor por ella, vestido un pellico blanco, con unas barras de púrpura a los pechos, marca de los de su profesión, y ayudábanle a subir dos alas, escrito en la una:

Ingenio

y en la otra:

Estudio.

Volando con ellas tan alto, que tocaba ya con la mano a la corona, puesto que la Envidia, en su forma acostumbrada de culebra, enroscándose a los pies, procuraba impedirle la gloriosa consecución de sus trabajos, aunque en vano, porque, pisándola, colgaba dellos esta letra, que sirvió también para los jueces:

Velis, nolis

Dicen que la dio en latín porque no la entendiesen sus émulos; que hasta en esto quiso que campease su modestia, pues palabras en algarabía no agravian a quien no las entiende.

Éstos y otros muchos que la prolijidad rehúsa, tornearon con diferentes sucesos, que dieron al Mantenedor seis precios, obligando con ellos a cinco damas, porque dio dos a la hermosa desposada, y repartió los demás entre Lucinda, Diana, sirena y doña Angela, sujetos tan beneméritos, que ennoblecieron las joyas dándoles nuevo ser. De los aventureros referidos salieron victoriosos don Melchor, don Alonso y Tirso. Los dos primeros se los dieron a doña Margarita y a doña Leocadia, y el último se le envió a una hermana suya que tenía en su patria, parecida a él en ingenio y desdichas.

Aguardando estaban todos el fin que semejantes fiestas suelen tener, que es la folla. Pero, por diferenciar y dársele más alegre (al tiempo que, sin haberse permitido ver el sol aquel día, dejaba, en prendas de volver el siguiente, pedazos de celajes retocados de sombras y rosicler, salió un toro formado de una barca, tan a lo vivo, que pudieran temer las hemosuras que le miraban nuevos engaños de Júpiter, y nuevos sobresaltos de Europa, si no vieran en su defensa tantos interesados apercebidos. Corría con los hendidos pies –en la sustancia remos–, y otros que, encubiertos debajo de las olas, le ayudaban con toda ligereza y propiedad, por el cristalino coso, que daba alcance a las imaginaciones, y desasosiego a los ojos que le seguían. Imitaba, en los crespos remolinos, manchas negras y blancas, erizada piel y retorcida cola, tan al propio, lo que no era, que casi engañaba a su mismo artífice. La popa (que en ingenioso metamorfosis se había convertido en corto cuello, espumosa boca, abiertas narices y cabeza proporcionada) se remataba en dos buidos cuernos, pero dorados, por asegurar el temor de sus acicalados extremos (que este metal, aun en parte tan aborrecible a la honra, suele poner apetito y deseo). Daba engañosas y ligeras vueltas, paraba e imitaba bramidos con más propiedad que los de aquel que, siendo parto del ingenio y manos de Perilo, fue merecido premio de su bárbara invención. En fin, él representaba con tanta similitud lo figurado, que ni se echaron menos los que en los sotos de Jarama pacen el coraje y brío entre su hierba, ni hizo falta la plaza de Zocodover, cuyas veces tuvo en ésta el naval anfiteatro. Juntáronse todas las barcas y, con diestra gallardía, y vistosos caracoles, cercaron al orgulloso toro, al

son de infinitos instrumentos, acometiéndole con animosas suertes, y volviendo él también por sí; que, aunque las lanzas del torneo ya eran rejonos, por un entretenido rato que duró la navegable caza, sino vencedor, no salió vencido, ni fueron pocos los que midieron, en vez de la arena, lo que las engendra de oro.

Había ya la noche cerrado al día las puertas de rubíes –testigo su clavazón estrellada–, cuando desde los torneadores barcos tiraron sus dueños infinidad de rejonos y garrochas ardiendo, con que el toro, ya erizo, pudiera servirle de signo al Zodiaco, al sol del hospedaje, de oficina a Vulcano, y a Júpiter de almacén, cubriendo de cometas el tercer elemento que, con abrasados estallidos, se remata en estrellas, y éstas, en varias colores encendidas, formaban con ingeniosas cifras los nombres de los desposados. Abrasóse con festivo regocijo la combatida máquina; y, partiendo a boga arrancada de tres en tres, los caballeros de Neptuno (remitiendo los premios de invención, gala y letra para el día siguiente), quedó desocupado el río, los montes sin gente, y los desposados contentos y agradecidos.

Volvieron a la Quinta, tálamo de su amor, donde, después de haber recreado con una liberal cena a todos los caballeros y damas, para que el Tajo, con el entretenimiento de aquella tarde, no se levantase a mayores, quiso la Quinta, en un sarao que los mismos caballeros habían trazado, hacerle competencia.

Ocupando, pues, las damas estrados, y sillas los que, o por jubilados por la edad, o por la poca experiencia de semejantes habilidades, quisieron hacer auditorio (que no todos son para todo), entraron Máscaras que, a los compases de arpas, laúdes, cítaras y vihuelas, igualaron gentilezas de los pies aquella noche, a suertes de las manos de aquel día. En lo mejor estaban del cortesano festín, ocupando las damas ojos en las mudanzas, y oídos en los encarecimientos de galanes encubiertos, que gozaban sus lados de rodillas –permisión lícita de palacio en tales ocasiones–, cuando don Juan y don García, que mientras duró el torneo habían diligenciado los desposorios arriba referidos, satisfecho el gozo y preguntas de sus padres, habían determinado, ya que perdieron el entretenimiento militar de la tarde, gozar el pacífico de la noche. Con vaqueros de tela, turbantes y rostros, entraron en el festivo concurso. Y, entretanto que don García danzaba con doña Ángela, viendo don Juan el lado de Lisida vacío –que, por no agraviar la ocupación de sus pensamientos, no permitió Amor que ninguno los divirtiese–, llegó, con la turbación y gozo que a un amante y ausente de dos años podía causarle, en la presencia de tal belleza. Y, disimulando la voz cuanto le fue posible, la dijo:

–«Más cuerdos que yo han sido, bellísima señora, los que, no atreviéndose a ocupar este puesto, han confesado la reverencia que se debe, y la insuficiencia del

más sutil entendimiento al lado del vuestro; pues como el Sol en el cielo, y en la Tierra el fénix, no tienen compañía así vos, que sois en el mundo lo uno y lo otro, estáis sola, por no estar desigualmente acompañada. Pero la locura, que es toda atrevimiento y amor en mí, y siempre intenta lo más difícil, juzga por mayor la honra deste lugar que la vergüenza de no merecelle, con sobresaltos del alma, que casi reconocía lo que gozaba sin conocer.»

Respondió Lisida:

-«Diferentemente lo entendéis, cortesana máscara, que lo decís. No hay pestilencia tan contagiosa que iguale a la desdicha; y como ésta ha tanto que me persigue, huyen todos cuerdamente de mí y della. Pero creedme que nunca estoy más acompañada que cuando estoy más sola, porque puertas adentro de los sentidos tengo yo tanto en qué entender con enemigos domésticos, que no hago poco en desocuparme dellos para escucharos.»

-«¡Ay (replicó don Juan), quién fuera tan dichoso que hallara cohechos con que obligar algunos desos pensamientos que terciaran en favor mío!»

-«No sé si, cuando lo intentárades (respondió Lisida), saliérades con ello; que es tan prevenido el dueño, cuyas partes hacen, y los tiene pagados por junto, de suerte que, con ser tantos, todos le guardan lealtad y respeto.»

-«¡Qué rico debe de ser de merecimientos (dijo don Juan) quien es tan caudaloso que puede ocupallos todos!»

-«Eslo tanto (respondió ella) que, con estar ausente y haber infinitos días que no ven libranzas ni letras tuyas, paga por él la memoria, librando partidas en la voluntad, puesto que se tuviera por satisfecha, si pudiera revocar una de dos años, que le cuesta al alma no pocas lágrimas.»

-«Luego, ausente y descuidado vuestro amante (acudió él) ¿es tan abonado con vos, que le fiáis, sobre hipotecas de ausencia, tesoros de la libertad?»

-«¡Qué he de hacer! (respondió la dama). Costumbre es, de quien ha fiado lo más, arriesgar lo que queda, por cobrallo o perdello todo.»

Iba a responder el agradecido amante, pero impidióselo el caérsele la máscara, impaciente de que le dilatasen a Lisida contentos tan bien merecidos. Y, en viéndole de improviso, fue tan poderosa el alegría, que, ya que no la quitó la vida -como hizo con el padre Lacedemonio y la madre de Saxo, la impensada vista de sus hijos-, la causó un desmayo, poco menos que mortal, cayendo en sus brazos con los últimos acentos desta amorosa voz:

-«¡Ay, ausente mío!»

Oyéronla todos -por dalla el repentino sobresalto, que nunca éstos reparan en inconvenientes- y, cesando la fiesta, acudieron al ignorado accidente.

Diose don Juan a conocer. Y, si no aguara el temor en que la enamorada amante les puso el gozo de verle -porque igualmente era amado de todos y estimado-, antepusieran el contento de su venida a la fiesta de aquellas bodas. Pero, dándole breves y compendiosos parabienes, acudieron con los ordinarios remedios al amoroso parasismo, que duró lo que tardaron en despertarla dél algunas gotas de agua, medrando, en mezclarse con las de sus ojos, en el jardín de sus mejillas, la estimación de perlas. Volvió el alma de Lisida a ejercitar potencias, y el alba a amanecer en el oriente de su cara, haciendo la costa vergüenza que, deshojando claveles, culpaba a su amor de poco recato, haciendo publicidad de tres años de secreto. Con que, asegurados todos, reiteraron abrazos y bienvenidas al recién llegado, satisfaciéndolas, no con la lengua, que era imposible, sino con corteses demostraciones, explicadas en los risueños ojos, y urbanos cumplimientos. Dejaron las máscaras los disfrazados, mejorando el sarao en el recibimiento del generoso huésped y, sosegados todos, se ausentaron: don Juan, entre los desposados y los padres de Lisida, y ella, si honesta, vergonzosa amante, ufana al lado de su madre, haciendo experiencias en sí misma, con que certificarse si dormía o estaba despierta.

En fin, después de aplaudidos por don Juan los conformes esposos y recibido el retorno de sus cortesías, en breves razones refirió el fin que habían tenido la firmeza de doña Serafina y desengaños de don García, el medio que se había dado, desposándola el día siguiente, por prevenir violencia del determinado don Luis y pretenso esposo, que se confirmó con desembozarse don García, y volver a renovarse el contento y los parabienes de todos, asegurándose don Alejo, y pudo ser con algún sentimiento, de Irene, que, viendo fuera de su jurisdicción a don García, no es temeridad creer tuvo, si no amor, envidia (que no hay mujer que le pese de ser querida, ni deje de sentir verse olvidada).

Pero sea lo que fuere, ella lo disimuló tan bien, que ni engendró sospecha en quien pudiera, ni anduvo limitada en los plácemes con quien imaginó que entonces llorara pésames.

Habían conjeturado los padres de Lisida, de la resistencia con que rehusaba el casarse (alegando fingidos votos), la correspondencia amorosa con que don Juan y ella se amaban; y trocaron las sospechas en certidumbres, cogiéndola, sin saberlo ella, algunos papeles que, como a reliquias de su ausente, guardaba y él le había escrito, cuando favorecido alentaba deseos. Y, aunque con prudencia de viejos disimularon el saberlo, contempORIZANDO con el voto achacado, deseaban

volviese a su patria la causa dél; porque, dispensándole el amor y casándolos, diesen ilustres padres a sus nietos, gusto a su hija, y descansada vejez a sus postreros años. Agora, pues, que vieron cuán de bodas andaba Amor entre don Alejo e Irene, don García y doña Serafina, antes que algún inconveniente fortuito cerrase las velaciones, les pareció a los cuerdos padres añadir otra tercera boda a las dos que tenían presentes, y executar presto lo que se había de hacer tarde (que quien da luego, da dos veces). Y ansí, consultándolo todos juntos, hablaron aparte a don García, diciéndole la resolución que en su ausencia habían tenido, ya madura y sazónada al cabo de tantos días, que sólo aguardaban el consentimiento de sus padres (que tenían por cierto) para que, sin más dilación, asegurasen estados que suele la fortuna desbaratar cuando más ciertos. Para lo cual determinaba el prudente viejo, por la mañana, ir a hablar a los de don Juan, diciéndole: que, pues él había de volver aquella noche, anticipase con su prevención este aviso, para que cuando él llegase estuviese en la última disposición; porque él quería que se celebrasen sus bodas después de las de don García, para que, sin salir de aquella Quinta, unas fiestas se alcanzasen a otras, haciendo de tres una.

No pudo reprimir el recato al gozo en don Juan, para que no se postrase a los ancianos pies de entrambos, dando con agradecimientos, cortos de palabra, largas muestras de su estimación, resultando dellas el venir a noticia de los presentes que, aunque quisieron paliarlas con otras razones, por no prevenidas mal aplicadas, y las admitieron corteses, las adivinaron curiosos, puesto que no se dieron entonces por entendidos. Despidióse don Juan de sus futuros suegros y esposa, de los recién casados y caballeros. Y don García, aunque reconciliado con don Alejo, ya amigo verdadero -que la nobleza tiene el alma en las palabras y el corazón en las manos-, acompañando a su amigo, se volvieron los dos a la ciudad, igualmente contentos y enamorados: los novios al tálamo, los huéspedes a sus alojamientos, el sueño a su acostumbrada posesión, y el silencio a sosegar lo que quedaba de la noche (hostería donde hacen venta las acciones humanas desta vida, para volver a caminar con más aliento, hasta la última jornada, término de nuestra peregrinación).

Ya habían huido las estrellas, que, como la luz que tienen es hurtada del Sol, temieron su presencia; y él, espantando sombras, asomaba arreboles por las cumbres de los elevados montes, desperdiando el oro de sus rayos; y, aplaudido de las cantoras aves, despeñaba resplandores, deseosos de animar las rosas de los valles que, desmayadas con su ausencia, como enfermas le llamaban, cuando, reprehendiéndole por más perezoso que otros días, Serafina y don García -como al contrario Irene y don Alejo, porque, siendo rey de los planetas, madrugaba como jornalero-, amonestados a la Misa del alba en San Vicente, parroquia de los dos amantes, y cumplida esta diligencia cristiana, según la dispensación del Vicario, después de haber recibido el mayor Sacramento para

que diese feliz principio al del matrimonio, en casa de don Pedro, tío de la desposada, presentes los padres de don García, y la gente de las tres casas, y el legítimo ministro deste misterio, añadieron los dos amantes, con los deseados sí es a los lazos de Amor los de Himeneo, supliendo, en la solenidad de tan deseada acción, domésticos contentos y parabienes, las fiestas, músicas y ostentaciones que requería el valor y caudal de los contrayentes, e impidió la prisa con que aguardaban los que, a abreviar más su venida, impidieran esta diligencia. Estando, pues, los generosos viejos dando abrazos y bendiciones a los nobles yernos, y pidiendo al cielo los hiciese bien casados, entró don Alejo acompañado de amigos, habiéndole obligado a madrugar aquella mañana, más de lo que acostumbraba y su nuevo estado pedía, obligaciones corteses. Y, después de haberles dado la norabuena, con apretados encarecimientos, les pidió de parte de su esposa y suya juntasen solenidades, volviéndose con él a Buenavista, donde determinaba, con la aprobación de sus amigos, comenzar de nuevo regocijos que, durando algunos días, festejasen a Toledo y entretuviesen a sus vecinos. No supieron negar (ni fuera razón) los convidados tan cortés y generosa petición; y así, después de agradecida, padres, hijos y tío, en dos coches bajaron a la Vega y llegaron a Buenavista, que, cuando con tanta propiedad no la cuadrara este nombre, agora, por las hermosuras que hospedaba, la venía nacido. Saliéronlos a recibir en amoroso escuadrón damas y caballeros, multiplicando parabienes y abrazos (que por suponellos todo cortesano discurso voy cercenando).

Entretanto, pues, que se hacía hora de comer, y la amistad y nobleza toledana intentaba nuevos ejercicios y fiestas (a que los obligaba la juventud y el parentesco que todos o los más tenían con los cuatro consortes), paseándose los padres de Lisida con los de don Juan por entre los floridos cuadros y planteles de aquel segundo paraíso, concluyeron lo que la noche antes habían comenzado, que fue juntar sangres, y casar sus hijos con amigable y desinteresado consentimiento de todos, quedando de hacer aquella noche las escrituras, y renovar bodas a Buenavista (que parece tiene esta deleitosa Quinta particular influencia del cielo para conformar voluntades), Derramóse esta nueva por los circunstantes, con el contento de todos que la imaginación puede ponderar; y, para que pagasen aquel casamentero sitio tan iguales elecciones, dispusieron que por ocho días, asistiendo en él sin subir a la ciudad, buscasen los ingenios y gastos artificiosos entretenimientos que ilustrasen más las tres bodas. Estaba entre ellos don Melchor, gentil espíritu y gallardo mancebo que, mezclando con su ingenio valiente un natural regocijado y jovial, entretenía a un tiempo y admiraba, causa de que su pacífica condición, apacible trato y generosa sangre, le hiciesen con generalidad amado y a ninguno odioso. Éste, viendo cuán a propósito era el tiempo y las circunstancias dél, para sus inclinaciones entretenidas, dijo a todos:

-«Los caniculares se acercan, y la descomodidad dellos en Toledo nos trae a los

caballeros mozos desvelados, buscando pasatiempos donde, con menos costa de salud y calor (tan criminal en estos meses) engañemos la ociosidad. La pelota, aunque es ejercicio noble, cobra de contado su entretenimiento en réditos del cansancio, y tal vez de la muerte, si se le arrima un jarro de agua, que tantas veces brinda a la sed, ocasionándola nuestros celebrados algibes. Los trucos son para el invierno acomodados, pero no para el verano, encerrándonos en una sala, para que demos vueltas a la tahona de una mesa, encendiendo la sangre y helando las bolsas. Bajarnos al río a luchar con sus raudales, y dejar en ellos las molestias del estío: dura tan poco este alivio que, aguardándonos a la subida de nuestra ciudad, reforzadas las congojas habíamos menester otro Tajo, junto a las puertas del Cambrón; de la Sangre, o a las Vistillas de San Agustín. De modo que todos los medios para desahogar pesadumbres destos días sirven de aumentallas. Parecíame a mí, si pareciese a los demás, que pues estamos en Buenavista y ella cerca de tan buenos y acomodados Cigarrales (que, sin envidiar las riberas de Valladolid, cármenes de Granada, Casa del Campo, y Huerta del Duque, de la Corte, Aranjueces, y Pardos del Rey, pueden anteponerse a los jardines de Lucano y huertos de Mecenas, que nos desterrásemos por estos cuarenta días en que el sol, como dama deste tiempo, es tan amigo de perros de falda, pues desde las suyas nos ladran toda la canícula, y, siguiendo el arbitrio que tengo imaginado, los visitásemos con particulares pasatiempos; pues no sería poco provechosa esta humana cuarentena para la salud y el gusto.»

–«Las razones que habéis dado contra la riguridad destos meses (dijo don Alejo) son evidentes, y sólo de vuestro sazonado gusto nos podemos prometer el reparo della. Yo, de mi parte, comprometo en vuestra elección.»

–«Lo mismo hago yo (dijo don Juan), y según los semblantes de los demás, que os escuchan, me parece os puedo asegurar sus votos.»

Todos dijeron que se remitían a él, y así prosiguió:

–«De los que aquí estamos podemos escoger diez caballeros y diez damas, entre casadas y deseosas de sello, que cumplan el número de la mitad de los caniculares. Y, porque a ninguno se le haga agravio, será por suertes, entrando todos y todas en ellas, encerrando en tres vasos de los muchos que adornan estos aparadores, en el uno, los nombres de las damas, en el otro, los de los hombres y en el tercero los de veinte Cigarrales, los más celebrados. Sacaré yo –que soy el más inocente– un Cigarral y luego una dama, después otro Cigarral y un caballero, interpolando los hombres con las mujeres; y oblíguese cada uno, por el orden que salieren, a entretenernos el día que le cupiere como más gustare, con esperanza del premio que se le promete desde luego a quien llevare la ventaja. Y, cumplida la mitad de los dichos caniculares, volveremos a sortear; con que, aunque le pese al rigor del tiempo, lo pasemos alegremente.»

Parecióles a todos tan bien la proposición ingeniosa, que sin dilatallo más, después de haberle vitoreado, escribieron los nombres de cuantas damas y caballeros estaban presentes y, aperciendo los vasos, deseaban todos ser los primeros que saliesen, sutilizando pensamientos para las fiestas y disponiendo gastos para ejecutarlas, sin que hubiese cortedad de ánimo, entre todos, que las temiese.

Sobre un bufete de jaspe pusieron las tres urnas, preñadas de las boletas, y, coronándole los opositores, metió don Melchor la mano diciendo: «¡Dios te la depare buena!», y salió el 1.º don Alejo, con no poco gusto suyo, cabiéndole la misma Quinta en que estaban, que hasta en esto fue venturoso. En fin, ahorrando de palabras, digo que salieron desta suerte los diez y nueve: 2.º A Narcisa le cupo el Cigarral del Rey, agora del Marqués de Malpica. 3.º A don Juan, el de los Núñez. 4.º A Isabella, el de don Gerónimo de Miranda, agora de los Clérigos Menores. 5.º A don Fernando, la huerta de la Encomienda. 6.º A Anarda, el de la Solanilla, agora de los padres de nuestra Señora de la Merced. 7.º A don García, el de don Manrique, agora de los padres del Carmen Calzado. 8.º A Diana, el de las Nieves, que es del Monasterio de san Pedro Mártir, frayles dominicos. 9.º A don Alonso, el de la Peralera. 10.º A Sirena, el del Doctro Narvona. 11.º A don Suero, la huerta del Rey. 12.º A Lucinda, el Cigarral de los Cruces. 13.º A don Melchor, el de don Bernardo de Marañón. 14.º A doña Gracia, el de Horacio de Oria. 15.º A don Vela, el de doña Juana, a los Membrillares. 16.º A doña Petronila, el del Racionero Sigura. 17.º A don Miguel, el del Bosque. 18.º A doña Angela, la huerta de don Antonio de Vargas. 19.º A don Nuño, el de las Almenillas. 20.º Y, últimamente, a doña Leocadia, el de Valdecolomba.

Con esto, quedaron los señalados contentos, y los demás con esperanza de salir en las suertes venideras. Señaláronse jueces para los premios, ofrecidos por los padres de Lisida y don Juan –que, ya que los excluía su edad de entrar en las suertes, no quisieron quedallo de su liberalidad–, y salieron, por voto de todos, los mismos, y más el tío de doña Serafina, quedando determinado que, pues la primera suerte había cabido a don Alejo, y para aquella noche le tenían sus amigos apercebida una comedia, que ellos mismos habían de representar, cumpliese en ella con la obligación que le tocaba, y se continuasen de allí a ocho días (término de las bodas de don Juan y Lisida) los propuestos entretenimientos, porque, aunque faltaban veinte hasta el primero de los caniculares, el calor de aquel año parece que los anticipaba y, con la ocasión de tantas y tan ilustres bodas, pedía tan largas vísperas; pues, repartiéndose entre la nobleza de Toledo y echándose suertes de veinte en veinte, podrían, sin mucha costa y con mucho gusto, pasar aquel verano. Vinieron todos en esto, con general aplauso y seguridad de los que dudaban de salir en las segundas suertes, pues, habiendo de ser tantas, por fuerza les habían de caber a todos.

Llamábalos la comida. Pero, antes de asentarse a ella, quisieron concluir con las

obligaciones del torneo pasado, dando los premios que se remitieron para este día. Y así llevó, por mejor invención, don Lorenzo un cofrecillo de carey (ansí llaman a la tortuga en las Indias) guarnecido de plata, y dentro, dos docenas de lienzos, curiosamente coronados de randas flamencas, que gozó doña Gracia.

El de más galán, don Fernando, que fue un papagayo de esmeraldas, sobre un tronco de oro y rubíes, para que le dijese sus penas a Anarda, segunda vez premiada, y mil, si tantas lo fuera el liberal amante. Últimamente llevó el de mejor letra don Nuño, y fue un arcabuz de oro, la llave de un amatiste y la caja de coral, que ofreció cortés a Lisida, y ella recibió agradecida.

Acabóse esta solenidad con mucha música, al son de la cual satisfizo la liberalidad del convite todos los sentidos de los convidados, porque en él la abundancia les hizo el plato, con lo más deleitoso de sus objetos. Levantáronse las mesas algo tarde, desde las cuales salieron a los balcones de la Quinta, a ver una costosa Máscara que los entretuvo hasta parte de la noche, y yo no refiero, por dar principio a la primera fiesta, que cupo por suerte a don Alejo, pues della, y las demás que se celebraron en los nombrados Cigarrales de Toledo, toma el título este libro.

CIGARRAL PRIMERO

Cuatro horas había que el mayor de los planetas cargaba en las Indias del oro que desperdicia pródigo con nosotros cada día –pues, a no venir con nuevos tesoros, cansara el verle tan a menudo–, cuando en la mayor de las hermosas salas (que en Buenavista conservan la memoria de su ilustrísimo dueño, fábrica digna de la mayor mitra del mundo) aguardaba la Comedia el más bello e ilustre auditorio que dio estimación al Tajo, y soberbia a sus aguas, por verse trasladadas de cristales en soles –si no es baja ponderación ésta para quien conoce la excelencia de las caras de Toledo–. Alumbraban el dilatado salón doce blandones, ardiendo en ellos la nieve transformada en cera (parto de las repúblicas, aunque pequeñas, aves, y afeite del sol, que en la espaciosa Vega la convierte de oro en cristal). Ocupaba los estrados (tribunal de la hermosura) toda la que era de consideración en la imperial ciudad, y se realzaba con la nobleza. A otro lado, el valor de sus caballeros honraban las sillas, en cuyos diversos semblantes hacía el tiempo alarde de sus edades, en unos echando censos a la juventud de oro, y en otros cobrando réditos de la vejez en plata.

Intitulábase la comedia El vergonzoso en Palacio, celebrada con general aplauso (años había), no sólo entre todos los teatros de España, pero en los más célebres de Italia y de entrambas Indias, con alabanzas de su autor, pues mereció que uno

de los mayores potentados de Castilla honrase sus musas, y ennobleciese esta facultad, con hacer la persona del Vergonzoso él mismo, quedándolo todos los que la profesan de verle aventajar, en un rato de este lícito entretenimiento, sus muchos años de estudio.

Los que entraban en ella eran de lo más calificado de su patria; y las damas, Anarda, Narcisa, Lucinda y doña Leocadia, ilustres como hermosas, y milagros de la hermosura; con que quedó la representación autorizada como merece, pues, si los sujetos que la ponen en práctica no la desdoran, ella por sí misma es digna de suma estimación y alabanza, principalmente saliendo tan acendrada (el día de hoy) de los que, sin pasión y con suficiencia, tienen a su cargo el expurgarla de palabras y acciones indecentes.

Salieron, pues, a cantar seis, con diversidad de instrumentos: cuatro músicos y dos mujeres. No pongo aquí –ni lo haré en las demás– las letras, bailes y entremeses, por no dar fastidioso cuerpo a este libro, ni quebrar el hilo al gusto de los que le tuvieren en ir leyendo, sucesivamente, sus comedias.

Baste para saber que fueron excelentes, el dar por autores de los tonos a Juan Blas, único en esta materia, a Álvaro, si no primero, tampoco segundo, y al licenciado Pedro González, su igual en todo que, habiendo algunos años sutilizado la melodía humana, después, por mejorarla, tomó el hábito, Redentor de nuestra Señora de la Merced, y en él es fénix único, si en el siglo fue canoro cisne. Los entremeses fueron de don Antonio de Mendoza cuyos sales y concetos igualan a su apacibilidad y nobleza; y los bailes, de Benavente, sazón del alma, deleite de la naturaleza y, en fin, prodigio de nuestro Tajo. Y, si por sus dueños ganaron fama, no la perdieron por los que en Buenavista los autorizaron hoy. Esto, pues, supuesto, y entrados los músicos, salió el que echaba la Loa, que fue la que se sigue:

LOA

Llamó Xerges (gran monarca
de Asiria y de Babilonia)
a Cortes, en su colonia,
la gente que el Assia abarca.
Y, juntos en su comarca,
desde el sagaz griego astuto
hasta el etíope bruto,
quiso que cada nación
le diese un presente y don
en vasallaje y tributo.

Sentóse en un trono de oro,
puesto debajo un dosel,
con más diamantes en él
que vio Oriente en su tesoro.
De Fidias y Cenodoro
labró la mano sutil
una silla de marfil,
perlas y oro, en que publica
que aunque es la materia rica,
la vence el primo buril.
Por doce gradas de plata
subían pasos más dignos
que los que en sus doce signos
da el Sol, que dorillos trata.
En fin, la labor remata
una punta de cristal
en forma piramidal
con un carbunco sobre ella,
que imaginó ser estrella
la máquina celestial.
Y, vestido el rey asirio
por quitar el resplandor
al Sol, del rico color
que es sangre del peze tirio,
teniendo por cetro un lirio
de oro y zafiro bellos,
y sobre rubios cabellos
la real diadema quedó
tal, que el Sol imaginó
tener su eclíptica en ellos.
Con esta real apariencia
estaba, cuando, admirados,
le dieron todos, postrados
con humildad, la obediencia
Y, porque hiciese experiencia
del amor que le tenían,
de dos en dos le ofrecían
los más estimados dones
que en las diversas regiones
del mundo sus senos crían.
Oro le daba el arabio,
y plata el indio remoto,
aroma el sabeo devoto,

cristal helado el moravio,
púrpuras el griego sabio,
flechas el tártaro escita,
el persa perla infinita,
Judea bálsamo puro,
seda el egipcio perjuro
y pieles el moscovita.
Y después que, cuando pudo
mostró a Xerges cada cual
su ánimo liberal,
llegó un pastor tosco y rudo,
velloso el cuerpo, y desnudo
lo que la piel no ocultaba
de una onza que llevaba
por ropa; en fin, al villano
que habló al Senado Romano
al vivo representaba.
Y, llevando un vaso tosco
de alcornoque, de agua lleno,
dijo, el semblante sereno:
-«Porque mi humildad conozco,
en fe de que reconozco
tu grandeza, a darte vengo
el presente que prevengo,
que, aunque no le estimarás,
no debo, gran Xerges, más
de ofrecerte lo que tengo.
»Entre las dádivas ricas
de diamantes, perlas y oro
con que aumentas tu tesoro
y tu Majestad publicas,
si la voluntad aplicas
al don que te ofrezco escaso,
podrá ser hagas dél caso,
que el vaso de agua que ves
de mi amor y lealtad es,
aunque pobre, un rico vaso.
»Engastada en él está
mi lealtad: que el don mayor,
no le abona su valor,
mas la fe con que se da.
Ésta es de oro: bien podrá
estimalla tu decoro

y igualarla a tu tesoro,
pues aunque es de agua su vista,
el amor, que es alquimista,
el agua transforma en oro.»-
Quedó Xerges admirado
de que en tan tosca apariencia
se ocultase la elocuencia
con que Tulio es celebrado.
Y dijo:-«Más he estimado
aquesta agua y tu humildad,
que cuanto mi Majestad
adorna, aunque la cotejo
con ella, porque es espejo
en que he visto tu lealtad,
»A premiarte me provocho;
de Grecia te hago virrey,
Que en lo mucho tendrás ley
pues lo tuviste en lo poco.»-
Quedó de contento loco
el pastor; y la grandeza
del rey premió con largueza
la voluntad y el afeto
del presente y don discreto,
que el agua fuera bajeza.
...Ilustrísimo Senado,
donde el cielo y la ventura
juntó el valor y hermosura
en el más supremo grado;
imperio, que al godo ha dado
inmortal y augusta silla,
y coronando a Castilla
su cabeza te hizo agora
cuando el Sol la tuya dora
y el Tajo a tus pies se humilla:
¿Qué ha de darte un alma pobre
de poca estima y decoro,
pues entre méritos de oro
halla los suyos de cobre?
Agua te dará salobre,
Sé Xerges en recibilla,
y repara al admitilla
(sin que de vertella trates)
que es oro de mil quilates

el amor del que se humilla.
¡Qué consolado me deja,
Toledo, el que prefirió
al oro que el rico dio
la blanca vil de la vieja!
Con ella, pues, me coteja
y, aunque mis prendas son bajas,
me premiarás con ventajas
advirtiéndome tu valor
que el pobre es mal pagador
y como tal, paga en pajas.

Entróse, siguiéndose tras él un baile artificioso y apacible, el cual concluido, comenzó la comedia, que es como se sigue: «Comedia famosa del vergonzoso en palacio»...

Con la apacible suspensión de la referida comedia, la propiedad de los recitantes, las galas de las personas, y la diversidad de sucesos, se les hizo el tiempo tan corto, que, con haberse gastado cerca de tres horas, no hallaron otra falta sino la brevedad de su discurso; esto, en los oyentes desapasionados y que asistían allí, más para recrear el alma con el poético entretenimiento, que para censurarle; que los zánganos de la miel, que ellos no saben labrar y hurtan a las artificiosas abejas, no pudieron dejar de hacer de las suyas, y con murmuradores susurros picar en los deleitosos panales del ingenio. Quién dijo que era demasidamente larga, y quién impropia. Pedante hubo historial que afirmó merecer castigo el poeta que, contra la verdad de los anales portugueses, había hecho pastor al duque de Coimbra don Pedro –siendo así que murió en una batalla que el rey don Alonso, su sobrino, le dio, sin que le quedase hijo sucesor–, en ofensa de la Casa de Avero y su gran duque, cuyas hijas pintó tan desenvueltas que, contra las leyes de su honestidad, hicieron teatro de su poco recato la inmunidad de su jardín. ¡Como si la licencia de Apolo se estrechase a la recolección histórica, y no pudiese fabricar, sobre cimientos de personas verdaderas, arquitecturas del ingenio fingidas! No faltaron protectores del ausente poeta, que, volviendo por su honra, concluyesen los argumentos Zoilos (si pueden entendimientos contumaces, Narcisos de sus mismos pareceres, y discretos, más por las censuras que dan en los trabajos ajenos, que por lo que se desvelan en los propios, convencerse).

–«Entre los muchos desaciertos (dijo un presumido, natural de Toledo, que le negara la filiación de buena gana, si no fuera porque, entre tantos hijos sabios y bien intencionados que ilustran su benigno clima, no era mucho saliese un aborto malicioso), el que más me acaba la paciencia es ver cuán licenciosamente salió el poeta de los límites y leyes, con que los primeros inventores de la Comedia

dieron ingenioso principio a este poema; pues siendo así que éste ha de ser una acción cuyo principio, medio y fin, acaezca a lo más largo en veinticuatro horas sin movernos de un lugar, nos ha encajado mes y medio, por lo menos, de sucesos amorosos. Pues, aun en este término, parece imposible pudiese disponerse una dama ilustre y discreta a querer tan ciegamente a un pastor, hacerle su secretario, declararle por enigmas su voluntad y, últimamente, arriesgar su fama a la arrojada determinación de un hombre tan humilde que, en la opinión de entrambos, el mayor blasón de su linaje eran unas abarcas, su solar una cabaña, y sus vasallos un pobre ható de cabras y bueyes. Dejo de impugnar la ignorancia de doña Serafina pintada, en lo demás tan avisada, que, enamorándose de su mismo retrato, sin más certidumbre de su original que lo que don Antonio la dijo, se dispusiese a una bajeza indigna, aun de la más plebeya hermosura, como fue admitir a oscuras a quien pudiera, con la luz de una vela, dejar castigado y corrido. Fuera de que no sé yo por qué ha de tener nombre de Comedia la que introduce sus personas entre Duques y Condes, siendo así que las que más graves se permiten en semejantes acciones no pasan de ciudadanos, patricios y damas de mediana condición.»

Iba a proseguir el malicioso arguyente, cuando atajándole don Alejo –que por ser la fiesta a su contemplación le pareció tocarle el defenderla–, le respondió:

–«Poca razón habéis tenido; pues, fuera de la obligación en que pone la cortesía a no decir mal el convidado de los platos que le ponen delante (por mal sazonados que estén) en menosprecio del que convida la comedia presente ha guardado las leyes de lo que ahora se usa. Y a mi parecer –conformándome con el de los que sin pasión sienten–, el lugar que merecen las que ahora se representan en nuestra España, comparadas con las antiguas, les hace conocidas ventajas, aunque vayan contra el instituto primero de sus inventores. Porque, si aquéllos establecieron que una comedia no representase sino la acción que moralmente puede suceder en veinticuatro horas, ¿cuánto mayor inconveniente será que, en tan breve tiempo, un galán discreto se enamore de una dama cuerda, la solicite, regale, y festeje, y que, sin pasar siquiera un día, la obligue y disponga de suerte sus amores que, comenzando a pretenderla por la mañana, se case con ella a la noche? ¿Qué lugar tiene para fundar celos, encarecer desesperaciones, consolarse con esperanzas, y pintar los demás afectos y accidentes, sin los cuales el amor no es de ninguna estima? Ni ¿cómo se podrá preciar un amante de firme y leal, si no pasan algunos días, meses y aun años en que se haga prueba de su constancia?

»Estos inconvenientes mayores son, en el juicio de cualquier mediano entendimiento, que el que se sigue de que los oyentes, sin levantarse de un lugar, vean y oigan cosas sucedidas en muchos días.

Pero así como el que lee una historia en breves planas sin pasar muchas horas, se informa de casos sucedidos en largos tiempos y distintos lugares, la

comedia, que es una imagen y representación de su argumento, es fuerza que, cuando le toma de los sucesos de dos amantes, retrate al vivo lo que le pudo acaecer, y, no siendo esto verisímil en un día, tiene obligación de fingir pasar los necesarios, para que la tal acción sea perfecta; que no en vano se llamó la poesía pintura viva pues, imitando a la muerta, ésta, en el breve espacio de vara y media de lienzo, pinta lejos y distancias, que persuaden a la vista a lo que significan, y no es justo que se niegue la licencia, que conceden al pincel, a la pluma, siendo ésta tanto más significativa que esotro. ¡Cuánto se deja mejor entender el que habla, articulando sílabas en nuestro idioma, que el que, siendo mudo, explica por señas sus conceptos! Y si me argüís que a los primeros inventores debemos, los que profesamos sus facultades, guardar sus preceptos –pena de ser tenidos por ambiciosos, y poco agradecidos a la luz que nos dieron para proseguir sus habilidades–, os respondo: que, aunque a los tales se les debe la veneración de haber salido con la dificultad que tienen todas las cosas en sus principios, con todo eso, es cierto que, añadiendo perfecciones a su invención (cosa, puesto que fácil, necesaria), es fuerza que, quedándose la sustancia en pie, se muden los accidentes, mejorándolos con la experiencia. ¡Bueno sería que, porque el primero músico sacó, de la consonancia de los martillos en la yunque, la diferencia de los agudos y graves, y armonía música, hubiesen los que agora la profesan de andar cargados de los instrumentos de Vulcano, y mereciesen castigo en vez de alabanza los que a la arpa fueron añadiendo cuerdas y, vituperando lo superfluo e inútil de la Antigüedad, la dejaron en la perfección que agora vemos! Esta diferencia hay de la Naturaleza al Arte: que lo que aquélla desde su creación constituyó no se puede variar; y así siempre el peral producirá peras y la encina su grosero fruto. Y con todo eso, la diversidad del terruño, y la diferente influencia del cielo y clima a que están sujetos, la saca muchas veces de su misma especie y casi constituye en otras diversas. Pues, si hemos de dar crédito a Antonio de Lebrija en el Prólogo de su Vocabulario, no crió Dios, al principio del mundo, sino una sola especie de melones, de quien han salido tantas, y entre sí tan diversas, como se ve en las calabazas, pepinos y cohombros, que todos tuvieron en sus principios una misma producción. Fuera de que ya que no en todo, pueda variar estas cosas el hortelano, a lo menos en parte, mediando la industria del injerir. De dos diversas especies compone una tercera, como se ve en el durazno, que, injerto en el membrillo, produce al melocotón, en quien hacen parentesco lo dorado y agrio de lo uno con lo dulce y encarnado de lo otro. Pero en las cosas artificiales, quedándose en pie lo principal, que es la sustancia, cada día varía el uso, el modo y lo accesorio. El primer sastre que cortó de vestir a nuestros primeros padres fue Dios –si a tan ínclito artífice es bien se le acomode tan humilde atributo; mas no le será indecente, pues Dios es todo en todas las cosas–. ¿Fuera, pues, razón, que por esto anduviésemos agora como ellos cubiertos de pieles, y que condenásemos los trajes –dejo los profanos y lascivos, que esos de suyo lo están, y hablo de los honestos y religiosos–, porque así en la materia como en las formas diversas se distinguen de aquéllos? Claro está que

diréis que no. Pues si «en lo artificial», cuyo ser consiste sólo en la mudable imposición de los hombres, puede el uso mudar en los trajes y oficios hasta la sustancia, y «en lo natural» se producen, por medio de los injertos, cada día diferentes frutos, ¿qué mucho que la comedia, a imitación de entrambas cosas, varíe las leyes de sus antepasados, e injiera industriosamente lo trágico con lo cómico, sacando una mezcla apacible de estos dos encontrados poemas, y que, participando de entrambos, introduzca ya personas graves, como la una, y ya jocosas y ridículas, como la otra? Además que si el ser tan excelentes en Grecia Esquilo y Ennio, como entre los latinos, Séneca y Terencio bastó para establecer las leyes tan defendidas de sus profesores; la excelencia de nuestra española Vega, honra de Manzanares, Tulio de Castilla y Fénix de nuestra nación, los hace ser tan conocidas ventajas en entrambas materias, ansí en la cantidad como en la cualidad de sus nunca bien conocidos, aunque bien enviados, y mal mordidos estudios, que la autoridad con que se les adelanta es suficiente para derogar sus estatutos.

»Y habiendo él puesto la Comedia en la perfección y sutileza que agora tiene, basta para hacer escuela de por sí, y para que los que nos preciamos de sus discípulos nos tengamos por dichosos de tal maestro, y defendamos constantemente su doctrina contra quien con pasión la impugnare. Que si él, en muchas partes de sus escritos, dice que el no guardar el arte antiguo lo hace por conformarse con el gusto de la plebe –que nunca consintió el freno de las leyes y preceptos–, dícelo por su natural modestia, y porque no atribuya la malicia ignorante a arrogancia lo que es política perfección. Pero nosotros, lo uno por ser sus profesores y lo otro por las razones que tengo alegadas (fuera de otras muchas que se quedan en la plaza de armas del entendimiento), es justo que dél como reformador de la comedia nueva, y a ella, como más hermosa y entretenida, los estimemos, lisonjeando al tiempo, para que no borre su memoria.»

–«¡Basta!, dijo don Juan; que, habiendo hallado en vos nuestra española comedia caballero que defienda su opinión, habéis salido al campo armado de vuestro sutil ingenio, él queda por vuestro, y ninguno osa salir contra vos, si no es el sueño, que afilando sus armas en las horas del silencio –pues, si no miente el reloj del Hospital de Afuera son las tres–, a todas nos obliga a rendirle las de nuestros sentidos. Démosles treguas ahora para que, descansando, prevengan mañana nuevos entretenimientos.»

Hiciéronlo así, quedando avisada Narcisa para la fiesta que en el Cigarral de su suerte, de allí a ocho días, le tocaba. Y despedidos los huéspedes, que gustaron de volverse a la ciudad, los demás en las capaces cuadras se retiraron, si diversos en pensamientos y cuidados, convenidos a lo menos en recoger, puertas adentro del alma, sus pasiones.

CIGARRAL SEGUNDO

Entretenidos y apacibles ocho días pasaron en Buenavista nuestros toledanos caballeros y damas, a costa de la riqueza y liberalidad de don Alejo e Irene, ya pasando las mañanas frescas en cazas -ni de enfado ni de peligro, que en el compendioso y vecino bosque de aquella Quinta no quiso defraudar al entretenimiento su ilustrísimo dueño esta generosa ocupación-, ya en contemplativas pescas, que, ocasionadas de los sabrosos lances de nuestro río, jugando cañas (bien que de pescar) con sus apetitosos peces, picaban más que otras veces los ofrecidos cebos, por ir guiados de tan hermosas manos, hallando disculpa su simplicidad en las almas de los que acompañaban las hermosas pescadoras, pues no menos que ellos en los anzuelos quedaban ellas prisioneras de sus atractivos ojos. Las tardes se les hacían cortas, ya por las apacibles conversaciones en que, sirviendo los ingenios diferentes platos al entendimiento sustentaban las almas, ya en juegos pacíficos, estafermos y carreras, obligando con lo uno y otro voluntades, y acrecentando deseos; las noches en saraos artificiosos, motes más agudos que satíricos, y disputas tan curiosas como claras que pudieran dar envidia a las Noches áticas de Aulo Gelio y Días saturnales de Macrobio. Quien más interés de estas fiestas fue doña Serafina, pues a la mitad dellas, habiendo llegado don Luis, su hermano, con la determinación que significó por escrito, y creyó ejecutar por obra, sin don Andrés -que, por quedar indispuerto en Córdoba, juzgó por mejor aguardar su pretendida esposa en ella, que experimentar segundas desgracias en Toledo-, y determinado de llevarla consigo para que, con la seguridad del matrimonio, cumpliera su palabra, y saliese de la obligación en que le ponía la guarda de una hermosura, después que en el camino supo con cuánta más cuerda elección había Serafina usado del derecho de su libertad y escogido dueño, tan noble como el que le proponía don Luis -más mozo, más rico y más a su propósito-, y que todo esto había sido a persuasión y consejos de su tío -a quien reverenciaba como padre-, y que, en fin, era ya imposible lo contrario, tuvo por mejor condescender, pacífico, a lo hecho, que cobrar inútilmente enemigos nuevos, arrojado.

Estos cuerdos propósitos redujo a ejecución el venerable don Pedro, cuyas persuasiones fueron bastantes a que viendo cuánto mejor le estaba que su hermana llamase esposo a quien el vulgo llamó galán, y el peligro que corría su honra y vida en poder de don Andrés -que si entonces como amante atropellaba sospechas, después como marido había de refrescar memorias (resfriados los primeros ímpetus de la voluntad) de agravios en opinión, si mentirosos, no del todo averiguados-, alabó la discreta conclusión de tantas pesadumbres, dio el parabién y brazos a su noble cuñado, perdón (si había de qué) a su hermosa hermana, alabanzas a su tío, nuevo contento a toda la nobleza y, con un

convidado más, tan principal y discreto, acrecentamiento a las alegres fiestas, siendo ya uno de los comprendidos en ellas.

Entretanto, pues, que don Luis escribía satisfacciones a su amigo don Andrés, y los demás caballeros y damas pasaban en cortesanos entretenimientos aquel apacible octavario, llegó el término de las bodas de don Juan y Lisida, que, medido con sus deseos, no fue de ocho días, sino de infinitos años, renovando en su solemnidad las fiestas con los aceros que la juventud toledana acostumbra, la autoridad de los contrayentes merecía, y el amor con que de todos era estimado. Dejo su narración al discurso del discreto, por no hacer con ella prolijo el presente, y vuelvo al hilo de nuestros CIGARRALES, que puesto que le cupo a Narcisa el segundo lugar en ellos, habiéndose recibido en cuenta del primero a don Alejo, las fiestas que dieron dichoso remate a sus bodas, parece que tuvieron las de las suertes principio en Narcisa.

No se había descuidado la solícita dama, pues ayudada de sus deudos -no en la traza ni en la costa de su suerte, sino en la labor y manos de su ostentación- había, en la entrada del celebrado Cigarral, dispuesto un enramado laberinto de árboles y flores, con diferentes calles y lazos, tan imitador del de Creta, que aunque faltó el monstruoso parto de Pasife no a lo menos el ingenio de Dédalo ni la confusión de Teseo. Dispuesto, pues, todo, como en el progreso de este día se irá diciendo, y prevenidos coches y barcos, para navegar con unos la tierra, si con otros el agua, hasta llegar a la señalada quinta -empleo del ilustrísimo señor don Gaspar de Quiroga, herencia del Filipo el Segundo y última posesión del marqués de Malpica- agradeciendo todos el agradable hospicio de Buenavista con alabanzas, si encarecidas, verdaderas, y amorosos recuerdos de su ilustrísimo fundador, llegaron a un tiro de mosquete de su segunda mansión, donde comenzaba el artificioso bosque que, para dar principio a su fiesta, había hecho plantar la industriosa Narcisa. Un arco dividido en tres, de hiedras, laureles, retamas, jazmines, madreselva, claveles, azucenas y otras rosas, ofrecían deleitosa entrada en la florida confusión, de cuya principal puerta, al tiempo que todos llegaron, bajó un hermoso niño, figurado en él el Placer, y vestido de diversos cambiantes y colores, bordado el que traía de varios instrumentos músicos; y, al son de los que cubiertos en las ramas tocaban los más diestros profesores suyos, puso a Narcisa una guirnalda de violetas y clavellinas sobre las dilatadas y crespas madejas de su hermosa cabeza, en fe de ser aquel día reina del consultado entretenimiento, cantando a un mismo tiempo el compuesto rapaz, y respondiéndole los demás, esta letra:

LETRA

UNO

Al Bosque de Amor esfera
solamente podrá entrar
el placer que el gusto espera.

TODOS

¿Y el pesar?

UNO

¡No ha lugar!,
por más que la entrada intente.
Entre el placer solamente,
y quédese el pesar fuera.
Solamente ofrece entrada
al regocijo esta puerta;
para el contento está abierta,
para el disgusto, cerrada.
De flores está esmaltada,
no es bien que el pesar las seque,
ni en espinas rosas trueque
quien ser su huésped espera,
porque sólo ha de reinar
el placer que el gusto adquiriera.

TODOS

¿Y el pesar?

UNO

¡No ha lugar!.
por más que la entrada intente.
Entre el placer solamente.
y quédese el pesar fuera.
No ha convidado Narcisa
en su Bosque del Amor
al llanto, pena y dolor,
sino al gusto, fiesta y risa.
Mire, quien su sitio pisa,
que enojos, penas y males
no pasan destos umbrales,

si el portazgo considera
que aquí se obliga a pagar
la alegría verdadera.

TODOS
¿Y el pesar?

UNO
¡No ha lugar!
por más que la entrada intente.
Entre el placer solamente,
y quédese el pesar fuera.

Recreados todos con la suave música, y gratulando la coronación de Narcisa – que como Reina de aquel entretenimiento había añadido autoridad a su hermosura–, iba a entrar por la principal puerta, cuando impidiéndoles el paso un padrón, al parecer de jaspe, que, con engaños del pincel en la materia de un frágil lienzo, persuadía a los ojos a lo que no era, vieron en él unas letras doradas que, leyéndolas, decían:

«AL CASTILLO DE LA PRETENSIÓN DE AMOR ninguno se atreva a entrar por esta puerta, que sólo se franquea para los que, estando en posesión, tiran con apacibles coyundas el triunfo de Himeneo, y para las damas que, en compañía de nuestra Reina en la fortaleza defendida, fían del valor de sus amantes la libertad de su entretenido cautiverio.»

Regocijadamente recibieron damas y galanes la nueva premática. Y, deteniendo el paso todos, dijo Narcisa:

–«Paréceme, señores, que después que murió nuestro español Bocacio, quiero decir, Miguel de Cervantes, ejecutor acérrimo de la expulsión de andantes aventuras, comienzan a atreverse caballerescos encantamientos. No hay sino tener paciencia y obedecer sus leyes. Esta puerta solamente lo es para casados. Ellos y yo –que, aunque no lo estoy, como Reina (por la elección de las suertes deste día) no me sujeto a ellas, y estas damas con quien dispenso, acompañadas de las venerables canas destos ancianos viudos que autoricen su juventud, podremos entrar seguros en la defendida fortaleza. Manos a la labor los que sienten la privación de su vista; que no es poca dicha hallar el amante ocasión de obligar a su dama, y más en cosas de tanta estima como en rescatarles la libertad.»

Riyéronse unos y otros del donoso requerimiento de la hermosa Narcisa, y dijo la graciosa doña Gracia:

-«Bueno es, Reina hermosa deste Cigarral, que nos convidéis a entretener este día, y para el convite, en cautivarnos.»

-«No será la vez primera (respondió risueña) que en aventuras andantes paren banquetes en prisiones. En verdad que os he de dar trabajosa vida, mientras vuestros amantes fueren tan para poco que no os libren de mis manos.»

Con estos y otros apacibles motes se entraron todos, menos los comprendidos en la amorosa pretensión, que fueron: don Fernando, don Alonso, don Melchor, don Suero, don Vela y don Miguel; todos libres, y todos enamorados, que, mientras no está la voluntad atada al yugo del matrimonio, bien se compadecen estos dos atributos en un sujeto.

Cerráronse las puertas del arco mayor y, abriéndose las de los lados, leyeron en el frontispicio de la mano izquierda este rótulo:

«Los que tienen tanta satisfacción de sus damas, que no temen de ellas los peligros en que pone el tiempo y la mudanza, podrán entrar por esta puerta, y experimentar en los diversos caminos que guían al CASTILLO DE LA PRETENSIÓN DE AMOR el suceso de los suyos.»

Y en el lado derecho estaba otro epitafio, que decía:

«Por esta puerta entren los que con celos, sospechas y temores, viven dudosos del fin de su esperanza; que en las calles deste bosque conjeturarán la dicha o adversidad de su suerte.»

-«No pienso yo entrar (dijo don Alonso) por aquí, que fuera agraviar la fe, con que doña Leocadia me corresponde, dudar della.»

-«Ni yo tampoco (replicó don Miguel) que, aunque en la letra del torneo acuátíl me fingí exento de las pasiones amorosas, quizá por gusto de mi dama, oyese della que paga mis empleos con firmeza.»

-«Ya sabemos (dijo don Melchor) que servís a doña Margarita; mas no que, como confirmado en su gracia, sea lícito el no temer la caída della.»

-«Hiciéranlo menos cuerdamente que dél se espera (acudió don Suero) si, amando con satisfacción, pagara con sospechas; que dudar sin causa es de pechos pusilánimes. Yo, a lo menos, imitándole en esto, tengo de entrar por la puerta de la confianza.»

-«Pues yo (dijo don Fernando) no me atrevo a acompañaros; que Anarda, indiferente en lo exterior, tiene en fil la competencia que entre don Nuño y yo la solicita, si bien en lo interior oso prometerme más aventajado lugar.»

-«Según eso (acudió don Melchor) ¿por el arco de la sospecha pensáis entrar?»

-«¿Quién duda de eso (respondió don Fernando), si todo pretendiente cuerdo duda, por más justicia que alegue de su parte, hasta la conclusión del pleito?»

-«Vuestro compañero soy, pues (dijo don Melchor) que también anda mi voluntad delectando la de Isbella, dama tan recatada en favorecerme, que los que me hace son tan problemáticos, que me traen confuso.»

-«Yo os acompañaré con más ocasión (replicó don Vela), pues celos casi averiguados me obligan a envidiar a don Nuño, y quejarme de Narcisa.»

-«¡Alto! Pues (dijo don Fernando) tres a tres estamos, la buena suerte vaya con nosotros, y quiera Amor que nuestros recelos hallen felices pronósticos en este fingido encantamento.»

-«Él os acompañe (respondió don Suero), que nosotros, confiados nobles, si vosotros temerosos cuerdos, entrando por la puerta del arco siniestro, no envidiamos la diestra que os ha cabido, aunque podáis decir que lleváis buena man derecha.»

Deste modo, se entraron por una puerta don Alonso, don Suero y don Miguel, y por otra don Fernando, don Melchor y don Vela, hallando unos y otros en cada parte tres calles hechas de murta, arrayán y otras yerbas olorosas, con que se daba principio a la enmarañada confusión; las de mano derecha tenían cada una escrito en una tarjeta: la primera, TEMOR; la segunda, CELOS EN DUDA; la tercera, POCA SATISFACCIÓN DE SÍ.

-«Ésta es la que me toca (dijo don Melchor), que merezco tan poco, respecto de las muchas partes de Isbela, que aun los cortos favores que me hace los juzgo prodigios.»

-«Pues a mí no hay quien me quite el derecho que tengo a la de los Celos (dijo don Vela), pues, aunque en duda, juzgan gigantes los favores que don Nuño recibe de Narcisa.»

-«A ser averiguados (respondió don Fernando) no fueran celos, sino desengaños; y aun peor nombre les da la afrenta, que, amenazando a la cabeza, teme pronuncialle la lengua. Yo me contento con la entrada que me ofrece el Temor

prudente, que confianzas presumidas y pretensiones litigantes no vienen bien.»

«¡La ventura, pues, nos guíe! (dijo don Vela); que, puesto que este Laberinto – parto del ingenio de mi dama– no pronostica veras, los celos aun de burlas se han de temer, pues de menos agüeros conjetura el amor su bueno o mal suceso.»

Con esto se entraron los tres, cada uno por su artificioso camino, alabando la sutileza de su autora, cuando, habiendo don Fernando andado un breve espacio, vio delante de sí una silla formada de diversas flores y en sus espaldas escrito: Esperanza; y más abajo estos versos:

«Siéntate en mí, temeroso,
que entre celos y mudanza
es alivio la esperanza.»

Hízolo así el convidado. Y, levantándose luego, reparó que aquella calle se dividía en otras muchas, cuáles angostas y confusas, y cuáles algo más dilatadas, escrito al principio de todas los diversos efectos del temor. En una: Desesperación; en otras: Venganza, Iras, Enojos e Impaciencias. Mas por una más estrecha que las demás, que sólo tenía este título: Por aquí, aunque llena de espinas y zarzas, prosiguió su viaje, y a poco trecho vio en una florida aunque pequeña plazuela, desembarazada de aquellos espinosos estorbos, un laurel sin hojas, aunque con algunos pimpollos que las prometían, y a su tronco escrito: Aún no es tiempo. Y más arriba:

«¡Al sufrimiento y firmeza
prometo coronas sólo,
que no a la prisa de Apolo!»

Guió luego el alegre amante por una sola calle, en que se terminaba la apacible plaza, viendo por uno y otro lado della, al principio, flores en esperanza, pues sólo ofrecían a los ojos sus preñados botoncillos, y entre ellos, a trechos, en pintados membretes, escrito: Poco a poco; después muchas y diversas rosas que, sacando a luz sus competidores cambiantes, hermozeaban aquel sitio, y entre pergaminos iluminados que mostraban a distancias estas letras: Hasta el fruto; y más adelante infinidad de varios frutos que, en enanos guindos, manzanos, melocotones y naranjos, enamoraban el apetito, con esta letra: Merecidos. En fin, por último término del Laberinto estaba un moral lleno de su cuerdo fruto, con una corona pendiente de sus ramas, y una letra que decía: Para ti. Y en las cortezas:

«A quien cual yo con paciencia
y esperanzas se sazona,
¡la posesión le corona!»

Este fin tenía por esta parte el misterioso enredo; y acabado, en un campo poblado de menuda yerba, se representaba (pegado con el famoso Cigarral) el CASTILLO DE LA PRETENSIÓN DE AMOR, cuyas murallas homenajes, torres, chapiteles y almenas, en vez de mármoles y ladrillos, habían aplicado a su fábrica hiedras, nuezas, jazmines y parras, de que se componía su florida arquitectura, entretejida de infinitos ramilletes, que hacían bizarros envites a la vista.

Entró don Melchor por la intrincada calle de la POCA SATISFACCIÓN DE SÍ, y, habiendo proseguido un rato por ella, vio que se dividía en tres. La de la mano izquierda, de yerbas al parecer macilentas, con unas letras que decían: Tibieza de ánimo; la derecha, con las mesas de almendros desiguales y locos, más capaz, aunque algo trabajosa, por estar al principio della un montecillo todo vestido de romeros, tomillos y espliegos; pero subíase a él por tres gradas compuestas de lo mismo, en la primera de las cuales estaba escrito: Solicitud; en la segunda: Secreto, y en la tercera: Ocasión, que se la dieron para elegirla, diciendo:

–«Aunque de la poca satisfacción que un hombre tiene de sí nazca tibieza en la prosecución de sus amores, no es de voluntades generosas dejarse descaecer por la pusilanimidad que la entrada colateral ofrece, que es la temeridad hija de la locura. Mejor me está la de en medio; pues, siendo sus extremos viciosos, en ella es fuerza consista la virtud. La solicitud, que pide el primero escalón, anima a la desconfianza, pues servicios hechos a tiempo dan quilates a cortos merecimientos. El segundo pide secreto, siempre estimado en los amantes, pues en la república de Amor no hay oficio más odioso que el de los pregoneros. La ocasión, que consiste en la grada tercera, ha levantado sujetos humildes a posesiones generosas. Solicitud, Secreto y Ocasión es una trinidad siempre de mí reverenciada. ¡A ella me encomiendo!»

Decir esto y subir al esmaltado monte fue todo uno; caminando más alentado por una sola senda que, ya oblicua, ya recta, vino a parar en una palma, de cuyas victoriosas ramas pendía: un arnés, escrito en el peto, Perseverancia; una espada, en cuya hoja decía, Ventura; y una lanza sin hierros, escrito en el asta, No los hagas en tu amor. Además, desto, en el tronco de la elevada planta estaban estos versos:

«Desnúdate del temor;
que solícito, secreto,
y con ocasión, ¡discreto
vencedor!,

la palma te ofrece Amor
que en mis armas te prometo.»

Como si fueran los versos oráculos de alguna Sibila, juzgando a presagios verdaderos sus pronósticos de burlas, se armó confiado, prosiguiendo por la apacible senda, en cuyo término halló a la Perseverancia, al parecer de mármol parto, que sobre una base de jaspe tenía a los pies el Temor, y al niño dios de Chipre de la mano; y éste, en la suya derecha, una corona de encina, símbolo de la fortaleza, con esta letra:

«¡La perseverancia da
merecimientos
a dudosos pensamientos!»

Coronóse della. Y, franqueados los enredados estorbos, se halló a la vista del referido CASTILLO, al lado del no menos alegre don Fernando.

Entró, al mismo tiempo que los sobredichos, don Vela, por la calle de LOS CELOS EN DUDA, que en señal de su significación estaba compuesta de todas diferencias de flores azules, entretejidas de espinosas cambroneras, que atravesándose tal vez por el camino le hacían dificultoso. Y a pocos pasos que anduvo vio escritas en diversas partes estas letras: Tenellos, mas no pedillos, obligándole a decir:

–«Tienen razón estos avisos. Que si el tener celos, por más que los desacrediten los que no saben su utilidad, aquilatan el amor (sin ellos las más veces remiso), el pedillos es digno del menosprecio que se les sigue, pues ningún amante ha de mostrar a su prenda estimarse en tan poco, que se tenga en menos que su competidor; pues, concediéndole la ventaja, ocasiona a su dama que estime en más al que él teme, pues por el consiguiente le confiesa más benemérito. Y así, tanto como es provechoso el tener celos, daña el pedirlos.»

Caminando adelante con estos discursos, vio que estrechándose la espinosa senda, y ya casi ciega, en vez de las primeras letras estaban éstas: Celos, con celos se curan, cuya receta alabó sobremanera, pues no hay medicina más eficaz en la botica de la experiencia que el sacar un clavo con otro, curando celos con celos; pues, si se comparan a los perros rabiosos, sus mordeduras se remedian con sus propios pelos. Y así propuso desde allí adelante usar de semejante medicina.

Buen rato anduvo confuso don Vela hasta que, después de haber atropellado no pocos estropezos de ofensivas malezas, vio, delante de muchas calles que con torcidas vueltas causaban a la elección confusa perplejidad, una mesa de jaspe y sobre ella dos dados sobre una tarjeta que mostraba escrito:

«Todo es suertes el amor.
Los dados tira
¡y después la tuya mira!»

A un lado de los dados estaban pintadas en un papel todas las que en ellas inventó su juego, con letras que avisaban lo que había de hacer en cada una de ellas el que las echaba; y al otro, en un librito, la guía que había de tomar según el punto le entraba. Barajólos el celoso amante, y echando encuentro de doce, acudió al papel y vio debajo del punto estos versos:

«Si son celos encontrar
competidor,
en las suertes del amor
el encuentro será azar.»

Y luego decía: Mira el libro número doce. Miróle y halló:

«Vuelve a tirar otra vez,
que doce trabajos fueron
los que a Alcides fama dieron.»

Barajó la segunda, y echó ocho. Acudió a la suerte del papel, y vio que decía:

«Buen punto tienes; anima
tus pensamientos difuntos,
que amor se muda por puntos.»

Y luego le mandaba acudir al libro número octavo. Hízolo así, y vio escrito:

«Fortuna ciega te ayuda.
Sigue sus ciegos antojos,
y entra cerrados los ojos.»

–«Según esto, dijo, cerrados los míos tengo de entrar por una de todas estas calles. Y no sin causa, que los sucesos de Amor vendado, guiados por la ciega diosa consisten más en la contingencia fortuita que en la elección determinada.»

Y diciendo: «¡Dios me la depare buena!», cerrándolos, se entró por la primera que encontró, no sin cobrar el portazgo las zarzas que servían de porteros; pues, dando a ciegas con ellas, en vez de prendas le sacaban sangre. Ya, pues, que le pareció estaba dentro, volvió a abrirlos, caminando en busca de su deseado fin, no poco difícil, pues dando la engañosa senda mil vueltas encontradas, ya le

guiaba hacia arriba, ya volvía a una mano, y a otra, desatinándole, de suerte que no sabía si ganaba tierra o la perdía; hasta que, pareciéndole se acababa (cosa que le dio notable alivio), vio al remate de ella escrito: Diligencias sin razón. Y luego:

«Quien no busca coyuntura
y va por donde le llevo,
¡vuelva a comenzar de nuevo!»

Apenas acabó de leer estos versos, cuando volvió a hallarse junto a la mesa, dados y papeles que al principio, causándole no poca risa, y diciendo:

–«¡Qué de amantes celosos, por no saber acomodar los medios necesarios para sus deseos, siendo pródigos desaprovechados, cuando imaginan que les han de dar el grado de sus amorosos desvelos, se hallan como yo en el A B C de su pretensión! Vuelvo a echar el dado; que el tahúr tal vez, porfiando, restaura con ventajas las pérdidas primeras.»

Sorteó con esto otra vez, y echando azar, fue al papel mirando el punto de ases – que fue el que salió–, y halló debajo dél escrito:

«No te cases con la que amas,
que es azar que quita el seso
número de dos, y en hueso.»

–«¡Mal haya yo, dijo, si mirare más!»

Y guiando, medio corrido, por una de las calles que le pareció más desenfadada, la halló a poca distancia sin salida, y escrito sobre una peña grande que la cerraba:

«No la tienen tus sospechas.
El porfiar es locura,
¡muda y prueba tu ventura!»

–«Pues ¡mala me la dé Dios (replicó) si otra vez volviere al principio!»

Y, sacando la espada, abrió camino, derribando la artificiosa maraña, hasta que saliendo a lo raso halló a don Fernando y don Melchor, que habían llegado antes al ruido del colérico destrozo, creyendo fuese otra cosa. Y, preguntándole el motivo, sin osarles decir el verdadero, temeroso de sus picones, les respondió que, habiéndose perdido dos veces, y vuelto al principio, escogió el remedio de Alejandro, en la solución del nudo de Gordio, con que no poco rieron.

En las otras tres calles, que a la mano izquierda daban principio a la artificiosa Selva, y eligieron los tres confiados de sus damas, don Alonso, don Suero y don Miguel, estaban en tarjetas, pendientes de sus arcos, estas letras: Confianza de amor; en la segunda, Estimación de sus servicios; y en la tercera, Menosprecio de sus competidores. Eligió la primera don Miguel, la segunda don Suero y la tercera don Alonso, por parecerles a cada cual más a propósito del estado en que se hallaban sus empleos. Entrando, pues, a un tiempo –que fue el mismo en que los otros tres comenzaron la prueba de sus sospechas– después de haber don Miguel caminado como diez pasos por la confianza de su amor, vio una cama con verdadera propiedad de campo, porque los mástiles, barandillas y cielo, eran de flores varias y vistosas, la mayor parte de adormideras; y en vez de colchones o traspontines, colchas y almohadas mullidas, rosas, madreselva y clavellinas, con tanta similitud juntas y dispuestas, que parecían de una pieza, representando labores de diversos recamados y sedas, que persuadían más lo que significaban que lo que eran. Sobre los dos acerillos de azahar y violetas, que estaban encima de dos cojines de retamas, hinojos y lirios, leyó estas letras: en el uno, Seguridad y en el otro, Descuido. La coronación de la cabecera tenía otras que decían: Cama de la confianza.

–«¡Con propiedad (dijo don Miguel) la pintó la discreta Narcisa, pues todo amante confiado pretende seguro y descuidado ama! Posesión quiero tomar de cama tan deleitosa; que en ella me pronostico la que me ofrece la satisfacción que tengo de mi dama.»

Echóse, diciendo esto, sobre el regalado lecho. Pero apenas lo hizo, cuando cayendo con todo en el suelo, y saliendo impetuosamente de los cuatro mástiles otros tantos caños de agua, le dieron en el rostro, manos y vestidos. Y al mismo tiempo, como si el cielo lo fuera de veras, hizo tanto ruido, en vez de truenos, con dos despertadores y un reloj que soltó la solución del artificio, que cayendo, a vueltas de su estrépito, muchas pellas de nieve, pusieron al pobre confiado medido corrido y mojado del todo.

Levantóse entre risa y enojo, y halló desecha toda aquella máquina –menos las porfiadas fuentes, que quedándose en pie no cesaban de dar baya a su descuido–, y estos versos que, con el destrozo de las compuestas flores que los encubrían, quedaron patentes sobre las barandillas de la cabecera:

«Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
¡que no hay dama pretendida
que sea en la ocasión fuerte,
firme, amando!»

–«¡Cuerpo de Dios! (dijo el mojado presumido). ¡Y qué a mi costa ha salido verdadero este desengaño! Lo cierto es que en materia de amores no vale el proverbio que dice «cobra buena fama y échate a dormir»; pues, a pesar de la que yo tenía, llamas de amor dormidas despiertan avisos de agua y nieve. Yo prometo desde aquí la enmienda. ¡Baste el castigo, señoras burlas, que, aunque merecidas de mi presunción, pasáis ya de vuestros límites a los de las veras!»

Con esto prosiguió, por la senda adelante, con más recato que hasta allí, recelando, a cada movimiento leve de las hojas, nuevos engaños, deseoso de verde libre dellos.

Reparó en que a trechos estaban, entre las espesas ramas que formaban la fresca calle, muchas plumas de pavones (de aquellas en que se transformaron los cien ojos de Argos, cuando en guarda de Isis los adormeció Mercurio), escrito en sutiles pergaminos, que se revolvían a sus cañones, estas letras: Todos éstos no bastaron; replicando el escarmentado galán:

–«Si ciento no son suficientes para guardar una mujer, locura es descuidarse con dos solos.»

Proponiendo iba la enmienda de su estimación al cuidado, cuando, llegando al fin de su camino, vio por último remate dél a la Vigilancia, sobre un altar de hiedra y arrayán, en la apariencia de bronce, llena de caras, cuyos muchos ojos se ayudaban de otros tantos antojos de larga vista. Tenía de la mano una mujer, puesto que bellísima, formada toda de vidrio tan delgado, que cualquier frágil viento parece que la amenazaba hacer pedazos.

Daba la Vigilancia muestras de defendella, temerosa de muchos contrarios que, escrito en los pechos, unos Ocasiones, otros Dádivas, y otros Diligencias, con piedras en las manos, hacían ademanes de derribarla. Y en la mesa del altar, entre sutiles lazos de flores, que servían de frontal en medio dél, estos versos:

«Todo confiado es necio,
¡y más siendo la mujer
vidrio fácil de romper!»

Con semejantes avisos salió a la deseada plaza, tan aconsejado y persuadido el ya temeroso amante, que propuso dar menos autoridad a la confianza, y más crédito al cuidado cuerdo, hallándose a la vista del hermoso CASTILLO, y en compañía de los demás aventureros.

Por la segunda calle, de la Estimación de sus servicios, entró don Suero, juzgando por ellos merecer la voluntad que Diana le mostraba –puesto que no tanta como

él se prometía-, que, al revés de los amantes sabios, siempre añadió ceros su presunción al número de su correspondencia (falta no poco puesta en ejercicio por los Narcisos deste tiempo, que les parece hacen la vida de merced a todas las bellezas que los miran). Y aunque don Suero en lo demás era cortesano, discreto y apacible, en esta parte excedía los límites de la templanza, pareciéndole equivalía a todas las finezas de los demás competidores, con que no pocos murmuraban dél, perdiendo en esto la opinión que en lo demás granjeaba. Él, en fin (si no soberbio, presumido) entró por la sobredicha senda, y al principio della vio la figura del Conocimiento propio, hecha de heno, esparto y atocha, materia tan frágil como los pensamientos de los entonados, tenía en la mano siniestra un plato de ceniza, y en la otra, entre los dedos pólex e índice, parte della, dando muestras de ponérsela a la desvanecida presunción de don Suero que, siendo forzoso pasar por junto a ella, leyó en un pergamino pintado, que colgaba del uno de sus brazos, esta sentencia: *Memento homo.*

-«¡Más parece (dijo entonces) Miércoles éste de Ceniza que entretenimientos de caniculares! Ya yo sé que soy hombre, y aun por serlo en siglo que tan pocos hay dignos deste blasón -pues los que viven, por la mayor parte usando más de la sensitiva que de la racional, desmienten con sus costumbres la apariencia humana-, vivo satisfecho de que entre todos me prefiere la desapasionada elección de mi dama.»

Pasó adelante, y vio que aquella calle se dividía en dos igualmente, y a la entrada de entrambas dos manos, señalando cada cual la suya, y en medio escrito: *Escoge.*

-«¡Sí, haré!», dijo. Y, caminando por la de la mano derecha, halló que toda ella estaba adornada de cañas verdes y bizarras, con la esterilidad de flores y fruto que dio a su vanidad la Naturaleza, y escrito en sus prolongadas hojas: *Vanidad de pensamientos.* Más adelante estaba sobre una mesa -aunque de tan liviana materia que era toda de papel, pintada con tanta sutileza que la juzgaran por de bruñidos jaspes-, encima de una fuente, un bulto cubierto con un tafetán tornasolado, que en la forma que mostraba por de fuera parecía corona imperial o turbante persiano, persuadiéndose a que era esto último, por ver que salía sobre el tafetán por remate un mundo, y sobre él una media luna plateada. Colgaba de una parra loca -que, despeñándose desde la cumbre de un álamo elevado, servía de dosel al encubierto enigma- una tarjeta con estas letras:

«¡Descúbreme y hallarás
el galardón
de tu amor, en presunción!»

Hízolo así, sospechando encontrar la corona imaginada. Y, tirando hacia arriba por el remate donde dije estaba el mundo y media luna, descubrió la mitad de una jaula, quedándose con la otra mitad en la mano, y esparciéndose por el viento una apacible multitud de pajarillos que, habiendo estado hasta allí presos en ella, poblaron las encumbradas ramas de aquellos árboles cantando norabuenas a su libertad, si no es que diesen la baya al engañado, presumido de su burlada estimación. Corriérase él no poco, si como sabían las libresavecillas satirizar, cantando, su engaño, supieran declararle por palabras, o hubiera allí testigos que le motejaran. Pero, riéndose de la burla, cuando pudiera de sí mismo, siguió su discurso hasta entrar en el remate dél, que fue en una cuadra, cuyas paredes estaban con curiosa sutileza fabricadas de romeros e hinojos, albahacas y mastranzos, todos olorosos e infrutíferos, pobladas desde arriba abajo de espejos, y la imagen del Desengaño en medio, que se le daba por unas letras en que decía: Mírate en todos. Obedeció don Suero, y llegando a verse, estaban de tal manera dispuestos, que en cuantos reparó a mirarse le representaban feísimo; unos en forma de sátiro, otros de caduco viejo y otras monstruosas y ridículas figuras. Estaba alrededor de la alegórica sala escrito este letrero:

«Mientras no te conocieres,
¡peor que esos monstruos eres!»

–«¡No hablan conmigo (dijo), ni hicieron para mí versos y espejos tan satíricos!»

Y, saliendo de la predicadora cuadra, subió por cantidad de gradas que, sin temer otra salida, guiaban a la cumbre de un descompasado peñasco (de que aquel sitio tiene no poca abundancia), pero compuesto curiosamente de variedad de flores y ramos infrutíferos, en la corona del cual estaba un carro triunfante hecho todo de flores gigantes o girasolas, con tanta sutileza y arte, que formándose dellas las ruedas, trono, lanza, y hasta los mismos caballos que le tiraban, a cualquier mediano entendimiento persuadieran significar aquél el Carro del Sol. Fuele necesario a don Suero entrar en él, por rematarse allí las gradas; pues, a no hacello, se obligara a volverse por donde vino. Y apenas llegó a sentarse en el bordado trono de la vistosa carroza, cuando, cayendo ella y él desde la tajada peña, dio tal golpe abajo, que a no estar prevenido el suelo con un copioso montón de verbena, mirabeles, rosas y otras hierbas infinitas, que le recibieron y aseguraron, imitara en todo a lo que representaba. Cayó, en fin, y levantóse asustado, hallándose fuera del Laberinto, en el alegre prado, junto a los demás aventureros, frontero del CASTILLO, y a sus pies, entre los despojos del precipitado plaustro, estas letras:

«Cayó Faetón presumido;
¡pero en ti no será afrenta
como caigas en la cuenta!»

Por la última calle, y sexta en orden, entró don Alonso, que menospreciando sus rivales, por juzgarlos de menos prendas que él, en la competencia que le hacían amando a doña Leocadia, eligió las letras de su título, siendo, como arriba dije, Menosprecio de sus competidores. Y, caminando inadvertido de un lazo que entre la menuda yerba le enredó los pies, dio una caída, aunque no peligrosa, considerable. Echó las manos para desaprisionarlos, y halló en ellas una delgada tomiza y un pergamino con unas letras que decían: Para enemigo, basta.

Rompióla impaciente, sin advertir su significación. Y, prosiguiendo adelante, halló que las mesas verdes, que servían de paredes a la torcida senda, se componían de vistosas hortigas, cuyas casi invisibles espinas causaban a quien las tocaba dolor más agudo que las mayores de los otros ofensivos estorbos, con estas letras, repartidas a trechos por ellas:

«¡A las veces los menores
pican más en los amores!»

Tampoco quiso reparar en su interpretación, hasta que se le representó un elefante, imitado al natural, sobre una basa que parecía de piedra, entrándosele por la probocida o trompa un ratoncillo pequeño que le inquietaba, de suerte que, teniéndole casi rendido, daba muestras de derribarle; y escrito en ella:

«¡Al que de la fortaleza
es jeroglífico y dueño,
vence un animal pequeño!»

Parece que, despertando entonces, le dio causa a hacer más estima de sus competidores, enfrenando el orgullo de su presunción, aunque la seguridad con que vivía de su dama desanubló estos recelos. En fin, habiendo proseguido algunos pasos, vio delante de sí un pozo, cuyo brocal parecía de alabastro, y su forma de aljibe –de los que tan provechosos y célebres ministran a la sed, y se contraponen al calor de nuestra ciudad–. Estaba cerrado, y con una llave que colgaba de uno de sus mástiles, al parecer de bronce, y estos versos pendientes della:

«Si piensas tener con llave
la voluntad de tu dama,
dude quien ama,
que más yerra quien más sabe.

¡Y abre, pues vienes
a ver lo que en ella tienes!»

Destapóle entonces, después de abierta su cerradura, y saliendo una infinidad de mosquitos –plaga heredada de la dureza de Faraón los veranos en Toledo–, le dieron tan repentino asalto a los ojos, narices, oídos y demás partes del rostro, que por poco asegundara la primera caída. Vengóse dellos divirtiéndolos con la capa, y leyó alrededor del brocal este terceto:

«En competencias de amor
hasta mosquitos desvelan,
¡porque, en fin, pican y vuelan.»

–«Confieso experimentado (dijo), que no hay enemigo tan para poco que, si le desprecian y ofenden, no halle tal vez coyuntura de vengarse. Pero no confesaré que la tengan los míos en la voluntad de quien adoro, porque sé que conoce su poca estima y mis merecimientos.»

Iba a caminar adelante, pero no pudo hasta hacer elección de una de tres calles en que aquella fenecía, adornando el frontispicio de todas unas letras que decían: Guíete tu confianza.

Era algo colérico don Alonso, y sin permitir a la paciencia que discurriese sobre cuál le estaba mejor, con el deseo de salir de tan enfadosos pronósticos para él, echó por la primera que topó, hallando a pocos pasos escritos de letras grandes: Calle de la Ausencia.

–«Aunque yo la hiciera (dijo entonces) tengo tanta fe en doña Leocadia, que me querrá más, ausente, que a mis compretendientes, en presencia.»

Esto iba diciendo, cuando se halló en una plaza pequeña, cercada toda de tarayes y cipreses enanos, y en medio un túmulo adornado de las mismas ramas, con otras de pinos, sabinas y enebros tendida en él una imagen de una mujer, al parecer difunta, que declaraba quién era un letrado a sus pies, diciendo: La voluntad de tu dama; y las fúnebres andas, otro a la cabecera, en que leyó: Túmulo del olvido. En el tronco de un ciprés grande estaba grabada una Cruz, y a su pie escrito: Aquí mató la ausencia presumida una voluntad amante. Rueguen a Dios por ella.

Iba a derribarla don Alejo, ocasionado de la tristeza natural que semejantes representaciones causan, cuando, oyendo una alegre y confusa multitud de instrumentos bélicos, acudió a ver lo que era; y, saliendo del alegórico Bosque, se halló con los cinco compañeros en la plaza de armas de aquella amorosa milicia,

que haciendo señal desde el florido fuerte al asalto, enarbolando banderas y estandartes, llamaban aprisa a sus combatientes.

Con entretenidos motes se dieron la biensalida, unos a otros, de la simbólica Selva, riyendo lo que permitió la brevedad del tiempo la caída de don Suero, naufragio de don Miguel, armas de don Melchor, cólera de don Vela, ejecutada en el destrozo de las enredadas calles, y turbación de los demás que, aunque ignorantes de los sucesos ajenos, sacó cada cual de los propios, aunque en confuso, las aventuras de los otros, remitiendo para mejor ocasión el referirlas.

Todos se acercaban en orden (como si fuera de veras el asalto) al combate del florido alcázar. Y en él, desde las almenas y murallas, se apercibían a la defensa muchas damas que, en diferentes trajes y tocado, con letreros a los pechos, representaban las encontradas pasiones de los celos, amor, presunciones, temores y confianzas, cuando hallando en medio del oloroso prado una coluna, fabricada de diversidad de flores, leyeron, en una rodela de la misma materia, lo siguiente:

«Para la conquista de la PRETENSIÓN DE AMOR no se permiten otras armas que las de los merecimientos propios. Y así, pena de incurrir en la de los transgresores, a arbitrio de nuestra Reina, se desnudarán las que las trajeren diferentes, y en calzas y jubón, subiendo por las escalas que la Esperanza las tiene arrimadas al muro, ganarán (los que en esta impresa no desmayaren y salieren vencedores) la corona mural, que la posesión segura les promete.»

–«¡Alto, señores! (dijo don Melchor). En empresas amorosas no hay cosa de más estorbo que los vestidos. Desnuda anda su deidad. Imitémosle; que los aceros que piden las estacadas de Cupido son diversos en todo de los de Marte.»

–«Jugadores de pelota quiere que parezcamos (replicó don Alejo) este encantamento. ¡Mal nombre para damas tan abonadas y principales como las que han de servirnos de chazas en esta competencia! Quéjense de su legisladora, que no ha de quedar su cumplimento por mí.»

Gallardos y gentiles hombres quedaron los seis, que pudieran envidiar los Nueve de la Fama. Y, oyendo la señal de acometer, acudieron con el aliento y desnudo que si aquella fuera la fuerza de Mastriqui, subiendo por las escalas arriba y rebatiéndolos sus defensores con tiros arrojados de alcancías tan frágiles que, siendo de huevos y pomas de cera, y dándoles en las cabezas, unos derramaban aguas odoríferas y otros infinidad de flores diferentes –munición cortesana de amorosas milicias–, atronando toda aquella comarca multitud de instrumentos, ya bélicos y ya festivos, y entre ellos tiros formidables en el estrépito y deleitosos en los efectos. Duró un buen rato el competidor asalto. Y cuando ya llegaban casi a igualar los conquistadores las almenas, cayendo ellos y ellas a un mismo

tiempo, por medio de un sutil artificio que los derribó en el foso –que en vez de fajina tosca estaba cubierto de blandas yerbas y regaladas flores–, cuando volvían a levantarse para proseguir el combate, dieron de repente en tierra los cuatro lienzos de la muralla, fábrica de toda aquella vistosa máquina, sirviendo, los que primero fueron muros defensivos, agora de curiosas alfombras y quedando en su primero ser el chapitel que primero fue piramidal extremo del CASTILLO, y agora bizarra coronación de un cenador apetitoso, debajo del cual vieron en cruz cuatro prolongadas mesas, llenas de diversos manjares, y asentados a ellas los caballeros, damas y ancianos que, no siendo comprendidos en las condiciones del fingido encanto, por ser casados, hallaron franca entrada y salida del Bosque y Fortaleza, como en el principio se advirtió.

Estaba a la cabecera, coronada, Narcisa, Reina hermosa e inventora deste apacible y deleitoso entretenimiento, y a sus dos lados seis sillas, igualmente repartidas para los andantes enamorados.

Levantáronse todos a recibirlos, trocándose el estrépito marcial en músicas de Venus, y saliendo a un tiempo seis doncellas a darles aguamanos, y otros tantos pajes, los cinco con ropas y monteras, para los conquistadores, y el uno con vestido galán y enjuto para don Miguel, que, entre aquellos enramados laberintos, trocó por los mojados en la engañosa cama. Y asentándose gratulados de canas y juventudes, comenzó luego un convite tan espléndido como la fiesta había sido curiosa y ostentativa, entretejiendo manjares del cuerpo con platos del alma, cifrados en discretas conversaciones, contando cada uno lo que en la prosecución de sus aventuras le avino, con que cada cual de por sí, y después todos juntos, causaron apacible risa, agudas sutilezas; y, por remate, merecidas alabanzas a la discreta reina, igualando su ingenio a su hermosura y uno y otra a su liberalidad, digna de la copiosa hacienda con que pudo seguramente cumplir con aquella festiva obligación, dándose fin a la pródiga comida y conversable recreo, y levantándose de las mesas al son de la artificiosa armonía con que se entraron en el regocijado Cigarral, donde en diferentes salas satisficieron el sueño, tan ocasionado del calor como del magnífico banquete.

Durmieron los cansados, jugaron a las tablas, ajedrez y trucos, los libres, y buscaron ocasión los enamorados, unos de intimar sus quejas, y otros de agradecer sus favores, hasta que el sol más comunicable dio lugar a que las sombras –si a las dos, enanos, a las cinco, gigantes–, recibiesen en su protección los huéspedes, ayudadas de un cierzo manso que las hacía más apetecibles. Y asentados todos (por disponello así la hermosa Reina) debajo del deleitoso cenador que, alrededor de una risueña fuente, no permitía la entrada al dorado progenitor de todas las cosas –puesto que el amigo de registrarlo todo, acechaba lo que hacían, y como si tuviera celos los miraba como monja por redes menudas, o doncella encerrada por celosías espesas–, dijo Narcisa:

–«Para la conclusión de mi efímero gobierno me ha parecido, discretos caballeros, gallardas hermosuras y respetables canas, recrearos con una fábula que me envió ayer un ingenio de Madrid, tan favorecido de tal madre como ella ufana de tal hijo. Que aunque debajo de nombre incógnito me conjuró os la comunicase, por no defraudarle la alabanza, que tan de derecho se le debe, ni a vosotros su verdadero apellido, digo que el que gozó en el siglo fue don Plácido de Aguilar, gentilhombre del excelentísimo Almirante de CASTILLA, y agora, acrecentado en todo, religioso observante que, trocando la cátedra del Museo por el Púlpito, aprovecha en éste lo que deleitó en la otra. Y aunque mudó de dueño –pues tirando primero gajes de una excelencia se los paga acrecentados agora una Merced–, por ser la suya coronada y real, queda tanto más medrado cuanto vosotros quedaréis satisfechos, en habiendo oído cuán pródigo se le mostró Apolo en los versos de la fábula presente, que son los que se siguen, y don Luis, porque no goce de todo punto la fiesta sin trabajo, le será, si le puede haber en tan interesable ocupación.»

Aprobaron todos su elección cuerda. Tomó agradecido y obediente don Luis el papel, mudó de asiento, y siendo punto de la circunferencia de sus oyentes, leyó desta manera:

Fábula de siringa y pan

Dedicada al maestro de su autor

De aquellas que tu ingenio siembra flores
(archivo de cordura, si de ciencia)
éstas, que pude recoger mejores
en ramilletes, vuelvo a tu presencia.
Migajas mendigué de los primores
que de la mesa caen de tu elocuencia;
en plato te las doy. No es desvarío
que al mar se restituya humilde río.
A tanto estudio y a gobierno tanto
ponga treguas mi rústica Talía,
rústica en voz y rústica en el canto,
si en cañas siete su contento fía.
Mas a juzgar el ánimo levanto
que ha de serte agradable por ser mía,
siendo flores plantadas de tu mano,
pequeño fruto de tan gran verano.

En los montes de Arcadia –cuya cumbre
de cristales helados argentada
vence a la que pupula el Etna lumbre,
y el Enocauma con la nieve helada–,
entre la hermosa copia y muchedumbre
de Ninfas y Amadrías, fue llamada
de unas y otras Siringa, la más bella,
al cielo undoso cristalina estrella.
Rayos de Apolo, rosas de la Aurora
son los cabellos y bruñidas sienas,
que, si enlaza en aquéllos y enamora,
flores en ésta vence de Hipomenes;
;no los claveles que derramas, Flora,
o en azafates recogidos tienes,
a sus labios igualan, pues son tales
que con ellos marfil son los corales!
Cándida producción del Gange o Paro
torneado cuello es, sin que haya alguno
cristal más transparente, puro y claro,
que el que muestran los dientes, uno a uno;
ni el manto azul en hermosura raro
de su pavón lozano bordó Juno
como sus ojos luces radiantes
zafiros del amor, si no diamantes.
Cuantos árboles guardan Amadrías,
bosques Dríadas, Énides los prados.
Náyades de cristal las fuentes frías,
Napeas fugitivas los collados,
Oréades las granjas y alquerías,
Potámides los ríos desatados,
envidian de la Ninfa la belleza,
en quien se desveló Naturaleza.
Un semicapro, semidiós o fiera,
adora de Siringa la hermosura,
grosero amante que en deidad grosera
hollar pretende la estrellada altura;
y en la silvestre y no pisada esfera,
en Zodíaco térreo, ser procura
Capricornio de amor ciego y benigno
que a Virgo abraza en Géminis su signo.
Robusta rama de espinoso pino
la frente al semicapro dios corona,
por distinguirse en esto al dios del vino

que entre racimos su deidad pregona,
agreste culto, no amador marino,
a quien ofrecen diezmos, si Pomona
de las frutas sabrosas y mejores,
Ceres de espigas, Amaltea de flores.
A tan rara hermosura, a Ninfa tanta,
inculto galán es robusto amante,
y a las que el semidiós voces levanta
de nieve el pecho transformó en diamante.
Mueve de cabra, Pan, ligera planta,
busca, recela, mira en un instante,
que el dios alado, siendo lince ciego,
produce hielo en uno, en otro fuego.
Barriendo estrellas, flores matizando,
cerniendo aljófara, luces produciendo,
prados vistiendo, nubes bosquejando,
sembrando aromas, rosas descogiendo,
templando vientos, fuentes aclarando,
granates en mosquetas envolviendo,
mostraba el rostro la rosada Aurora,
jazmín y rosicler hurtando a Flora,
cuando salió Siringa dando al prado
primaveras en nieve helada envueltas,
coturno al pie de perlas recamado,
de Ofir madejas a la espalda sueltas,
cendal brillante, que, del Sol hurtado
al animado vidrio dando vueltas,
los vientos amorosos y traviosos
retozando con él duplican besos.
A fugitiva, si canora, plata
que una fuente despide, dio la boca,
y al fino de los labios escarlata
las perlas netas de los dientes toca
el líquido cristal, que se dilata
en sierpes puras, a su sed provoca,
y en la yerba menuda ensarta perlas,
labios las rosas vueltas por beberlas.
Segur de flores en nevada mano
de la Ninfa Siringa; mas, si llega
el pie de plata, las marchita en vano,
pues brotan más aprisa que ella siega
en oro joven, o en aljófara cano,
arenas vuelve de la verde vega,

ocaso de sus pies, cunas de Apolo,
si arenas del Ladón, ya del Pactolo.
Hacen sombra a la fuente bulliciosa
de esmeraldas densísimos follajes,
orla es su margen de verbena y rosa,
murtas la visten, lirios dan plumajes;
el Sol la acecha, pero entrar no osa,
que los árboles, nubes y celajes
le ministran floridos, y a porfías
celos aumentan, siendo celosías.
Sediento ciervo caluroso intenta
cristales agotar de clara fuente,
helada planta que a la nieve afrenta
el camino le impide puesta enfrente;
el nervio estira con la mano exenta
al arco corvo de marfil luciente,
y al de la Ninfa arpón sirvió de aljaba
ligero bruto cuyo cuerpo agrava.
Brillante piel de fúlgido diamante
del estivo león recama y dora,
del lauro ingrato corredor amante
y de esmaltes de nácar le colora,
cuando el campestre Pan, si semejante
en esto al rubio dios, pues sigue Aurora,
tribunal de su amor hizo al liceo,
juez su deidad y parte su deseo.
-«Ingrata (dice) de mis tiernos ojos,
nubes de amor, pues agua ardiente llueven,
líquidas llamas de su mar despojos,
que eternos pagan censos que no deben:
enfrena los desdenes, los enojos,
y, mientras que no a ti, las peñas mueven,
recibe grata peregrinas quejas,
echa al desdén candados, abre orejas.
»Examina el amor más firme y puro
que conoció jamás monte o ribera,
ablanda peñas de diamante duro,
que aunque es llamas Amor habita en cera;
en muros de cristal puede seguro
vivir rigor, que combatir espera
solicitud de bronce con suspiros,
pero a lejos de amor no alcanzan tiros.
»Cuando por interés tus gustos rijas,

esquilmos de Jasón dan mis ganados,
de aquilatada plata las vedijas,
que pacen esmeraldas en los prados;
en márgenes de vidrios, que entre guijas
ya lloran y ya ríen mis cuidados,
saltan siempre traviosos corderillos,
brindándoles la sal destos tomillos.

»Estos campos amenos y dehesas
heredé de mis padres, en las cuales
quinientas vacas apaciento gruesas,
con otros tantos tiernos recentales;
madrugadora abeja las espesas
encinas me enriquece de panales
en erarios de corcho, su tesoro,
que al apetito dan potable el oro.

»Los árboles de frutas más sabrosas
pecheros son de mi regalo eternos,
sus pies calzando lisonjeras rosas,
que bañan sierpes de arroyuelos tiernos,
peras, o perlas verdes y olorosas,
que conservan en paja los inviernos,
la vid, racimos de oro, que al agosto
en uvas pagan, si al setiembre en mosto.

»La pálida camuesa arrebolada,
en fe de que el afeite la sazona,
la pechiabierta de su amor granada,
reina de frutas, pues que trae corona;
la guinda en dulce y agro delicada,
la amarilla toronja en quien Pomona
de la vejez retrata los pesares
en pálidas verrugas o lunares.

»Etíopes endrinas, la grosera
bellota capilluda, el higo blando,
la emparedada almendra en primavera,
por atrevida, cuerdos envidiando,
y la sin huesos breva, a quien parlera
hurraca, sin jugar está picando,
cera rubia en limones amarillos,
y pomos de Atalanta en los membrillos.

»La religiosa nuez de carne blanca,
la erizada castaña, la avarienta
nudosa piña, con el fuego franca
del fruto que con muros acrecienta;

la calabaza que el setiembre arranca,
custodia del licor que a Baco alienta,
el letrado melón que el necio alabe,
pues las letras profesa que no sabe.
»Las manzanas más rubias y doradas
que aquella que al Troyano dio la diosa,
para las plantas enfrenar aladas,
de la ligera amada cautelosa,
y las sangrientas moras enlutadas
en fe de la memoria lastimosa
de aquellos dos felices, si difuntos,
pues, ya que vivos no, murieron juntos.
»A tu beldad ofreceré las aves
que en los vientos, pintó naturaleza,
en color ramilletes, si süaves
en voz, contradiciendo a la firmeza
aquellos tan soberbios como graves
ojos, un tiempo de Argos, si belleza
de sus lunas pomposas y arrogantes,
puesto que el ver sus pies pinte menguantes.
»Aquellas te daré, que de rubíes
labios en picos truecan amorosos,
coturnos de nativos carmesíes,
si tafiletes no, jamás ociosos,
¡y tú, cisne, que en fe de que te ríes
de la muerte que lloran ambiciosos
himnos (endechas no), muriendo cantas,
a las de nieve adornarás sus plantas!
»Hijas del viento, yeguas tan veloces
que a Xanto y Pírois engendrar pudieran,
cerriles toros, en vengar atroces
sus celos (a tener razón, ¿qué hicieran?),
todo lo gozo porque tú lo goces,
recibe aqueste amor en quien esperan
mis tributarios frutos, y con ellos
un alma en la prisión de tus cabellos.
»Mi padre es natural el dios alado,
ya que belleza, no de sus efetos,
heredero amoroso emancipado
soy, mis rigores a tu amor sujetos,
de la diosa también, cuyo dorado
de espigas campo, produciendo nietos,
penachos rubios en granates de oro

a la trox eternizan el tesoro.

»Si buscas calidad, en mi nobleza
deidad se incluye, hermosa Ninfa mía;
estos montes son míos, si riqueza;
si amor, no abrasa tanto el rey del día;
si discreción, cualquiera rustiqueza
sabe amor convertir en cortesía;
noble soy, rico, amante... ¡venturoso
me falta sólo ser, siendo tu esposo!«
Más iba a proseguir el dios silvestre,
a no decille su adorada fiera:

-«¿Qué importa, torpe amante, que te adiestre
llama deidad en alma tan grosera?

Mi calidad estimo. No aunque muestre
tu opulencia este monte, esta ribera,
rico de amor te llames, si éste estriba
en la conformidad conmutativa.»-

Dijo, y áspid, cerrando las orejas
del dios robusto a los suspiros vanos,
desmiente ruegos, menosprecia quejas
y con talares pies huye el dar manos:
rubias al viento desplegó madejas
e igualando los riscos con los llanos
al río, donde lleva el pensamiento,
llegó primero que llegase el viento.

No el ave que en el Cáucaso destroza
por curioso atrevido a Prometeo,
y a Ganimedes sirve de carroza
porque ministre néctar al deseo,
semejante a las presas de que goza
alada Harpía en brazos de Fineo,
aunque vuela veloz, huya ligera,
alcanzará a la Ninfa en la carrera.

Huye y síguela Pan, hasta que vino
al rápido Ladón que la aprisiona;
escóndese Siringa en el divino
de Lauro, cerco a su cristal corona.

¡Oh, cuanto envía Pan, monstruo marino,
pues aunque el cuarto dios sobre su zona
le diera el carro que gobierna solo,
Neptuno hoy ser quisiera más que Apolo!
Nevada planta no detuvo alguna
sierpe de plata, o a la cara prenda

del tracio, que por ella a la laguna
Estigia baja, cuanto oculta, horrenda,
cual detuvo a la Ninfa la importuna
del arenoso río undosa senda,
y, viendo que la impide en temor tanto,
dijo, aumentando a su raudal su llanto:
-«¡Líquidas Ninfas deste sacro río
que habitáis en alcobas de esmeraldas,
y en cribos de cristal cernéis rocío,
después aljófar, que guarnecen faldas,
impedimento sois del curso mío!
¡Un monstru aborrecible, a las espaldas
alcance me va dando! ¡En este trance,
caña me convertid, y no me alcance!»
Oyó el río su voz, oyó congojas
al tiempo que Pan llega a torpe hazaña,
y, creyendo que prende trenzas rojas,
espigas halla de vibrante caña;
brazos espera, pero burlan hojas
amor forzado que el deleite engaña.
¡Caña es Siringa ya, que el aire asombre!
¡Sólo en los vientos vinculó su nombre!
Llora el silvestre amante, llama loca
que a descortés amor dio atrevimiento;
quiere besallas, mas cuando las toca
huyen, y tiemblan imitando al viento;
pero él, por no apartallas de la boca,
de siete corta rústico instrumento,
insignia de sus trágicos sucesos,
dando a quien Ninfa no, ya caña, besos.

FIN DE LA FÁBULA

Alabaron con exageraciones cortesanas la culta Fábula los que la entendieron, y los que no, con encarecimientos superfluos la sublimaron hasta las nubes - propiedad de ignorantes, querer parecer sabios con mostrar entender lo que no alcanzan, y más en esta materia crítica, tanto más ponderada el día de hoy, cuanto menos entendida.

-«Aquí (dijo don Alejo) lugar tenía la invención y letra que don Melchor sacó en el torneo del río, si diera lugar a impugnaciones su cortés modestia.»

-«No son éstos los versos (respondió él) comprendidos en mi expurgatorio, que entre cultos y críticos hay diferencia grande. La pulicía y elección de vocablos exquisitos, acomodados con propiedad, según el dialecto natural de nuestro idioma, siempre merece ser celebrada, pagando el cuidado el curioso jardinero (que entre la multitud de flores que cultiva hizo un ramillete concertado de las más peregrinas y selectas) en agradecimientos y alabanzas. Deste género son los versos que nos han recreado en esta Fábula. Pero aquéllos escabrosos en la primera digestión que necesitan de gramáticos intérpretes, obligando a construir Erasmos romancistas, desacomodando con violencia los adjetivos de sus sustantivos, y echando los verbos por contera de la oración, merecen (mientras sus autores no cantan la palinodia) ridículas invectivas, como el que convidando a curiosos huéspedes les da guisadas las aves con sus plumas, y las frutas con sus cáscaras, para que, primero que entren en provecho al ingenio, se quiebren en ellas los dientes del entendimiento. Éstos vitupero, y esotros reverencio y alabo.»

Ya querían algunos profesores de la impugnada seta volver por ella, cuando entró un criado de don Juan de Salcedo, que le dijo:

-«A la puerta está un Peregrino, el más bien dispuesto de cuantos la devoción de nuestra España ha sacado de sus países, que me rogó encarecidamente le pidiese a V. merced limosna, por amor de Dios y de Dionisia catalana.»

-«¡Válgame el cielo! (respondió alborozado don Juan) ¿Quién ha renovado en mis oídos tan deseado nombre? Dile que entre; que, cuando yo no fuera tan inclinado a socorrer extranjeros -de quien quedé con la obligación en que me pusieron generosos socorros de otras naciones-, las cartas de favor que trae con ese apellido bastaban para darle cuanto tengo.»

No oyó de buena gana Lisida encarecimientos tan afectados de dama extranjera, ni dejaron los celos de salir disfrazados a las mejillas; pues, siendo ellos azules, esta vez se aparecieron encarnados.

Entró el gallardo Peregrino, y, reconociendo entre todos a don Juan, se quitó el sombrero poblado de bordones y veneras, esparciendo por los hombros y espaldas madejas de oro hilado, que pudieran (a gozallas Milán) aquilatar sus franjas y telas. Conocióle al punto el alborozado toledano; que no bastaron trabajos de tan largo viaje, inclemencias del tiempo, ni atrevimientos del sol, a desterrar de su bello rostro la hermosura, puesto que pudieron disminuirla. Y con impensado gozo (sin reparar en lo poco que han menester sospechas amantes para levantar máquinas de pesadumbres) echándole los brazos al cuello, dijo:

-«No le faltaba a mi contento sino esta última disposición, bellísima y generosa

Dionisia, para aventajarle a todos los imaginables. Ya se llamará de todo punto dichosa nuestra Toledo con tal huésped, sus hermosuras aventajadas con la vuestra, su nobleza con los realces que en veros cobra, su río ufano por serviros de espejo, sus montes alegres por haberlos vos pisado, sus minas ricas, sus jacintos gananciosos, sus vecinos premiados, y yo, como quien más interesa, seré un tantomonta de todas las venturas que entre sí, después que os vieron, reparten estas comarcas.»

Lágrimas respondían en vez de palabras al agradecido don Juan, hechas lenguas, las niñas turquesadas del Peregrino en todo, mezclándose en ellas a un tiempo las del placer de lo que vía con las del sentimiento de lo que no podía ver. Y hacíanla en esto correspondencia (ya que no en la causa) las que el asaltado pecho de Lisida enviaba a los ojos, sin que las pudiese reprimir la discreción y recato, porque celos no prevenidos no admiten resistencias. Dio con ellas ocasión a que los circunstantes las advirtiesen y aun imaginasen, a costa de la opinión de quien las ocasionaba, que eran justificadas. Pero reparólas el inadvertido esposo, diciendo:

–«Hablad, Lisida mía, a la prenda del mayor amigo y acreedor que mi vida tiene. Y vos, Dionisia ilustre, depositad en los brazos de mi esposa parte de vuestro cansancio; que en ausencia de don Dalmao no sé otra parte que mejor que ellos os puedan dar alivio, pues la experiencia de mis trabajos y aventuras os lo aseguran.»

Levantóse Lisida, alentada con estos desengaños (que hasta allí no había dádole licencia para ello la turbación celosa), ciñéronse los hombros de collares de cristal (si el cristal merece la honra que se le sigue de que se compare con sus brazos), diciendo la Peregrina discreta:

–«Cuando don Juan, Lisida hermosa, no os hubiera nombrado, bastaba sólo el veros para conocer yo (por la experiencia que tengo de su excelente elección) que érades vos el empleo de sus ya bien galardonados desvelos.»

–«Adelantado pagáis, bellísima Peregrina (respondió la no del todo asegurada dama), la posada que como a forastera os ofrecen obligaciones de mi esposo, de que, cabiéndome tanta parte, no será razón admita interés de alabanzas, siendo él y yo vuestros deudores. Cobrad réditos hipotecados en la voluntad que de serviros tenemos, y acortad encarecimientos no merecidos, que adonde vos estáis todos os cedemos la ventaja.»

No consintieron pasase adelante la cortesana competencia los demás caballeros y damas, que de la novedad con que don Juan la recibió y de su belleza y discreción coligieron su valor, y conforme a él la dieron todos la bienvenida,

convidándola Narcisa con la parte del agradable entretenimiento que aquel día – ya en los últimos tercios del–, tocaba a su gobierno. Dio la breve noticia don Juan de la ocasión de aquél y los demás que faltaban. Y remitiendo para después el saber la causa de su peregrinación y sucesos de sus trabajos, antes que de todo punto se apoderase la noche de la jurisdicción que en lugar del Sol (ya ausente) vicejercían nubes arreboladas en crepúsculos, los llevó la Reina a las abundantes mesas que en el apacible sitio, que primero los aguardaban con la cena, correspondiente en sazón y regalos a la comida, ocupando en ella la catalana amante el lado de Narcisa, que presidía (honra que la cortesía debe a todo noble huésped, y más a la belleza presente, exagerada de los caballeros y no redargüida de las damas de Toledo, en quien jamás la envidia pudo desautorizar excelencias forasteras).

Cenaron, acompañando al deleite del gusto el del oído, recreado con músicas y letras, unas alegres y otras artificiosas, siendo el último plato que se sirvió una corona de laurel, que recibéndola Narcisa, y honrándola en la cabeza de don Juan, dijo, quitándose la suya:

–«Ya yo he cumplido con el gobierno que sin merecimientos (hermosas damas y gallardos caballeros) os he usurpado. La residencia temo con que mi sucesor ha de castigar mis faltas. Pero, dando por descargo mi insuficiencia, perdonaréis defectos de la posibilidad, a cuenta del alcance de mis deseos. Buen Rey os dejo. Yo sé de su valor, que me excederá en todo. De suerte que, olvidando mis descuidos la obligación en que os pondrán sus alabanzas, no os darán lugar para acordaros de mi cortedad.»

–«Dudoso admito el laurel con que me honráis, pródiga señora (respondió el futuro Rey), de vos por tantas razones merecido, pues si de todo gobierno se espera que ha de aventajarse al pasado, habiendo el vuestro agotado a la posibilidad y al ingenio la esperanza de igualarle, ¿qué ha de hacer quien se ve obligado por las leyes a sucederos, y por la cortedad se imposibilita de imitaros? El Cigarral de los Núñez me encomendó la suerte. Cuando no la tenga mañana en cumplir con lo que tales personas merecen, me consolaré mucho con que, comparando mi pusilanimidad con vuestra largueza, campearán más vuestro entendimiento y gastos, sirviendo los míos de sombra que realcen más vuestras alabanzas.»

Atajáronlos los festivos vítores que, al son de todos los instrumentos, dieron a la Reina que acababa, y parabienes al nuevo sucesor, ciñendo unos a otros un estanque, margenado todo el caudal de la Primavera, donde gastaron la mayor parte de la noche, ocasionando en ella a que la huéspedada hermosa satisficiera a curiosas preguntas, con que, si su belleza había recreado, admiró su delicado entendimiento. El deseo que tenían todos de saber la historia, no menos

peregrina que su dueño, de la advenediza dama, los obligó a que encarecidamente pidiesen a don Juan redujese el entretenimiento que los tenía prevenido, el día siguiente, en contarles los sucesos que le ocuparon los años de su ausencia, con los que a Dionisia obligaron a que gozasen de su asistencia hermosa; coligiendo de lo que habían oído que estaban unos eslabonados con otros, los pareció que, sin salir del propósito, podían tejer de los dos una deleitosa novela, a cuyas importunas instancias concedió don Juan, puesto que sintió mucho el mal logro de las prevenciones con que deseaba competir con la costosa y sutil fiesta de su antecesora.

Últimamente restituyeron al sueño lo que por derecho natural se le debía, en las frescas y señaladas cuadras de la apacible Quinta, llevándose en su compañía Narcisa a la gallarda Romera, que como libre de la del Himeneo, no quiso perder tan buen lance, aunque se le feriaran de buena gana don Vela y don Nuño, competidores los dos, envidiosos de que la forastera mereciese en una noche lo que ellos en tantas habían pretendido y dudaban alcanzarlo.

CIGARRAL TERCERO

Amaneció el vaquero de Admeto, y con él otros muchos soles que en el oriente del festejado Cigarral madrugaron a instancia del laureado don Juan, gobernador del aplazado pasatiempo, y entre ellos el de la forastera Peregrina, si no más hermoso, a lo menos más admirado (propiedad de todo lo que es nuevo, pues nuestra mudable inclinación tiene de ordinario en más lo advenedizo, no tanto por su estima, cuanto por el desenfado que trae consigo). Estaban prevenidos coches para las damas, y caballos para los galanes, en que hicieron unas y otros la deseada transmigración desde la Quinta del Marqués a la de los Núñez, puesto que no tan magnífica en fábrica, pienso que más recreable en sitio, fuentes, jardines y planteles, en cuyos despojos usurparon el oficio a las abejas, saqueando flores, que, si no se convirtieron en panales, apadrinaron hemosuras. Discurrieron por los entoldados artesones de parras, pagando recreos de la mañana en permisiones al aire -entonces favorables y favorecido-, consintiéndole que retozase tocas y besase rostros tan avarientos, con deseos amantes, y tan liberales con vientos atrevidos (que hasta los elementos conocen lo que les importa el llegar a ocasión). Ya que el Sol, saliendo de la tutela del alba, se desenvolvía de mantillas de púrpura, y animoso pasaba de la edad de la puericia a la de la adolescencia, esgrimiendo espadas (si no blancas, tampoco negras, pues forjándolas sus rayos era fuerza saliesen doradas), por reparar

temeridades de su juventud, el toledano concurso se empavesó de los jazmines, vides y nuezas que, sirviendo de doseles a una fuente juguetona por escuchar murmuraciones, que entre dientes de guijas de marfil la provocaban a risa, quisieron asentar sobre ella las tiendas de su joyería, caudalosas con el aparador de preseas, ya ensartadas en racimos Dionisios verdes, dorados y azules, ya acomodados en macetas de Flora, que feriaban a las damas por sólo el interés de permitirse trasladar desde sus cogollos y ramos a sus cabezas y pechos.

Asentados, pues, todos, y en supremo lugar don Juan, como presidente de aquel pacífico tribunal, sirviéndole de asesores, a sus lados, la catalana bella y la ya satisfecha Lisida, dijo:

-«En todos los banquetes cuerdos se han de servir manjares, no solamente curiosos y delicados, pero que se proporcionen con los gustos de los convidados. Siéndolo, pues, vosotros hoy míos, y supuesto que me habéis significado el que tendréis de saber la historia de la discreta doña Dionisia, con los sucesos de mi ausencia, aunque se desazonen los que os guisaba el deseo que de imitar a Narcisa tenía –pues igualarla no fuera posible–, quiero más guiarme por vuestra elección, que seguir mi parecer; pues, por espléndido que sea, un convite da fastidio cuando se come sin apetito. Y así, daré principio a esta relación, comenzándola desde que salí desta ciudad, y prosiguiéndola, cuando llegue su vez, nuestra Peregrina (que por no faltar al cumplimiento de mi obligación me ha dado ya el sí de contárosla). La cual pasó desta manera:

«Agravios aparentes (que con fantásticas ilusiones pretendieron quitarme el seso) me desterraron de Toledo, saliendo dél una noche oscura en todo, con un criado a caballo, jovial en el humor, fiel en el servicio y discreto lo suficiente para comunicarle mis desdichas, y aliviar enfados de mi peregrinación. Iba yo determinado de pasar a Nápoles, por la noticia que me dejaron amigos de lo que favorecen en aquel Reino la nobleza forastera, y con propósitos firmes (que cumplí constante) de que no supiesen en mi patria (lo que durase mi ausencia) si era muerto o vivo, juzgando por género de venganza el cerrar las puertas a la noticia de mi dama, como ella (a mi parecer) había cerrado las del agradecimiento a un año de amor, que pudiera equivaler en quilates a infinitos de correspondencias.

Pesábame de que tan resuelta determinación cediese en daño de mis padres, pues sin culpa de mis sentimientos, y con el amor que añadía al natural el ser único heredero de su nobleza y mayorazgo, inocentes habían de pagar culpas de quien (conforme imaginé) se le daba tampoco de mí y dellas.

Pero por atajar diligencias forzosas, que había de hacer dondequiera que estuviese para restituirme a sus ojos, tuve por mejor ser cruel con ellos que volver, a vista de la que llevaba en el alma, pareciéndome que el tiempo, olvido y ausencia, no habían de ser menos poderosos conmigo que con los demás

amantes, en cuyas manos han experimentado la milagrosa restitución de su libertad; pues siendo fuego el amor, y cesando éste cuando le falta combustible en que cebarse, quitándole el de su presencia, tuve por cierto desterrarle de mi pecho, como si no hubiera materia tan pertinaz que conserve años y siglos las llamas que en ella se alimentan. En fin, yo me mudé hasta el nombre, llamándome desde allí don Jacinto de Cárdenas; y, fingiendo ser natural de Guadalajara, llegué a aquella ciudad a tiempo que comenzaban las estrellas a poblar de lunares la apacible cara de la noche.

»Habíase adelantado a prevenirme posada Carrillo (que éste era el nombre de mi criado) y teniéndola junto a Santiago, después de haber dado cebada a su cabalgadura, sin descalzarse las espuelas salió a aguardarme a la puerta que llaman del Moro Bramante. Él (como os he dicho) era notablemente burlón y alegre, y encontrando a la dicha puerta un entierro de un tejedor de tocas (que las deste lugar dicen ser excelentes), con seis o ocho clérigos cantando, cuatro frayles, moderado acompañamiento, y por remate dos capuces prolijos, arrastrados de dos hermanos del difunto, en viendo Carrillo que llegaba a la puerta, dijo a voces:

-«¡Paren las andas! ¡Deténganse vuestas mercedes!»

»Hiciéronlo todos, obligados más de la novedad de aquel caso que de la autoridad de quien los detenía, replicándole el Preste que llevaba la capa:

-«¿Qué es, hermano, lo que quiere?»

-«Saber quién es el difunto (replicó mi mozo).»

-«Pues ¿no pudiera, si le importa algo (dijo), preguntallo de paso, sin detenernos?»

-«De paso o de envido (replicó) vuestas mercedes se detengan, y me digan lo que les pregunto, que no saben lo que les importa.»

»Estaba el interrogante vestido en moderado traje. Y ansí por la instancia que hacía, como por las voces que daba, y mediano crédito de su presencia, hubieron de hacer alto, satisfaciendo otro a la pregunta de mi criado, con decirle:

-«El difunto es un tejedor llamado Juan de Paracuellos. Murió de mal de orina en cuatro días.

Deja una mujer pobre y moza, llamada María de la O, con tres hijos, que el mayor no pasa de seis años. Los dos que le acompañan son hermanos suyos».

-«¿Qué nos puede agora importar su cansada información?»

«¡Anden!», dijo un capón revestido de una taraceada sobrepelliz, encima de un herreruelo negro, y en los huesos, que en tales ocasiones, bajándose desde los hombros a la cintura, servía de sotana; el cual era entonces y muchos años había, sacristán de la parroquia de San Julián, donde el tejedor tenía sepultura.

-«¡Ténganse, les digo otra vez! (replicó mi burlón criado) ¡Y tú, difunto tejedor, por la eficacia y virtud de mis atractivas palabras, te mando que te levantes vivo y sano, y vuelvas al enmarañado oficio de tus tocas!»

»Pasmaron todos de oír el misterioso conjuro, asentando las andas en el suelo, y concurriendo a las voces cuantos vecinos habitaban aquel arrabal y alcarrería, sin quedar niño ni mujer.

-«¡Segunda vez te vuelvo a mandar! (volvió a decir), ¡oh, pertinaz difunto, que te levantes vivo y sano, y tornes a acabar la tela que dejaste comenzada!»

»No sabían determinarse los admiradores circunstantes en si era loco o hechicero el que a vista de tantos se atrevía a tan desusada notificación, porque Santo, ni el traje ni el rostro lo prometían. Con esta repentina suspensión aguardaban el fin, puestos los ojos, sin pestañear, en el fúnebre espectáculo, cuando volviendo a levantar la voz, más que las otras veces, dijo:

-«¡Por tercera monición y término perentorio te mando, muerto tejedor, que te levantes bueno y sano, y vuelvas a jugar la lanzadera sustento de tu familia!»

»Como no se levantó el inobediente cadáver, dijo el fisgón Carrillo:

-«¡Pasen vuestras mercedes adelante, y prosigan con su entierro, que juro a Dios que me ha sucedido lo propio otras dos veces con otros dos difuntos, en Toledo y Ocaña, sin que ninguno haya querido resucitar! ¡Y perdónenme el haberlos detenido!»

»Decir esto y echar a correr a toda prisa hacia la puerta de la Merced, que halló abierta, fue todo uno, siguiéndole parte de los presentes, corridos y deseosos de pagarle en palos el ensalmo burlesco. Pero era el delincuente un gamo en la ligereza y no pudieron alcanzarle. Entróse en el Monasterio, y, alborotándose los frailes, le preguntaron si había muerto a algún hombre.

-«¡Antes (respondió) a uno que lo estaba y llevaban a enterrar quiso dar la vida! Pero debía de ser mal casado, y tuvo por mejor acompañar a las calaveras de su parroquia, que hacerla con su mujer. Tres veces le di voces, que despertaran una

taberna tudesca, y no quiso resucitar. ¡A fe que si él fuera testimonio falso, que a medio grito él se levantara!»

»Cerraron la puerta, contóles el suceso, y pagándosele en risa, le echaron por las algabas, dando consigo en el río, desde donde, ayudado de la noche, volvió a la posada en que ya yo me había apeado, porque andando en su busca encontré con un mozo della, que llevaba su mula a dar agua, y yo reconocí. Contáronme la burla que a los funestos acompañantes había hecho preguntando por él, de que me riyera, a permitirlo mis cuidados. Hice dar cebada a mi macho y aderezar la cena que, prevenida, y yo asentado a la mesa, satisfizo a nuestro Carrillo, llegando suficientemente castigado del sudor y cansancio con que huyó, el que le dieron los ofendidos, en cogelle. Reprehendíle delante del huésped con rigor, avisándole cuán mal se compadecían sus gracias con mis pesadumbres, y que, si pensaba proseguirlas, se volviese por donde había venido. Prometiéndome la enmienda, cenó y acostámonos, madrugando dos horas antes que el Sol, para proseguir nuestro camino. Tomé desde allí el de Valencia, mudando el que llevaba a Zaragoza, por parecer el otro menos trillado y, por el consiguiente, más a cómodo para no ser conocido de los que desde mi patria le frecuentan. Muchas burlas y sucesos ridículos dejo de contaros, que le sucedieron con venteros y caminantes al humor inquieto de mi mozo, haciéndome algunas veces reír, y muchas rabiarse, sin ser posible, con ruegos ni amenazas, a que refrenase su inclinación burlesca, porque no perdía ocasión que se le viniese a las manos. Ello era natural suyo: yo le quería bien y las burlas no eran perjudiciales. Servíame con amor y cuidado, y habíales menester; respecto de lo cual hube de sufrir, por contrapeso de su diligencia, sus travesuras.

»En fin, llegamos al Reino de Valencia, yo multiplicando cuidados con la memoria de mis imaginadas ofensas, y mi criado procurando divertírmelas con su donaire. No quise entrar en su célebre metrópoli por la dificultad que había de que no me conociesen los mercaderes de Toledo, que en ella, como en Murcia, compran sedas para mejorarlas en las preciosas telas que aquí se tejen y en toda Europa y América visten noblezas y dignidades. Y así, pasando una jornada más delante de Tortosa –ciudad catalana, noble y antigua, de quien despidiéndose el aragonés Ebro, último lugar de su jurisdicción, corre tan soberbio que, sacudiendo de su cerviz yugos de piedra, sólo se permite franquear sobre puente de barcas, castigando el Mediterráneo su presunción, pues muriendo en sus brazos pierde con la vida el nombre, que un tiempo se le dio a toda España–, entré en los enriscados y peligrosos montes de aquel Principado apresurando las cabalgaduras, y maldiciéndolas, porque no imitaban a los deseos que llevaba de salir de su aspereza, y llegar a Vinaroz, donde tenía noticia estaban de partida las galeras napolitanas.

»Diose más prisa el Sol en ocupar la posada de su ocaso, que nosotros la de una

venta que, entre dos riscos empinados, causaba más temor con su eremítica soledad, que esperanza de regalo con su pobre ostentación. Pero, en efecto, llegamos a ella a tiempo que estaba toda alborotada y llena de confusión, por el peligroso parto de la ventera, siendo tan flemático en despedirse el cruel fruto de sus entrañas, que, avecindado en ellas por nueve meses, había ya tres días que se hacía fuerte sin querer salir a luz, ignorando que posada en venta, aun para una hora, es enfadosa, cuanto y más para tantas semanas.

»Apeámonos cansados con la descomodidad que semejantes alojamientos tienen, y más con la añadidura del dicho alboroto. Dio Carrillo cebada, y retiréme yo a un mal compuesto aposento, deseando la nueva tarea del Sol, como la vida. De allí a un rato entró mi criado, mohíno de la poca comodidad que hallaba en los venteros para nuestra cena, tanto más necesitada de su socorro, cuanto las alforjas de Carrillo estaban menos proveídas, porque su descuido y nuestra prisa no dio lugar a que como otras veces se previniesen. Díjome:

-«El negro parto de nuestra huéspedea trae tan ocupados sus ministros, que no hay esperanza esta noche sino de acostarnos de vacío, porque aguardan al cura desta cercana aldea para darla el Viático. ¡Mire vuesa merced la paciencia de Dios, que habiendo padecido so el poder de Poncio Pilato en manos de los judíos, viene a visitar venteros, que son peores! Prevenga las armas, que imagino serán necesarias; pues si San Pedro, por librar a su maestro, cortó la oreja a un sayón, no sé yo, siendo este castigo tan propio de ladrones, a quién le cuadre mejor que a nuestro huésped.»

»Salieron dos hijas tuyas entonces llorando, y diciendo a gritos: «¡Que se muere nuestra buena madre!». Y obligóme la piedad, tan ajena de aquel sitio, a entrarla a ver y consolar, a tiempo que cercada la cama de vecinos y parientes la decían varias cosas, todas en orden a ayudarla a bien morir. Estaba entre ellos uno más anciano que, según después supe, había conocido dél la Inquisición de Barcelona, por haber usado de la esperanza más de lo que fuera justo, aguardando la venida del Mesías, que sus ascendientes crucificaron, ocasionando nuestra redención, y habiendo abjurado de vehementi, se guardaba, para otra reincidencia, por convite de las llamas ejecutoras del castigo deste santo Tribunal. Este buen viejo, pues, le estaba diciendo a la afligida preñada, cuando yo entré:

-«Señora huéspedea, ¿cree real y verdaderamente que ese Señor que tiene en las manos (y era un Crucifijo) murió por ella y por todos los pecadores, y que la pueda salvar? Diga que sí.»

»Y, oyendo esto la enferma, se incorporó en la cama, y juntando las tuyas, dijo llorando:

-«¡Bendito seáis Vos, Dios mío, que me habéis traído a tiempo en que Jaime Brandón (que así se llamaba el viejo) se atreva a preguntarme si creo en Vos! Digo, hermano, que no sólo creo que murió por mí, sino que vuestros bisabuelos le pusieron del modo que está. «Y si Él se hallara ahora en el mundo, como entonces, no hicieran ellos falta estando vos presente!»

»Reímonos todos. Salióse el catequizador corrido. Diole un accidente a la huésped, tan grande, que viniéndosele las tripas a la boca, creímos había de parir por ella, a cuya causa se difirió el comulgalla. Y yo, no pudiendo sufrir el asco que añadió a su desaseo el mal olor de la evacuación, dejé la posada por el fresco que fuera della brindaba al calor, con la presencia de la Luna, que hacía clarísima. Daba entretanto prisa mi criado al huésped, le acomodase de alguna cosa para que cenásemos, y respondióle mal sufrido:

-«Hermano, hoy es viernes, y el gran aprieto de mi huésped ha sido tal que no nos ha dado tiempo para proveer la posada de cosa que se permita comer en semejante día. No hay en toda esta venta una sola sardina. ¡Déjenos, que andamos dados al diablo!»

-«Mucho ha que pudiera haber cargado con esa recua (respondió), pues es suya de derecho; pero ella es tal, que aun en el infierno no hará falta.»

-«¡Oh, cap de Deus con el belitre!, dijo el airado hostero (juramento es éste usado del vulgo catalán).»

»Y asiendo una estaca (si no le detienen) proveyera a mi mozo de leña, que llevara a las espaldas para guisar la cena que no esperaba.

-«¡Poco sabe de burlas y de chanzas castellanas, señor huésped!, dijo mi temeroso criado. Yo quiero desenojarle con hacerle un emplasto a la enferma que, Dios mediante, le hará, al momento que se le pongan sobre el vientre, arrojar dél a la criatura más que de paso.»

-«Si vos, hermano, hiciédeses eso (acudió una vieja, tía de la hostera), ángel seríades, que no mozo de mulas.»

-«Pues denme (replicó Carrillo) una docena de huevos frescos, media libra de manteca de vacas también fresca, una azumbre de vino blanco -lo mejor que hubiere en la venta-, unas especias: azafrán, azúcar y canela, un poco de vinagre, si no lo hubiere rosado, de esotro común; y sálganse de la cocina, que no quiero sepan el secreto deste remedio que me enseñó mi madre, partera de Mocejón. ¡Verán la dicha que se les sigue de haberme tenido hoy por su huésped!»

»Creyéronle todos; que no hay cosa más acreditada entre los ignorantes que la Medicina, aunque la administren bárbaros. Y así, sacando el ventero los huevos, se los entregó diciendo:

-«Para unos arrieros que esta noche aguardo los tenía reservados; pero quedaránse sin cenar, que primero es mi mujer que ellos. ¡Dios ponga tiento en sus manos!»

»Diéronle también la manteca y demás requisitos, dejándole solo en el hogar. Y, descosiendo mi mozo un pedazo de un cuero, que por viejo ocupaba un rincón, lleno de pez, le calentó hasta derretirle, cerrando la puerta. Y haciendo los doce huevos mecidos con el azúcar, vino y canela –que para todo tenía habilidad–, los trasladó a mi aposento, sin ser visto (por estar pegado con la cocina, y ya yo en él), diciéndome:

-«Cene v. merced a su placer, y saque pan de las alforjas, que a costa de las tripas de nuestra ventera hemos de socorrer las nuestras. El vino es excelente; la puerta está cerrada. Quien hurta al ladrón etc.»

»Hícelo así. Y mientras me aprovechaba de esta burla, que fue la que mejor me pareció por el provecho que della conseguí, había el engañoso médico machacado las cáscaras de los huevos, y esparcídolas por la pez del odre jubilado, a vueltas de algunas especias, incorporándose con ella por medio de la llama, de suerte que todo parecía una cosa. Llevólo a la cama de la afligida preñada; y, haciéndola descubrir con la decencia y honestidad debida a la vergonzosa ventera, se le plantó en mitad de la entumecida preñez, pegándosele el atractivo parche de modo que, a ser cabeza de niño de la Doctrina, como era el vientre de aquel Paladión ventero, le arrancara, no sólo la tiña, pero los sesos tras ella. Dio un grito la empegada enferma, porque, como iba abrasando el cruel estomacón, debió de asarla las tripas. Y, levantándose a toda furia, ya fuese por el movimiento desusado que la forzó la partera quemazón, ya por haberse cumplido la hora deseada, ella arrojó un muchacho, en la corpulencia becerro, y aun en los bramidos que en vez de llanto daba. Vocearon todos de alegría, diciendo:

-«¡Milagro, milagro!»

»Y, abrazando de tropel al emplastero, por poco le ahogaran:

-«No le quiten (dijo) el parche, que es también eficacísimo para confortalla el estómago. Dénnos de cenar a mi señor y a mí, que bien lo merecemos.»

»Hiciéronlo liberalmente, a tiempo que yo ya estaba acostado y satisfecho,

entrando el huésped y su familia a exagerar la estima en que debía tener mi Esculapio mozo, a que satisfice, apoyando sus habilidades, entretanto que él castigó su hambre y despachó, así lo que le dieron, como lo que yo le tenía guardado. Dormíme y sosegóse la venta, después de haber limpiado y envuelto el infante mesonero (¡buen título para comedia!) Pidióle la receta del emplasto la comadre, y escribióle una, llena de disparates ridículos, a costa de diez reales, con que imaginó compraba bogas. Señaláronle una cama, más autorizada que su profesión requería. Y con esto y el cansancio de tres días, en que anduvo el parto en demandas y respuestas, se acostaron, embistiendo el sueño como en real de enemigos, si no fue en la bizmada parida, cuyo parche y cáscaras de huevos resucitaron dolores, si no más peligrosos, a lo menos más corrosivos e inquietos, que sufrió por no despertar al progenitor ventero, y por la fe que tenía en el aplicante del provecho que había de hacerle.

»Hasta aquí, barata y prósperamente nos había salido la posada. Pero escuchad cómo no la hay en venta, sin pagar por un camino o por otro el escote, con las setenas.

»En el primer tercio estábamos del sueño, tan provocado del cansancio en unos, y de los desvelos de tres noches de parto en otros, que no hiciera poco un asalto holandés en despertarnos, con toda su artillería, cuando a la media noche entraron en la venta, de tropel, hasta cincuenta bandoleros, cuyo caudillo era un caballero catalán que, como es costumbre en aquel Principado, había librado la venganza de sus agravios, contra otro más poderoso que él, en las armas de aquella gente perdida, pagándoles el sueldo a costa de los desapercibidos caminantes, y señalando sus alojamientos por aquellas ocasionadas asperezas, tan caras para inocentes peregrinos. La grita con que embistieron la solitaria venta fue tal, que juntándosele el ruido de algunos arcabuces, que dispararon, y muchos pedreñales, parecía acometimiento de algún formado ejército. Como la ventera no dormía por culpa del encascarado emplasto, dio luego voces, diciendo:

-«¡Bandoleros!, ¡bandoleros!»

»A las cuales despertó el huésped, y demás domésticos. Entró en camisa en mi aposento, y me dijo:

-«¡Huya v. merced, si no quiere ser muerto, que está la venta llena de forajidos y la meten a saco!»

»Quíseme a los principios defender. Pero, viéndome desnudo y solo contra los desesperados ánimos de tantos perdidos, tuve por cordura el huir (que, en la opinión de los prudentes, el hacerlo en ocasión semejante no es la menor

valentía). Seguí a mi mozo, la espada en la mano, en jubón y calzones de lienzo, con solas unas chinelas en los pies; que no dio lugar la repentina confusión para otra cosa. Y, saltando unas medio derribadas tapias de un corral, dimos en unos pinares enmarañados por cuyos enredos caminamos hasta que, cansados y seguros, trocamos las camas por la yerba, sirviéndonos de pabellón el más poblado de aquellos silvestres árboles. Suspiraba y quejábame de nuestra fortuna mi criado, siéndome forzoso el consolalle –que el ánimo noble con las adversidades se alienta, al paso que el plebeyo se desanima–, y díjele:

–«¡Para esta ocasión eran buenos, Carrillo, tus donaires!»

–«¡Dejémoslos (respondió Carrillo) en la posada! Ya habrán cargado con ellos y con todos nuestros bienes los salteadores. Bien le decía yo a vuesa merced que, aunque perdiésemos media jornada, nos quedásemos en el lugar donde comimos ayer, y no hiciésemos noche en ventas, donde cada día se representa la pasión de Cristo. Porque en aquella vendió un calabrés a su Maestro por treinta dineros; «fue una vez sola; pero aquí cada día se venden inocentes pasajeros. Y hasta el nombre lo dice, pues no en balde se llaman ventas en España las hosterías, y su dueños venteros, que es lo mismo que vendedores. El prendimiento se verifica en el que acabamos de ver y huir. El grasiento huésped (dijo mi criado) bien puede pasar plaza en la barriga y corpulencia de Anás, si en la espesura y autoridad de barbas de Pilatos. Aquí azotan, si no en la coluna, sobre un bufete o banco, las bolsas. Y ya que no niegue San Pedro, reniegan al hacer de la cuenta (por cosas que en ella se ofrecen) unos con otros, cantando a media noche gallos, que no dejan pegar los ojos en toda ella. No faltan mozas tentadoras, que a fuer de la de Pilatos desatinan a los pasajeros. Sobre nuestros vestidos y hacienda echarán agora suertes los sayones bandoleros. Allí hubo dos ladrones, y el uno fue bueno; aquí infinitos, y todos son malos. Salvóse allí Barrabás, porque padeciese el Justo, y aquí el ventero, peor que él, quedará libre, pagando nosotros. Sólo falta que se ahorque Judas, que es el huésped que nos vendió, y ojalá lo haga, resucitando nosotros desta desdicha a la restauración de nuestros cojines y portamanteos. ¡Amén Jesús!»

»No bastaron cuidados para que no me riyese de la acomodada alegoría de mi desnudo impaciente, consolándome que Barcelona estaba cerca, y en ella un correspondiente de mis padres, en quien (enviándole un propio y dándole cuenta de mis desgracias), aunque fuese contra el propósito de no darme a conocer, era fuerza hallar socorro y dineros.

»Salió el alba, y con el aliento de su frescura volvimos a la venta, por saber si había la desordenada confusión de los salteadores perdonado alguna cosa de las que allí dejamos, o siquiera las cabalgaduras, pues por el impedimento que hacen a esta gente, que siempre anda a la ligera, suele no hacer presa en ellas. Pero

salióme vana esta esperanza, pues solamente hallamos al ventero llorando – sospecho yo que era de burlas, pues el no hallar menoscabada su hacienda me persuadió a que, como mi criado me dijo, iba a la parte con los salteadores–, y a su mujer quejándose de veras, a causa de que, habiendo hecho presa en las tripas el hambriento emplasto, y no pudiendo desapegársele (por diligencias que hacían) cuantos lo procuraban, a cada tirón que daban dél, respondía ella con un grito tan grande, que le ponía en el cielo. Supimos, en fin, que habiendo cargado los salteadores con todos los muebles hospedados, y entre ellos con nuestras cabalgaduras y maletas (después de habernos buscado para ahorrar, a costa de nuestras vidas, las diligencias de los lugares circunvecinos, que avisados suelen salir a caza destes inocentes lobos), se habían partido de la venta, pagándoles la posada (según ellos dijeron) en malas palabras y en peores obras. Viendo esto, sentí la pérdida tan grande de tres mil y más escudos que me llevaban, entre joyas y dineros (aunque con la moderación debida a mi persona). Sólo Carrillo no podía sufrir el verse, tan a su costa, cuadrillero de nuestra encamisada. Él gritaba por sus vestidos (que se les habían robado) y la huéspeda por sus dolores, pidiéndole por amor de Dios la restituyese sus entrañas libres de aquel pesquisidor emplasto.

Prometió quitársele, si le daban algo con que cubrirse, porque el ventanaje de su camisa revelaba secretos de sus carnes, con más licencia de lo que la vergüenza permitía.

–«En ese corral (dijo el huésped) echamos por desaprovechados unos andrajos, con tantos remiendos, que no haréis poco (dijo el ventero) en acertar con sus entradas y salidas, ni en adivinar cuál fue su materia primera. El era de un pobre gascón destes (según lo que significó el ventero) que ganan su vida a amolar tiseras y cuchillos. Tuvo fin en esta venta la suya, ocasionada de azumbre y media de vino, que le trasladó de repente de un mundo al otro. Acomodaos con él, que, habiendo ocho días que les falta provisión a sus costureros vecinos, ya habrán salido todos a pecorea, dejándole despejado.»

»Fuele forzoso (por la necesidad que de presente tenía) aceptar el partido, que para la hambre no hay pan malo, quitándole, en pago de la rota investidura, el parche a la dolorosa paciente, a poder de aceites y sutilezas de las manos. Salimos, en fin, de aquel hospital de desdichas, yo en calzas y jubón y Carrillo, en las colores caballero de juego de cañas, y en la materia dellas con provisión para una docena de muladares; con que provocándole a rabiar, y a mí a reír, trocamos aquella vez oficios, vengándome de cuantas con sus frialdades me sacaba de paciencia. Halló también en la recámara estercolada unos zapatos, cuyas suelas en fragmentos pasaban de doce, clavadas todas alrededor, de modo que, cuando no estuvieran cosidas, fueran de cal y canto; los empeines, con más cascotes que una cebolla, remendados de tanta diversidad de pedazos de cordobán y badana sobre vaqueta que, a ponerse uno dellos en la cabeza, no echara menos el yelmo

de Mambrino. En resolución, él hubo de calzárselos, necesitado de la grande aspereza de aquellos montes, quedando pesado de suerte con ellos, que por diestro nadador que fuera, a echarse entonces al agua, le llevaran a pique. Esta salida hicimos los dos de aquel infernal tugurio; consolados con las vidas, que sacamos libres, en cuya conservación todos los trabajos se juzgan llevaderos.

»Guiónos el ventero, por el camino real, advirtiéndonos que tres o cuatro leguas de allí había un lugar razonable, y desde él estaba Barcelona doce o trece, donde llevaba determinado enviar mi remendado compañero a mosén Vila, nuestro correspondiente, en cuya amistad fundaba el socorro de nuestra expoliación. Caminamos los dos, poco a poco, hacia la deseada villa, echando Carrillo un voto a cada paso que daba, levantando en cada pie dos quintales de bronce. Afligíale yo, diciendo:

-«Si tú llevaras esos zuecos, cuando en Guadalajara te dieron caza los corridos acompañantes del muerto tejedor, más costosa se te hiciera la burla y menos ligera la retirada.»

»A que me respondió:

-«Agora bien se pueden vengar de mí, pues si ellos llevaban entre cuatro unas andas, yo solo llevo en cada pie un ataúd entero de plomo. Imposible es que yo pueda pasar de aquí con tanto peso.

Déjeme vuesa merced desbastar media gruesa de tacones de cada zapato, que harto caudal les quedará para no echar menos su falta, y llevarme con más comodidad que a vuesa merced sus chinelas.»

»No le fuera posible a un sacamuelas, con todos sus gatillos, el poder desclavar la herramienta con que estaba fortificada aquella máquina zapatera, cuanto y más faltando al impaciente Carrillo tenazas y otros instrumentos necesarios para ello. Pero con la espada que saqué del pasado infortunio, y con su buena maña, vino a descoser tres o cuatro suelas, cayendo tras la postrera cantidad de doblones y escudos, que sirvieron de antídoto a nuestro desconsuelo, de pictima al corazón, y de oro potable a nuestra necesidad.

-«¡Cuerpo de Dios! (dijo entonces, saltando de placer). ¿Qué maravilla que pesasen tanto mis encantados coturnos, si traía cada uno dellos un Potosí?»

»Fue quitando suelas, y fueron cayendo doblones. De suerte que, deshecho todo el un zapato, se halló con ciento, tres o cuatro menos. Besábalos uno a uno, y deciales más requiebros que una madre primeriza a su hijo. Dio luego tras el segundo, y derribando las murallas soladas, y ya asoladas, halló que los dos eran depósito de cuatrocientos escudos y más, diciéndome:

-«Todos éstos eran necesarios para reparar los golpes de nuestra desdicha y mi impaciencia. ¡Oh, zapatos del siglo dorado! Ya puedo entonarme más que dama de Castilla; pues, si la soberbia y vanidad ha coronado sus chapines de virillas de plata, yo las he hallado en vosotros de oro. Una comedia oí famosa en Toledo, llamada La ventura por el pie, y debióla escribir el poeta profetizando mi dicha, aunque si él la adivinara, La ventura por los pies o por los zapatos la había de intitular. Agora digo que es digna de suma veneración la pobreza; pues, al revés de la estatua de Nabuco, ella tuvo la cabeza de oro y los pies de barro, y yo, siendo su antípoda, hallo en mis pies lo que él puso sobre sus cabellos.»

»Adelante prosiguiera, a no irle yo a la mano diciéndole:

-«Carrillo, los pródigos franceses que, vendiendo hilo portugués en nuestra patria y amolando tiseras, sin ser alquimistas convierten el hierro en oro a costa de malas comidas, y peores cenas, escarmentados de los vestidos nuevos, que en Belmonte su marqués los forzaba a trocar por los viejos, y con capa de caridad quitándoles las suyas amontonó un tesoro, suelen dar en el arbitrio que has visto, porque temiendo los estratagemas de los bandoleros avecindados en estas asperezas (que por saber de algunos que cuando pasan por ellas se tragan los doblones, por no hallar más seguro banco que sus mismas entrañas, y los suelen atar por esos pinos, dándoles mucho azote hasta que, si no como gatos de Algalia, a lo menos de escudos, restituyen entre los excrementos el depósito de sus trabajos), tienen por más seguro echar a sus herraduras del más precioso metal que idolatra el mundo, que poner a riesgo de un encuentro salteador lo que tan a su costa ganaron.»

-«Si entre excrementos gabachos (respondió mi alegre mozo) se halla tanta moneda dorada, mucho es que sea tan fina, saliendo con tanta liga. Yo he tenido la ventura de aquel duque de Florencia a quien el pobre mendigón mandó en su testamento la albarda de su jumento, y halló entre sus pajas cinco mil ducados. Pero dejando las gracias, y dándoselas a Dios, que así nos ha socorrido, parece, señor, que vuesa merced me aguarde aquí con todo el hallazgo zapatero, y yo vaya a la villa donde nos encaminó el ventero, con doce o trece escudos -que a llevar más, el poco crédito de mi remendado traje dará sospechas de que lo he hurtado-, y comprando qué comer y con qué vuesa merced se vista, podremos hacer la segunda parte del Viaje entretenido, alquilando cabalgaduras que nos trasladen a Barcelona.»

»No me pareció mal su cuerdo discurso. Y así, dándole mis chinelas, que acomodó a los pies, atándolas con unos cordeles, para que no le dejasen al mejor tiempo, que quedé esperando su vuelta, a la sombra de un dilatado castaño, y él guió al propuesto lugar, tanto más ligero agora cuanto al principio cargado. ¡Que

no hay cosa que tanto alivie como el oro, pues el más flaco jumento (como dice el refrán) sube cargado dél con ligereza al monte más agrio! Yo escondí en el hueco de mi árbol hospedero todo el de nuestro hallazgo, porque ni tenía faltriguera, bolsa, ni lienzo con que guardarle.

Y con el nuevo aliento de su socorro, y poco sueño de la mala noche pasada, me dormí, soñando varias quimeras, fundada en la diversidad de sucesos de mi fortuna y amores, en que no poca parte tuvieron las memorias de mi Lisida (ocasión principal, aunque inocente, dellas).

»Dos horas dormí desvelos (que no perdonan éstos a la imaginación aunque todas las potencias toquen a silencio), cuando me divirtió dellos, despertándome una voz al son del que hacía un viento apacible en las hojas, instrumentos naturales de su armonía, que gozaba los privilegios de la música adurmiendo a sus oyentes, y cantaba estos versos, que por juzgarlos merecedores del depósito de la memoria, pedí después a su autor, y eran desta suerte:

CANCIÓN

¡Bosques de Cataluña, inaccesibles,
que ejemplos estáis dando a la firmeza,
pues, sin volar jamás, os sobran alas!
¡Amantes que ostentáis al viento galas,
ya bizarros, al mayo, y apacibles,
ya al enero imitando la aspereza!
Yo sé que la belleza
del Sol os da desvelos,
que Amor os viste, y os denudan Celos,
y por que no dé besos a las flores
con labios de esplendores,
juntáis ramos distintos,
y en el aire tejiendo laberintos,
del prado que matiza, emuladores,
sus celosías sois todos los días!,
¡que celos inventaron celosías!

¡Animados del aire ramilletes,
cuando de rosas no, de plumas ricos!
¡Huéspedes de los árboles eternos
que la posada entre pimpollos tiernos
les pagáis, ya con alas, ya con picos!
Cuando en sus hojas componéis motetes,
si les cantáis falsetes,

yo sé que estáis celosos,
que celos, ya son falsos, ya engañosos.
Testigos, los armónicos agravios,
que multiplican picos, si no labios,
las vueltas vigilantes
que dais a vuestros nidos por instantes,
de adúltero temor alcaides sabios,
porque amor al cuidado corresponda,
¡que celos tiene quien su casa ronda!

¡Juguetes de la tierra, flores bellas
que en la niñez del año bastidores
os labra Flora, y el abril matiza
si aromas en vosotras sutiliza,
y al globo de zafir, al Sol y estrellas
en número imitáis como en colores!
Yo sé que en los amores
de la madrugadora
por veros afeitarse rosada Aurora,
si desperdicia perlas,
celosas competís, y por cogerlas,
ya cándidas, ya rojas,
briareos de amor desplezáis hojas,
si fuisteis linceos Argos para verlas
cambiantes ostentando en su presencia,
¡que celos no son más que competencia!

¡Fuentes siempre lascivas, cuanto puras,
que ya oblicuas, ya rectas, arrastrando,
el Sol, tal vez, para enredar, desata
virillas tersas de bruñida plata
que adornan de ataujía las pinturas
con que Flora también va pisando,
vida a las plantas dando
vegetales impulsos!
¡Arterias sois del prado, todas pulsos!
Mas yo sé que los celos,
si el amor os derrite os vuelven yelos,
que quien ama y murmura
no tiene su esperanza por segura,
ni desmentís, porque os riáis, desvelos,
pues el amor riendo nos avisa
¡que celos llanto son, si amor es risa!

¡Plantas, pues, aves, fuentes, si suaves
os vivifica Amor, celos maltratan
y en contaros mi pena os entretengo!
¡Enamorado estoy, con celos vengo,
e imitando las plantas, fuentes y aves,
vida el favor me da, sospechas matan,
esperanzas dilatan
lo que el recelo yela!
¡Celoso, enamorado estoy de Estela!
¡Terrible contrapeso
que éstos quiten la vida, aquél el seso;
y aunque los dos pelean,
¡hermanos del Amor los Celos sean,
viviendo el corazón entre ellos preso!
Mas, pues amáis, ¡sufrid, mis pensamientos!,
¡que celos del Amor son alimentos!

»Agradecí la canción por lo culto y claro della, y buscara el dueño a permitirlo mi desnudez. Pero lo que los pies no osaron, hicieron los ojos, pues franqueando matas vieron por entre ellas un gallardo mancebo que, recostado sobre un cojín, sirviéndole una curiosa maleta de cabecera, y paciendo un frisón la yerba, atado a un roble, el freno en el arzón, descuidado de puro cuidadoso, aguardaba la ausencia del sol, para asegurar las sospechas que significó en sus versos. Acabó, en fin, de cantar y, más advertido, reparó (en el movimiento que hice para acecharle) en quién podía ser la causa dél.

Viome de la misma suerte que yo le había visto; y, sospechando que sería espía de los salteadores que habitan aquellos destierros, se levantó, la espada desnuda, a tiempo que yo con la mía prevenía mi defensa, conjeturando la ocasión de su alboroto. Llegó donde yo estaba, y, asegurándole, le dije:

-«Sosegaos, caballero, que, de la poca seguridad que en estas selvas hallan sus pasajeros, colijo vuestro cuidado, como vos, de la flaca resistencia que veis en mí, lo podéis hacer de que no soy el que imaginastes, sino quien, desvalijado de los que teméis, aguarda en este lugar un criado que vuelva con el reparo desta desgracia. Aficionóme la demostración de vuestro ingenio en los cantados versos. Y, asegurado con vuestra noble presencia, quisiera, estándolo vos de mí, tener con qué obligaros a que trocásedes descréditos de mi traje en confianzas de mi voluntad, si pueden saneallas tan desnudas hipotecas, y tan poco conocimiento.»

Había él reparado atento, con los oídos, en lo que yo de presente le decía, y con los ojos en mi semblanza, a que satisfizo, respondiéndome desta manera:

–«¡Válgame Dios, don Juan de Salcedo, amigo íntimo! ¿Qué desdicha (venturosa para mí) os ha trasladado de la felicidad y regalo de Toledo a la aspereza y peligros de Cataluña?»

»Soltando al punto del decir esto la espada, y echándome los brazos al cuello, hice yo lo mismo, reconociéndole y dándole por respuesta:

–«¡Todos mis infortunios, Marco Antonio amigo, se han convertido en prosperidades, hallándoos donde menos imaginé y más os había menester! Pero decidme vos primero quién ha podido sacaros de las comodidades y deleites de Nápoles, y emboscaros entre las asperezas destes montes, y cómo puede ser que en ellos halléis los celos que acabáis de ponderar, pues es ésta la vez primera que, menospreciando la vecindad de las cortes y ciudades, se han hecho salteadores.»

–«Mucho ha, amigo (replicó), que los celos usurpan ese apellido y que, banderizando la voluntad, saltan la quietud y afligen el entendimiento. Sentémonos aquí, que cuando dos años de vuestra ausencia, que ha que falto de España, no afilaran deseos de saber el estado de vuestras cosas, la novedad presente los da prisa para satisfacerse.»

»Hícelo así, y por obligarle a darme cuenta de sus sucesos le conté los míos, desde el principio de mis amores hasta el punto que estaban, causándole admiración y lástima. Y, por pagarme en la misma moneda, comenzó los suyos, después que habiendo sacado un vestido negro de la maletilla, en la materia y guarnición correspondiente a su curiosidad y nobleza (porque el que traía entonces era de camino), me obligó a vestir y calzar, y luego a que escuchase su historia, que refirió desta suerte:

–«Travesuras mozas, riquezas ocasionadas y deseos de ver patrias ajenas, me obligaron a dejar la propia –que, como sabéis, es Nápoles–, en edad de veinte años, cuando la parte sensitiva, jubilandó la vegetal, predominaba sobre lo más ilustre, que es la razón, gobernándose más por las lisonjas de la concupiscible que por los aranceles de la prudencia. Consulté antes de ejecutar mi gusto y camino al apetito; y, después de haberme propuesto diversidad de Reinos y países, elegí por más acomodado a mis intentos el de España, así por gozar agora la monarquía del mundo, como por conocer en ella a mi Rey natural –cosa siempre apetecida de vasallos leales, y nunca satisfecha en provincias remotas, donde la noticia abstractiva aumenta, en espíritus nobles, deseos, no cumplidos si no es por medio de la mudanza, a quien se debe la comunicación de ajenas habilidades y riquezas–. No se puede negar que los árboles, para ser de más

utilidad, han de ser trasplantados. Los frutos, las drogas, las medicinas, los metales y las mercaderías, en sus provincias y naturalezas son de menos estima que en las ajenas. Y, en fin, los hombres, mientras se contentan con la avara herencia de sus patrias, viven tan pobres de experiencias, que apenas merecen el nombre de tales.

»Inclinéme a la elección de España, más que a la de Francia, Flandes y de otras partes apetecibles, por su fama y habitantes, por la mansedumbre con que su Rey enamora extranjeros, y obliga a los naturales su cristiandad, riqueza, valor, y el saber –antes de oídas y ya de experiencia– que las letras y las armas, que al principio del mundo tuvieron su monarquía en Asia, y después en África, avencindándose en nuestros siglos en Europa, parece que han ido reconociendo la mejoría de sus provincias y, como la más acomodada para ellas, se han connaturalizado de suerte en estos Reinos que, si hasta avencindarse anduvieron peregrinos, ya colgando la esclavina y bordón en el templo de la quietud, han fundado en ellos casa de solar eterno y colonias perpetuas: las letras, en Salamanca, Alcalá, Valladolid y demás universidades; y las armas, como más licenciosas, alojándose por todos los lugares españoles, pues no le hay tan pequeño donde Marte no resplandezca, ya entre las telas y brocados, ya entre los sayales y antiparas rústicas. En fin, están unas y otras pro hijadas de suerte en España, que al sabio o valiente que no es español parece que le falta calidad, y que, como hay caballeros pardos, también se pueden ellos del mismo modo llamar sabios pardos y valientes de ejecutoria. Ésta fue la ocasión de emplear mi camino y pensamientos en España, y no parar hasta el corazón della, Madrid, centro de tan ilustre circunferencia, madre de todos –como su nombre significa–, mar pacífico para espíritus virtuosos y sosegados, si tempestuoso para inquietos y viciosos, cabeza en lo secular del mundo, si en lo espiritual Roma y, en fin, tan superior a todas las demás poblaciones registradas del Sol, que si el fuego, como rey de los elementos, tiene su esfera sobre los demás, Madrid, edificada sobre el de sus pedernales, postrándole a sus pies, puede honrarse con el blasón del primer cielo, jurisdicción de la Luna, en cuya superficie cóncava ha dado la Filosofía natural habitación a sus invisibles llamas.

»Llegué a su renovada corte, donde gozando sus benévolas influencias, milagrosa plaza, suntuosas casas, calles, fuentes, templos, grandezas, pacífica confusión y vasallaje libre, conocí amigos, huyendo los perjudiciales y eligiendo los provechosos, entre los cuales usurpó el primero lugar vuestra afición, a cuyos consejos, liberalidad, compañía y nobleza, debo la reformación de mis costumbres y el granjeo que, así en ellas como en el ejercicio de mis potencias, cuando volví a mi patria envidiaron los más presumidos della. Diez y ocho meses estuve en Madrid y con vos, menos los días que a persuasión vuestra recreé en Toledo, y me parece, no sin fundamento, que de veinte y dos años que agora tengo, ninguno puede eximirse del registro que hace en la ociosidad el

arrepentimiento, sino este tiempo, de quien por bien empleado puedo decir que solamente he vivido año y medio. No me acordara de Nápoles, de mis padres, ni de los demás incentivos que acompañan a un mayorazgo caudaloso, a no desterrarme de España notificaciones forzosas de mi padre, lágrimas de su compañera, ruegos de mis amigos, y el casamiento de una hermana que, como os dije muchas veces, mejoró la hermosura y discreción en tercio y quinto, dejándome a mí lo que es de menos estima, que es la hacienda, para que no me quejase del todo. En fin, venciendo las obligaciones a la inclinación, me volvía a Nápoles, siendo en ella recibido de padres, hermana, deudos y amigos, con el gusto que sazona la ausencia, pagándoles las demostraciones dél en contalles nuevas extranjeras, que siempre se oyen con aplauso, cuanto más distantes más apetitosas.

»Descansé algunos días. Y al cabo dellos me dieron mis padres cuenta del estado que pretendían tomase mi hermana, y habían dilatado hasta mi venida, casándola con un caballero calificado, mozo y rico, cuyas prendas conocidas de todo el Reino, y no ignoradas de mí, fueron tales, que alabé su acuerdo y di prisa a su ejecución. Hiciéronse las escrituras; y mi hermana, más obediente que gustosa, disimulaba tormentos que de noche lloraban, y de día, afligiendo más, se retiraban puertas adentro del corazón. Dos días faltaban solos para los desposorios, cuando, descuidado de que hubiese quien no se holgase dellos, y los tuviese por obsequias, llamándome una mañana aparte un paje, me puso en las manos un papel que contenía estas o semejantes razones:

CARTA

«La generosidad, señor Marco Antonio, tan propia de vuestra nobleza, os obligará, viendo éste a visitar un caballero español y peregrino, persuadiendo lo uno a vuestra piedad, y lo otro a vuestra inclinación (que, según estoy informado, favorece y ama los naturales de aquellos Reinos). Yo estoy a los umbrales de la muerte, sólo resistida de la esperanza que tengo puesta en vuestras manos, cuyo rigor me imposibilita el íroslos a besar y ser más largo. Cualquier instante que tardéis se le quitáis a mi vida. Y, siendo tan pocos los que la dan de término, podréis juzgar la importancia de vuestra presencia. El cielo os guarde.

Don Artal de Aragón.»

»Novedad se me hizo el nuevo estilo del papel y la petición que contenía, siendo ésta la vez primera que sin ser médico me hacía cargo un enfermo de su vida. Pero, viendo lo que necesitaba la brevedad del caso mi presencia, dije al portador que me guiase a su posada, yendo apercebido, lo que me pareció, para cualquier

ofensivo acontecimiento. Y atribuyendo la prisa, con que me citaba, a alguna necesidad de dineros, tan propia en los caminantes y tan perjudicial en ellos, me eché doscientos escudos en la faltriquera. Pero sacóme desta imaginación la ostentativa presencia de su casa y el noble ornato della, principalmente de la cuadra y capa en que le hallé, tan compuesta, curiosa y rica, que me corrí de haber ofendido con sospechas menesterosas valor tan socorrido.

»Era la casa en que estaba de un caballero, natural de aquel Reino, y descendiente del Ávalos primero, que vino de Aragón a Nápoles, y mereció, por sus hazañas nobles y lealtad, hechas en servicio del rey don Alonso, dejar su posteridad rica y acreditada en ella; reconoció por deudo al apasionado huésped, y con la largueza y cortesía que heredó de sus pasados le regalaba, sintiendo tiernamente su peligro. Salióme a recibir don Rodrigo de Ávalos –que así se llama el piadoso hospederero–, y llevándome de la mano a la cama, ya casi túmulo del medio muerto español, le dijo:

–«Si como me decís, amigo don Artal, vuestra vida consiste en el socorro del señor Marco Antonio, dadme albricias della, que yo fío de su valor su restauración, aunque sea a su costa vuestra cura.»

»Incorporóse alentadísimo sobre las almohadas el afligido amante, y apretándome las manos me dijo:

–«La buena fe que el enfermo tiene en el médico, ¡generoso Marco Antonio!, es el principio de su salud. Y si su presencia alivia la enfermedad, en mí después que os he visto se verifica este aforismo, pues ya casi me siento bueno. Al médico y al confesor se ha de dar verdadera cuenta: al uno de las pasiones del alma, y al otro de los accidentes del cuerpo. Vos habéis de ser conmigo lo uno y lo otro; y porque con el secreto, si no sacramental, a lo menos debido a la reputación de los interesados, proceda mi cura, recibiré merced que, dejándonos solos los presentes, den lugar a la información que quiero haceros de mis desdichas.»

»Retiráronse todos a otra pieza, oído esto, y quedando los dos no más, yo confuso y el enfermo animado, prosiguió:

–«Seis meses ha, ilustre napolitano, que, deseoso de reconocer parientes en Italia, troqué la naturaleza de Aragón por el hospedaje deste Reino, donde, no echando menos el agasajo y amor de mis padres, he experimentado en don Rodrigo de Ávalos la liberalidad y nobleza, tan natural en él como propia desta ciudad ínclita, que tuviera por madre, a no tener ella por hija una hermosura que me ha puesto en el estado en que veis. Brevemente os daré cuenta de mis desdichas, que ni el paso en que estoy permite a la lengua alargarse, ni será razón que yo os pague la merced que me hacéis en visitarme, con el enfado que traen consigo

prolijas narraciones.

»En un festín que (por recrearme) hizo dos meses ha mi noble huésped, se nos trasladó toda nuestra casa a ésta, pagando la amistad que tantos años ha profesado con la de don Rodrigo, en autorizarla con su presencia y enriquecerla con la de doña Victoria, vuestra hermana (¡gloriosa ocupación de mis pensamientos e inocente homicida de mi libertad!) Quedé sin ella después que vi su hermosura corporal, y colegí de su discreción la de su espíritu. Danzamos los dos, y entre las mudanzas del sarao experimenté las de mi libertad. ¿Qué mucho, entrando mi amor por mudanzas, que me atormenten las que padezco? Acabóse la fiesta, y con ella el recreo de su vista, quedando de suerte sin ella, que quedé del todo sin mí, tan divertido en su contemplación, que di motivo a que don Rodrigo notase, ya en la mesa, ya en las conversaciones, cuán desacomodado estaba mi gusto para todo lo que no era emplealle en su memoria. Conjuróme, con ruegos y fingidos enojos, le diese parte de mi nueva enajenación, y hube de satisfacerle con la verdad, acreditando en ella mi elección, si atrevida, bien empleada. Animóse ya con título de la correspondencia antigua que con vuestros padres tiene. Los visitó más veces que acostumbraba, llevándome consigo, y entrando algunas veces a tiempo que, ausentes ellos y sola vuestra hermana con sus criadas, pude, entre la labor que hacía, divertir la aguja y cohechar oídos con lisonjas, abriendo puertas a encarecimientos verdaderos, para que les diese audiencia el alma. Apadrinóme mi amigo, favorecióme el buen crédito que en Nápoles tiene la nobleza aragonesa, acrecentado con el abono de vuestras cartas, en favor de los españoles, pues según supe por ellas, os hallábades tan naturalizado en nuestra tierra que olvidábades la vuestra.

En fin, continuando visitas, y desmintiendo estorbos de sus padres, satisfecha de mi calidad y cantidad, dispuesta con billetes, y agradecida a músicas y muchos paseos, al cabo de tres meses pude, si no merecer, alcanzar la respuesta de un papel, y en él honestos favores, envueltos en esperanzas lícitas de que gustando sus naturales dueños, y consintiéndolo vos –a quien aguardaban–, por medio del amoroso Sacramento, tendría por bien cautivar su libertad haciéndome venturoso poseedor della, mandándome suspendiese su ejecución hasta que vos llegádes –que sería en breves días, por haber escrito desde Barcelona estábades ya embarcado–, que del amor que os debía, más que de hermana, y la inclinación que teníades a españoles, se aseguraba dispondríades a vuestros padres a todo lo que a los dos nos importase.

»No os cuento las exageraciones que hizo entonces mi ventura, suponiéndolas todo amor perfecto, y no ignorándolas vos. Dióme don Rodrigo el parabién. Contaba instantes de vuestra venida, juzgándolas eternas duraciones, y favoreciéndome doña Victoria con la liberalidad de quien se juzgaba ya mi esposa, y con la limitación recatada de su honestidad, hasta que quiso mi poca suerte que, sin saberlo ella y sin merecerlo yo, pusiesen vuestros padres los ojos

en Ascanio, caballero natural desta corte, noble, rico, pretendiente de su hermosura; y, si no tan admitido en ella como yo, a lo menos más venturoso. Pusieron en plática con los suyos de juntar sangres y casas, sabiendo estos conciertos tan tarde la más interesada en ellos, que un día, después que alegrastes esta ciudad, con vuestra presencia deseada, y en mí animastes desconfianzas, después de haberos dado cuenta de su determinación, confirmándola vos con la vuestra, y alabando las prendas de mi opositor en vuestra presencia, la notificaron su riguroso decreto, pidiéndola su consentimiento. No se atrevió a contradecille, ni pudo dejar de alterarse. Pero atribuyéndolo vosotros a la natural vergüenza, calificada en honestas hermosuras, y anteponiendo doña Victoria la obediencia y reputación a la vida, cifrada en su voluntad, tuvo por mejor, injuriando la una, perder la otra, que dar muestras de ser la suya tan licenciosa que saliese de los límites de la de sus padres. Dioles el sí. Pero, según supe aquella misma noche, tan a pausas, que, si escrituras canceladas no valen, tampoco me parece a mí valdrá una palabra desmenuzada en fragmentos de suspiros.

»Retiróse con esto, soltando el silencio las presas a los ojos, y abriendo las cárceles a exhalaciones del alma, de que se formaron tempestades de sufrimientos que, predominando en mí, como más sujeto a sus peregrinas impresiones, me tienen deste modo. Aquella misma noche me escribió este papel, que quiero leeros, y luego entregatos con los demás que merecí de su mano, para que, si no os sirvieren de cartas de obligación con que ejecutéis poderes en mi derecho, anulando los de mi contrario, os sirvan de herencia; pues siendo mi muerte cierta, entre los bienes y joyas que tengo y de que os hago sucesor, son ellos los de más estima.»

»Sacó uno entonces de la cabecera, que me leyó, y decía:

CARTA

«Don Artal: mis padres me casan y no es con vos. Hanme pedido mi consentimiento, y negándosele el alma con sobresaltos, los ojos con lágrimas, el corazón con suspiros y el rostro con lastimosa turbación, sola la lengua ha tenido atrevimiento a ofenderos y darles el sí.

Guióla el temor y la obediencia. Sentid cuerdo vuestras desgracias, mejor diré las mías, que si fueren tan cobardes en vos, que os dejen con vida, yo sé de mis sentimientos que, a costa de la mía, pagaran entrambos.»

-«Tampoco os he de cansar en referir los encarecimientos de mi turbación y pena. Si considerastes los de mi alegría, comparadlos con ella, y añadid lo que de más alcanzan pérdidas sin esperanza a esperanzas no cumplidas. Dile parte de

todo a don Rodrigo, que lo sintió como mitad de mi alma. Supimos quién era el venturoso amante –si merece este nombre dueño violento–, y que estaban ya hechas las escrituras. Procuró consolarme, y fue acabar de rematar mi salud (que medicinas mal aplicadas, cuanto más eficaces, hacen más daño). Sus consejos y mis sentimientos dieron conmigo en la cama, donde ha diez días que llamo a la muerte, consuelo de desdichados. En todos ellos pudieron resistencia de honra impedir en vuestra hermana obligaciones de compasión y voluntad, no enviándome a ver de su parte ni escribiéndome, por parecerla que su descuido cuidadoso le engendraría en mí y, no mostrando sentir mi pérdida, animaría desengaños que me curasen. Pero ayer, que supo el término en que me tenía su olvido y mi desdicha, volvió a dar luz a mi remedio, en este segundo papel, que ya le tengo seguro, pues consiste, generoso caballero, en vos.»

»Sacó entonces otro billete, y leído decía:

CARTA

«Dos días han dado solos de término mis padres a mi vida, pues el casarme y perdella será todo uno. Deséolo sumamente por excusar el sentimiento que me causa el haber sabido el término en que está la vuestra. Yo sé, si mi hermano (Marco Antonio) supiera lo que no me atrevo a decirle que, según lo mucho que me ama, y lo que estima vuestra nación, él nos la diera a entrambos. El remedio os propongo. Diligencialde vos y ejecutarále él, si no es que os halláis con fuerzas para vivir; que, como las tengáis, poco importa que yo muera.»

–«Ésta ha sido, señor y amigo, la ocasión de haberos llamado, con parecer de don Rodrigo, pariente mío y servidor vuestro. Si el riesgo de mi vida, el amor de vuestra hermana, la estimación de vuestra conciencia –mal segura si violenta voluntades–, la que tenéis a España, mi nobleza, mayorazgo y, en fin, vuestro valor, generosidad y experiencia en amores, os obligan a restaurarme la salud y el contento perpetuo, deudor os seré perpetuo, hermano agradecido, y noble pregonero de tantas mercedes.»

»Prosiguieron lágrimas lo que las remitió la lengua, terminándose todo en un desmayo, que sospeché fuera el último de su vida. Pero yo, porque lo fuese de sus sentimientos, compasivo y aficionado al gallardo talle y proceder del noble aragonés, llamé los retirados, y después de haber despertado los espíritus al apasionado amante, con breves consuelos le dije:

–«Poco debe mi amor al que creí tenerme mi hermana, pues por su culpa y silencio fuera ocasión, sin darla yo, de ejecutar la mayor crueldad que usa la imprudencia, cautivando voluntades, tan difíciles después de redimir. Ni yo

consentiré ver mal casada a doña Victoria, ni vos tendréis ocasión de juzgarme por ingrato a las obligaciones en que España me ha puesto, y agora añaden los deseos que tenéis de honrar mi casa. Todas las prendas que de vuestra nobleza, valor y hacienda me habéis propuesto, quedan calificadas con reconoceros por pariente, don Rodrigo. Alentaos, que no seré yo hijo de mis padres, hermano de doña Victoria, ni amigo de españoles, si antes que anochezca no facilito yo estos estorbos, aunque os han parecido imposibles, y puesto en tan lastimoso término. Mi hermana, si ha sido ocasión de vuestra enfermedad, lo será de vuestra salud, y vos, su esposo, mi hermano y amigo.»

»Queríame dar las gracias, que admití en los brazos, y atajé a la lengua, despidiéndome dél y de los demás.

»Llegué a mi casa, y haciendo ensillar dos caballos, envié a llamar a Ascanio, pretengo esposo de mi hermana. Vino, y diciéndole que tenía que tratar con él cosas de importancia, concernientes a su estado, le obligué a que subiendo en el uno me acompañase a la marina, fuera de las cercas de la ciudad, dejando en casa nuestros criados. Apartéle a un lado más cómodo, por su soledad, para la proposición de mis deseos, y dije:

–«Ascanio, aunque el interés que se le sigue a mi nobleza, con el parentesco de la vuestra, está en tales términos que sólo median dos para la consecución dél, con todo eso, estimo en más la seguridad de vuestro gusto que la honra que consigo de vuestra afinidad, en fe de lo cual, primero que os enlacéis en nudos que sólo la muerte es bastante a desatarlos, os pregunto si gustaréis de ser dueño de voluntad que, no conformándose con la vuestra, ha días que la tiene empleada en otro sujeto.»

»Mudósele el color oyendo esta proposición, y respondió turbado:

–«¡No quiera el cielo que, aunque yo, amigo Marco Antonio, pierda la felicidad que intereso de teneros por hermano, violento alma a quien Dios dejó fuera de su jurisdicción al libre albedrío; pues si el matrimonio hace de dos una, faltando la reciprocación de cualquiera, será imposible reducillas a la amorosa unidad que este Sacramento causa!»

–«Cuerdamente (dije) habéis, discreto Ascanio, acreditado vuestro entendimiento; y, para confirmación de tan prudente sentencia, ved estos papeles y conjeturad por ellos cuán mal os estará esposa que, si os dio el sí con la lengua, confiesa a otro por señor de su libertad con el alma.»

»Leyó entonces uno de los que me entregó el aragonés amante, y cegando los celos la luz de la razón con que pronunció la primera sentencia contra sí, dijo

alborotado:

-«Conozco la letra, y desconozco en ella la amistad que me debéis, doña Victoria. Antes que vos entraseis en Nápoles, condescendiendo con el gusto de sus padres, reconocía lo que ganaba en ser mi esposa; y después que estáis en ella, aficionado, en agravio de vuestra nación, a la de España, la habéis forzado a que revoque su cuerda determinación, y, anulando su primera voluntad, me desheredáis, en este codicilo, de lo que pudiera ser me estuviera mal. Vos y ella perdéis, y yo gano el desengaño que hasta aquí, llevado (como siempre) de mi necia afición, no se atrevía a reprimir mis ciegos deseos. Pero ya que abriéndome los ojos conozco, cuerdo, el despeñadero desde donde me precipitaba, emplealda en merecimientos forasteros, que ni los hallo en ella, ni en vos, para merecerme.»

-«Mucho debéis a mi amistad y templanza (le repliqué yo), desacertado Ascanio; pues considerando con la una la pasión de vuestros celos, y con la otra refrenando mi cólera, no os respondo como merecen vuestros desalumbramientos. Yo creí que agradecerades desengaños dados a tiempo, que os pudieran excusar pesadumbres futuras. Miraldo mejor, y respondedme cortés, pues mi calidad, sino se aventaja a la vuestra, la iguala.»

»Arrojóme un ¡mentís!, y yo tras él una gran estocada, con que derribándole del caballo satisfice mi ofensa, poniéndome en cobro (merced debida a la soledad de aquel sitio) y no parando hasta la Quinta de un amigo, nueve millas de allí. Escribí desde ella a mis padres la ocasión de aquella desgracia, las prendas de don Artal, la voluntad que mi hermana le tenía, lo mal que nos estaba pariente tan soberbio, y el gusto y merced que recibiría en que a doña Victoria se le diese compañía, más a su satisfacción que a la de quien no había de padecer los inconvenientes de un casamiento forzado. Y, sin aguardar respuesta, socorrido por el amigo referido de dineros y ofertas, me volví a embarcar para España, agradeciendo aquel suceso que ocasionó la vuelta a Reino de mí tan deseado.

Llegué a Barcelona deseoso de saber el estado en que estaban la vida del herido y pretensión del aragonés enfermo. Volví a escribir desde ella a mis padres. Y, mientras aguardaba la respuesta, me entretuve en aquella cortesana ciudad, sin darme a conocer a correspondientes de mi casa, por hallarme con dineros y joyas suficientes, con cuya comodidad pudiese asegundar vuestra comunicación, y tornar a los apacibles encantamientos de Madrid.

»Una noche, pues, que a las doce me restituía desde el muelle celebrado -corona de aquella limpia marina- a mi posada, bajando por el carrer de Moncada me acometieron dos embozados, teniéndome, como pareció después, por otro. Mas quiso el cielo y mi inocencia que antes que me ofendiesen, aunque venían armados, metiese la espada por la boca del uno, asomándose la punta a la parte contraria de la garganta, y diese con él muerto en tierra. Apadrinéme de los pies,

a tiempo que el compañero pedía favor a voces, y la justicia, que pasaba de ronda, comenzaba a darme caza.

Pero, aunque la noche no echaba menos la ausencia del Sol, la angostura de las calles me favoreció para que, desmintiendo esquinas, y creyendo que todavía venían en mi alcance, me entrase en una casa grande y, subiendo alborotado, diese en un terrado, saltando desde él a otro su vecino (correspondencia ordinaria de aquella ciudad, que en vez de tejados se continúan sus casas por ellos unos con otros), y temiendo la rigurosa fama que los castigos de esta república tiene –quedando encarecidos con llamarlos por excelencia justicia catalana–, me bajé desde el dicho terrado por una escalerilla, y sin encontrar a quien pedir socorro, ni dar cuenta de aquel suceso, hallé a la mitad della, a la mano izquierda, una luz en un mediano aposento en que me entré, creyendo hallar en él al dueño de aquella casa y aprovecharme de la liberalidad con que los nobles barceloneses amparan desgracias contingentes. Echéme la puerta tras mí, porque mi alboroto me persuadía que traía a las espaldas mis perseguidores, y, siendo de golpe, quedó cerrada con llave, y yo sin ella, de modo que fui alguacil de mí mismo.

»Busqué a quien dar parte de aquel atrevimiento, y no hallé persona en el cerrado retrete, sino un candelero de plata sobre una mesa, y en él una vela de cera blanca encendida, colgado de catalufas, con dos o tres sillas y otras tantas almohadas de terciopelo carmesí, que sobre una alfombra formaban un mediano estrado. A un lado, una cama amparada de un pabellón de gasa verde, medio descompuestas las sábanas, cobertores y colcha, que todavía calientes mostraban lo poco que había que su huésped las desocupó. Sobre un taburete, a la cabecera, estaba un calzado que, en la pequeñez y forma de los zapatos y color de las medias, declaraba ser de alguna curiosa dama. Y sobre un cofre, dos basquiñas de seda y una ropa y jubón de tela azul. Todo señal de que era retrainimiento de alguna belleza. Con la quietud del retrete, silencio de la noche y seguridad de mi temor, volví sobre mí, y reparando dónde estaba, y lo que veía, el alboroto que había de causar hallándome a tal hora y en tal sitio su dueño, acudí a la puerta y halléla –como os dije–, cerrada, imposible la salida y peligroso el dar golpes, pues era fuerza el atestiguar contra mi opinión, o atrevimientos amantes, o afrentosos latrocinios. Volví a la cama y halléla descompuesta y con las señales que os he dicho. No supe qué hacerme ni en qué determinarme. Y así, asaltado de nueva confusión, me asenté sobre ella, resolviéndome en aguardar al día, o a la persona que la habitaba, para que, contándole mi suceso, asegurase con mi presencia y satisfacciones su sospecha y mi peligro. Más estuve de una hora aguardando, ya paseándome, ya asentándome, unas veces en las sillas, y otras sobre la cama, hasta que en ella la última, ya cansado de esperar, de lo que había la tarde antes andado, del sobresalto, riña y diligencias de mi fuga, y de la vecindad del alba, que venía tan ocasionadora del sueño, me quedé dormido y recostado sobre las almohadas, ni echado del todo, ni del todo sentado, sino en postura que

participaba de entrambas.

»Poco debía de haber que el sueño usaba de su jurisdicción –pues entre tantos cuidados no había de hallar prendas que ejecutar–, cuando entró el propietario de aquel aposento a desenojar la cama restituyéndose a ella que, a tener sentimiento, le pudiera mostrar por la privación de tan hermoso huésped (porque era Estela, que así se llama el sujeto de la Canción que oísteis), usurpadora de la belleza, que levantándose con todas sus perfecciones, las demás hermosuras son participaciones y gajes de la suya. Estela, pues, entró y (según lo que después me dijo) venía de ver a su madre que, ausente entonces su anciano esposo, le había dado a media noche un grande accidente, de más congoja que peligro, a cuyas voces y alborotos domésticos acudió, aunque había gran rato que estaba acostada, y levantándose con la priesa que daba el amor de hija, sin permitirle el calor y susto más vestidos que un delgado manteo y unas chinelas, sosegó, poniéndole unos paños calientes y con otros remedios mujeriles, el repentino achaque, dejándola dormida y volviéndose a su aposento, que fue a tiempo que yo, durmiendo, y ella, descuidada de tal sobresalto, sin acordarse que había dejádole sin cerrar, le abrió la puerta, y despidiendo luego dos criadas que la acompañaban, antes de entrar en él, volvió a cerrarle, quedando en paños menores, y tomando la vela, que de presente estaba sobre el bufete, para apagalle después de acostada.

»Al llegar a la cama me vio reclinado sobre ella, dando con el repentino susto un grito bastante a alborotar la casa, si el sueño de su madre y criadas no estuviera tan en los principios, y un desmayo, favorable para mí, no impidiera que, asegundando voces, me cogiera su familia, si no con el hurto en las manos, con la sospecha casi evidente de él. Cayó, en fin, desmayada sobre la misma cama, siendo aquél el favor primero que sin querer me hizo, pues juntando su rostro con el mío, merecí durmiendo más que hasta aquí despierto. Al desmayarse, pues, se le cayó la vela y candelero, apagándose la luz y quedando la de su hermosura también amortiguada, y el aposento a oscuras.

»El grito, el ruido de la caída, y mi mal seguro reposo, me despertaron a un tiempo, levantándome alborozado. Y, sintiendo a mi lado lo que no vía, me persuadió la turbación medio dormida que era el vengador del muerto quien me asaltaba. Y así, sacando la daga, por poco hiciera hazaña que después llorara toda mi vida, a no reparar más en mí y, despierto del todo, no remitir al tacto lo que no pude a la vista. Toqué las manos, cabellos y rostro de la desmayada hermosa, asegurándome que era mujer; y, hallándola inmóvil, creí que estaba muerta, porque negando el corazón su vital movimiento a los pulsos, y el calor abrigo a las manos y rostro, engañara otra mayor experiencia que la mía. ¡Ponderad vos, agora, qué tal sería mi turbación, y si podré, sin injuriar mi reputación, confesar que estuve temeroso, hallándome encerrado en un aposento y a oscuras –y

habiendo sido matador de un hombre en la calle- con una mujer al parecer muerta en los brazos, sin saber adónde estaba, ni quién era el dueño de aquella casa, y sentenciándome todas estas turbaciones a afrentosa muerte, indiciado de ladrón y agora de homicida! Hice diligencias extraordinarias con la puerta, para dar salida por ella a tantos temores; pero fueron inútiles, y no osé romperla por el riesgo que se me seguía de cualquier violento ruido. Volví a la cama a examinar pulsos, a cuyos movimientos quiso el cielo despertasen otra vez los retirados espíritus, y volviendo en sí el asombrado dueño dellos me asiese de los brazos, sospechándolos violadores de su honor, y me dijese:

-«Qué es esto, desatinado don Jorge? ¿Es posible que, antes licencioso y agora atrevido, en afrenta de vos mismo matéis la luz porque no atestigüe torpezas vuestras, y contra la inmunidad de los difuntos pretendáis la usurpación de una desdicha, que lo está en sombra, pues es su imitación un desmayo? ¿Son éstas generosas correspondencias de la voluntad que os he tenido, puesto que, por ser en sus principios, limitada? ¿Conquístanse así merecimientos nobles, cuya posesión ha librado la honra en la seguridad del matrimonio? ¿Qué criada de mi casa, corrompiendo vuestro interés su lealtad, os ha dado entrada en ella? ¿Será justo que, obligándome a dar voces, venga toda su gente y, quedando mi opinión a cortesía de las lenguas, perdáis con la vida las inclinaciones descaminadas que la despeñan? ¿Paréceos que, porque mi padre está ausente, lo estarán los aceros de su valor, heredados en mí como en su sangre, y que no habrá en esta casa ejecutores de mi venganza y vuestro castigo?»

»Eché de ver, por éstas y otras semejantes razones, que era tenido por otro. Y, sin osar declararme, temeroso de que la escuridad y el no conocerme ocasionasen las voces que había impedido el recelo de poner en duda su reputación, tanto más indiciada cuanto la persona era más conocida en la pretensión de sus amores, la respondí en voz baja:

-«Aseguraos, señora, de que peligros de la vida, más que de vuestra honra, me han traído aquí, que os contara con admiración vuestra y crédito mío, si hubiera luz que os desengañara desas honradas sospechas.»

-«Si es eso así (replicó) como creo de una nobleza nunca desacreditada con semejantes atrevimientos, aguardadme y satisfaréisme, que ya os tengo lástima, si primero temor.»

»Dile entonces la vela y candelero, que a tiento hallé en el suelo. Y, abriendo la puerta, la volvió a cerrar tras sí (ya sea inadvertida, ya sospechosa de que, en hallando salida del aposento, había de buscar la de su casa y, alborotándola, ofender el secreto a costa de su fama), séase por lo uno o por lo otro: ella encendió la luz en una lámpara que estaba en la escalera principal, y volviendo a

abrir se turbó de nuevo, viendo a quien no pensaba ni conocía. Aseguréla lo mejor que supe y pude, contándole compendiosamente mi suceso, mi nación y mi linaje, contemplando de camino la peregrina hermosura con que se lisonjeó a sí misma la Naturaleza, y yendo disponiendo el alma para hospedalla en ella eternamente. Debíla de hablar con eficacia persuasiva, ayudando el amor a mis palabras, de modo que, dándolas crédito, y sus ojos perlas, mostró la compasión que me tenía. Admiróse y consolóme, añadiendo eslabones con sus piedades a los primeros de su vista. Y últimamente me dijo:

-«Caballero, ni merecéis reprensión, ni tenéis culpa, ni yo sé cómo os pueda sacar desta casa, teniendo mi madre las llaves de sus principales puertas. Volveros por donde vinistes no os lo aconsejo; que si la justicia os buscó en la casa vecina a ésta y desvelastes a sus habitadores, será fuerza que, si hasta ahora ignoran el autor desta desgracia, alborotados de nuevo, os prendan y den ocasión a la venganza y materia a la justicia, tan rigurosa en esta república. Pues aguardar al día es aumentar todos estos peligros. No sé qué medio me escoja. Pero ¡esperad! Mi hermano ha de tener, si no me engaño, en esta cuadra vecina (entre sus armas) algunas escalas medianeras de sus mocedades. Traeros he una; y descolgándoos desde este balcón (que cae a la calle) vos os pondréis en cobro y yo desvaneceré sospechas, aunque no temores que de vuestro peligro tendré mientras no os viere seguro dél.»

»Beséla, por fuerza, una de sus hermosas manos, cumpliendo de una vez con mi obligación y mis deseos. Volvió con la escala, y conjuróme con tiernas persuasiones que la dijese mi posada y nombre, para enviar a saber de día el estado de mis sucesos. Informada, en fin, de todo, me despidió, y yo volví a satisfacer mis labios con sus manos bellas, que si rehusaron comedidas, consintieron amorosas. Bajé por la escala; volvióla a recoger y cerrar la ventana.

»Comenzaban crepúsculos del alba a bosquejar celajes del día, a cuya ambigua luz acerté mi posada. Y, mintiendo ocupaciones, satisfice a mi huésped, acostándome, ya alternando con el sueño desvelos, ya asombrándome con la memoria del no conocido muerto, y ya recreándome con la de la conocida restauradora de mi libertad (si merece este nombre quien, librándola de la justicia, se me quedó con ella). No la pasó Estela (según después me dijo) con más sosiego, porque enviándome a visitar con una criada confidente, a cosa de las diez de la mañana, me trujo un papel, acompañado de algunos dulces, media docena de camisas de holanda (prevención de damas casaderas) y una de lienzos de narices, todo extremado, oloroso y guarnecido, y me dijo:

-«Mi señora os besa las manos, y suplica perdonéis este atrevimiento, ocasionado más de la falta que os harán regalos de vuestra hermana ausente, que de la necesidad que tendréis; y os pide la aviséis cómo lo habéis pasado esta noche.»

»Hice la estimación imaginable de tanta cortesía, y acabó amor de posesionarse del alma, pues si prendas inútiles de cabellos y cintas obligan tanto voluntades amantes, ¿qué no obligarán favores significativos y provechosos? Y leyendo el papel vi que decía, pienso que desta manera:

CARTA

«¡Mal me habéis pagado, señor Marco Antonio, el servicio que anoche os hice, pues a vueltas del socorro que os di, os llevasteis el sueño, dejándome desvelada, y quiera el cielo no eche menos otra cosa que vale más! Avisadme en qué estado están vuestras sospechas, que en casa estamos mi madre y yo tristes y lastimadas, por haber sabido que en el carrer de Moncada mataron anoche a un primohermano de don Jorge, caballero principal y estimado en la nuestra. Sospéchase haber sido el delincuente don Gastón, competidor antiguo suyo, porque yéndole a prender a su casa el gobernador, supo estaba ausente, y los indicios de sus bandos acreditan estos recelos. Pero a vos esto, ¿qué os importa? Ni yo, ¿para qué os doy cuenta dello? De aquí a un hora iré a misa a San Agustín. Si os dejó el cansancio de anoche con disposición de verme, allí podréis hacerme merced, e informaros con más claridad de lo que deseáis saber. Guárdeos el cielo.»

No venía el billete firmado. Púsele en la boca muchas veces; y dando una joyuela a la portadora, antes que me acabase de vestir, respondí desta suerte.

CARTA

«No han de ser fiadores, de deudas tan grandes, lisonjas de la pluma, mientras hubiere vida que pague la que me habéis dado. Ufano estoy de que me tengáis por servidor vuestro, pues en fe de que ocupo esta plaza (¡liberal y bellísima señora!) tiro ya gajes de vuestra largueza, pues es propio de los señores generosos vestir a sus criados. A los desvelos que os causé -y en mi caudal no hay paga satisfactoria- agradezco el buen tercio que imagino han hecho con vos en mi abono. Y, aunque indigno dellos, soy, con todo eso, tan amigo de semejantes empeños, que diera el alma en prendas (si ya no la he dado) porque fuérades mi acreedora, y os debiera la joya que teméis habéis de echar menos. Siento vuestro sentimiento y el mal logro del difunto, que me avisáis; y tengo lástima al homicida, si le mató provocado. Lo que me importa, más que vos creeréis, es veros. Y así, acompañando diligencias con deseos, os aguardaré en el puesto señalado, sin alma y sin vida, pero con infinitos deseos de que la vuestra sea tan larga como la merced que me habéis hecho.»

»Partióse con esto la criada, agradecida y obligada con lo que la di, para hacernos buen pasaje.

Acudí al punto al señalado monasterio, y a poco rato vino a él mi Estela, acompañada solamente de un viejo escudero y nuestra tercera. Habléla en una capilla. Y, para no cansaros, habiendo concertado el vernos algunos días en casa de una señora, su amiga, y hablarnos de noche por unas rejas bajas de la suya, la comunicación, en principio remisa, vino dentro de un mes a convertirse en amor tan apretado, que celoso yo de los favores hechos antecedentemente a don Jorge, y de papeles que me entregó suyos, acendré la voluntad con ellos y comencé a dudar de la consecución de mi esperanza. Rondábala el dicho mi competidor (todas las noches) y hablábala los días que podía, y la presencia de sus padres obligaban más su cortesía que su voluntad, siendo todas estas diligencias tuyas gigantes para mis sospechas. Las que él tenía, del que imaginó había muerto a su primo, salieron falsas, averiguando haber estado la noche de aquella desgracia don Gastón en Lérida, de que se siguió el hacer inquisiciones más eficaces, para sacar a luz el verdadero homicida. Temíme dellas no le descubriesen a mi costa, porque ya el secreto, seguro entre mí y mi dama, se había comunicado con la criada; y secreto entre tres, siendo las dos mujeres, amenazaba un mal parto. Esto, y mis celos, dieron tanta prisa a mi Estela, que concertamos por última resolución que, después de mañana, a la una de la noche, subiese yo por la escala en que bajé de su aposento enamorado y favorecido; y, dándola en él palabra de ser su esposo, asegurase el cumplimiento de mis deseos los desalumbamientos que los desatinaban; porque, dándome yo después a conocer a los correspondientes que en aquella ciudad tenían mis padres, y sabida mi calidad y hacienda, fuese más fácil obligar a los suyos para confirmar nuestras diligencias.

»Supe que en este tiempo había desembarcado en Barcelona un hermano de Ascanio, herido por mí en Nápoles. Y recelándome de que no viniese en mi busca, o para vengarle o para hacerme –aunque sea por fuerza volver allá a reconciliarnos, y convertir tan grandes enemistades en parentescos, casándole con mi hermana, nos pareció, a Estela y a mí, me ausentase hasta la aplazada noche, en que, tornando de secreto a la ciudad, y consumando nuestro amor, con este seguro pudiese después certificarme de la ocasión de su venida. Hícelo así, y por no dar sospechas a lugares tan cortos (y por el consiguiente muy maliciosos) de mi retiro, tuve por mejor favorecerme del verano, acomodado en este sitio, y fiar de sus árboles lo que no me atrevo de las lenguas. Aquí, en fin, amigo don Juan, ha que estoy desde anoche. Habiendo enviado un criado a ese primer lugar por el sustento menesteroso, los celos, que no quieren concederme ningunas treguas, hasta que con la posesión que espero se despidan corridos de su poca confianza, me obligaron a cantar la canción que oíste tanto más estimada cuanto le soy más deudor, por haber sido causa de que nos hayamos visto en lugar tan remoto y no esperado.»

«Íbale yo a mostrar admiraciones de tan peregrina historia, cuando oímos unas voces cercanas, que llamaban por su nombre a Marco Antonio. Conoció por ellas a su criado; y, avisándole con otras adonde estaba, llegó alborotado y temeroso de decir la ocasión, por hallarme allí y no conocerme.

Aseguróle entonces de quién yo era, y brevemente le dijo:

–«¡Vuesa merced, señor, se ponga en cobro, sin acordarse más de Barcelona! Porque Próspero, hermano de Ascanio, muerto por vuesa merced, ha venido a ella en su busca y avisado a la justicia y virrey, con cartas de favor de Nápoles, para que le prendan. Ándanle buscando. Y hame dado este aviso un pasajero, a quien, sin conocerme, pedí cuenta de lo que había en aquella ciudad de nuevo, y me ha dicho lo que refiero, prometiendo nuestro perseguidor, a quien le lleve muerto o preso, dos mil escudos. ¡Mire vuesa merced, si se le junta la muerte del caballero catalán –que, según las diligencias se hacen, se puede facilísimamente descubrir el homicida–, cuán cierto está el peligro y difícil el remedio!»

»Asustóse (y mucho) el enamorado napolitano, y yo le aconsejé que hiciese lo que su criado le persuadía. Húbolo de aceptar, aunque con gran resistencia de su amor, llevando muy pesadamente el perder a su dama. Pero en fin, le fue forzoso dilatar la esperanza y escoger este medio, pidiendo muy encarecidamente: que pues yo había de parar en Barcelona el siguiente día, fuese a tiempo que, en su lugar, acudiese la noche aplazada para su desposorio al puesto concertado, y contándole a Estela la ocasión precisa, que difería para otra más oportuna sus deseos, la consolase abonando su crédito y voluntad. Prometíselo; y, dándome las señas de la calle y casa, de la ventana y hora en que podía hablarla, me obligó a subir en su caballo, diciéndome, que retirado él entre aquellas asperezas, y enviándome su criado a tercer día, para informarse del estado de sus cosas, le sería de más estorbo y peligro que de provecho. En fin, despidiéndose de mí, se emboscaron por entre aquellos espesos pinares, y yo me quedé aguardando a Carrillo, con vestido, cabalgadura y obligación de cumplir lo prometido.

»Pasó el día, acercóse la noche; y, aunque con la provisión que trajo el criado de Marco Antonio satisfice la necesidad conservativa, cansado ya de esperar, me determiné de ir en su busca al lugar donde se encaminó. Y así, subiendo a caballo, y olvidándoseme (no sé cómo) los doblones franceses en el depósito del árbol, guié a la dicha villa, cuidadoso de algún infortunio que a Carrillo le hubiese sucedido y ocasionase tanta dilación. A poco más de una legua descubrí un castillo, distante media (habitación noble de todos los caballeros de Cataluña, que hasta en esto imita aquella nación a la francesa). Fue esto a tiempo que se enlutaba el cielo, por la muerte de su mayor planeta, con sus tinieblas acostumbradas, añadiendo a esto preñadas nubes, que formando, en vez de dolores, truenos, parían temerosos relámpagos, a cuya causa me determiné

hospedar en la cercana fortaleza, si lo permitía la urbanidad de su dueño. Y así, guiando a ella, me torné a emboscar por un pinar, espeso adorno del hermoso castillo. Pocos pasos había dado por él, cuando sentí venir hacia mí, huyendo a gran prisa, un bulto que, a pesar de la escuridad, conocí en la forma, y quejas que daba, ser mujer, la cual, en viéndome, me dijo con lastimosas muestras:

-«Caballero (que, aunque no lo seáis, hallaréis ocasión en mí para merecerlo), si, cuando no la cortesía, os obliga la cristiandad a defender una desdichada mujer, que se ha visto en los brazos de la muerte, intentada por quien más obligación tenía de conservar su vida, amparad agora a quien os puede pagar, si sois interesable, a satisfacción. Yo vengo huyendo de mi padre y hermanos, y siento sus pasos, que a mis espaldas apresuran mi muerte. No permitáis ser vos causa della.»

»Apeéme entonces lastimado -que no es noble quien deja de ser piadoso con mujeres- y poniéndola a las ancas de mi frisón, y vuelto a subir, la dije:

-«Embosquémonos, señora, por esta favorable espesura, y dad gracias al cielo que habéis encontrado quien, con seguridad de vuestro honor, perderá la vida por defender la vuestra.»

»Agradeciémelo con breves encarecimientos. Y caminando muy apriesa por entre aquellos espesos pinares, a elección del caballo, huyendo del camino, ella multiplicando suspiros y yo admiraciones de tantos accidentes sucedidos en un día, sin preguntarla la causa de aquel suceso, guardándolo para mejor oportunidad, gastamos dos horas y más en rodeos, no excusados, por no sabidos, venciendo estorbos y estropiezos, que a la escasa luz de los bostezos de las nubes nos espantaban más con los truenos, que se les seguían, que nos ayudaban, hasta que quiso el cielo -al cabo de tantos infortunios- sacarnos a lo raso de un llano que cercado de peñas, muy ásperas e intrincadas, nos pusieron en mayor confusión a no bajar por ellas gran multitud de serranos que, con hachos encendidos y pedazos de tea, dando festivas voces, entre silbos y aldeanas demostraciones, celebraban la vengativa caza de seis o siete lobos, entre otras muchas salvajinas que se habían muerto.

»Es costumbre en todas las partes donde la abundancia y atrevimiento de estas fieras menoscaba la inocente granjería de los ganados, con pérdida de sus mayores y descrédito de sus pastores, el convocar a todos los comarcanos, y juntándose doce o más aldeas -después de haber hecho cuatro o seis profundas y engañosas hoyas que, cubiertas de cavilosas trampas, ramos y céspedes, con fingidas sendas y, al parecer, pisadas sobre ellos, ocultan temerosos precipicios-, cercar hombres y mujeres, por dos o tres leguas, los montes donde saben tienen sus manidas los hambrientos brutos, y con desentonados gritos, estruendo de

tamboriles, gaitas, adufes e instrumentos semejantes, atronar aquellos desiertos, yéndose poco a poco estrechando en rueda, de suerte que, sin abrir camino, viéndose los brutos acosados, e ignorando las sepulturas que los aguardan vivos, se van recogiendo, apiñados al centro, acaeciendo las más veces juntarse lobos jabalíes, raposas, venados, y otros animales silvestres, sin que la antipatía que Naturaleza les dio use entonces de su enemistad; porque concediéndoles treguas el temor de la muerte, por evitar el mayor peligro, perdonan el menor. Habían usado aquel día los serranos desta estratagema, y en tres hoyas cogido y alanceado siete lobos, un oso, dos venados y ocho jabalíes, que, entre otras fieras menores, traían sobre seis o siete mulas y rocines a cuya causa, volviéndose victoriosos, celebraban con rústica demostración su silvestre triunfo.

»Temimos a los principios no fuesen bandoleros. Y ansí, volviendo las riendas al pinar, nos escondimos en parte que cerca de un camino nos podía enseñar los que por él venían. Seguros, pues, en nuestra celada, advertimos que, saliéndoles al encuentro un caballero, señor de lo más caudaloso de aquella comarca, sobre una yegua aderezada de monte, recibía alegre la regocijada turba, diciéndoles:

-«¡Bien venidos, amigos! ¿Qué presa traéis? ¡Que, según vuestras voces me declaran, no debe de ser poca!»

»A que, adelantándose algunos, el más anciano, sobre un cuartago, respondió:

-«Por ahora, señor don Garcerán, ociosos han de vivir los mastines, y seguros dormirán nuestros pastores. Siete lobos, o por mejor decir, siete pecados mortales hemos muerto, con otra no menos dañosa caterva de salvajinas, que podrá reconocer sobre esas bestias. Acudimos luego a sus camas y hallamos en ellas más de veinte cachorros, que agora aun retozando muerden, y mañana darán un buen día a los muchachos.»

-«Otro lance de más importancia hemos hecho (dijo el segundo) si, como parece, es el que traemos cabeza de bandoleros, porque, sin saber la trampa que le aguardaba, cayó en una hoya e hizo guía a los demás lobos; que, pues ellos y los salteadores viven de rapiña, bien lo podemos parrear con un nombre y un castigo.»

-«Dejádmele ver (dijo el caballero), que si es como decís, otro fruto diferente de sus piñas llevará, antes que amanezca, la más robusta rama deste alto monte.»

»Trajeron entonces a su presencia, atado y cercado de hachos, teas y villanos, a Marco Antonio que, apartándose de mí, como os he contado, y enviado a su criado a que llenase un frasco de agua en un río pequeño, grillos de aquellos peñascos, huyendo la confusa grita de los rústicos cazadores, y sospechando que

andaban en su busca, codiciosos del interés prometido por su enemigo, imitó en el huir y caer en uno de aquellos engañosos hoyos a las demás fieras, con harta dicha suya de que no le alcanzasen entre ellas, que fuera forzoso, a no dar grandes voces y ayudarle las luces de las humosas teas, para distinguirle de los demás caídos. Como le vio el cortesano don Garcerán en traje que desmentía la opinión de todos los que le juzgaban por salteador, le preguntó admirado:

-«Decidnos, hidalgo, quién sois; que de vuestra presencia colijo el engaño de los que os difaman.»

-«Vuestro cuerdo juicio, discreto caballero (respondió), puede apadrinar mi inocencia contra la rusticidad maliciosa destes bárbaros. No soy yo salteador, aunque salteado de desdichas y persecuciones, que deben ya de querer tener fin, viéndome en vuestra protección.»

»Conocíle yo entonces, oído esto; y sin reparar en inconvenientes, ni saber si le estaba bien o mal a la dama que conmigo traía, confiada en mi favor, o el daño que se le seguía a Marco Antonio de nombrarle entre gente no conocida, cuando tantos le perseguían y buscaban, piqué el caballo, diciendo:

-«Mirad, señor don Garcerán, que es ese caballero, Marco Antonio, de lo más calificado y rico de Nápoles.»

»Alborotáronse todos al principio, viéndome llegar de aquella suerte, previniéndose en mi ofensa.

Pero advirtiéndome don Garcerán en que llegaba solo, y envainada la espada, sosegó a todos los demás; y reparando en la dama que traía en las ancas, y yo hasta entonces no había visto, dijo admirado:

-«¡Doña Dionisia hermosa! ¿Qué es lo que sueño, que no oso decir lo que miro? ¿Dónde vais desafortunada, a tal hora, por tal parte y en tal compañía?»

»Echóse entonces ella del caballo abajo -apeándome yo tras ella- queriéndosele echar a los pies; y, levantándola él, la respondió:

-«La enemistad y bandos, ilustre don Garcerán, que tantos años ha os dejó en herencia vuestra sangre contra la de mis padres y hermanos, tiene de serme (cuando menos pensaba) favorable.

Huyendo vengo dellos, y también de la muerte; que, a no ampararme deste caballero, que no conozco, ya estuviera ejecutada.»

-«Venganzas habrán sido (replicó don Garcerán) del amor que sin su consentimiento y noticia os tiene don Dalmao, y quiso asegurar con las apacibles

coyundas de Himineo. Sosegad, señora, y dadme albricias, no sólo de la seguridad que vuestra vida y honra han hallado en mi casa, sino de que tengo en ella a quien no estima la suya mientras teme el peligro de la vuestra. Don Dalmao, acometido de vuestro padre y deudos, una legua de aquí, y defendido por mi gente y dicha (puesto que herido, no peligroso), llora vuestra pérdida y riesgos. Vámosle luego a ver, que vuestra hermosura, si le enfermó el alma, le sanará el cuerpo.»

«Olvidado estaba yo de dar los brazos a Marco Antonio, divertido en estas novedades, y mirando la mayor hermosura de cuantas desempeñaron el crédito a la Naturaleza, cuando ofreciéndome los suyos don Garcerán por fiadores de la obligación en que afirmó le había puesto el hermoso hallazgo, pidiendo perdón el descrédito de su calidad, con sus labradores a Marco Antonio –disculpándolos su simplicidad y la sospecha de aquellos despoblados–, a que él y yo respondimos con cortesías, si exageradas, verdaderas, mandó luego que guiase toda aquella festiva serranía con el mismo estruendo y regocijo a una casa fuerte, que distaba un solo cuarto de legua, contándome antes de llegar a ella, Marco Antonio, el suceso de su caída. Fuimos recibidos en el apacible hospedaje con generoso agasajo, llevándonos su dueño a una pieza fresca y espaciosa, donde estaba acostado el herido, don Dalmao, tan cuidadoso del peligro de su esposa cuanto descuidado de la dicha de tenerla presente.

Dejo a la discreción de vuestro juicio el contento de amante, y la lástima de la dama, viendo en tal estado a quien la tenía a ella en el presente. Básteos saber que, no siendo las heridas peligrosas, y cuando lo fueran, bastando la belleza de doña Dionisia a sanarlas –pues teniéndola vosotros presente, me juzgaréis antes corto en su alabanza que mentiroso–, se levantó el siguiente día, aumentando el contento en todos el verle tan alentado, y la belleza en su esposa (que no hay igual afeite como la alegría). Comimos temprano, con regalo y liberalidad, pagándoselo yo en contarle la causa de mi peregrinación, si bien por guardar el respeto a la ausencia de mi Lisida, entretejí en mi historia episodios equívocos; que, aun entre extraños, sintiera pérdidas de su firmeza. Marco Antonio relató fielmente la suya, pidiendo en retorno a don Dalmao nos cumpliera el deseo de saber la ocasión de sus heridas, y fuga de su dama; acudiendo ella agradable a esta obligación, por excusar a su esposo algún accidente, que pudiera seguirse del ejercicio demasiado de la lengua, y diciendo así:

–«Dos años ha que don Dalmao pasó de pretendiente de mi libertad al dominio della, tan debido, así por su nobleza y merecimientos, como por la correspondencia de estrellas y voluntades, que cualquiera que intente contradecírsela, estará obligado a la restitución de lo que por tantas razones se le debe de derecho. Todo este tiempo, pues, alimentando amor con esperanzas, favores permitidos, y palabras hurtadas al día, amparadas de la noche, y ocasionadas de una reja, aguardaba ocasión en que, librándose sus deseos de la

jurisdicción del temor, se asegurasen en el sagrado del sosiego conyugal, sin atrevernos a probar el gusto y consentimiento de mi padre y dos hermanos que tengo, por ser don Dalmao, si tan bien nacido como ellos, no tan hacendado. (¡Desdicha de nuestro avaro siglo, que no estima la calidad de la nobleza sin la cantidad del oro, igualando merecimientos del alma a la codicia de un metal que, por indigno de salir a luz, le sepultó Naturaleza en las entrañas bárbaras de los groseros montes de las Indias!) Es mi padre tan severo, desapacible de condición, y ejecutivo en materia de vengar sombras de agravios, que en él solo puede verificarse la fama que los catalanes tienen en el mundo de crueles. Y parécensele mis hermanos tanto, que les puede servir de información, cuando no hubiera otra, para probar su legitimidad. A esta causa dificultaba el temor lo que diligenciaba el deseo, gozando tormentos y penando glorias entre medrosas confianzas y animosos recelos, que vinieron a resolverse en defraudar los intentos de mis naturales dueños, determinados en casarme con un caballero, su igual en todo y en todo mi desigual; pues, no siendo a mi gusto, ¿qué prendas podían equivalerme? Concertamos los dos: yo, de huir con él fuera destes Reinos, y él, de darme mano de esposo y palabra de dilatar el uso deste estado, hasta que con seguridad mía, y abono de nuestra reputación, diesen los cielos feliz salida a tan peligrosa entrada.

»Una noche, pues –oscura y a propósito para nuestra amorosa fuga–, que estaban mi padre y sus dos hijos tres leguas de Barcelona, ocupando tal vez cuatro y tal ocho días en el caballeroso ejercicio de la caza, a la mitad della salí, sin ser sentida de ningún doméstico enemigo, en brazos de mi amante, y a las ancas de un caballo, resuelto de no ver la cara del día hasta que viese las nuestras un caballero, íntimo amigo suyo, que a la entrada de las montañas de Ampurdán tiene su hacienda, y en ella una casa de las que en esta tierra llaman fuertes, defensa segura de sus contrarios. Consuelos amorosos de mi amante enflaquecían el temor de mi atrevimiento y los enfados del camino, cuando, andadas como cuatro o cinco leguas, nos asaltaron a la salida de un bosque mi padre y hermanos, que avisados, al tiempo que ya disponíamos nuestra amorosa huida, por un criado de don Dalmao, espía doble y sabidor de todos nuestros secretos, acudió adonde estaban los agraviados, dándoles noticia del caso, tan a tiempo que, atajándonos luego los pasos, nos acometieron, disparando un arcabuz que derribó herido a mi esposo, con un mortal suspiro, y a vueltas dél un «¡Ay, Dionisia mía, que me han muerto!» Echéme del caballo entonces. Pero asiendo muy fuertemente uno de mis hermanos por los cabellos, y mandando al punto a sus criados que me pusiesen sobre el arzón del suyo, me llevaron a un castillo que tienen aquí cerca, determinados de enterrarme viva, para cuya ejecución, en una huerta que había al pie dél, abrían villanos azadones mi sepultura. Quiso el cielo que la grande confusión y alboroto de los ministros de aquella crueldad inadvertidamente descuidasen un hacha encendida, de suerte que emprendiéndose el fuego en una hacina de pinos secos, y comunicando su

incendio las dispuestas ramas a las ventanas que estaban sobre ellas, se encendiese todo aquel edificio, a cuyo remedio acudió (por si era posible) la canalla toda, y yo al mío, hallándome en aquel tiempo sola, y la puerta patente, que sale a un pinar, por cuya aspereza, a pie y sin saber por dónde iba, salí huyendo y procurando la conservación de lo que más aborrecía, que era la vida, por juzgar estaba ya sin ella mi esposo. Pasó entonces por junto a mí este caballero, y examinada su cortesía y nobleza, con mis lágrimas, quedó con su favor tan quilatada como habéis visto, y yo con la obligación que merece el restaurar por él mi amante, mi vida y mi libertad, que, con el respeto que debo a don Dalmau, quedará rendida desde hoy a los empeños de su servicio.»

»Iba yo a responderla agradecido, pero atajóme don Garcerán, diciendo:

–«Yo me he pagado a mí mismo del servicio que os he hecho, hermosa Dionisia, con el contento de haber defendido a vuestro amante, vengando en esta parte la grande enemistad que con vuestro padre (hermosa dama) tengo, y quitándosele de las manos cuando, llevándoos vuestros hermanos a vos, como habéis contado, y queriendo asegundar heridas, permitió el cielo me hallase allí. Yendo en su busca, avisado por espías –que siempre pone la venganza–, de que andaban cazando, y siguiéndole, aguardaba ocasión acomodada para satisfacer mi enojo, llegando a tal, que pude, con la ventaja de mi gente, hacerlos retirar y traer conmigo a don Dalmao a esta casa, donde ha sido Dios servido de asegurar el peligro de su vida; pues, aunque le pasó una bala un muslo, y una grande cuchillada le abrió el brazo izquierdo, son heridas que, sin lisió de los huesos, asombrando la vista, aseguran de la muerte. Él está casi sano con la vuestra; vos, aunque contenta, cansada, y estos caballeros, menesterosos de regalos. Cenemos, y sosegad todos, que mañana comunicaremos lo que más importe a los unos y a los otros.»

»Hízose así, con la abundancia imaginable. Dormimos todos, y amaneció el Sol, comenzando a dar con su luz nuevos sucesos, que os iré (si no os canso) contando.

»Afligíase demasiadamente el enamorado Marco Antonio, de ver que de allí a dos días se cumplía el término aplazado de su dama para el amoroso robo, y hubiera atropellado muchos inconvenientes y peligros, por cumplir su palabra y deseos, si yo no le hubiera ido a la mano, asegurándole la quietud de Estela con mi presencia, para cuyo cumplimiento, de parecer de todos, me partí luego que amaneció, quedando de volver de allí a tres días, o con la dama, si se determinaba dar crédito a una carta de creencia que su amante la escribió conmigo, o sólo con la resolución última de lo que disponía se hiciese. Dióme un vestido suyo de camino, galán y costoso, don Garcerán (que a todo se extendía su nobleza, y la afición que me había cobrado), un caballo y un mozo, con que en

breves horas di fin a la jornada, que sólo era de siete leguas entrando a las diez de la noche en la catalana metrópoli, cuidadoso de Carrillo, a quien, como sabéis, había enviado a buscar provisión y vestidos, a costa del oro zapatero, impidiendo el saber dél la variedad de sucesos que casi juntos se atropellaron. Tomé posada, y busqué de día la casa de Estela, que había de requerir de noche, gastando lo que tardó en venir memorias de mi Lisida, sin ser bastantes tantos divertimientos para dar treguas al pensamiento. Tocó la Seu a maitines, con cuyo aviso guié al reconocido puesto, aseguré la calle e hice la seña, que me enseñó el propietario, a la ventana. Pero apenas la había hecho, cuando saliendo de las dos casas colaterales hasta seis o siete personas, me puso cada una al pecho dos pedreñales, cogiéndome en medio y amenazando pasármele si no me daba. Hícelo, juzgando a temeridad cualquiera diligencia, viéndome desarmado y entre tantos. Y, entrando en casa de Estela, me llevaron a una sala, prevenida con luces, excusadas con la belleza de la temerosa dama, que habiendo, con su descuido, dado licencia a la curiosidad de un hermano suyo para que, abriéndole un escritorio, sin saberlo ella, a vueltas de unas joyas que la tomó, para despigar con ellas pérdidas del juego, diese con los papeles de Marco Antonio, y sacase por ellos el estado de sus amores y concierto de su huida, de que, dando parte a su padre, y careándola con ellos, fue fuerza el confesar de plano toda la verdad del caso. Informáronse de la posada en que vivía, y no hallándole en ella, haciendo diligencias en su busca, supieron de mercaderes de su tierra, su calidad, hacienda y estimación acreditando todo esto la información que había hecho su enemigo Próspero en aquella ciudad para prendelle. Mitigó su enojo el interés de tan ilustre yerno, viendo que hasta allí su honra no había padecido detrimento. Y así, perdonando a la dama tan ocasionada determinación, aguardaron la propuesta noche, del modo que os he contado, la venida de su amante, para que, cogiéndole desapercibido, le obligasen a lo que tan fácilmente prometen deseos en esperanza y suelen con tanta dificultad cumplirse en posesión.

»Entrado, pues, a la dicha sala, me dijo el padre de la temerosa dama:

-«¡Agravio os habéis hecho a vos mismo, señor Marco Antonio, y pueden justamente quejarse de vos vuestras nobles prendas, pues sin fiar dellas lo que, conocidas, era tan fácil de alcanzar con la bendición de Dios y mías, habéis usado de medios que solamente admiten disculpa en pretendientes desiguales y sin merecimientos! No es vuestra persona digna de hurtar mujer; que, dándoosla nosotros voluntariamente, podemos ternos por dichosos de que os merezca. Disculpo vuestros pocos años y extrañeza de Reino, dándoos sólo por castigo lo que vos (según estos papeles) juzgáis por felicidad, que es la mano, voluntad y alma de mi hija y esposa vuestra, asegurándoos con ella de cualquier peligro en que os haya puesto la venida de vuestro contrario, porque él se ha partido en vuestro seguimiento a Castilla, y el Virrey, a cuya diligencia quedó encomendada vuestra muerte o prisión, es tan gran señor mío, que viendo el pender de vuestra

libertad nuestra honra, tomará a su cuenta vuestra reconciliación, sirviéndoos (si hasta aquí de juez) desde hoy más de abogado.»

»Respiré con esto, coligiendo, juntamente con el desengaño de ser tenido por mi amigo, el buen despacho de sus amores y seguridad de sus trabajos, respondiendo al noble viejo desta suerte (a tiempo que habiendo traído a Estela para reconocerme, y viéndome tan otro del que imaginaba, sacaban recelos de alguna novedad contraria a sus deseos, pedazos del corazón derretidos por los ojos):

-«Yo, señores, me tuviera por dichosísimo si, como aposento en el pecho el alma del que pensáis que soy, me transformara en su cuerpo por gozar tan hermoso empleo. Mas puesto que soy su mayor amigo, no tengo tanta dicha. En su nombre vine a desempeñar la palabra que a Estela dio, y él no puede menos que dilatar agora. Testigo, esta carta de creencia, escrita por su mano y entregada por la mía.»

»Contéles luego, en términos sucintos, la causa de no parecer en persona, y la confianza que hacía de la mía para el abono de su nobleza y amor, rematando con decirles: que si el casarse por poderes era lícito, habiéndome dado el suyo en aquella carta, desde luego daba la mano a Estela en nombre de Marco Antonio.

»Leyéronla; satisficiéronse. Preguntándome mi nombre y calidad, dijeles verdades deslumbradas con equivocaciones, a vueltas de algunas mentiras con que procuraba impedir la ocasión de que llegasen a mi patria nuevas de mi vida, siendo la una dellas afirmarles me llamaba don Jacinto de Cárdenas, natural de Guadalajara. Consolóse Estela, que estaba ya desconfiada; sosegámonos todos, regaláronme con extremos de padre y hermanos, y antes que amaneciese determinaron que un tío de la dama y yo volviésemos por Marco Antonio, y con secreto le llevásemos, la noche siguiente, a la célebre iglesia de Santa María de la Mar, colegial y hermana de la Catedral, que allí llaman la Seu, cuyo deán era hermano de don Hugo -que así se llamaba el padre de Estela-, para que la inmunidad de aquel sagrado asegurase peligros, mientras diligencias y favores alcanzaban la gracia del Virrey y el contrabando que anulase el primero.

»Partímonos con esto, contentos todos, estándolo no poco los que quedaban. Llegamos a la presencia de Marco Antonio, de don Garcerán y los demás (menos doña Dionisia y don Dalmao, que no quisieron los viese mi compañero). Contéle la dichosa negociación de los amores de Marco Antonio. Pagó en abrazos turbaciones de la lengua, confirmando los desposorios que en su nombre hice; y, aprobando el medio que se había dado para su consecución, quedó estableciendo nuevas amistades y parentescos con el tío de su esposa, entretanto que yo entré dentro y hablé en secreto con don Dalmao y la suya, cuyo negocio corría más

riesgo y menos esperanza de componerse.

Díjeles que en breves días, dejando casados y contentos a Estela y Marco Antonio, determinaba partirme a Nápoles, y que teniendo en aquella ciudad deudos, y amigos españoles, favorecidos del Virrey, en quien podían seguramente apoyarse cualesquiera esperanzas mías, si se resolvían en honrar mi viaje con su compañía, sería fácil, en la mía, pasar con el regalo y gusto, en aquella espléndida ciudad, que merecía la nueva amistad que habíamos profesado; y entretanto que los ofendidos deudos de Dionisia se apaciguaban, por medio de los que yo tenía en aquel Reino y los de Marco Antonio, alcanzaríamos del Virrey algún noble cargo con que se pudiese prohijar en él, aunque olvidase lo poco que dejaba en Cataluña don Dalmao, esperando de adquirir lo mucho que heredaba Dionisia, o ablandando el tiempo la dura condición de su padre, o acabando él mismo con la larga senectud suya los pocos años que le quedaban. Diéronme las gracias que la nobleza agradecida y obligada suele, resolviéndose en acompañarme, quedándose en aquella casa de placer encubiertos, hasta el tiempo de mi embarcación.

»Dejélos con esto. Y, despedidos de don Garcerán, volvimos con Marco Antonio a Barcelona, de noche, y sin estorbo que impidiese el hospedaje prevenido por el generoso deán. En su iglesia nos visitaron don Guillén y sus hijos, quedando, con la presencia del esperado yerno y cuñado, de todo punto pacíficos y satisfechos. Acudieron el día siguiente al Virrey dándole parte de aquel suceso –pero no de la muerte del primo de don Jorge, dada la noche primera de sus amores, que ésa quedóse sepultada en los pechos de Marco Antonio y Estela, y en el silencio de la criada que, porque no le rompiese, la casaron con un valenciano y enviaron fuera de aquella ciudad–. La generosidad de aquel príncipe, el amor que tenía al padre de Estela, y el bien que se seguía de aquel parentesco, obligaron de suerte su clemencia, que no sólo concedió el perdón, contrabando y seguridad a Marco Antonio, pero no quiso que saliese de la iglesia menos que casado, ofreciéndose su Excelencia por padrino, y previniendo todos galas, si en breve tiempo, tan costosas, que compitieron la diligencia y el valor. Este, alegando su riqueza, y la otra, la prisa con que se acabaron.

»Aquí tienen lugar los acaecimientos de mi criado Carrillo, que desearéis saber, por la afición que os habrán causado sus donaires.

»Es, pues, el caso que, habiéndose apartado de mí en el bosque, vestido de retazos y atadas a los pies las chinelas, aligerando su camino el oro hallado, anduvo cosa de una legua en demanda del lugar donde pensaba trastejarse y socorrerme. Y cuando más descuidado disponía el dinero que llevaba, con el pensamiento en el empleo de nuestra restauración, vio venir a todo correr de un macho un hombre sobre él, que dándole desmayadas voces y pidiéndole, con las ansias de la muerte, confesión, cayó en el suelo, casi a sus pies, hallándose en un

instante con él en los brazos. Reconoció, aunque alborotado, en él mi vestido, el que me hurtaron en la venta. Y después, mirando más atento, halló ser el macho y sus aderezos los propios que, sirviendo de despojos a los salteadores, nos causaron tanta descomodidad. Asombróle así el encontrar en tan breve tiempo, y en tal sitio, lo que tenía por tan perdido, como de que su usurpador estuviese tan cerca de dar cuenta, a otro más puntual acreedor, de aquella expoliación, porque, tendido en la yerba con apresuradas espadañas de sangre, convidaba al alma a que saliese por una de dos puertas, que había abierto la bala de un arcabuz, entrando por las espaldas y saliendo por el pecho. Pedíale confesión, con dolorosas muestras de cristiano arrepentido; pero, desengañado de que no era ministro mi criado de tan necesario sacramento, le dijo:

-«Sirva, pues, la declaración de mis culpas, ya que no de sacramental remedio, a lo menos de señal que le deseo. Yo ha ocho años que soy bandolero. He muerto diez hombres, herido muchos, robado sin número, y tengo a cargo veinte honras de mujeres de todos estados, salvo el religioso.

Ahora, en compañía de un caballero catalán que por agravios, que no pudo vengar de otra manera, se hizo caudillo nuestro, asaltamos de noche una venta, robando lo que en ella había. Apartámonos media legua de allí, entre las quebradas y barrancas que hace el mar, y aquí llaman caletas, a repartir, cincuenta bandoleros, los despojos de nuestra infame granjería. Ya comenzaba a hacerse la división cuando, sin advertir que (como de ordinario suele) estaban tres fustas berberiscas encubiertas entre aquellas resacas, nos asaltaron de repente los cosarios que las habitaban. Viendo pues, a la luz de la Luna, la ventaja que nos hacían así en número como en armas, subí en este macho que, con los adornos que veis, robamos en la dicha venta -habiéndome en ella puesto el vestido que traigo y hallé en un aposento suyo-, piquéle; y, huyendo temeroso o mi muerte o cautiverio, me siguieron a todo correr tres moros que, no pudiéndome alcanzar con los pies, despacharon una bala, que me notificó la sentencia de mis insultos. Pasóme de parte a parte; y aunque ha más de tres horas que las ansias de mi muerte, y deseos del remedio de mi alma, dan prisa a la vida, y a esta cabalgadura, no he merecido hallar persona a quien encomendar diligencias tan necesarias para este trance, si no es a vos, a quien hago testigo de mis culpas y el arrepentimiento dellas, no del todo desconfiado del perdón, que otro de mi oficio halló en una cruz al lado del que murió para redimir pecadores.»

»Besó en esto la de su espada, y quedó sin huésped aquella habitación terrena, con no poca lástima y espanto de mi mozo albacea. Pero consolóse, como heredero de mi vestido, cabalgadura, joyas y dineros que sin faltar una blanca, halló en la maletilla del portamanteo. Desnudóse las mal acomodadas antiparas y, comenzando a desvalijar el difunto salteador, se halló acometido de cuadrilleros infinitos que, en forma de escuadrón, escudriñaban aquellas

manidas de perdidos, los cuales, como vieron a un hombre tan mal vestido despojando a otro muerto, tuvieron por infalible ser uno de los que buscaban, y asiéndole de repente, con malas palabras y no mejores obras, faltó poco para no avecindalle para siempre en uno de aquellos pinos, que cada año se pueblan de dos diferencias de frutos: unos, naturales, que son sus piñas, y otros, advenedizos, que son los bandoleros, racimos humanos de sus ramas; porque la severidad catalana, cuando sale en forma casi de ejército contra ellos, luego que los coge, sin darles más plazo que el de una breve confesión –a los que quieren aprovecharse della, que con los que no, no reparan mucho en predicarlos–, colgándolos por aquellos árboles de una cadenilla larga, una vara y un cordel más corto tres dedos, vistiéndolos una camisa de anjeo (provisión que llevan siempre en una acémila), los dejan a elección de las aves, hasta que, cayéndose a pedazos, los recogen para enterrar el viernes de Lázaro cofrades que se ejercitan en esta obra pía.

»Pudieron tanto, en fin, lágrimas y disculpas del condenado inocente, que a su persuasión le llevaron a la torre de Barcelona –cárcel común de aquella república–, persuadidos a que podía ser verdad su descargo, aunque el ver recién herido aquel hombre, el arcabuz a su lado, indiciando la batería que el berberisco había hecho en él, y a Carrillo desnudándole, le hacía pesadamente sospechoso. Pero él se desculpó, diciendo la verdad de aquel caso, el robo de la venta, la desnudez de su señor, y que quedaba una legua de allí aguardando el socorro de su mano; y que en fe desta verdad fuesen a hacer con él la experiencia. Hiciéronlo los cuadrilleros, llevándole atado, y llegando al sitio donde creyó hallarme, después que con gritos y ansiosas voces me llamó, ya con nombre de don Jacinto, y ya de don Juan de Salcedo, engendrando sospechas nuevas en los escrupulosos ministros de que una persona misma se intitulase de dos nombres tan distintos. Y, hallando en el suelo los pedazos de los tacones, y luego, en el tronco del castaño, los escudos que yo escondí y olvidado con el hallazgo de Marco Antonio dejé, añadieron testigos a las demás sospechas de que era lo que negaba, y yo con él salteador, que en semejantes depósitos guardábamos la ganancia de nuestros hurtos. Con éstas, a su parecer, evidencias, dieron con nuestro Carrillo en la rigurosa prisión que os he contado, padeciendo en ella la miseria y descomodidad, que los sin favor de amigos y parientes experimentan, porque es de suerte rigurosa, que se pasan en ella pocos días en que falten dos o tres presos, muertos solamente de hambre.

»Él, en fin, dijo en todas sus confesiones la pura verdad, saliendo tan buen jinete de] potro que, si estropeado de sus corcovos, pudo poner después escuela de picador en ambas sillas. Esto, y el hacer diligencias para buscarme, como el miserable pedía, dilataban su muerte; fuera de que, una vez presos allí los desdichados, se suele olvidar la justicia, meses y años, de sus causas. Toda esta flema gasta en aquel lugar la cólera catalana. Con una cadena al cuello, esposas a

las manos y grillos a los pies, andaba el pobre, sin ser bastantes su prisión, hambre y temores, para olvidarse de sus burlas –porque fueron solemnes las que hizo a sus colegas–, que dejó por prolijas. Con todo eso, os contaré una que fue la restauración de su vida y libertad.

»Estábamos un día en la iglesia, retrainiento de Marco Antonio, visitándole Estela –que con su padre y hermanos, ya como cosa cierta en tenelle por su esposo, le entretenían así el tiempo que faltaba para sus bodas–, yo y algunos criados y doncellas de su familia, tratando de abreviar dilaciones, cuando entrando un entierro de un preso, que por ser rico, y haber muerto en la referida cárcel, había mandado sepultarse en aquella iglesia, y asentando las andas en medio del cuerpo de la nave mayor, comenzaban a cantar el invitatorio de los difuntos; y al primer verso, alzando el paño con que venían cubiertas, salió un bulto ensabanado con toda la cargazón de hierros, grillos y cadenas, que atormentaban los miserables presos, dando saltos a pies juntillas, aunque cosidos con la mortaja, y causando tanto asombro el verle de aquella suerte, así en nosotros como en los clérigos y demás acompañantes, que creyendo salía del infierno aquella ánima espantosa y encadenada, a más no poder echaron todos a huir, dando temerosos gritos y tirándole el sacristán el acetre e hisopo del agua bendita, que por ser de bronce, a acertarle, representara un muerto al vivo. Desmayóse Estela, y pudo en Marco Antonio más el amor que el miedo, obligándole a no desamparalla.

»Huía yo con los demás (que con difuntos no valen valentías) siguiéndome el aprisionado engañoso, por haberme conocido. Y, llamándome a voces por mi nombre, reconocí la voz y, volviendo la cabeza, vi fuera de la mortaja la de Carrillo, riéndose y llegándome a abrazar, sacados los brazos como criatura envuelta. Aumentó mi temor, porque, como le tenía por muerto, creí venía a pedirme hiciese bien por su alma. Pero en fin, asegurándome que estaba vivo y sano, y volviendo a convocar los fugitivos asombrosos, a vueltas de una casi infinita multitud de toda gente que vino a la voz de aquel suceso, reparada Estela de su desmayo, descoloridas sus criadas, y todos entre medrosos y alentados, cercaron a nuestro Carrillo, preguntándole yo la causa de aquel stratagemata.

Contónos entonces todo lo que dél os he referido, añadiendo: que, viendo la incertidumbre que de mí había, y el riesgo en que se hallaba su garganta amenazada de un cordel, habiéndose muerto la noche antes aquel hombre en la cárcel, y por el mal olor de su corrupción dejándole solo todos los presos y echándose a dormir, él, que no reparaba en melindres, a las dos de la mañana había sacado el cuerpo de las andas, y echándole en un pozo, sustituyendo por él y metiéndose en ellas, se cosió como pudo en una sábana, que para dormir tenía alquilada, echando sobre ellas el paño de tumba, cuya capacidad pudo cubrirlas por todos lados, dejando a la fortuna la buena o mala salida de aquel engaño, y sufriendo con silencio y paciencia la estrechez de la mortaja y encierro de aquel

funesto calabozo. Vinieron los ministros de aquella obra de misericordia, con los deudos del difunto, e informados del mal olor con que le había dejado la ausencia del alma, sin reparar en verle, cargaron, con toda la priesa que pudieron, del muerto vivo, supliendo el peso con que un finado echa menos el alivio de los espíritus vitales, el hierro de sus prisiones, y sirviéndole de mozos de silla los que imaginaban eran sucesores de Tobías en dar descanso a los difuntos. En fin, luego que se vio en lugar seguro, cercado de cirios y colocado en la iglesia, no gustando de la música que los clérigos le hacían, les pagó los villancicos de requiem, en el espanto de su vista.

»Si fue este caso digno de celebrarse, dígalo la risa de los circunstantes y el gusto con que vosotros le habéis oído, que yo, por abreviar, concluyo con que, viniendo a noticia del Virrey, le cayó tan en gracia, que enviando por él me le pidió para tenelle en su servicio, restituyéndome las joyas, dineros y macho, que tenía embargados la justicia, y mandando aplicar para Carrillo los cuatrocientos escudos, herencia del gabacho y hallazgo de los cuadrilleros en el tronco del castaño donde yo los dejé. Sacaron del pozo el verdadero muerto, enterrándole. Casóse Marco Antonio. Quedó segura y contenta Estela. El virrey, más inclinado a su favor y con nueva obligación, después de haber sido su padrino. Hubo fiestas, saraos y entretenimientos dignos de los dos consortes y a satisfacción de toda aquella ciudad, tan extremada en ellos. Volvióse Próspero a embarcar desde Valencia, sin esperanza de satisfacer su agravio. Quedó el noble viejo ufano y seguro de los cuidados en que pone la elección de un yerno, los hermanos con uno más en su casa, conforme en todo a su calidad e inclinaciones generosas, y unos y otros, haciéndome mil géneros de regalos y caricias, apercibiéndome cartas que llevase a Nápoles de todos, a los nuevos suegros; y yo, entre todas estas comodidades, más celoso y más amante de mi Lisida.

»Doce días estuve, desde los alegres desposorios en Barcelona, acudiendo las más noches a la posta, de secreto, a la Quinta de don Garcerán, donde viendo ya en perfecta salud a don Dalmao, diligentes a sus contrarios en su busca y de doña Dionisia, apresuré mi embarcación, no pudiendo Marco Antonio, ni siendo justo, dilatarla. Escribió a sus padres conmigo, nombrándome, a persuasión mía, don Jacinto; regalóme Estela con joyas, ropa blanca y llorosos despedimientos, que acompañaron don Guillén y sus hijos, granjeando en ellos amor de hermano. Y, en fin, una noche acomodada para nuestro viaje, entrando en mi galera vestidos de peregrinos Dionisia y Dalmao en compañía de otras tres de Sicilia, dimos lienzo al aire y remos al agua, como yo pausa a este discurso, remitiendo lo que falta a la discreción de doña Dionisia, y sirviéndonos de entremés desta comedia la comida que nos espera, y los alientos deben de admitir agradecidos.»

No sé si les pareció a todos apresurada la comida, o si la perdonaran entonces, porque no cortara el hilo don Juan a sus acaecimientos, según el gusto con que

los dejó la variedad de accidentes en ellos; pero sé que, cuando iban a celebrar el conversable estilo y la caudalosa memoria que con tanta orden se los fue guisando a la lengua, sintieron que, con diversidad de dulces instrumentos, bajaban de aquellos frondosos y entretejidos artesones y parrales, por las cuatro esquinas, en cuatro nubes (sutil imitación de las verdaderas) otros tantos muchachos, ángeles en la forma, hermosura y alas, que extendiendo cándidos y alemaniscos manteles sobre mesas de jaspe y mármol (antes que se comenzase la referida historia, en aquel deleitoso sitio prevenidas), sembrándolas de rosas, y saliendo improvisamente cuatro fuentes de aguas olorosas de azahar, y ángeles, los convidaron a que tomasen aguamanos. Acomodando criados los asientos para todos, y ocupándolos las damas y caballeros, les sirvieron una comida tan regalada, que si faltaron las margaritas de Cleopatra, salsa de la soberbia de Marco Antonio, lo exquisito de Heliogábalo y lo voraz de Vitelio, hubo lo curioso y deleitoso déstos, y menospreció lo pródigo y vicioso. También se les hizo a las almas su banquete, pues a los oídos les ministraron platos de músicas diestras, ya profundas y ya alegres, entre las cuales me acuerdo se cantó este romance:

ROMANCE

A las niñas de Alcorcón
les cantaba Paracuellos,
mientras se juntan al baile,
debajo el olmo, estos versos:
Fuérame yo por la puente,
que lo es, sin encantamento,
en diciembre, de Madrid,
y en agosto, de Rioseco.
La que, haciéndose ojos toda
por ver su amante pigmeo,
se queja dél porque ingrato
le da con la arena en ellos.
La que la vez que se asoma
a mirar su rostro bello
es, a fuer de dama pobre,
en sólo un casco de espejo.
La pretina de jubón
que estando de ojetes lleno,
cuál pícaro, no trae más
que una cinta en los grigüescos.
Por esta puente de anillo
pasé un disanto, en efeto,
aunque pudiera a pie enjuto

vadear su mar Bermejo.
Reíme de ver su río,
y sobre los antepechos
de su puente titular
no sé si le dije aqesto:
-«No os corráis, el Manzanares;
mas ¿cómo podréis correros,
si llegáis tan despeado
y de gota andáis enfermo?
»Según arenas criáis,
y estáis ya caduco y viejo
moriréis de mal de orina
como no os remedie el cielo.
»Y en fe de aquesta verdad,
azadones veraniegos,
abriendo en vos sepulturas,
pronostican vuestro entierro.
»Postilando vais vuestra agua,
y por esta causa creo
que con Jarama intentó
Filipo datos comento.
»No lo ejecutó por ser
en daño de tantos pueblos,
mas como os vio tan quebrado
de piedra os puso el braguero.
»Título de venerable
merecís, aunque pequeño,
pues no es bien, viéndoos tan calvo,
que os perdamos el respeto.
»Como Alcalá y Salamanca,
tenéis (y no sois Colegio)
vacaciones en verano
y curso sólo el invierno.
»Mas, como estudiante flojo,
por andaros en floeos,
del Sotillo mil corrales
afrentan vuestros cuadernos...
»Pero dejando las burlas
hablemos un rato en seso,
si no es ya que os tienen loco
sequedades del cerebro:
»¿Cómo, decid, Manzanares,
tan poco medrado os vemos,

pretendiente en esta corte
y en palacio lisonjero?
»Un siglo y más ha que andáis,
hipócrita y macilento,
saliendo al paso a los Reyes,
que tienen gusto de veros.
»Alegar podéis servicios;
díganlo los que habéis hecho
en esa Casa del Campo,
sus laberintos y enredos.
»Su Troya burlesca os llama
hombre sutil y de ingenio,
sin que su artificio envidie
los del Tajo y su Juanelo.
»En azafates de mayo
presentáis a vuestro dueño
flores pancayas que en frutas
convierte después el tiempo.
»¿Qué es la causa, pues, mi río,
que tantos años sirviendo
no os den siquiera un estado
que os pague en agua alimentos?
»Filipo os quiso hacer grande
después de haberos cubierto
delante dél con la puente,
y él mismo os puso el sombrero.
»Pedilde al Cuarto mercedes,
que otros han servido menos
y gozan ya más estados
que cuatro pozos manchegos.
»No soy (diréis) ambicioso;
mas a fee, aunque os lo confieso,
que andáis siempre murmurando
por más que os llamen risueño.
»¡Animo, cobarde río,
quebrantad vuestro destierro,
y pues rondáis a Palacio
entraos una noche dentro!
»Fuentes tenéis que imitar,
que han ganado con sus cuerpos
(como damas cortesananas)
sitios en Madrid soberbios.
»Adornadas de oro y piedras,

visitan plazas y templos,
y ya son dos escribanas,
¡que aquí hasta el agua anda en pleitos!
»No sé yo por qué se entonan,
que no ha mucho que se vieron
por las calles de Madrid
a la vergüenza, en jumentos.
»Más dijera, a no llegar
con dos cargas de pucheros
Bertol, y ansí por los propios
dejo cuidados ajenos.»

Con estos y otros entretenimientos aumentaban la sazón a la comida, hasta que llegaron los postres. Y satisfechos con ellos, levantaron los manteles, quedando otros debajo, sobre los cuales llovió repentinamente tanta diversidad de confitura de las cuatro nubes, que asombrara la tempestad a las damas, si no experimentaran el deleite que interesó el gusto de su regalado torbellino, porque, imitando propísimamente los truenos de las verdaderas, arrojaban, en vez de rayos, bocados de conservas diferentes, en tanta multitud, que alcanzaron no sólo a todos los convidados, pero a los que servían, y a cuantos de aquellos Cigarrales convecinos había acudido a la fama liberal de don Juan de Salcedo. Cesó la confitada borrasca, sin que hubiese quien la conjurase, ni sacristán que se atreviese a tocar a nublo; antes a serles permitido, hicieran procesiones porque se continuase. Y, bajando de la misma suerte que al principio, los cuatro angelillos desnudaron las mesas. Quedándose los convidados en la misma postura que cuando don Juan dio treguas a su peregrina historia, desaparecieron las fingidas nubes con alabanza de los circunstantes, que atajaron los músicos con este romance:

ROMANCE

Cuando la mulata noche,
con sus higas de azabache,
sale a estrellarse con todos
lleno el rostro de lunares;
cuando brujas y lechuzas
a lustras tinieblas salen,
a chupar lámparas, unas,
y otras a chupar infantes,
me salí confuso y triste

a buscar un consonante,
¡forzosa pensión de aquellos
que comen uñas y guantes!
Los ojos puse en la Luna,
y vi que estaba en menguante,
por que tuviese mi bolsa
con quien poder consolarse.
Pero divertíome della
un ce! ce! que, por celajes
de un manto, fue Celestina,
creyendo yo que era un ángel.
Conocí que era mujer,
si así merece llamarse
una cara Polifema
y unos ojos Sacripantes.
Trabamos conversación
porque quisiera trabarse,
no siendo de Calatrava,
a un doblón Abencerraje.
Brindóme con una mano.
y a fee que bastó a picarme,
pues topé cinco punzones
en vez de cinco dedales.
Desde la mano a la boca
quise hacer un pasacalle,
cuya población ha meses
que ya por el suelo yace.
Manoseé las mejillas,
y fue dicha no lisiarme
en dos juanetes buidos
entapizados de almagre.
Topé luego la nariz,
y, ¡por vida de mi madre,
que ella me topó primero,
aunque estaba bien distante!
Tenté los bajos países,
mas no topé los de Flandes,
sino en dos piernas cordeles
dos cenojiles bramantes.
Halléme en un cimiterio,
y lloré que me tentase
como pecador novicio,
con solos huesos la carne.

Volvíla, en fin, los talones,
y picando de portante,
me crucifiqué la frente
con más de dos mil señales.
Llegué a casa y, vuelto en mí,
vine a hacer pleito homenaje
¡de no alambicar conceptos,
ni buscar más consonantes!

Con el fin deste romance dieron todos principio a su sosiego, treguas a los sentidos y permisión al sueño, que convidado del calor y con humos de valiente, nacidos de la abundancia del convite, prometió divertir congojas de la fiesta por una hora, enajenando el sentimiento. Aceptaron las damas y caballeros el partido, y en bóvedas distintas acomodadas para este efecto, y frescas, pagaron de contado en moneda de quimeras, acuñada en el entendimiento que siempre vela, este censo cotidiano con que Naturaleza nos hizo sus pecheros. No durmieron todos, pues unos jugando ajedrez, otros trucos y tablas, y algunas damas cogiendo flores, tejiendo guirnaldas y cantando letras, ahorraron el sueño para la noche, porque con más aliento satisficiesen por junto aquel ayuno. Las tres serían cuando acabaron de comer, y cerca de las cinco cuando don Juan entró a despertar los varones y Lisida a las damas, agradeciéndoselo unos y otras. Y despidiendo las reliquias que en los ojos había dejado aquel pesado huésped, con refrescarse en los cristales de las juguetonas fuentes –que hasta en esto tiene el sueño parentesco con el vino, pues afrentosamente rinde las fuerzas al agua–, convocados, pues, todos al lugar primero, hizo don Juan que, coronada la Peregrina hermosa de jazmines y claveles, se asentase en la suprema silla, y a sus lados, él y su querida prenda, con guirnaldas: Lisida, de murta, retama y madreSelva, y don Juan de laurel.

Sin aguardar Dionisia a que se lo rogasen, por mostrarse más liberal, dio principio a la mitad de la novela que se le encomendó –si es bien dar este nombre a sucesos verdaderos– desta suerte:

«Felicísima navegación tuvimos los cuatro días primeros, olvidados todos con la prosperidad presente de la desdicha futura, heredera forzosa de todos venturosos principios. Desde el punto que nos embarcamos, por estorbar inconvenientes peligrosos, nos aconsejó don Juan, a don Dalmao y a mí, pasásemos plaza de hermanos, aunque, si reparáramos en historias divinas, pudiéramos escarmentar en Abrahán y Sara, Isaac y Rebeca: aquéllos, tenidos por hermanos de Faraón, rey de Egipto; y éstos, de Abimelec, rey de Palestina; cuyo fingimiento –a no tener por defensor al cielo–, les costara lo que a mí, si él mismo no me librara. En fin, con este título nos respetaron todos los navegantes.

Y el capitán de nuestra galera, desacomodándose de la cámara de popa, por hospedarnos a los tres en ella, no tanto por cortés, cuanto por amante, mostró en poco tiempo lo uno y lo otro. Había éste puesto en mí los ojos desde el primero día que nos embarcamos, sin que desacreditase la hermosura que me atribuyen (no sé yo por qué) el mareo, desaliño, y mala disposición con que trata el mar a sus bisoños. Y, puesto que no se atrevió a darme cuenta de sus ruines propósitos, fueron creciendo cada día –según después me afirmó–, de suerte que al cuarto de nuestra bonanza era incomportable la tormenta con que los deseos torpes le desasosegaban el alma.

»Píntase de ordinario el Amor niño. Pero en brazos de los celos, y a los pechos de la sospecha, crece en términos breves, de suerte que, pasando desde la cuna a la estacada, y de las mantillas al arnés, puede competir con el mayor gigante: Digo esto, porque creyendo el capitán dicho que don Dalmao y yo éramos hermanos, y viendo el amor, caricias y respeto con que tratábamos los dos a don Juan, en quien consistía nuestra vida, libertad y sosiego, tuvo por averiguado que o era mi esposo o esperaba serlo, en desembarcando, encubriendo con el traje peregrino alguna violencia amorosa o algún peligro que nos desterraba de España; respecto de lo cual, acertando sus celos en el sujeto aunque no en la sustancia, dieron tanto brío a su amor, que se determinó, con libertad soldadesca, a quitarle la vida, y con ella los estorbos, que no hacía y sospechaba. Disimuló, cauteloso, este veneno hasta hallar ocasión en que aprovecharle, asegurándonos con todos los regalos que permite la descomodidad de aquella abreviada confusión y calabozo marítimo. Pero ofrecióse la fortuna, tan a medida de sus deseos, que a no cortarles el hilo, si no mi dicha, mi inocencia, poniéndolos por obra, pusiera fin con mi vida a mis persecuciones.

»Fue, pues, el caso que, cansado el mar del buen recibo que nos había hecho, nos enseñó la cara que acostumbra el que tiene huéspedes contra su voluntad y desea desembarazar la posada. Al quinto día levantó una tormenta deshecha tan repentina y peligrosa, que sin ser posible valernos de las velas ni remos para tomar la tierra, a cuya vista navegamos, nos echó a la mar y desconservó las galeras de suerte que, hallándonos engolfados, con la poca seguridad que prometen los bajos bordes de semejantes vasos, perdiendo de vista la luz del fanal con que, ya anochecido, nos animaba la capitana, desatinados pilotos, oficiales y marineros, desmayadas las mujeres, y ensartando plegarias los pasajeros, si no tragamos la muerte, sí, a lo menos, los jarabes della, poco menos amargos, pues nos forzó a echar a pechos los de sus olas, no recetas por onzas, sino por quintales de diluvios de agua de su peligrosa botica. Contáaos yo una mortal tormenta, si les fueran permitidos a mi seso los términos propios de escotas, tricas, trocas, estanteroles, filaretos, izar, amainar, etc., con que se gobierna aquella inanimada bestia, y no fuera tan usado y, por el mismo caso, fastidioso, pintar cuantos cuentan navegaciones y escriben historias, naufragios

prodigiosos y acaecimientos espantables, con que cada día se hace más insolente, aunque menos temido, este rebelde elemento.

Pero contentaos con saber que, aunque la tormenta que padecimos no duró más que lo que tardó en despertar el alba, fue de suerte que no la padecieron mayor en su vida los más experimentados, según nos afirmaban después. Llovió al amanecer con tanta abundancia, que bastó el agua dulce del cielo a desenojar la amarga del mar. ¡Secreto de Naturaleza, no sabido entre los muchos que aquel profundo esconde, allanarse con el agua de las nubes las montañas de ondas, si ya no es que, reconociendo éstas el deudo y parentesco que desde su creación tienen con aquéllas, las den la bienvenida, alegres por vellas tan mejoradas, que habiendo poco que salieron en vapores, vuelven en cristales y se reciben de paz!

»Calmó el viento, y con él los temores de todos, con tanto olvido del pasado peligro como si hubiera soñado, o no estuviésemos en el mismo riesgo, cada y cuando que al viento se le antojase y el mar se ensoberbeciese. Jamás vi el placer tan cerca del pesar, ni por el contrario, la seguridad tan inmediata al temor, como en las navegaciones. En un instante ven la muerte a los ojos, dan gritos, invocan santos, hacen promesas, se abrazan unos con otros, se confiesan y se despiden; y en otros, se dan parabienes, cantan, ríen, juegan, y comutando los votos lícitos en los vedados por el segundo mandamiento, no se acuerdan más de los que prometieron que si con la tormenta se le hubiese ido la memoria.

»Con la luz del día nos hallamos a vista de Cerdeña, sin saber el paraje de las otras tres galeras de su conserva. Y el capitán, revocando los buenos propósitos que (a mi parecer) habría hecho con el temor de la muerte, alzó el destierro a los torpes y mal intencionados, resolviéndose de dársela a don Juan, y asegurar con ella sus celos engañados. Para ponella, pues, en ejecución más a su salvo, después de haberse congratulado con nosotros, y encarecido la dicha de haber escapado de tan conocido peligro, nos dijo, para alentar a Clavela (que con este nombre encubrí desde que me embarqué, el propio) y restaurar los alientos que desmayó la pasada borrasca.

-«Tenemos en galera poca comodidad de regalos, y suficiente en estos isleos que, despoblados, median entre nosotros y Cerdeña, porque están todos llenos de venados, liebres, conejos y cabras monteses. Yo no tengo orden de surgir en parte alguna, si no es en Nápoles, pena de la vida.

Respecto de lo cual, me determino dar fondo al pie desta más cercana isleta y saltar en ella con el batel, en compañía de don Jacinto y media docena de soldados, para comprar de aquellos bosques, a precio de balas y pólvora, caza que nos refresque, quedándose Valerio (que así quiso llamarse mi amante) con su hermana.»

-«No, señor (dije yo). Si queréis que la merced que nos hacéis sea cumplida, no

nos llevéis a don Jacinto, que tendremos mi hermano y yo por segunda tormenta el carecer de su apacible compañía cualquiera breve tiempo; fuera de que está tan mal tratado de la pasada, que os puede servir de excusa.»

»Agradeciómelo don Juan, y afirmóme que el mayor reparo de su salud y gusto consistía en saltar en tierra, ofreciéndose de acompañar al capitán, el cual, acreditando sospechas con estos, a su parecer, favores, acabó de persuadirse en que era mi amante y de determinarse en sacarle del mundo. Echaron el batel al agua. Saltaron en él seis forzados, seis soldados con arcabuces, don Juan, y el capitán engañoso, quedando yo con don Dalmao, casi adivinando lo que había de suceder, aunque por ignorar los torpes designios de su enemigo, confusamente pronosticaba desgracias sin saber a quién atribuírselas.

»Ellos, en efecto, llegaron a la despoblada isleta, siendo don Juan el primero al saltar en ella, y tras él, el capitán y dos camaradas suyas. Descubrieron entonces, los que quedaban e iban ya a seguirlos, hasta ocho galeotas berberiscas y cuatro saetías que, habiendo padecido la misma fortuna que nosotros, se reparaban en aquellos isleos, haciendo agua y cazando, con la seguridad que suelen.

Dieron voces, en viéndolos desde el batel, los soldados y remeros a su capitán, para que se recogiese con tiempo a la galera, porque estaba aquel mar lleno de cosarios. E hízolo él tan aprisa que, sin dar lugar a que don Juan saltase en la falúa, se quedó en la playa, pidiendo a voces a los que bogaban volviesen por él. Pero, haciéndose sordos, y llegando a la galera, zarparon ferros; y tocando a leva, a costa de las miserables espaldas de los galeotes, voces de los cómitres y escasa ayuda de un avaro viento, sin atreverse a hacer a la mar, por la ligereza con que temimos nos habían de alcanzar aquellos sacres marítimos, enderezamos la proa a Cerdeña que, como os dije, estaba a poca distancia. Y, aunque ya nos daban alcance y llegaban con los tiros casi a nuestro leño las cuatro saetías y tres galeras –que fueron las que con más brevedad pudieron apercebirse para seguirnos–, quiso el cielo que entrásemos en el puerto de Cáller, metrópoli de aquel Reino; y, metiéndonos debajo de la artillería del castillo, se dieron los isleños tan buena maña, que barrieron con ella todo lo que pudieron alcanzar sus escobas de fuego.

»Mucho debo a mi memoria, pues la tuve en aquella ocasión, para conservar lo que acabo de referiros, estando entonces tan sin ella, para acordarse más que de mis desdichas, y multiplicar lágrimas a los ojos, suspiros al corazón y ansias al alma, todas cifradas en la pérdida de don Juan. Habíamosle oído desde la galera pedir socorro a los del batel, y don Dalmao y yo dádoles no pocas voces para que le favoreciesen. Pero, sin hacer caso de unos ni otros, entró el capitán con sus camaradas y soldados en la galera, dando por excusa el peligro evidente que amenazaba cualquiera dilación, pues aun sin ella se hallaban casi cercados de turcos, y que menos importaba que salvándonos todos cautivasen a uno, que no por socorrelle perdernos unos y otros. Excusa fue suficiente para cuantos la

oyeron y, viendo el peligro al ojo, ignoraron la malicia interior de quien la propuso, sino fue para mí y don Dalmao, que estuvo por echarse a nado tras él, siguiendo su misma fortuna; y lo hiciera, a no detenerle mi amor y la resistencia de los que juzgaban a temeridad amistad tan verdadera. En fin, don Juan, recelando su muerte o cautiverio, se emboscó por lo más áspero e intrincado de aquellas selvas, y nosotros, huyendo lo mismo, llegamos, como de contado, al puerto de Cáller; don Dalmao desesperado, yo sin seso, todos con lástima, y sólo el capitán vestida el alma de esperanzas, el corazón de regocijos, los ojos de ternura y la lengua de engaños.

»Luego, pues, que nos vimos, mi amante y yo, surgidos y seguros de los cosarios –aunque, llevándose consigo, como creímos, a nuestro don Juan, no sé si trocáramos nuestra libertad por su cautiverio–, sin saber determinarnos en lo que habíamos de hacer (pues proseguir con nuestra navegación a Nápoles, faltándonos el apoyo de tal amigo, era sin fruto; volver a España peligroso, quedarnos en aquel pobre y extraño Reino, miseria conocida), rogamos al capitán nos echase en tierra porque desde ella hiciésemos las diligencias posibles y supiésemos si don Juan estaba cautivo o, con el favor de aquellas espesuras y asperezas, se había escapado, para que, siendo así, le hiciésemos traer a aquella ciudad; el cual, viendo nuestra resolución y teniéndola él de descubrirnos sus deseos, nos dijo:

–«Primero, gallardos peregrinos, que os proponga los propósitos que tengo de vuestro socorro y mi sosiego (que todo ha de ser uno) habéis de hacerme merced de declararme, sin engaño ni fingimiento, vuestra patria, calidad, y la ocasión deste viaje, asegurándoos, con las veras que puedo y el crédito de un hombre bien nacido merece, que la afición que os he cobrado es tanta, que arriesgaré por vosotros la vida, la hacienda, y reputación, sin que en esta parte podáis echar menos la presencia de don Jacinto, tan llorado de los dos y sentido de mí.»

»Agradecemosle la cortesía de sus ofertas, no conociendo el engaño que ocultaban. Y respondiéndole don Dalmao le dijo:

–«De la nobleza, señor capitán, que habemos experimentado de vos, son tan propios efectos, los que nos habéis declarado que, cuando no los propusiérades, estaban manifiestos por sí mismos. La información que nos mandáis hacer os la diera yo, obligado a vuestra generosa cortesía, cuando no nos la preguntárades, y fiara della cualquiera riesgo que corriera el descubriros la. Clavela y yo somos catalanes, naturales de Lérida, e hijos de un caballero vecino suyo, y estimado en ella por noble y apacible. Murió hará un año, y con él la esperanza que teníamos de que, premiando el Rey los servicios que sus hazañas atesoraron en Flandes y Milán, librando en ellos el dote de mi hermana y mi herencia, correspondiera lo uno y lo otro a nuestra calidad. Partí a la Corte, cargado de papeles y

necesidades, donde pretendiendo dos meses, y enfadado de la pereza con que caminan en ella despachos de pobres, sintiendo la falta que hacía mi presencia a la pobreza y hermosura de mi hermana, tan ocasionadas una y otra para cualquiera atrevimiento, determiné dar vuelta a mi tierra. Granjeé, el tiempo que estuve en Madrid, la amistad de don Jacinto de Cárdenas, tan a provecho nuestro, que viendo mi resolución, lo mal que se despachaban mis negocios, y la poca mano que nos daba la fortuna para pasar la vida decentemente, me aconsejó le acompañásemos a Nápoles, para donde estaba de camino, a instancia de su Virrey, deudo suyo y deseoso de su acrecentamiento. Prometió favorecernos con él. Y yo, que tenía experiencia de su nobleza y liberalidad, no cifrada en palabras de cumplimiento, las admití, volviendo con él a Cataluña. Llegamos a Lérida. Dile parte a mi hermana de mi determinación. Apoyóla don Jacinto con tantas muestras de cumplir lo ofrecido, y tanta largueza en acomodar nuestro viaje, que acreditó con ella la esperanza de lo demás.

Embarcámonos juntos en vuestra galera, en el traje peregrino que nos veis, por ganar en él las gracias que Roma concede a los que visitan sus estaciones. Amábamosle los dos ya, no tanto por la utilidad que se nos había de seguir de su conocimiento, cuanto por los méritos que en su cortesía, valor y apacibilidad descubrimos. ¡Hánosle quitado el cielo! ¡Desdichas nuestras lo merecerán, y pecados míos, de quien participa mi inocente hermana! Mirad, señor, cuán a buen punto llegan las hidalgas ofertas que nos hacéis, y cuán justo es el sentimiento que mostramos por tal pérdida.»

»Cesó don Dalmao, y acabó de persuadirse el sospechoso amante de que don Juan y yo nos amábamos, diferentemente de como mi fingido hermano había referido; porque no pudo persuadirse a que hubiese liberalidad tan desinteresable que, sin otra granjería que hacer bien, se cargase de amigos necesitados. ¡Bajeza de ánimos plebeyos! ¡Como si el beneficio no se trujese consigo la paga, o no hubiese dicho la Primera Verdad que era cosa más bienaventurada el dar que el recibir! Él, en fin, dio por bien empleado el cautiverio de su competidor, y nos dijo, en breves razones, que diésemos gracias a Dios de que, ya que nos había desbaratado la confianza puesta en aquel caballero, le hubiese movido el corazón a él, para sucederle en ella; que desde el primero día de nuestra embarcación me había mirado con tanta voluntad y que, cuando yo fuera quien mi hermano decía, y mi divina hermosura (ansí la llamaba él) acreditaba, creciendo su amor cada día en infinito, estaba determinado de pedirle, en llegando a Nápoles, convirtiese su militar profesión en paz, su vida inquieta en sosiego y, casándome con él, su libertad en la apacible prisión del matrimonio; que él confesaba los celos que le había dado don Jacinto, pareciéndole excedía el amor que yo le mostraba los términos de una amistad sencilla, respeto de lo cual había determinado darle muerte en la isleta, donde con color de la caza le había llevado, y que por esta misma ocasión le dejó en ella, aunque pudiera socorrerle, juzgando a dicha el vengar sus celos, por manos de

aquellos bárbaros, que ya le habrían puesto al remo; y que así, pues, yendo cautivo, estaba imposibilitado por entonces de cumplirles lo que les había prometido –pues no haría poco en redimir su libertad, para cuyo efeto había menester para sí los favores que imaginaba emplear en otros–, restaurásemos estas pérdidas con recibirle a él, yo por esposo, y Valerio por hermano, que imaginaba de nuestra discreción tendríamos ya apercebido el consentimiento y gracias en la lengua, para dárselas en acabando de hablar; que su patria era Sicilia; sus padres, aunque mercaderes en Palermo, con esperanzas de fundar en él un mayorazgo caballeresco; su hacienda, por la parte que le cabía (repartiéndose entre él y una hermana), treinta mil escudos; su edad, veintinueve años; su amor sin término; y, en fin, que, casándose mi hermano con la suya, venían a juntar haciendas, casas y sangres; rematando su discurso con que, por tener creído no tardaría más en darme la mano que nosotros en responderle, sin saltar en tierra desplegaría aquella misma noche velas al viento.

«Juzgad ahora vosotros, con la turbación que estaríamos don Dalmao y yo, oyendo estas cosas y viendo la determinación arrojada del apasionado capitán; pues, de responderle fuera de su propósito, era cierta la violencia que el amor y la milicia permiten donde no hay defensa. La discreción de mi amante fue poderosa a encerrar con la llave de la disimulación, dentro del pecho, el susto que le causó esta proposición, sin que saliesen a la lengua y ojos sino agradecimientos corteses y significadores de lo bien que nos estaba tan no merecida ventura. Sólo en mí pudieron las colores, con la equivocación que las acreditaba, vender por vergüenza honesta lo que era puro pesar y aborrecimiento. Con ellas disimulada, acompañé las gracias que le daba don Dalmao; y él, en retorno dellas, me dio los brazos, que feriera yo por los de un tigre.

»Pedíle encarecidamente que, para descansar, siquiera una noche de las muchas malas que en aquella navegación y tormenta había pasado, suspendiese el navegar hasta el día siguiente, y durmiésemos la que venía, en tierra. Concedíomelo, liberal, diciéndome que, en pago de lo que deseaba servirme, trocásemos las groseras esclavinas en galas de camino, que él, para su gasto, aplicaba las joyas, dineros y vestidos que don Jacinto dejó, en la galera, depositado en dos baúles; pues, él, como dueño della, heredaba lo perdido. A todo dijimos que sí. Con engañosas muestras de contento salió a la ciudad, buscó hospedaje quieto y proveído, y dejándonos en él, aunque contra su voluntad, por no ausentarse de noche de la galera, nos hizo proveer de todo lo que halló regalado en aquel puerto, que no lo es poco. Quedamos solos y resueltos de entrarnos la tierra adentro, aquella misma noche, por huir los atrevimientos soldadescos, ya declarados. Lloramos de nuevo la pérdida de nuestro verdadero amigo, acrecentando el odio, que los deseos de su contrario engendró en nuestros pechos, la ocasión maliciosa que dio a su cautiverio. Cenamos. Y, como no

pensábamos dormir, serían más de las doce cuando, desvelado de diferentes pensamientos, el capitán volvió a tomar puerto con el batel, y entrando en nuestra posada, por saber de mí la mejoría que había granjeado la libertada de aquella estrecha confusión de la galera, viendo por entre la puerta luz, y sintiéndonos hablar, sospechoso, o con curiosidad de saber lo que tratábamos, nos acechó por entre sus resquicios, a coyuntura, que yo, obligando los deseos amorosos de don Dalmao, le estaba diciendo:

-«Amado esposo mío, satisfecho estáis de que si me dejara llevar del amor que os tengo (y me sacó de mi patria, me puso en brazos de la muerte, y trayéndome hecha juego de fortuna dejó mi honra a la cortesía de las lenguas licenciosas), habiéndoos dado posesión de lo más, que es el alma, no os negara lo menos, que es la del cuerpo. Palabra tengo vuestra, que estimo como tal, de que, hasta que la fortuna vencida con nuestra constancia nos mejore, no ejecutaréis el título, que con tanto gusto os di, de dueño de mis pensamientos. Más regalado tálamo merece vuestro amor, más festivos desposorios vuestra nobleza, y más seguridad y descanso nuestro estado. Huyamos ahora deste tirano aborrecible; que, aunque tan sin esperanza de las comodidades que pido, sufriendo constante, acrecentaréis méritos, cortés, y obligaréis al cielo, vencedor de vos mismo.»

»No se le perdió palabra al capitán de las que a mi amante propuse. Y, con el furor que causan desengaños repentinos en amor sobreseguro, añadiendo la cólera soldadesca, viendo convertido en esposo el que imaginó hermano, dio, desatinado, dos puntapiés a la puerta, cuya poca resistencia no aguardó al tercero para caer en tierra; y alborotando la hostería, a tiempo que don Dalmao, desnudando un estoque -alma del bordón que autorizaba su peregrinación-, se apercibía a la defensa, el huésped y su familia estaban cerca del celoso colérico, con sólo un esclavo de quien se acompañó. Y así fue casi una misma cosa entrar los unos y los otros en nuestro aposento, diciendo, con la espada desnuda, el desalumbrado capitán:

-«¡Traidor mentiroso!, ¡pagarás con la vida la que me han quitado tus engaños!»

»Rebatióle mi esposo una estocada que le tiró, y abrazáronse con él todos los que estaban en la posada, llamando a gritos a la justicia. Entraron al ruido cuantos habitaban aquella vecindad, y entre ellos un caballero de mediana edad, que acaso pasaba entonces por aquella calle, y preguntando la ocasión de aquel alboroto, el capitán, que no se hallaba con disposición de decirla, ni vio que se le podía seguir ningún provecho de contarla, desenvolviéndose de los que le tenían abrazado, se fue furioso con su esclavo, y sin parar hasta embarcarse, ni aguardar averiguaciones de la justicia, en aquel Reino rigurosa con forasteros atrevidos, o por no perder con la dama la hacienda de don Juan, que debió de temer le habíamos de embargar. Hizo velas, engolfándose con la desesperación que

podéis colegir, y yo no os digo, porque nunca más le vi, ni supe en lo que paró.

»Sosegada, pues, con su retirada aquella confusión, el caballero que entró a sus voces preguntó a mi esposo la causa, y satisfízole, contándole lo mismo que al capitán cuando nos propuso sus amorosos desatinos, previniendo en esto que no le cogiesen en mentira si prendiesen (como imaginamos) al capitán, porque conviniésemos con su confesión, añadiendo, demás desto, que la causa de aquel atrevimiento fue –a lo que sospechábamos–, porque después de haber saltado en tierra, acechándonos por la puerta, nos oyó concertar el huir la isla adentro, y no quebrar la palabra que a don Jacinto había dado de esposa, casándome con quien tan cruel se le había mostrado, y que él, celoso y loco, oyendo estas determinaciones, había intentado lo que veían. El caballero lo era en todo, y así, compadeciéndose de nuestra desgracia, nos consoló y dijo que sosegásemos aquella noche, que él volvería por la mañana a favorecernos en lo que fuese necesario. Hicímoslo así, entre consolados y temerosos. Lo primero, viéndonos libres de aquel aborrecible loco, y lo segundo, recelando no nos levantase algún testimonio, a que tan sujetos están forasteros pobres, y tan fácilmente podía probar quien era señor de gente tan perdida, y que tan poco caso hace de jurar falso.

»Huyeron las tinieblas de la noche, y a la mañana supimos que habían hecho lo mismo la galera; con que, perdido el temor, acabó de tomar posesión la seguridad y el contento. Volvió el caballero a las diez, haciendo, a persuasiones nuestras, diligencias con una barca para buscar a don Juan en la despoblada isla, que fueron excusadas, por no hallar en toda ella rastro dél. Dímosle por cautivo, llorámosle de nuevo, y de nuevo nos consoló don Guillén –que éste era el nombre del caballero sardo–, el cual, compadecido de nuestra aflicción, nos dijo:

–«Si como yo, nobles peregrinos, os tengo lástima, pudiera remediaros, a buen puerto habían arribado vuestras desgracias. Imposibilitados estáis de salir desta isla y seguir lo que teníades determinado; y, cuando pudiérades, no os asegurara yo de los peligros que la hermosura y pobreza traen consigo. Volver a vuestra patria con menos desmedro que della salistes, sólo ha de servir de aumentar desprecios y murmuraciones; pues ir a otra cualquiera, siendo extraña, correréis la misma fortuna, y aun podría ser peor que en ésta. Yo gozo abundancia de posesiones y heredades, que en este Reino me acreditan, lo que basta para hacer respetable mi nobleza, puesto que, como mi mayorazgo consiste en frutos y ganados, es más a propósito para regalar huéspedes, que para socorrer necesidades cuantiosas, como las que vuestro remedio necesita. Cuatro leguas de la ciudad de Oristán –de quien, intitulándose Marqués, el Monarca de España la ennoblece– tengo la mayor parte de mi hacienda, dilatada en viñas, heredades, dehesas, prados y bosques, y en ella toda suerte de granjerías rústicas, que cercando un castillo, presidente dellas sobre el sitial de un señoril monte, las

predomina. Si os parece que, con la administración de todas, podréis aliviar desdichas y guardar mudanzas, yo me tendré por venturoso, y vosotros conoceréis en estos cortos ofrecimientos la capacidad del ánimo que os lo propone. En el dicho castillo tengo lo más del año mi asistencia, con mi esposa y un hijo solo, en quien comienza el tiempo a descubrir en flores juveniles la primavera de sus años. Vosotros, si admitís estos deseos, viviréis en una aldea legua y media de allí, poblada toda de pastores y ganaderos míos, donde os prometo que, a no llevar en vuestra compañía la memoria, os pudiera enviar la humana felicidad, porque ni en ella vive la malicia labradora, ni la ambición cortesana: sólo la sencillez y quietud. Goza los veranos hechiceras flores, afeitadas frutas, provechosos esquilmos, sin que ose la esterilidad en todo el año defraudarles, desde las guindas en corales –principio de paga de sus tercios–, hasta los dátiles en oro, y desde el néctar en tarros de leche, hasta el ambrosía en panales vírgenes –finiquito de sus tributos–. Y los inviernos, en estas partes abrigados más que en ninguna de Europa, por la vecindad de Africa, cuando se atreva el frío a descomedirse, la leña de sus bosques le echarán de casa a palos, regalando la cortedad de sus días con los despojos del animal más aborrecido vivo, y más apetitoso muerto, fruta conservada sobre el heno, o colgada de los pacíficos techos, la perdiz, el conejo, el cabrito, todo allí abundante y todo regalado. Y la flema de sus noches, alrededor de abundante hogar, coronándole vecinos, entretendrán cuentos la lengua, y linos sutiles las manos de vuestra hermana, con que, abriendo las ganas al sueño, le satisfaceréis con envidia de las camas de tela desveladas, y provecho vuestro. Casa tengo en el aldea, si a lo labrador, capaz para desahogos del estío, y abrigos del invierno. Todos os respetarán como a mi persona, y de todos seréis segundos dueños, granjeando yo, si admitís estas comodidades, el aumento de mi gusto –que siempre le tengo en socorrer menesterosos–, y el de mi hacienda, que ya la juzgo acrecentada por vuestra administración.»

»Del cielo nos pareció, en el infortunio presente, aquel socorro, y como tal le agradecemos al piadoso caballero, admitiéndole consolados, y seguros de que, si nos buscasen mi padre y hermanos, no tendrían en partes tan extrañas noticias de nosotros, ni nuestro amor, entre la sencillez de aquella gente, padecería detrimento; además de que, siendo aquel Reino de la corona de Aragón, y sus conquistadores catalanes, la lengua natural de aquella isla, puesto que mezclada con la ginovesa y pisana –antiguamente competidoras de su señorío–, dejaba entenderse fácilmente, y con el ejercicio della podíamos, de camino, aprender la de Italia, para ir algo ejercitados en ella, si ordenase el cielo que tuviésemos nuevas de que estaba don Juan en Nápoles.

»En fin, nos determinamos de no perder tan buena ocasión, y así rogó al caballero mi esposo que, para que con menos extrañeza nos admitiesen sus vasallos, nos vistiese en su traje labrador, persuadiéndolos a que éramos

mallorquines, hijos de ganaderos hacendados de aquella isla, que habiendo venido en romería a Nuestra Señora de Buen Aire, patrona milagrosa de Cerdeña, y único refugio de aquellos mares, nos había encontrado en Cáller y ofreciéndonos partidos aventajados, con que olvidar nuestra naturaleza y cuidar del gobierno de su hacienda. Parecióle bien, y así, mudando las esclavinas en trajes, ni del todo rústicos, ni cortesanos del todo, nos acomodó de cabalgaduras y trasladó al propuesto castillo, hallando en su noble consorte y comedido mayorazgo todo buen acogimiento.

»Llevónos el siguiente día a la aldea. Y en ella, después de habernos encomendado a los vecinos de más consideración (siendo todos hasta sesenta) nos entregó el gobierno de todas sus posesiones, que a tenerlas en España le pudieran igualar al más caudaloso Título della. No hizo contradicción el que las administró hasta entonces, que por ser ya viejo, y estar enfermo, deseaba le jubilasen. De modo que, en breve tiempo, nos vimos transformados de cortesanos en rústicos, de nobles en villanos, y de señores en la sujeción de otros; aunque, con todo eso, no trocáramos la quietud amorosa de nuestro estado por la inquieta privanza del mayor Príncipe.

»No sé por qué ocasión los antiguos desacreditaron la fama de Cerdeña llamándola Isla pestilente, pues os afirmo, con verdad, que en abundancia, clima benévolo, bondad de aires, fertilidad de frutos y sanidad de aguas, puede competir con las más entonadas provincias de Europa.

A lo menos, en el Marquesado de Oristán, experimentamos esta verdad mi esposo y yo, con incansable obligación de celebrarla. Múdanse los tiempos, como todas las cosas, y pudo ser lo hiciesen también los climas, restaurando la mala opinión que tanto vituperaron nuestros antepasados.

Parecíanos que había vuelto el mundo allí a su primera edad, y con ella los siglos venturosos y pacíficos de Saturno. Desdeñóse la malicia de habitar partes tan remotas. Las pieles (despreciadoras entonces del tejedor gusano, de los linos sutilizados, de las lanas refinadas) eran y son los ordinarios adornos y galas de aquella sosegada gente; el conocimiento revoltoso del metal mayorazgo del Sol, o ninguno, o tan poco, que no le estiman. Unas cosas sirven de moneda a las otras, por medio de los trucos y contratos. Y, en fin, aunque penetró hasta aquellos retretes del mundo la sutileza del interés, con el abuso perjudicial de mío y tuyo, fue tan preparada su ponzoña, que mientras allí estuve ni sacó sangre ni formó palabra ofensiva.

»Un año gozamos desta vida, que con propiedad sola mereció este nombre, a lo menos los seis meses primeros, domesticando de suerte los no ejercitados naturales de aquellos isleños, que a faltarles la fe –en ellos siempre virgen y sencilla– nos reverenciaban como a oráculos, y con tanto aprovechamiento y gusto de nuestros dueños, que afirmaban les había venido la bendición del cielo

a su casa, olvidados nosotros de suerte de la nuestra que, a no aguaros aquella felicidad la memoria de nuestro perdido don Juan, juzgáramos estar en el Paraíso.

»Habíale yo dado palabra a mi esposo que, si en medio año no teníamos nuevas dél (cuya diligencia había don Guillén tomado a su cargo), declarándole la verdad de nuestros amores, y cumpliendo con las leyes divinas en acrecentamiento del conyugal amor, satisfaría a tan acendrados y merecidos deseos. Y viendo cumplido este término, sin esperanza de saber de nuestro amigo, aguardaba don Dalmao la vuelta de nuestro dueño y bienhechor para declararse con él y, pidiéndole licencia, regocijar todas aquellas apacibles comarcas con nuestras bodas. Pero haciendo la Fortuna de las suyas, anubló nuestra quietud con tempestades de persecuciones quiméricas, que pusieron en contingencia nuestra vida. El caso fue que, continuando el vernos don Leonardo –así se llamaba el hijo de don Guillén–, ya viniendo a cazar por aquellos montes, ya al agrado de mi esposo, superior a la rusticidad de aquel país, y acomodado al ingenioso espíritu del mancebo; la disposición ocasionada de su primera juventud; la comunicación frecuente en nuestra casa; el cortesano trato con que, como a su dueño, era recibido de nosotros; el ser yo extranjera y por el consiguiente más apetecible –que no sé qué género de excelencia se les atribuye a las que lo son, que siempre el gusto se va tras lo advenedizo–; algunas vislumbres que le persuadían éramos más de lo que profesábamos, conjeturadas del respeto con que su padre nos trataba, más como amigos que como a domésticos; el creer que éramos hermanos verdaderos y, lo que es más cierto, mi desdicha, le apasionó ciegamente de lo que en mí llamaba belleza. A los dos meses que había que gozábamos la amenidad de aquel no estimado, por no conocido, sosiego, no nos llamábamos como al principio, Clavela ni Valerio, porque, con parecer de don Guillén, para encubrirnos más, renovamos nombres, siendo el mío Linarda, y el de don Dalmao, Mireno.

»Celebrábanlos todos aquellos montañeses con reverencia, nacida más de su rústica admiración que de nuestros méritos (a lo menos míos), que los de mi esposo, la misma causaran en las escuelas de Atenas, porque en todo género de ejercicios liberales, cantar, hacer versos, tirar a la barra, esgrimir, luchar, correr y todas las demás destrezas con que recompensa la Fortuna en los labradores las partes que no tienen de nobleza, se llevaba las ventajas y los ojos de todos tras sí. Industriaba en estas habilidades a don Leonardo. Y así por ellas, como por ser hermano mío, le amaba de suerte que no se hallaba sin él; con que añadía llamas a la fácil materia de su juventud y voluntad bisoña, mi continuada vista. Prométoos que, cuando ella fuera hermosa, en el agrado que ellos la exageraban, las había en nuestra pequeña aldea tales, que pudieran mejorarle de elección y empleos, porque no es poderosa en Cerdeña la vecindad de Africa para que, con su color tostado, defraude la nieve animada de muchos rostros, que en lo blanco

y rosado pueden enviar envidias a Flandes, y al Sol cabellos, si, como algunos usan, se quiere honrar con los postizos.

»Principalmente, teníamos una serrana, por quien pudiera excusar la transformación de la Ninfa, y al laurel, Apolo, si ella se le atravesara en la carrera. Era ésta algo deuda de nuestro dueño, en los años niña, en la discreción anciana, heredera de un caudaloso montañés viudo que, por haberse partido a España, a empleos correspondientes a su hacienda, se la dejó encomendada a nuestro patrón, como a pariente suyo. Y ella, más hecha a la comunicación montañesa que a los melindres cortesanos, había escogido la asistencia de nuestra aldea, con alegre consentimiento de su medio tío, confiando su seguridad de su satisfacción. Llamábase Clemencia, cantaba por extremo, escribía, tocaba un instrumento como sus inventores, y con la agudeza cautelosa, tan natural en los isleños y en ella aventajada, podía engañar al mismo Ulises. Todas estas partes la hacían amable, y yo tenía en ella compañera y amiga, suficiente para no echar menos las que en mi patria eran más de mi inclinación.

Estaba, pues, Clemencia, tan enamorada de don Leonardo, como él de mí, desde el día que se avecindó en nuestra aldea. Y, con su frecuencia y comunicación, habían llegado los aumentos de la voluntad a la fineza de amante perfecta, desvelando de noche, y suspendiendo de día sus pensamientos. Faltábala sólo con quien comunicarlos, y hube yo de ser la secretaria, a tiempo que ni disuaciones ni consejos eran poderosos para apartarla dellos; y así, hube de excusarlos y apoyar su buena elección, pues sin agravio de sus padres, la igualdad de años, belleza, discreción y hacienda, junto con el amor añadido al deudo que se tenía, parece que los habían criado para en uno.

Escuchábala con gusto sus amorosos encarecimientos, que por ser de mi facultad me entretenían; y callábala los míos, que, acostumbrada a considerarlos a solas, siempre me pareció cordura ser avarienta dellos. Todas las veces que don Leonardo venía a vernos, le decía el alma, por la cifra de sus ojos, conceptos de su amor. Pero como ignoraba algarabías semejantes, o como empleaba los suyos en mí, ni correspondía a sus deseos, ni reparaba en ellos, siguiéndose deste descuido desesperaciones bisoñas y quejas ordinarias, que paraban en mis consuelos, y a veces me enfadaban no poco –que siempre los enamorados quisieran tratar de su negocio, a costa del sufrimiento de quien los escucha, imaginando que con esto los obligan y nunca cansan–. Pedíame encarecidamente se los significase, y prometíaselo yo, cuando fuese tiempo, y habiendo su padre vuelto de España, con menos dificultad, sabiéndolo don Guillén y su esposa y viendo lo bien que les estaba, los pusiesen en ejecución. Con estas esperanzas se entretenía Clemencia. Y antes de tenellas, animaba don Leonardo cortedades, para declararme pasiones, sin que se atreviese la lengua a lo que los ojos; que en amores primerizos la mayor dificultad consiste en declararlos.

»Acuérdome que una noche serena, a la orilla de un arroyo, y a excusas del Sol,

tan atrevido entonces como don Leonardo recatado, él y Clemencia, don Dalmao y yo con otros ganaderos y serranas, gozábamos mormuraciones de cristal, entre labios de claveles, que le marginaban risas, autorizándolas dientes de alabastro, sino guijas de marfil, y por parecer más agradable, siendo liberal, cernía arenas rubias, hecho todo una boca de oro. Después de haber tratado varias materias, que don Leonardo reducía a propósitos amorosos –porque los amantes, todo lo que no es esto juzgan por digresión impertinente–, le rogamos cantase algo con que interromper mormuraciones de aquella fuente, que escucharlas de ordinario cansa, si de cuando en cuando entretiene. Y él, comedido y deseoso, sin más instrumento que el de las hojas, ni más músico que el viento, cantó así:

Agora, noche quieta,
que no siendo testigos
los rayos enemigos
del hablador planeta,
puedes terciar discreta
en el amor sucinto
del dios del Cielo quinto,
sin temer en luz bella
tu precursora estrella
Vulcano laberinto.
Agora, que destierras
reveladoras aves
y entre prisiones graves
del sueño el vulgo encierras;
si en amorosas guerras
palabras dan enojos,
tú, que en mudos despojos,
sabía por excusallas,
acechadora callas
sin lenguas y con ojos.
Agora, pues, que agravios
no temo, en el silencio,
que adoro y reverencio,
de tus secretos sabios,
podrá el alma a los labios
fiar ocultas quejas,
recién nacidas viejas,
que, pues me escuchas muda
con atención, no hay duda
que toda eres orejas.
Yo adoro, noche mía,

(mas ¡ay, que, si te digo
a quien temo el castigo
de quien secretos fía!)
Yo adoro, en niebla fría,
incendios en que helarme,
yelos en que abrasarme;
y está, por suspenderme,
tan lejos de entenderme
cuan cerca de escucharme.
Si con quien es no atinas,
ni astrólogas estrellas
te guían, con ser ellas
profetas y adivinas,
juzga que en mí imaginas
la elección más discreta,
más cuerda y más perfeta
que ocasionó hermosura,
y luego conjetura
quién es quien la sujeta.
Que si se proporcionan
objetos y potencias
y igualan excelencias
(la vez que se eslabonan)
deseos que pregonan
empleos excelentes,
con vuelos eminentes
hasta su centro aspiran,
pues ciegan, si al Sol miran,
ojos insuficientes.
Yo, pues, que en esto llevo
ventaja a cuantos pudo
el cazador desnudo
poner llamas por cebo,
adoro y no me atrevo
nombrar a quien alabo.
Mas, pues con su S. y clavo
su marca, mudo, enseñó,
¡conózcame mi dueño
si es bien buscar su esclavo!

»Juntaron las endechas, al deleite de oírlas, obligación de alabarlas, y en algunos de los circunstantes curiosidad de entenderlas; que el afecto con que las cantó

revelaba sentimientos interiores, más eficaces de lo que él quisiera y nosotros imagináramos. Holgóse don Dalmao de verle profesar facultad tan ocasionadora de generosos ejercicios, pues no hay negarse que pasiones amorosas hacen, a quien las tiene, liberal, discreto, estudioso atrevido y hábil para todo género de caballerosas demostraciones. Filosofaba discursos sobre quién podría ser el dueño de los cuidados, principiantes, de enamorado mancebo, y persuadióse a que sola la hermosura de Clemencia merecía empleos de tan gentil espíritu, propusiendo entre sí de fomentarlos por la igualdad que en todo animaba su cuerda elección. Lo mismo tuve yo por cierto. Y lo que más es: Clemencia, interpretando enigmas de las endechas, a su propósito, ufana de verse correspondida, y arrogante de verse celebrada, sin aguardar a ruegos, cantó así:

Sus amorosos enojos
dicen en ecos las peñas
contra Narcisos despojos;
que hablando sólo por señas
mal se entenderán los ojos.
Hable la lengua, y concluya
la interpretación que es suya,
pues sin ofender mi fee,
yo no sólo diré que
esclava soy, pero cúya.
Dueño me ha dado el Amor
a quien, confesando, alabo
las prendas de su valor
pues es honra del esclavo
preciarse de su señor.
Diga, quien sin lengua amó,
que por secreto ganó
los méritos del sufrir,
porque callar y morir
esto no lo diré yo.
Dice el pulso su tormento
manifestando congojas;
el color, el sentimiento;
y, haciendo lenguas las hojas
en árboles, habla el viento.
Ciego es Amor, mudo no,
ojos, no lenguas vendó,
porque mi tormento explique;
luego, es bien que el mal publique
que mi señor me mandó.

Si causara amor afrenta,
cordura fuera ocultalla;
pero, si el valor aumenta,
lengua que es amante y calla
su fama injuriar intenta.
Amor manda que destruya
mi temor, y que atribuya
a la lengua el bien que ordena,
o que, si callo mi pena,
que no diga que soy suya.

»Las contrarias opiniones de los dos amantes nos dio causa para discurrir sobre cuál dellas era la más cuerda y necesaria, concluyendo mi esposo que el secreto digno de estimación en el amor debía entenderse ser aquel que, guardando de la ostentación vulgar los favores de su dama, no los permitía salir fuera de los límites de los labios; pero que pretender que, sin darle cuenta de sus penas, las sacase ella por conjeturas de los ojos, era cortedad culpable y no secreto meritorio, habiendo tantas frasis con que darse a entender la lengua. Quedó con esto Clemencia vitoriosa, y contenta de haber ganado por la mano a quien los causaba, y él, persuadido a buscar coyuntura en que retratar su primero parecer, declarándome, o por sí, o por tercera persona, sus intentos.

»No hubo entre los circunstantes quien de los versos de don Leonardo y de la glosa de Clemencia –aun más declarada por sus acciones que por sus palabras–, no se diese por entendido que se amaban los dos recíprocamente. Y así, extendiéndose esta fama por la comarca, en pocos días quedó tan asentada, que aguardaban sólo a que, viniendo el padre de la hermosa serrana, los diesen, con sus bodas, uno bueno.

»Llegó a oídos de don Guillén y su esposa. Y aunque lo disimularon cuerdos, se holgaron interesados, pareciéndoles que, cuando él dejara en sus manos esta elección, no la podían hacer más acertada que la presente. Deste modo nos engañábamos todos, y él proseguía en sus secretas pretensiones, hasta que, determinado de romper silencios, y no atreviéndose a fiarlos de su turbación, un día que se halló a solas con la presumida dama, pareciéndole que el parentesco, amistad y discreción suya, la obligaría a abogar por él, con la eficacia necesaria, le dijo:

–«Desde la noche, prima mía, que cantando junto a la fuente, reprendiste mi cortedad y autorizaste tu belleza con el nuevo título de amante, pareciéndome que desvelos amorosos no tuvieran sazón, faltándote con quien comunicarlos, fiaba de la voluntad que imagino me tenías que ninguno había de usurparme la

plaza en ellos de secretario tuyo, a cuya causa aguardaba yo a que me dices parte dellos, para que pagándote en la misma moneda, depositase yo en ti los míos. Pero ya debes (o, a costa de tu ingratitud, buscado tesorero de tus secretos más a satisfacción que yo, o, avarienta por ahorrar obligaciones), debes por ti misma haber ejercitado este oficio, pues si sentiste, como cantaste, lo que importa declarar quien pretende sus pasiones, tú habrás sido intérprete verdadera de las tuyas.

Con todo eso, quiero que, adivinando entrambos, averigüemos quién de los dos sale más verdadero y acierta mejor el sujeto que el otro adora. A mí me parece que Mireno es el dichoso dueño de tu voluntad. Dime tú agora si eché buen juicio, que yo te diré, sin engañarte, qué tan cerca o lejos has dado en el blanco.»

»Celoso, creyó Clemencia que don Leonardo había propuesto aquel enigma, pareciéndole que la comunicación de mi amante, y el vivir los dos en una misma casa, abogarían por él, en ofensa de su menos frecuentada pretensión. Y así, por refinar la pólvora de los celos, le respondió:

–«Yo, gallardo primo, como desde el día que quisiste bien, me señoreé de tus secretos –que por más que te lo parezcan, como el amor es fuego, se saca por el humo–, quise, sin pedirte cuenta dellos, encargarme de tu agencia y ganar doblados los agradecimientos, cuando saliese con tu pretensión; y no pareciéndome que te daban lugar los cuidados tuyos para encargarte de los míos –porque amantes nobles, al principio, con cualquiera cosa se embarcan–, te guardaba para más acomodada coyuntura la confianza de mi pretensión. Y esto baste en cuanto a satisfacerte de tus quejas. En cuanto al adivinar la prenda que amas, te respondo que sé quién es, desde el punto que la diste nombre de tuya, y que no ha mucho que asiste en esta aldea, que ella y yo vivimos tan juntas, que una casa nos hospeda, un alma nos anima, y una voluntad nos gobierna, habiendo mucho que eres tú el único dueño della, porque conozcas cuán buena tercera sabe hacer tu prima, antes que tú le des este cargo.

El amante que me atribuyes tiene partes suficientes para ocasionarte al juicio que has hecho. No le quiero mal, ni sé que tan bien. Desenvuelve tú las palabras que te acabo de decir, y colegirás por ellas quién puede ser el empleo de mis pensamientos, y quién tu dama.»

–«¡Deja, Clemencia mía (respondió don Leonardo), que adelante el agradecimiento abrazos del alma a lisonjas de la lengua (que no en balde reprendías cortedades mías, cuando diligenciabas mi felicidad). No necesita Efemérides la averiguación de tus palabras. Mireno es tu amante; y porque con más seguridad se naturalice en nuestra patria, olvidando la suya, has dispuesto a su hermana Linarda para que me quiera. ¡Qué discreta eres! ¿Qué dello te debo? Que bien pienso pagártelo. ¿Es posible, prima de mis ojos, que la que no ha

mucho que asiste en nuestra aldea, la que vive contigo, quien hospeda una casa, y por medio de la amistad un alma anima, dividida en las dos, y una voluntad gobierna, me hace dueño de la suya? ¿Que Linarda, en pago de la acogida noble que mi padre la hizo, me la da en su alma?... ¡Prima, si una vez me veo absoluto poseedor de mi mayorazgo, yo le daré la mitad de él a tu Mireno, yo le casaré contigo, aunque mis padres y el tuyo quisiesen estorbarlo! ¡Vuélveme a repetir esta ventura! ¡Desmenúzala más! ¡No hables tan compendioso! ¡Alargar dichas, que palabras breves, para sólo dar pésames son buenas!»

»Pudieraselos dar a Clemencia cualquiera que considerara desengañarnos de su presunción tan claros, cuando con más certidumbre se imaginaba reina coronada de la voluntad de su primo, por elección de su mismo albedrío. Pero ella era tan astuta que disimuló (milagro fue de su discreción) celos envueltos en descuidos; y, previniendo de improviso contrayerbas para su veneno, deja a su enajenado amante.

–«Mireno (primo mío) es el acierto de mi voluntad y tus imaginaciones. No lo sabe sino lo ha imaginado. Y así, tú has de ser mi intérprete en pago de haberlo sido tuyo. No le digas cosa que toque a tus amores hasta que, obligado de los míos, destierre esperanzas y memorias de su tierra; que desea salir desta y casar fuera della a su hermana con un rico y noble mallorquín, a quien la tiene prometida. Signifícale sólo lo mucho que le quiero. Miente en mi alabanza lo que supieres, en correspondencia de las verdades que yo digo en tu abono. Y fía de mí lo que de ti confío, que yo, daré dichoso descanso a tus deseos.»

»Respondióle, agradecido el engaño, don Leonardo, ofreciéndole diligencias exquisitas en orden a la conquista de su fingido amante; y, diciéndole que iba en su busca para principar su tercería, se despidió, quedando Clemencia como podéis imaginar. Lágrimas la costaron los desengaños que igualaron a sus suspiros, y éstos a sus desesperaciones. Pero, remitiendo el reparo dellas a su ingenio, y mudando en aborrecimiento la voluntad que me tenía, se resolvió en desterrarme de la isla, para cuya ejecución trazó marañas sólo creíbles de una mujer celosa. Buscóme luego y díjome: cómo, habiéndose declarado con ella don Leonardo, pagaba a satisfacción de su voluntad su amor, contentísimo de que yo fuese el depósito de sus secretos, y que al presente importaba guardallos, porque el deseo de don Guillén era casarle en Cáller, y a saberlo antes que volviese Guillermo –que así se llamaba el padre de Clemencia–, con quien pensaba tratarlo, que deseaba tenerle por suegro, pondría rigurosos estorbos. Dila el parabién, prometiendo hacer de mi parte lo posible para su dichoso cumplimiento, y desta suerte nos fue engañando a todos: a mi, con lo que os he contado; a don Dalmao, fingiendo amarle con todas las demostraciones que bastaban para persuadir a don Leonardo que su amor era verdadero, para cuyo efeto, solicitado por él, huía y excusaba solicitudes fingidas de Clemencia, con

evasiones ingeniosas y recatadas, porque yo no lo entendiese, y experimentase sin culpa suya el riguroso combate de los celos; a su amante, llevándole papeles, que ella notaba y yo escribía, inocente de estas traiciones y persuadida a que, por ser mi letra más legible que la suya, se darían a entender mejor sus pensamientos, y volviéndome el retorno dellos me los leía, exagerando yo su estilo e ingenio; y dándola parabienes de su buen empleo, dábale prendas suyas, que le vendía por mías, como cabellos –que, por ser parecidos a los míos, apoyaban sus engaños–, cintas, guantes, flores, y todas las demás baratijas en que el amor funda sus muebles, que en esto se parecen los amantes a los buhoneros, empleando sus granjerías en semejantes menudencias.

»Seis meses había que habitábamos mi amante y yo aquel sosegado sitio, cuando llegó este suceso al estado que habéis oído; y el término deseado de mi esposo, al plazo propuesto, en que le había dado permiso para que, declarándose con don Guillén, renunciase el nombre de hermano y, con su beneplácito, gozase el de marido.

»Partióse, en cumplimiento desto, en busca suya a Cáller, determinado de dar con él la vuelta y, rogándole fuese nuestro padrino, regocijar de improviso todos aquellos valles y sierras con nuestra boda, aunque hiciesen la costa sentimientos y desengaños de Clemencia, cuyas finezas fingidas imaginaba verdaderas. Aprovechóse la cautelosa serrana desta ocasión. Y habiendo dos días que faltaba mi esposo, y seis su tío y nuestro patrón, dijo a don Leonardo que yo, vencida de su solicitud, estaba determinada de darle mano de esposa, antes que mi hermano y su padre volviese, y que para esto quería –venciendo la vergüenza con que hasta allí había dilatado manifestaciones de la voluntad–, hablarle una noche a la ventana principal de nuestra casa, donde, si la aseguraba de cosas que deseaba allanar cerca del estado que pretendían, le entraría en casa, y en ella celebraría el tálamo de sus deseos.»

–«A mí me está bien –prosiguió la enredadora amante–, pues, casada Linarda con vos, será fuerza olvidar su hermano a su tierra y casarse conmigo; porque, según me ha confesado, el no admitir mis deseos hasta agora no ha sido por cumplir empeños y obligaciones de Mallorca, en favor de un rico pretendiente de su hermana y amigo suyo, cuyos amores dieron ocasión a competencias y bandos entre él y otro poderoso, y cuyo recelo los ausentó della; mas, ya pacífico, por haberse casado el competidor (según ha sabido), determina dar la vuelta, para cuya ejecución se ha partido a Cáller a comunicarlo con don Guillén y prevenir pasaje. Así que, casándoos vos con Linarda, quedan destruidas todas estas demostraciones, y yo con esperanza nueva de conseguir mis deseos.»

»Agradecióle tan provechosas diligencias el engañado mancebo, con palabras, abrazos y promesas, rogándola apresurase el vernos, como estaba concertado.

Yo, como vivía ignorante destos embelecos, e imaginaba que todas las finezas de don Leonardo eran por Clemencia, hablábale risueña, mirábale apacible, y mostrábale el agrado que merecía un hijo de mi bienhechor y amante de mi amiga; con que él acreditaba los engaños de mi perseguidora, la cual, después de haber dispuesto sus embustes, como os he contado, volvió a mí y me dijo: que su amante estaba informado, de persona fidedigna, que el ir don Guillén a Cállera era sólo a concertar sus desposorios con la hija de un caballero de aquella ciudad, con partes y hacienda para honrar su casa; y que suponiendo (de la obediencia que siempre le había tenido) el consentimiento desta determinación, iba resuelto de traer consigo a la que pensaba darle por esposa, y a sus padres, y casarlos luego; y que, siendo esto verdad, si no los ganaba por la mano, dándosela de marido, antes que volviesen, sería después imposible, para cuyo remedio le había pedido con lágrimas, suspiros, y extremos amantes, que la noche aplazada se desposasen con el secreto debido a caso tan importante, asegurando desta suerte su vida y gusto; que no quería disponer del suyo sin mi consejo, pero que éste no fuese disuadiéndola, sino animándola, porque ya su amor había llegado al último extremo de su resolución.

»Como yo tenía experimentado en mí misma de cuán poco efeto hacen persuasiones contrarias a una pasión amante, creí más de lo que me dijo, y no quise desazonar voluntades tan conformes, principalmente en tiempo que aguardaba yo premiar la verdadera de don Dalmao, e imaginaba autorizar con sus bodas –después de pacificados sus padres–, las nuestras. Supe la noche en que se habían de hablar, y alabé sus prevenciones; con que, ella alegre, viendo cuán bien se disponía su venganza y mi destierro, despachó a toda priesa y secreto un criado suyo a Cállera, con una carta suya para mi esposo, y con ella, todos los papeles que don Leonardo me había escrito y ella había guardado con este fin. Industrió al mensajero de cuanto había de decir, y escribió a don Dalmao: que el amor que le tenía, aunque tan mal correspondido, no era posible consintiese en cosa que le diese disgusto, y que por no saber si le tendría de ver a su hermana puesta en estado, sin su consentimiento, le avisaba lo que en ausencia suya teníamos concertado don Leonardo y yo, el amor secreto de los dos, tan adelante como podría colegir de aquellos billetes que le enviaba, y a mí me había cogido; que si juzgaba estarle bien tan noble cuñado, como era su primo, no se diese por entendido hasta la vuelta, pues hallándolos desposados podría, imitándole, pagarla aquel aviso, con hacer otro tanto como su hermana; pero que si le estaba mal y deseaba poner remedio con tiempo, viniese secreto y encubierto, a tal noche, sitio, y hora, donde podría confirmar, por sus ojos y oídos, lo que aquellos papeles indiciaban.

»Partióse con esto el engañoso embajador. Y, al tiempo que en Cállera don Dalmao quería proponer a don Guillén nuestro concierto, llegó con la carta y, llamándole aparte, le manifestó sus embustes, haciéndose testigo ocular dellos.

Entrególe, juntamente, los papeles de don Leonardo; leyó el de Clemencia; y tras él, el primero de los otros, sin ofender el crédito tan examinado de mi firmeza. Pero reparando en los demás, y considerando las cláusulas que respondían a favores declarados, recibos de amorosas prendas y satisfacciones de celos, pedidos en la gallarda disposición, edad, riqueza, y entendimiento de su opuesto; en algunas palabras misteriosas y equívocas que, persuadiéndole al amor de Clemencia, delante dél le había yo dicho, y él había interpretado en diferente sentido; y, en fin, en la falida opinión que desacredita con los hombres la de las mujeres, les dio (¡que no debiera!) el crédito que suelen celos en ausencia, pues por más confianzas y seguridades que un amante lleve, en llegando éstos, no hay –como dicen– hombre cuerdo a caballo.

»No podía persuadirse a que Clemencia, amándole a él, como fingía, le mintiese. Animábale a creer era todo esto verdad la dilación que yo había puesto a sus deseos, estorbando lo que con tanto sufrimiento, voluntad y trabajos, había merecido, entreteniéndole con el nombre de marido titular, sin consentirle dominio de esposo, y el haberle persuadido se ausentase, con el color de que, hablando a don Guillén, y pedirle licencia para nuestros desposorios, los celebrase con don Leonardo en ausencia suya.

»Juzgad agora vosotros, señores: Si cualquiera apariencia destas es bastante a desatinar el más sosegado entendimiento, ¿qué harían todas juntas? Que yo lo que os afirmo es que don Dalmao, desesperado e impaciente, después de haber dicho a su patrón le importaba la vida volver al pueblo, por haberle avisado que estaba yo a peligro de perderla, de una enfermedad repentina, y que dilataba para otra ocasión lo que había venido a comunicarle, se despidió dél, llegando en compañía del mentiroso nuncio de malas nuevas a nuestra aldea, encubierto, y a la hora que mi enemiga había señalado, siéndome hasta en esto contraria la noche, que hacía escurísima, descuidada (a la mitad della) de las persecuciones que la Fortuna eslabonaba contra mí.

»Andaba yo aderezando, solícita, mi aposento, que por más retirado y a propósito le había elegido mi falsa amiga, para el tálamo engañoso de su desposorio, coronándole de flores que, aunque en la decrepitud del invierno, la templanza de aquella tierra las cría todo el año, cuando me vendía Clemencia, transformada en mí, y fingiendo mis palabras y voz; que, añadiendo la imitación alguna semejanza que con la mía tenía, persuadiera a quien con menos pasión que mi amante la escuchara.

Encarecíale a don Leonardo finezas de amor, que exageraba con respuestas iguales y don Dalmao oía persuadido del todo y engañado, cuyos discursos no os cuento, porque renuevan mi enojo y despiertan mi venganza. Basta saber que la sustancia dél era decirle la montañesa desleal: que el hechizo de sus ojos, la gallardía de su talle, la destreza de sus habilidades, habían sido tan poderosos en

ella que, atropellando disgustos de su hermano –a quien tenía obligaciones de hija, y de quien era deudora del destierro de su patria–, estaba dispuesta, por persuasiones de la amigable abogacía de Clemencia, a vencer inconvenientes, como él jurase corresponder a deudas tan satisfactorias. A que el engañado amante correspondió, prometiendo imposibles. El cual, loco de contento, hizo y dijo tanto que, bajándole a abrir la puerta y entrando juntos él y mi airado dueño, tan desatinado, uno de celos, como otro de amor, desenvainando un estoque, le acometió a matar y lo hiciera, si la escuridad del portal y la de su cólera no le descaminara el golpe. Dio gritos Clemencia. Salí yo a ellos, y la gente de casa con luces. Abracéme con don Dalmao, viendo que iba a segundar heridas, y a defenderse ofendiendo, don Leonardo. Pero la gente que al ruido había acudido, poniéndose en medio y quitándole las armas, dilataron esta tragedia. Díjome, viéndose abrazado de mí (mi injuriado amante) tantos oprobios que, temiendo su furia, excusé, huyendo desacatos de sus manos. Y él, siguiéndome, entró en mi aposento, cuyo compuesto adorno destrozó, haciéndole pedazos, y acabando de averiguar, con su ostentación florida, sus ofensas.

»Mostróse Clemencia fingidamente airada, y de veras don Leonardo, diciéndole los dos cuánta más razón fuera que agradeciera, cortesano, la merced que el cielo hacía a su hermana; pues, sin más información que los dos habían querido dar de su nobleza, los honraba a entrambos con más quilates que merecían, haciéndola dueño de tanta hacienda, calidad y esposo; que siendo ella señora de su libertad, y habiendo en dos meses, y más, sinificado lo que ganaba con la compañía de tal esposo, no siendo él su padre, ni más que un hidalgo ganadero de Mallorca, ¿por qué había de querer, con demostraciones tan demasiadas, usurpar jurisdicción que Dios había dejado exenta? Acabó con esto de perder los estribos de la paciencia, y tras ella el seso, rematando, sin saber lo que hacía, con uno y otro. Abrazáronse los serranos de casa con él, y cercáronle los de la vecindad. Y él, a voces, dijo estos versos, con que confirmó la opinión de los que dicen que la poesía es furor, pues, en la mayor fuerza del suyo, dieron quejas con ellas sus agravios, desta suerte:

ROMANCE

¡Dejadme, bárbaros toscos,
que no es justo que esté preso
el agraviado, y se vayan,
los que están culpados, sueltos!
¿Imagináis desa suerte
poner vil impedimento
a la venganza de alma,
cuando aprisionéis el cuerpo?

¡Pues engañáisos, villanos!,
que vuelan mis pensamientos
con plumas de mis suspiros,
con alas de mis tormentos.
Matarálos su ponzoña,
que son mortales efetos
del veneno de mi injuria,
de la rabia de mi pecho.
Aunque el cuerpo detengáis,
iráse el alma tras ellos,
y quedaréisos burlados
con la capa y sin el dueño.
¿No rompe el rayo la nube
dando bramidos en truenos,
y a la víbora imitando
deshace el vientre materno?
Violentado en las cavernas
del monte más corpulento,
por respirar, ¿no echa el aire
pirámides por el suelo?
Sale el río de sus quicios
cuando con presas y fresnos
su jurisdicción limita
el rústico atrevimiento,
y, inundando su furor
tal vez los montes soberbios,
pisa cervices de mármol
porque sus pies le oprimieron.
Pare el bronce por la boca,
en uno, cuatro elementos,
redimiento libertades
en calabozos de hierro,
¡y ignorantes intentáis
que con estorbos violentos
se temple el enojo atado
creciendo agravios entre ellos!
¿Cómo es posible, si soy
rabia, ponzoña, veneno,
congojas, suspiros, rayos,
víboras, volcán, infierno,

que puedan encerrarse en un sujeto
tantos contrarios sin romperme el pecho?

¡Salgan verdades a luz!
¡Rompa la lengua el silencio!
No más que un año guardaron
enigmas de amor en sellos.
Cuando falta la lealtad
y el alma despide al seso,
¿de qué sirve que entre engaños
viva cautivo el secreto?
Saque Eneas los penates,
libres del troyano incendio,
mientras lloran sus ruinas
partos del caballo griego,
y a su imitación rescate
mi perdido sufrimiento,
verdades para mí ocultas
porque no se abrasen dentro,
¡Serranos destas montañas,
vecinos de aqueste pueblo,
oíd misterios de amor
que hoy os revelan mis celos!
¡No es ya Linarda Dionisia!
¡Don Dalmao ya no es Mireno!
¡Mallorca no es nuestra patria!,
¡mintió nuestro parentesco!
El ser nos dio Cataluña,
nobleza y desdicha el cielo,
inclinación sus estrellas,
y la inclinación, deseos.
Éstos buscaron palabras,
y éstas encarecimientos,
que en voluntades conformes
juró enlazar Himeneo.
Su esposo he sido en el nombre
y su hermano en los efectos,
tan rendidos a su gusto
como a su recato honestos.
Dilataron posesiones
estorbos que, sobre el tiempo,
la Fortuna ha vinculado
ella envidiosa, y él ciego.
Desterrónos el rigor
de interesados violentos,

desde Cataluña al mar
y desde el mar a este Reino,
donde pudiera envidiarme
el cuarto dios ganadero,
pacentando esperanzas
como él las vacas de Admeto,
a no ser mujer Dionisia,
pluma al aire, flor al yelo,
niebla al Sol, papel al agua,
humo en sombra, cera al fuego.
Revelado os he verdades,
nombres, disfraces, secretos,
amores, penas, engaños,
mudanzas, desdenes, celos:

¡O permitid venganza a mis tormentos,
o dadme muerte! ¡Acabaré con ellos!

»En diciendo esto con furor desatinado, se desembarazó de todos. Y saliendo del pueblo, sin podelle alcanzar muchos que le siguieron, se enfrascó por los más espesos montes que cercaban nuestro lugar, quedando todos tan espantados de oírle, cuanto lastimosos de su locura. ¡Bien se holgara Clemencia, de no haber sido causa de aquella desdicha, cuando supo que siendo mi esposo, y no mi hermano, pudiera haber guiado por otro camino sus enredos! Pero consolábase con que de aquella suerte estaba más asegurada mi ausencia, pues siendo don Dalmau tan amado de mí, como había mostrado, y no asistiendo el en aquel lugar, había de ser fuerza el seguirle. Don Leonardo, si primero colérico por verse acometer de quien más seguridad tenía, ya celoso con la confesión que había escuchado, me fue a buscar, hallándome en otro aposento, tan llena de lágrimas y sentimiento, cuanto inocente, inocente de la causa dellos. Siguióle Clemencia, y con ella los demás testigos de aquella novedad; y oyeron que decía:

-«No sé si me persuade a que son verdades nacidas de su desengaño las que Mireno acaba de pronunciar, o desaciertos locos de algún lastimoso accidente que ha desbaratado su juicio. Contra lo primero, arguye en favor vuestro el crédito que tenéis ganado con todos, y principalmente conmigo, de tan noble y discreta como hermosa; pues no puedo yo creer que hay nobleza hipócrita que engañe juventud tan poco experimentada como la mía, ni discreción que, sin prevenir inconvenientes forzosos, ponga en tal riesgo a quien ama. Contra lo segundo, veo que si en el modo de hablar, y demostraciones frenéticas, parece vuestro hermano o esposo loco, en el orden de contar sus agravios y referir sus sucesos, significa más verdad de lo que yo quisiera. Si no es vuestro hermano,

quejas tendré de vos toda mi vida, que no sepultará el olvido, pues con engaños tan culpables me habéis hecho ofender a quien, después de mis padres, tengo en el primero lugar del corazón. ¿Es posible, Dionisia o Linarda (que no sé cómo os acierte a llamar), que debajo de apariencias tan virtuosas y honestas, se disfracen engaños tan costosos, y que la hermosura corporal que debéis a la Naturaleza injurie la del alma, dándola dueño segundo, cuando se ve sujeta con coyundas del amoroso sacramento, a quien es tan digno deste nombre? ¿Hallará la sutileza de vuestro ingenio excusa que desmienta tanta correspondencia de ojos, equivocación de acciones, tantos papeles escritos de vuestra mano, tantos recados dados a mi prima, tantas prendas de cabellos, cintas y flores? Y, en fin, cuando pudiéradis recusar todos estos testigos, ¿hallaréislos contra el concierto desta noche, en que vos a la ventana y yo en la calle, se vio tan cerca de ejecutarse, como dirá aquella puerta, franqueada de vuestro engaño, admitida de mi amor, y estorbada de la injuria de vuestro dueño? Yo no la sé, si no es afirmándome que Mireno está sin seso, que es vuestro hermano, y desatinos los que ha dicho. ¡Plugiera a Dios lo fueran; que, en fin, su locura puede hallar remedio en la medicina, pero no la de mis celos, ni la de vuestra ingratitud!»

»Adelante prosiguiera el apasionado amante, a permitirlo la impaciencia de verme culpada en cosa tan fuera de mi imaginación, y así poco menos que mi esposo. Loca, le interrumpí diciendo:

–«¡Cesad, señor don Leonardo, de eslabonar despropósitos, si no intentáis con ellos que, acabando la vida, dé fin a tantas desventuras como penden della! ¿Qué malicias envidiosas o hechizos infernales han deslumbrado la luz de vuestra razón, en vos tan excelente? ¿Cuándo he dado yo muestras de ofender, liviana, con sombra de pensamiento, la fe que a mi esposo debo, y por cuya conservación ando peregrinando destierros, tan desproporcionados con mi calidad e inclinación, cuanto ocasionados a los descréditos de mi fama? ¿Favores y deseos, en vuestra prima lícitos, me atribuíis? ¿Papeles que a su persuasión y con su nota os escribí, siendo secretaria solícita de sus esperanzas y pensamientos, por lo bien que juzgué os estaba su compañía, y muestras que debades de querella, me imputáis? ¿Vos os podéis alabaros de prendas que no son tuyas? ¿Cabellos tenéis vos que no hayan adornado su cabeza, cintas que no los hayan enlazado, flores que os hayan ofrecido otro fruto que el de su casamiento? ¡Mentís, don Leonardo, mentís! ¡Y miente la presunción con que habéis ofendido la pureza de mis pensamientos! Presente está Clemencia, depositaria, o por mejor decir, señora de vuestros papeles, versos y retrato. Y si ella os engañó –que lo duda la amistad que hemos profesado–, ¡vengaos en sus falsedades, y vengadme, que yo, en seguimiento del alma que mi esposo me lleva, y abono del crédito que sin merecerlo he perdido con vos y con él, huyendo por esas asperezas, o le desengañaré, o, precipitada dellas, firmaré con mi sangre la integridad de mi casto amor!»

»Quise poner con ejecución estas últimas palabras. Pero viéndome determinada y furiosa, a don Leonardo, con el pasmo de esta admiración, suspenso, y turbada a Clemencia, sacándolos fuera de aquella cuadra, me encerraron en ella, dando yo desconcertadas voces, que se remataron en un desmayo, sin saber lo que duró, pues me restituyeron dél el siguiente día: diligencias de don Guillén, que había apresurado su vuelta, cuidadoso del peligro en que don Dalmao le dijo me tenía el fingido accidente. Pasóse, lo que faltaba de aquella enmarañada noche, en averiguar don Leonardo verdades, con su engañosa pretendiente, disculpándose ella con la ordinaria excusa de que «yerros por amores, dignos son de perdonar», y en formar quejas de sus engaños, y añadir grados a su afición, puesto que ya, desinteresado de todo deseo ilícito, sosegando discreto celos tan mal fundados, que en los ánimos nobles pueden determinaciones ilustres salir vencedoras de sí mismas y, acendrando la voluntad, apartada de la liga del apetito, realizando quilates con el amor platónico, que en su Triunfo último celebra el Petrarca.

»Vino, como os dije, por la mañana su padre y, habiéndose informado de todo lo que pasaba, con reprensiones severas añadió pesares en don Leonardo, y arrepentimientos en Clemencia. Entróme a ver, y consolóme diciendo que mi esposo quedaba asegurado y quieto en su castillo; siendo así que, habiéndole enviado a buscar, sólo hallaron colgados sus aldeanos disfraces de una empinada palma que, sirviéndola de pedestal un despeñadero, por malograr su fruto cuando le despedía de sus dorados racimos, le arrojaba a las olas del mar, y él, agradecido, la lisonjeaba besando sus raíces.

Hallaron también en las cortezas de su tronco, escrito este epigrama, si no le queréis llamar soneto:

¡Oh, tú, descaminado, que entre engaños
admiras los trofeos que te enseñó!
No juzgues que los cuelga el desempeño
de amor correspondido en verdes años.
Mi ingratitud, a costa de los daños
de quien me sembró palma, y creyó sueño,
negó el tributo a su primero dueño,
que necia doy agora a los extraños.
Ingratos son también estos despojos,
por serlo la ocasión de suspendellos.
que imita en pagar frutos a la palma:
mas ¡ay! que buen fin diera a sus enojos,
si como el cuerpo se desnuda dellos
se desnudara de su amor el alma.

»Conjeturaron, cuantos leyeron los lastimosos versos, y vieron colgados los amorosos disfraces, que su dueño se había precipitado desde aquellas peñas al mar, y cuidadosos le buscaron por la orilla, y rodearon por larga distancia, en barcos pescadores, todo el círculo de aquel promontorio, saliendo inútiles las diligencias de fisgas y tientas, y obligándolos a volver con los despojos de aquella tragedia. No se atrevieron a darme nuevas tan rigurosas, temiendo el efeto que en mi desesperación habían de causar. Pero sabiéndolas el prevenido don Guillén, con prudente y sagaz cautela, me sosegó algún tanto, prometiendo lo que tenía por imposible cumplir, que fue traerme rendido y satisfecho a mi esposo –que deseaba pedirme perdón–, el día siguiente, y que si no venía entonces era por tenerle el tropel de tantos sucesos y pesadumbres indispuerto, y que yo tampoco estaba para irle a visitar, hasta que, sosegados entrambos, gozásemos con más sazón la fiesta con que se reciben dos amantes, pasada la vigilia rigurosa de los celos. Rogóme con encarecimiento le contase la verdad de nuestra historia, y obligada lo hice, diciéndole nuestros amores, calidad, patria y nombres propios, con que aumentó lástimas en él, que disimuló por no alborotarme de nuevo, habiendo retirado a su hijo a Oristán, no poco indignado con él, y llevando a su castillo a Clemencia, autora de tantos desaciertos.

»Llegó el día siguiente, de mí tan deseado, aguardando en él la reconciliación amorosa con mi amante, de nuestros enojos. Pero, como no le trujo don Guillén en su compañía, comenzaron recelos a adivinar nuevas persecuciones de la fortuna. Preguntéle por él; y, antes de aguardar la respuesta, dije:

–«¡O mi esposo es muerto, o está en vísperas de morir; que menos que este estorbo no fuera poderoso a dilatarle mi vista!»

–«¡Sosegaos, señora! (respondió el cuerdo caballero), que todos los amantes sois agoreros.

Mejores nuevas os traigo que vos pronosticáis. Don Dalmao ha recibido cartas de don Jacinto de Cárdenas, vuestro tan encarecido y estimado bienhechor –que no sé cómo ni por dónde supo que estábades aquí–, y por ellas afirma llegará al puerto de Cáller dentro de dos días. Aguárdale en él un caballero deudo suyo, que es el mensajero. Ved si es razón acudir a obligaciones y cortesías, a costa de vuestra paciencia, y si merece que la tengáis dos o tres días, lo que a don Jacinto debéis.»

»Confirmó lo dicho con mandarme enseñar los vestidos que hallaron colgados de la palma, diciéndome que, por recibir a don Jacinto en traje decente a su nobleza, había trocado aquél por uno galán de don Leonardo.

»No pudiera yo restaurar los pesares pasados con otras nuevas menos alegres

que éstas. Y así, comunicándose el contento del alma a los ojos y a la lengua, unos y otros hicieron regocijadas demostraciones. Agradecí al cielo estos fingidos contentos –como si los merecieran infortunios tan verdaderos como los pasados–, habiendo don Guillén sacado, de la historia que le conté, la obligación y voluntad que a don Juan, disfrazado en don Jacinto, teníamos; y, no hallando otro modo con que encubrirme la pérdida de mi dueño, sino aquél, créile, y a permitírmelo, me partiera en su busca al puerto. Pero coloreando razones que me convencieron, entretuve el deseo con la esperanza, llevándome a su castillo, donde decía determinaba recibirle y regalarle como merecía amigo tan bienhechor y desinteresado.

»Recibióme su esposa con generosa afabilidad, y pidióme perdón de doña Clemencia, que le concedí liberal, en albricias de las mejoras que sacó mi crédito de sus persecuciones con mi esposo, y de la venida de nuestro don Jacinto. Contando minutos que me parecían años, estaba yo aguardando a mi amante y a su amigo, mientras que don Guillén trazaba engaños nuevos y provechosos, con que alargar el primero y entretenerme, cuando llegó Guillermo, padre de Clemencia, de camino, y con él un español que sacó en parte verdadera aquella ficción de mí tan creída.

»Fue, pues, el caso, que habiendo don Juan de Salcedo enviado a Barcelona desde Nápoles, donde aportó después de varios acaescimientos (que los guardo para otro lugar) un criado de Marco Antonio (que se embarcó con él y llegó a aquella ciudad en la galera cuyo capitán, ciegamente enamorado de mí, ocasionó todos estos sucesos) para que le diesen cuenta de su llegada y el cortesano recibimiento que en su casa le hicieron sus padres y hermana, escribiéndole juntamente nuestra pérdida y los desatinos del capitán, hasta dejarnos del modo que os he contado, según lo supo del criado referido, le mandó que a la vuelta se tornase por aquella isla y se informase de nosotros, procurando, si nos hallaba en ella, llevarnos consigo a Nápoles; el cual, cumpliendo con lo primero y dejando satisfechos y alegres a Estela y a Marco Antonio, de que supiese su ausencia, con sus padres y suegros, tan noble caballero, para ejecutar lo segundo, despedidos dellos, fletó un navío en Barcelona para venirmos a buscar; y embarcándose en él el padre de Clemencia –despachadas dichosamente sus mercaderías– haciéndose todos a la vela, entre otras conversaciones con que los navegantes divierten enfados y ocio de su viaje, vino a contarle acaso nuestras desgracias, los sentimientos que don Jacinto hacía por nuestra pérdida y el orden que dél traía para buscarnos. Sabía Guillermo, antes que saliese della, lo que en Cáller nos sucedió, cuando el desatinado capitán nos dejó en la posada, y el socorro que su pariente don Guillén nos había hecho, llevándonos a su casa y encargándonos su hacienda. Y así, luego que oyó referir este punto al cuidadoso pasajero, interrumpiéndole su discurso, le preguntó nuestros nombres, edad, patria y señas, a que satisfizo, respondiendo: que nuestra tierra era Cataluña, nuestros

naturales nombres don Dalmao y Dionisia, y los fingidos, Clavela y Valerio, retratándole al vivo nuestras facciones, edad y disposición; con que el advertido sardo, que nos había visto muchas veces en casa de don Guillén, acabó de enterarse que éramos los que iba a buscar. Y, diciéndole que él sólo pudiera satisfacerle aquella diligencia y deseo, le prometió llevarle donde estábamos, contándole lo que faltaba de nuestra historia, y él no sabía, desde que se encargó de nosotros don Guillén, cómo nos tenían todos por hermanos en aquella tierra, el cargo que ejercitábamos de ganaderos, y el segundo disfraz de nuestros apellidos, llamándonos Mireno y Linarda.

»Agradecióle lo posible tan deseado aviso, esperando de la liberalidad de don Jacinto albricias iguales a sus deseos. Desembarcaron en Cállor, y llegaron a nuestro castillo, como os he dicho, siendo en él recibidos con amor de pariente y esperanzas de consuegro, pues le miraban ya como a padre de quien esperaban había de ser esposa de don Leonardo.

»Estaba yo retirada, cuando vinieron en mi aposento, entreteniéndome la esperanza, afligida con la dilación de mi esposo y nuestro amigo, y así, pudieron en mi ausencia (después de saber la causa que traía al español a aquella isla) industrialmente en lo que había de fingir conmigo cuando me viese, contento don Guillén de que correspondiese su venida con lo que él me había prometido, cuando me persuadió que don Jacinto estaba en Cállor por nuestra causa. Informado, pues, de lo que me había de decir, me llamaron; y apenas vi a Roberto –que así se llamaba el español criado de Marco Antonio–, cuando, conociéndole, le dije:

–«Pues, Roberto, ¿adónde queda don Dalmao y nuestro amigo don Jacinto?»

–«En Cállor (respondió, regocijado de verme) os aguardan los dos, señora mía; que la prisa que da para partirse una fragata, que camina a Nápoles, no permite dilaciones debidas al agradecimiento de estos caballeros. Satisfechos quedan con las cartas que vuestro esposo les ha escrito. Suplid por ellos lo que el tiempo estorba, y disponed luego para embarcaros en un bergantín que os espera dos leguas de aquí, que los deseos que tendréis de verlos no admitirán la dilación prolija de cuarenta leguas, y más, que hay por tierra, desde aquí a Cállor.»

»Dile albricias con los brazos, y no sé qué joyuelas de oro con que me hallé entonces, diciéndole:

–«Pues ¿cómo no me traes a mí también cartas tuyas, siéndolo yo viva?»

»Respondió:

–«No han querido disminuir el contento que os causará su vista, con papeles menos significativos que sus brazos. Dádselos a vuestros bienhechores, y despedíos dellos, que nos habemos de partir al punto.»

»Llegó entonces don Guillén, acreditando estas ficciones, y mostrando, por una parte, sentimiento de mi partida, y por otra, gusto de mi consuelo. Lloraron su esposa, y Clemencia (que ya se había reconciliado conmigo, y contádome aquella mañana todas las marañas de su amor, que os he referido). Dile la bienvenida a su padre Guillermo, y despedíme de don Leonardo que avisado de la vuelta de su tío acababa de llegar de Oristán. En fin, aprestado un bergantín que tenía don Guillén, y avisado su arráez, de lo que había de hacer, me acompañaron hasta el primer puerto, tres leguas de allí, Guillermo, don Leonardo y su padre. Y dándome, a la lengua del agua, los últimos abrazos, y entre ellos amorosas encomiendas para mi esposo, nos embarcamos Roberto y yo, haciéndonos a la vela media hora después de anochecido. Creía yo que me llevaban a Cáller, yendo navegando costa a costa, y halléme, cuando amaneció, engolfada en medio el mar, sin saber adonde hacían su derrota.

Engendré desto nuevas sospechas, sin que las asegurase el decirme que, por haberse partido don Dalmao y don Jacinto, al punto que Roberto se apartó dellos y vino en mi busca, por no permitirlos detener la priesa que la fragata les daba, ni poder dejarle don Jacinto, porque llevaba en ella cosas de consideración, le habían mandado que la guiase en aquel batel a Nápoles, donde desembarcarían todos (si no a un tiempo) llevándose poca ventaja, y que no se había atrevido a descubrirme esta orden, porque no recelase cosa en agravio del amor de don Dalmao, hasta que, entreteniéndome con mentiras, llegásemos al puerto pretendido; pero que la importuna instancia que les hacía los forzaba a decirme la verdad. No pocas me pronosticaba el alma. Pero, ni dándola del todo crédito, ni del todo menospreciándola, entre recelos y confianzas, con el favor del viento y diligencias de los remos, a cabo de ocho días aportamos a aquella ínclita ciudad, donde por algunos días dio la Fortuna treguas a mis trabajos.

»Para este lugar os he guardado los sucesos de don Juan de Salcedo, que, desde que le dejamos en la isleta despoblada, hasta que nos vimos en Nápoles, le acaecieron no pocos. Y aquí vienen más a cuento. Los cuales pasaron así, como de algunas veces supimos, y él os pudiera contar mejor, por estar presente. Pero háceme señas que recibe gusto en escucharme. Y, como no le tengo yo si no es obedeciendo, le digo: que emboscándose, como os conté al principio, por excusar el peligro de los cosarios, y no advirtiéndolo ellos, codiciosos con la presa mejor que en nuestra galera tenían por cierta, se embarcaron todos y le dejaron libre e indignado contra la poca cortesía del capitán, que tan amigo se le mostró, y ahora tan poco cuidadoso de su vida o cautiverio. Atribuyólo más a falta de esfuerzo que de voluntad, porque ignoraba el aborrecimiento que sus celos le habían causado. Pasó aquella noche con la descomodidad de cena y cama que posada

tan yerma podía ofrecerle, temeroso de que la ventaja que nuestros enemigos nos llevaban nos la había de dar peor, y deseando que con la venida del alba aportase allí algún bajel que le sacase de aquella soledad.

»Quiso, pues su ventura, que el día siguiente llegasen a vista de aquel isleo las tres galeras sicilianas compañeras de la nuestra, que habiendo corrido la tormenta que os conté; y, encontrando con las galeotas turcas, las habían dado caza y cogido dos, escapándose las demás. Subióse don Juan, en viéndolas, sobre el más empinado risco, límite del mar, y con voces y señas pidió a la más cercana le echasen el batel. Hiciéronlo; y, recogido en ella, les dio cuenta de lo sucedido, y del temor que tenía, de los alarbes, hubiesen cautivado la galera en que veníamos, asegurándole desto, refiriéndole la presa que habían hecho, y que si llevaran los turcos la suya, o se la hubieran quitado, o por lo menos, la hubieran visto; y así, que tenían por cierto que haciendo su viaje la habían de hallar en Nápoles.

Consolóse con esto, viendo que íbamos libres de aquel peligro. Y, navegando prósperamente, llegaron al puerto deseado, hallando (como habían dicho) en él nuestra galera, y don Juan sus baúles, joyas y dineros que Roberto le había conservado de la codicia del capitán, con favor de los oficiales de aquella galera y algunos camaradas de don Juan, que le impidieron el apoderarse dello; el cual, saltando en tierra sin despedirse de nadie ni llevar en su compañía criado, ni esclavo, de tres que tenía, se desapareció una noche cargado de diamantes y cadenas que tenía mal ganadas. Echaron diversos juicios todos sobre su fuga, pareciéndoles a unos que su soberbia le había llevado a parte donde, dándole muerte sus enemigos –que no tenía pocos–, ocultarían el cuerpo, de suerte que los asegurase del castigo que merecía tal delito. Otros decían que los que había cometido en aquella navegación, juntos a los demás que antes della le traían indiciado, acusándole la conciencia, le atemorizarían de modo que, por evitar las acusaciones de los principales que en aquella galera iban, y estaban mal con él, y la riguridad del Virrey, que no consentía desafueros ni supercherías, había escogido, por mejor, ausentarse con lo robado, que aguardar se lo quitasen con la vida. En fin, séase por lo que se fuere, él no pareció más, ni don Juan supo de nosotros, sino lo que Roberto le contó, que fue lo sucedido en Cerdeña, donde afirmó nos había dejado el atrevido capitán, causándole el sentimiento que de la pérdida de tan noble caballero y fiel amigo podéis colegir.

»Entró en la napolitana corte, y en casa de los padres de Marco Antonio. Dioles sus cartas; y viendo en ellas que eran de recomendación en favor de don Jacinto (que así se nombraba), lo que les encarecía su valor, amistad, y las obligaciones que le tenían, le recibieron y regalaron con el mismo extremo y gusto que si fuera él propio que se las escribía. Remitía en ellas, a don Jacinto, el darles cuenta de todos sus acaecimientos y amores, hasta la feliz conclusión dellos en los amorosos nudos del Himeneo. Y cumpliólo él tan a satisfacción de sus padres,

que le dieron infinitas gracias y abrazos, por haber sido medianero de tan provechoso y noble estado, prometiendo serville y estimalle en el mismo grado que a su hijo. Preguntóles por doña Victoria, y si estaba casada con ella don Artal de Aragón. Respondiéndole que, aunque él había estado preso algunos días, culpándole de la muerte de Ascanio, y ella retirada en un monasterio, sin dar lugar las persecuciones y diligencias de Próspero a que se tratasen medios de paz, ni se ejecutase el gusto que de su hijo les escribió, le tendría de que se desposasen los dos. Después que el dicho Próspero había vuelto de España, perdidas las diligencias hechas en su venganza, había puesto los ojos en una prima hermana de doña Victoria –que por estar sin padres tenían en casa–, con tantas veras y deseos de convertir sus enemistades en parentesco, que para obligalles a ello dio el perdón deseado a la muerte de su hermano, entrándoseles por las puertas, alcanzada la gracia del Virrey, y sido el solicitador en las bodas de don Artal y doña Victoria, diligenciándolas de suerte que, por orden suya, quince días había estaban concluidas, siendo el Virrey, que primero los persiguió tanto, agora su padrino y protector que, porque entonces estaban los recién casados con don Rodrigo de Ávalos, Próspero, y Casandra su dama, en Puzol, cuyos baños y jardines eran la más apacible recreación de Nápoles, no participaban del gozo que con su venida había dado a toda aquella casa.

»Holgóse don Juan, con las que oyó, infinito. Y, después de haber descansado dos o tres días, llegaron don Artal, su esposa y los demás, que sabiendo quién era don Jacinto, quién le enviaba, y el estado que tenía, aumentaron alegrías y parabienes.

»Esta vida deleitosa pasaba don Juan, que lo fuera para él, si no la contrapesaran memorias de su Lisida y sentimiento de nuestra pérdida, sin remediar lo primero tan larga ausencia, ni lo segundo diligencias que hizo con cuantos desde aquella ciudad partieron a Cerdeña, ofreciéndoles intereses y amistades porque se informasen de nosotros; de que, olvidándose unos, y no volviendo otros a Italia, se quedaron inútiles sus solicitudes, y aumentó deseos con melancolías. Determinóse últimamente –después que sin fruto había gastado en esto tres meses–, de enviar a Barcelona a Roberto, para que, dando cuenta a Marco Antonio en particular de todo lo sucedido en su patria y casa (que, aunque lo había él hecho por cartas, y recibido respuesta dellas, la cortedad del papel y pluma no lo satisfacían como deseaba) cuando diese la vuelta a Italia, se pasase por Cerdeña y en ella hiciese todo lo posible por saber de vosotros; y, si por dicha nos hallase en aquel Reyno, nos llevase a Nápoles con el regalo imaginable, lo cual él cumplió tan bien como en este discurso habéis oído.

»Entretanto, pues, que don Juan se ocupaba en esto, Casandra, cuya hermosura tiranizaba la libertad de Próspero, sin saber cómo, había rendido la suya a la generosa y gallarda presencia de don Juan, con tantas veras, que se juzgaba

avarienta por no tener más de una alma de que hacerle dueño.

Tres meses había que, resistiéndose a sí misma, aumentaba grados a su amor – que por esto le comparan al rayo que, como él, no se digna de menores victorias que de las que se le oponen con mayores dificultades–, sin atreverse a aliviar sus llamas, comunicándolas, por no tener de quien hacer amigable confianza, pues doña Vitoria –que, como su prima y esposa de don Artal, pudiera apoyar sus deseos empleados en español tan benemérito–, hacía las partes de Próspero, de cuya correspondencia pendía la paz, quietud, y parentesco de aquellas dos ilustres casas; y don Artal, agradecido a la voluntad con que se habían diligenciado sus desposorios, le pagaba, con la misma, estas obligaciones, persuadiéndola a querelle; y junto con esto, los padres de Marco Antonio, que deseaban anudar de suerte aquellas amistades que sola la muerte pudiese desatarlas, la perseguían.

Pero lo que más la desesperaba era ver que el mismo don Juan, descuidado de lo que ella procuraba acordarle más, y cuidadoso de lo que Casandra más quisiera olvidar, era el principal agente que Próspero tenía. Todas estas cosas, cuanto más la obligaban a no declararse, tanto más la forzaban a consumirse; principalmente, viendo a don Juan tan ocupado en sus mismos cuidados – empleos que ella ignoraba de las memorias de Lisida–, que sin notar los que Casandra manifestaba en los ojos, bachilleres suspiros desmandados, y demás acciones con que el amor usurpa el oficio a la lengua, sólo le advertía enajenado, sin saber por quién.

»Tres meses, como digo, gastó en llorar a solas desperdicios del alma no entendidos, y en favores públicos, dados a Próspero, a fuerzas de persuasiones de tantos terceros suyos. Determinada, pues, de experimentar lo que podía en don Juan la nobleza –ya que el amor le acusaba la rebeldía–, entretanto que él, aguardando la vuelta de Roberto de Barcelona y Cerdeña, se entretenía los más días en cazar, dos y tres leguas de Nápoles: uno, que con otros amigos quiso salir a divertirse en este ejercicio, ya que estaban los más a caballo, le llamó Casandra aparte y preguntó qué hacía, dónde imaginaba entretenerse entonces. Respondióla que en los montes que están en el camino que va a Roma, y siempre abundan de fieras acomodadas a sus deseos, habían hecho sus compañeros aquella vez elección; pero que por qué lo preguntaba.

–«Porque me importa (replicó) que en Ambersa, ciudad que sólo dista legua y media, y es fuerza pasar por junto a ella, hagáis por mí cierta diligencia, tan importante, que sólo la osara fiar de vos. Pero ha de ser sin que la sepan los que os acompañan.»

–«Corresponderéis mandándome (dijo don Juan) con el deseo que de serviros tengo, tanto más a mi satisfacción cuanto fuere más difícil.»

-«A lo menos, esme muy importante (respondió ella) lo que os suplico. Pero tampoco os tengo de decir el misterio que encierra, hasta que sea tiempo y vos os admiréis de su suceso, el cual consiste sólo en que deis con secreto una carta mía a cierto caballero extranjero y español, que descuidado deste aviso, si no es indiscreto, le ha de estimar en el grado que yo os estimo a vos.»

-«¡Válgame el cielo! (replicó don Juan). ¿Caballero y español en Ambersa, conocido de vos, sin serlo mío? ¿Quién puede ser, o qué aviso le podéis vos dar que le importe tanto?»

-«Yo digo la verdad (replicó la dama). Y si le conocéis o no, presto lo veréis, haciéndome esta merced.»

-«No quisiera que fuese el serviros (dijo él) en agravio de Próspero y correspondencia de sus amores. Porque en otra, ¿qué os puede a vos importar caballero de España?»

-«Agraviáisme mucho (respondió ella) en tenerme en tan fácil concepto. ¿Yo amor a hombre de vuestra patria, no siendo vos? ¡Libreme el cielo de tan pravado gusto! Asegúroos que no tendrá en esa materia quejas Próspero dél, más que de vos. ¿No puedo yo avisarle de algún peligro que, como ausente, ignora y, como extranjero, le amenaza?»

-«Digo, señora, que puede ser (replicó él), pues fuera de nuestra patria, todas las extrañas que no nos conocen, nos aborrecen. Y siendo esto como decís, yo os prometo de serviros de embajador.»

-«Pues aguardadme aquí (dijo ella), que sólo me falta sobrecribir la carta que habéis de llevarle.»

»Entróse con esto Casandra, quedando don Juan haciendo juicios sobre quién sería el tal español que, no conociéndole Casandra y estando él en su misma casa, no había visto, y lo que podría contener el aviso que le escribía. Sutilizando discursos estuvo don Juan hasta que, volviendo la astuta dama con la carta en la mano, le dijo:

-«En una de las hosterías de la ciudad que os he dicho, ha de posar don Gabriel Laso de la Vega, que es a quien va la que os encargo. No tiene esta diligencia dificultad, si no es el cuidado de buscarle. Pero ha de ser de modo que en ella ninguno os ha de acompañar.»

-«Ya yo, señora, os lo he prometido (respondió él), y lo cumpliré, aunque deje a mis compañeros en la caza de sus montes circunvecinos.»

-«Podría ser (acudió ella) que ganándome otra persona por la mano, se hubiese adelantado en darle este aviso, y él, luego que le tuviese, se ausentase. Y así, si no le halláis (que lo dudo) romped la cubierta desa carta; que el segundo sobreescrito que oculta, os dirá para quién es. Y de éste, yo os aseguro que le halléis al punto que oigáis su nombre.»

»Más confusión le causaron estas razones que las pasadas. Y, rogándola se acabase de dar a entender, le respondió:

-«Don Jacinto, la importancia deste secreto estriba sólo en que vos no lo sepáis hasta que el fin dél os le declare. Hacedme merced de ponerle en ejecución, sin preguntarme más, y asegúroos que es todo esto favor de la persona a quien más obligación tenéis, y que esa misma carta os sacará antes de mañana de la confusión en que estáis.»

»Fuese con esto. Y, dándole prisa los cazadores amigos, hubo de remitir a la vista del español encomendado la averiguación que nunca pudo atinar el pensamiento. Salieron de Nápoles a las nueve de la mañana, que por ser fin de invierno no permitió el frío fuesen más madrugadores. Y, haciéndoles el sol provechosa y apacible compañía, gozándole y entretiniéndose con juveniles conversaciones, llegaron sin sentir a vista de la ciudad de Ambersa. Emboscáronse todos por los montes que la hacen deleitosa y abundante, comenzando en ellos el noble ejercicio de la caza, y mandando a los criados, que en una quinta de allí cercana, cuyo dueño era uno de los caballeros cazadores, les tuviesen prevenidas camas y cena. Dejólos don Juan divertidos en el seguimiento de un venado, y volviendo las riendas hacia la dicha ciudad, a medio correr, llegó a ella en un pensamiento. Apeóse en la hostería que primero encontró, donde, en cumplimiento de su comisión, preguntó, en llegando, por su don Gabriel Laso de la Vega, discurriendo posadas, sin que en ninguna de cuantas tiene aquel lugar, y le iba enseñando un mozo de la suya, hallase rastro ni señas de tal nombre. Volvióse adonde había comenzado, sospechoso de alguna ingeniosa burla, y quitando la máscara a la carta, como se le había propuesto, leyó el sobreescrito que encerraba, y decía: A don Jacinto de Cárdenas, en Ambersa.

Confuso de nuevo la abrió, leyendo lo siguiente:

CARTA

«Si vos, señor don Jacinto, hubiérades aprendido en las escuelas de amor la gramática de los ojos, entendiérades por los míos, a menos costa de mi atrevimiento, lo que tantas veces os han dicho y vos hasta agora ignoráis. Con todas las damas de Nápoles está desacreditada vuestra voluntad, y con razón,

pues siendo tan solícita en acomodar las ajenas, pueden sus hermosuras tan poco con la vuestra, que en cinco meses y más de asistencia en nuestra ciudad, ninguna dellas ha sido poderosa a empadronaros por pechero suyo. La mía a lo menos, si fuera tal como Próspero encarece y algunos celebran, formara mayores agravios –como más doméstica, pues habemos vivido los dos en una misma casa–, de que en vuestro salvo os hayáis eximido de su jurisdicción. Estando vos en el mundo, no quiero yo dejar tan mal acreditado mi gusto; él es que, pudiendo hacer elección de vos, la haga de Próspero. Eche él la culpa a las estrellas, que os dieron tanto dominio sobre mi libertad que yo, sin ella, y con resolución de mujer amante, estaré en esa ciudad a las dos de la noche, determinada de no volver a mi patria y casa, si no es trayéndoos por dueño della y esposo mío. Caballero sois. Cuando no tengáis amor, fío de vuestra cortesía que, por excusar peligros de mi temeridad, me aguardaréis a la puerta de Ambersa, y pagaréis agradecido lo que significo quereros.

Casandra»

»Juzgue cada cual por sí mismo cuál quedaría don Juan, en leyendo el engañoso papel, y luego discurra por las historias antiguas y modernas a lo que se atreve el amor resuelto en una mujer no correspondida, que yo sé que no culpen de demasiado el de la presente, acosada de quien aborrecía y sin entenderla el que adoraba. Quedó don Juan, admirado de tan arrojada determinación, y temeroso de que, no acudiendo donde le decía, había de ser ocasión de alguna desgracia, después irremediable, salió (dispuesto a reducirilla) antes que, como es costumbre en Italia, cerrasen la puerta a la ciudad. Aguardando fuera della, a un lado del camino que guía a Nápoles, el fin de aquel suceso, ató el caballo a un árbol y la voluntad a los respetos nobles del amor de Lisida y amistad de Próspero, para que no los demandase ocasión tan urgente y peligrosa. Y, recostándose en la yerba, primicias de la Primavera, que por principio de marzo abotonaba árboles y bosquejaba prados, a cosa de las diez de la noche, oyó cerca de sí y en lo más espeso de una arboleda cantar, en voz baja y a medio tono, en su lengua española, a una persona, lo siguiente:

CANCIÓN

¡Adiós, Babel soberbio, Caos confuso,
idólatras lisonjas, Hur caldeo,
adonde la mentira vive honrada!
¡Adiós, mar de ambición, donde el abuso
de la codicia y Tántalo deseo
vive contenta con la honra hurtada!
¡Adiós, red intrincada,

lazo del alma, donde el vicio es liga
que el apetito instiga,
pues vuelta, ya Teseo, escarmentada,
huye de tu alboroto,
burlado el cazador, y el lazo roto!
¡Adiós, monte espantoso de imposibles,
que el Sísifo ambicioso en vano sube,
y cuanto más se encumbra, da más bajo,
que ya el peso de piedras insufrible
de pretensiones que engañado tuve,
tu vanidad me enseña y mi trabajo!
¡Echar por el atajo
de la virtud pretenden mis deseos!
¡Adiós, viles rodeos,
que si, perdido, mi ambición me trajo,
ya por la senda estrecha
hallé el camino que a los cielos echa!
¡Ya no seré, del rico y poderoso,
camaleón, mudando las colores,
al paso que las muda su arrogancia!
¡Ya no daré pesar al envidioso
por ver que en la privanza y los favores
mengua su dicha y crece mi ganancia!
La bárbara jactancia
del ignorante honrado menosprecio,
por más que el vulgo necio
llame sabiduría su ignorancia,
pues juzgo por agravio
ver rico al ignorante y pobre al sabio.
¡Ya no pienso, pues cobra Orlando el seso,
seguir del mundo la costumbre avara,
que vende la amistad a la malicia,
donde la vara de justicia y peso
se rinde y reconoce al peso y vara
del mercader, aunque era de justicia!
¡La hidrópica avaricia,
y en traje de verdad la vil mentira
que al alma flechas tira,
huyendo voy; que no hay quien la codicia,
si no es huyendo, dome,
pues mata de hambre más, cuanto más come!
¡A vosotras, sagradas soledades
donde Naturaleza está segura

sin que la venza del engaño el Arte;
a vosotras, custodia de verdades
donde el cielo retrata su hermosura,
donde no abrasa amor, ni inquieta Marte;
a vosotras se parte
mi dicha alegre, porque pueda a solas
(seguro de las olas
del mundo), cielo hermoso, contemplarte,
y ver las luces bellas
del claro sol, la luna y las estrellas!
¡Allí veré el Oriente, allí el Ocaso,
en segura quietud, en paz tranquila,
sin que el temor del mundo me dé asalto!
¡Allí, como el filósofo, hecho el vaso
pedazos, los cristales que distila
la fuente beberé sin sobresalto!
¡Ni del lugar más alto
me asombrará faetónica caída
ni la privada vida
por verme solo y de riquezas falto,
dará al deseo batalla,
pues la mayor riqueza es despreciarla!
¡Allí, en dulces y tiernos soliloquios,
libre de amor fingido, ingratos celos,
se entretendrá con Dios el alma quieta!
¡Allí el silencio ofrecerá coloquios
que subirán suspiros a los cielos,
que amor es de las almas estafeta!
¡Oh, vida más perfecta
de cuantas tiene el universo mundo,
en ti mis gustos fundo,
por más que Babilonia me prometa,
que si en su barbarismo
riquezas goza el hombre, en ti a sí mismo!

»Por la voz le pareció a don Juan que conocía al desengañado dueño de la canción. Y, deseoso de averiguar quién era, quiso entrar por la espesura y hablarle. Pero difiriólo hasta la mañana, porque si Casandra venía en consecución de sus arrojados deseos, no hallándole allí y culpando su cortesía, daría causa a alguna desgracia, después irremediable. Parecióle con esto que el que la cantaba había hecho elección de aquel oculto lugar para hospedarse aquella noche, y así dejó lo menos por lo de más importancia. Toda ella estuvo de

posta desvelado, pareciéndole que cualquier liviano movimiento era la amorosa napolitana, y haciéndosele aquella noche la más prolija de cuantas en su vida había pasado. Pero ni Casandra vino, ni el Aurora se olvidó de despejar la recámara celeste, barriendo estrellas y dejando limpio el camino acostumbrado del mayor planeta, que ya comenzaba, con franjas de oro, a guarnecerle faldas de púrpura. Viéndole, pues, coronar pródigo cabezas de montes y besar amoroso cumbres de árboles, sin parecer la dama, tuvo por cierto que había sido su carta más ficción que efecto de amorosa voluntad, de que no le pesó, antes dio por bien empleada la burla, a truco de que Casandra quedase en la posesión de su honesto crédito y él saliese de aquella apretura. Entró, con esto, a buscar al discreto músico, y a poca distancia halló un peregrino dormido, de puro desvelado. Conocióle luego, y maravillándose de ver en tal parte a don Dalmao, sin permitirle ser cortés con su sueño el deseo de comunicarle despierto, le dio una voz, a que se levantó asustado, echando mano al bordón, preñez de un limpio estoque y seguridad de su peregrinación.

-«¡No tenéis enemigos que temer (dijo el alegre toledano), si no son vuestros mismos pensamientos que, según lo que miro en vos, son los que más os persiguen; porque en mí, antes hallaréis abrazos que ofensas!»

-«¡Ay, amigo verdadero! (dijo el celoso catalán). ¡Y qué prevenido os hallan siempre mis desdichas en sus mayores necesidades! ¿Quién os guió a tal parte, para reparo de un alma tan necesitada de vuestros consuelos, cuanto perseguida de sus mismas potencias? Pero ¿qué os pregunto, si sé que vive la mía en vos, y por el consiguiente, os avisa de mis infortunios?»

-«A lo menos, cuidadosa dellos (respondió don Juan), he hecho las diligencias imaginables en vuestra busca, sin saber más de la mala cuenta que dio el capitán en Cerdeña de sus obligaciones y vuestra amistad, dejándoos en ella a beneficio de extranjeros y pruebas de la Fortuna. Pero agora que os veo, ganad vos las albricias de vos mismo, que os ofrezco en estos brazos. Y antes que salgáis dellos, sacadine a mí de la admiración en que me tienen los desengaños que anoche cantastes, y la soledad en que os veo, sin la compañía de vuestra hermosa consorte y mi señora.»

-«De buena gana me olvidara yo de lo que me obligáis a referiros (dijo don Dalmao), por ahorraros del pesar que os ha de causar el saberlo. Pero ni vos consentiréis penas en mí, de que no os quepa la mitad, ni yo cumpliré con lo que os debo, si os lo oculto. Sentaos aquí, que yo seré breve cuanto pudiere, porque lo sea vuestro sentimiento.»

-«Antes me parece mejor que, caminando poco a poco a Nápoles (replicó don Juan), pues la tenemos a la vista, y el sol nos sazona la legua y media que hay de

aquí a ella, gastemos esta breve distancia, vos en consolaros comunicándome vuestras desgracias, y yo en participarlas escuchándooslas.»

»Concediólo el apasionado amante. Y así, desatando el caballo y dándosele a un labrador que encontró en el camino para que se le llevase delante, dio ocasión a que don Dalmao le contase todo lo que le sucedió en Cerdeña, menos la ocasión de sus celos, que éstos (pareciéndole que el contarlos era hacerse agravio a sí mismo) callándolos, los trocó en decir que Dionisia de una rigurosa y breve enfermedad había muerto, cuando con más gusto disponían sus bodas, causando esta pérdida la desesperación (que oíste le ocasionaron sus agravios aparentes), hasta que, sacándole de sí el sentimiento, se fue por aquellos montes publicando lástimas; y, dejando en ellos colgados los disfraces (ya inútiles) de una palma, determinó más considerado aconsejarse con sus escarmientos, menospreciando pretensiones del mundo –lienzo de Flandes en quien desde lejos causan recreo sus apariencias, y miradas de más cerca hasta las colores con que se pintan son falsas–, acogerse al sagrado de una religión penitente y solitaria, para cuya ejecución se embarcó secretamente en el traje de peregrino que le hallaba; y, desembarcando en Salerno, supo de un capitán de Nápoles, español, cómo había algunos meses que don Jacinto de Cárdenas asistía en aquella deleitosa ciudad, con apacible aprobación de sus caballeros.

–«Y pareciéndome (dijo) que disponer de mi vida (en quien tanta jurisdicción tenéis) sin vuestro consentimiento, era salir del siglo con mala reputación, determiné primero daros parte de mis resoluciones. Anochecióme antes que llegase ayer a Ambersa, y convidado de la amenidad destos árboles y la quietud de su soledad, juzgándome ya en la que apetezco, canté lo que oíste y a quien agradezco el ocasionaros a buscarme.»

»Con lastimosas señales mostraron los ojos de don Juan los extremos que reprimía en el alma, por no aumentar tormentos en su amigo, pues según las veras con que siempre tomó por su cuenta mis cosas, puedo asegurarme que le llegó al corazón mi fingida muerte. Consolóle lo mejor que pudo, y alabó su cuerda elección, ofreciéndole cuanto valía para conseguilla, y aconsejándole mirase con madurez el estado que escogía y, pena de ser después notado de mudable, había de conservar toda su vida, diciéndole que para tratarlo más a su satisfacción, le estaba bien la asistencia de Nápoles, en su compañía por algún tiempo, en cuyo Reino, tan poblado de Religiones y virtudes, podría escoger la que más le aconsejase su inclinación. Consintió a tan cuerdas amonestaciones mi esposo, acabando casi a un tiempo la determinación de sus propósitos y su camino.

»Casandra, que con amor determinado había escrito la carta que don Juan se llevó a sí propio, resuelta en ejecutar lo que por ella proponía, luego que él se

partió, entrando en el aposento donde don Juan dormía y tenía sus vestidos y galas, cerrando tras sí la puerta, buscó el más a propósito para su amorosa transformación, acomodando a la necesidad de su prisa lo que tan mal le había de entallar, pues la desigualdad de cuerpos no era sastre a propósito para ajustalla el traje de su amante; pero ¿cuándo reparó el amor en propiedades? Ella, en fin, los revolvió todos escogiendo el que más corto le pareció, que fue de tabí pajizo. Y reparando en las faltriqueras, donde sonaban papeles, curiosa de saber si por ellos podía sacar los empleos de voluntad tan encarcelada como la de su dueño, desenvolvió algunos que Lisida en Toledo le había escrito, cuando en los caniculares de su amor con más fineza le favorecía. Sacó don Juan todos los que había recibido en Toledo consigo (y llevándolos, mal pudiera olvidar a quien tenía en su ausencia tan solícitos despertadores). Estaban repartidos entre las faltriqueras de todos sus calzones, repasándolos como se los iba vistiendo, y cupiéronle agora a Casandra los más regalados y significativos, que, como se escribieron en vísperas de las bodas que trataban celebrar, el más desamorado título era de «esposo y dueño mío». Leyó el primero que se le vino a la mano, y pagóle el desengaño que le dio en hacerle pedazos. Prosiguió el segundo. Y sin aguardar al tercero, a los principios celosa y a su parecer injuriada –que las mujeres cuando amamos de veras, aun de los amores antecedentes formamos quejas–, lloró fuego y suspiró venganzas. Pero, más considerada después, juzgando que don Juan era casado y, siéndolo, imposible sus deseos, con gallarda resolución determinó cerrarles el paso, y abrir oídos a la solicitudes de Próspero y persuasiones de sus valedores.

»Con la misma determinación, pues, que imaginó salir en busca de don Juan, se fue agora a su tío (después de haber compuesto, como los halló, los vestidos) y en presencia de doña Vitoria le dijo: que por justos respetos, que no le estaba bien decir, había dilatado hasta entonces el obedecerle y honrarse con el esposo que había propuesto; y que agora, por los mismos, la importaba que se apresurasen sus desposorios. Admiraron todos la novedad resuelta de la apasionada dama; pero, como acudió su requerimiento a sus deseos, enviando a llamar a Próspero, a don Artal y a los demás agentes desta pretensión, y dándoles cuenta de lo que pasaba, hizo el esposo extremos de contento, y los demás de agradecimientos en favor de la desposada, concluyendo parabienes con las escrituras que luego se efectuaron.

»Haciéndose estaban los contratos, al tiempo que entró don Juan con el desconsolado amigo. Y, dándole Próspero parte de sus dichas, acabó de enterarse que había sido burla cortesana la que le había hecho con su carta Casandra. Diola el parabién, risueño; y ella, entre disimulada y sentida, dijo:

–«¡Trabajosa noche os ha dado la caza que aguardábades y os burló, señor don Jacinto!»

-«¡Trabajosa por cierto! (respondió). Pero, viéndola en poder de quien mejor que yo la merece, con tan alegre día restauraré la mala noche.»

»Contó luego quién era el peregrino que le acompañaba, callando la muerte de su esposa, por no aguar el regocijo presente. Y, como todos le deseaban conocer, por la noticia que don Juan les había dado, acrecentaron gozos con su vista. Despachó luego don Juan un criado a los cazadores que, cuidadosos dél, no habían proseguido con su entretenimiento y, temiendo algún desastre, le habían andado a buscar; los cuales, al punto que supieron lo sucedido, alegres volvieron a Nápoles, congratulándose con los desposados, y previniendo galas y fiestas para celebrar la que esperaban.

»Parece que había la Fortuna, poco a poco, ido ahorrando dichas nuestras para darnoslas por junto -¡que tal vez lo que regatea avarienta en muchos días, lo paga pródiga en uno!-. Dígolo, porque, cuando toda la casa de Marco Antonio estaba llena de alegría, y Don Dalmao sólo triste en ella, porque no quedase excluido destas felicidades, llegamos Roberto y yo, que acabábamos de desembarcar, estando tan descuidado mi esposo de que le habíamos de hallar allí, como yo de la fama mentirosa que en Cerdeña le lloraba por despeñado. Puse, luego que entré, los ojos en mi esposo -que, como los suyos eran la piedra imán de los míos, violentamente se los llevaron tras sí-, fuile a dar los abrazos con el regocijo que podéis imaginar, rehusándolos desdeñoso, admirados de tal suceso. No menos lo quedaron todos cuando me vieron: don Juan, porque me tenía por muerta; Roberto, porque creía lo mismo de don Dalmao; los demás, que no me conocían, reparando en las demostraciones amorosas con que, en el traje peregrino que saqué de Barcelona, lloraba de contento con mi esposo huyendo él de mis abrazos, severo; y, sin saber la ocasión, sentida yo de que, cuando aguardaba recibimientos exagerables en mi amante, le hallaba tan desamorado. Suspendímonos todos por un rato, hasta que don Juan, dando más crédito a sus ojos que a lo que don Dalmao le había contado acerca de mi muerte, con los brazos abiertos llegó a decirme:

-«No sé yo, Dionisia mía, a quién atribuya el engaño con que vuestra muerte ha celebrado sus obsequias en mi sentimiento: o a don Dalmao, que la debió de fingir por darme el gozo de veros viva, tanto mayor, cuanto con menos esperanza de tal imposible, o a vos, que con algún milagro (de los que la Fortuna hace en ostentación de lo que puede) le obligastes a teneros y lloraros por difunta. Pero vivid vos, y sea como ella mandare.»

-«Yo, amigo don Jacinto (respondió mi amante), os he dicho la verdad, si es muerte verdadera desamparar un alma el cuerpo en que vivía, y mudarse al otro mundo, ya que sea falsa la opinión de Pitágoras, que afirmaba se trasladaban los

espíritus de unos cuerpos a otros. El alma de Dionisia ha hermanado estas dos contrariedades. Porque, desamparando la habitación de quien, adorándola, vivía por su aliento, se mudó a otro mundo; que, pues se llama mundo menor el hombre, y el alma de Dionisia informa el de don Leonardo, mudándose de un cuerpo a otro, muerta es para mí. Si la que veis presente os parece que es mi esposa, engañáisos, que con apariencias mentirosas, ésa que tenéis delante es serrana de Cerdeña, y Dionisia fue generosa dama de Cataluña. Ésa se llama Linarda; la otra se llamó Dionisia. Ésa, en fin, adora a don Leonardo, y la otra, hasta que murió, idolatró en don Dalmao. ¡Juzgad, agora pues, si la podemos llorar los dos por muerta!»

»Con justos sentimientos de mi agravio y lastimosos suspiros de mi amor, le respondí, oyendo nuevas querellas contra mi inocencia:

-«Imaginaba yo que abonos de mi fama, en tantos días experimentados por vos, y en Cáller certificados por don Guillén, siendo testigo don Jacinto, me hubieran sacado de la obligación de satisfaceros agora por mí misma. Pero sois catalán; y, en aprehendiendo uno de vuestra nación una cosa, es como el espíritu, impersuasible. Pudiérades, a lo menos (cuando con don Jacinto os partistes de Cerdeña, y por no aguardarme perdistes el crédito de amante puntual) haceros juez desapasionado, como os habéis hecho parte acusadora, y comprobar el proceso antes de pronunciar la sentencia; que es rigor insufrible condenar a muerte a Dionisia por las culpas que imputáis a Linarda, puesto que ésta amó tan limpia e inculpablemente a Mireno, como la otra a don Dalmao; en cuya prueba alego aquella isla por testigo, y formo quejas de don Jacinto; pues, viéndoos pertinaz en ese error, os consintió salir de Cerdeña, antes que con verdaderas averiguaciones quedásedes desengañado y corrido.»

-«Pues yo, ¿cuándo, señora (respondió don Juan), estuve en Cerdeña en compañía de don Dalmao?

-«Yo soy (acudió Roberto) a quien toca desatar todo este laberinto, más ciego que el nudo que cortó Alejandro. Vuestra esposa Dionisia, señor don Dalmao, puede ser ejemplo de firmeza y lealtad a todo el mundo; y, por mucho que la améis, no sé si igualará a los méritos de su valor. Clemencia, enamorada de su primo Leonardo, os engañó a todos fingiéndose, con él, Linarda; con vos, amante vuestra; y con Dionisia, amiga, haciéndola escribir papeles que vendía a don Leonardo por suyos, dándole favores propios en nombre ajeno, y en fin, siendo quien os persuadió a volver desde Cáller a oír de noche equivocaciones de su amor, disfrazadas con la voz y apariencia de vuestra esposa. Ella misma le confiesa en esta carta que, para abono de Dionisia, sin saberlo ella, me entregó. Concertada queda de casarse con su primo (aunque medios tan cavilosos no merecían fin tan a su gusto). Don Guillén y toda su familia han llorado vuestra

muerte, juzgando, en el desesperado trofeo de vuestros disfraces, heredados de la palma, el precipicio de vuestra vida, ignorante de todo esto. Hicimos creer a vuestra esposa que don Jacinto, en busca suya, había surgido en Cáller, y que vos, desengañado y más amante, enviábades por ella; que no hallamos medio más eficaz, para tantos inconvenientes, que la presencia y cordura de don Jacinto, a quien respeto siempre como a padre. Con estos engaños le he traído, donde (cuando era fuerza decirle lo que se lloraba en Cerdeña, por cierto, de vuestra muerte) os hallamos vivo, y obligado a dar crédito a todas estas cartas que escriben a don Jacinto, don Guillén, Guillermo, don Leonardo y Clemencia; pues, aunque no le conocen, la noticia que distes de su valor y el conocimiento del de vuestra esposa, les ocasionó a encomendársela y declarar su inocencia perseguida y vuestra muerte inconsiderada. Sus letras conocéis; leedlas, y satisfaced, revocando propósitos y premiando trabajos tan poco merecidos.»

»Inmóvil escuchaba estas cosas mi absorto dueño. Pero, abriendo don Juan los pliegos y obligándole a leerlos, desengañado y corrido, quiso, por no hallar palabras satisfactorias a mis injurias, sellar los labios con mis pies. Troquélos en los brazos de quien tanto había que era dueño. Celebraron todos, a imitación de don Juan, nuestras amistades. Y, regalándonos como a recién venidos (a mí, del mar, y a don Dalmao, de su peregrinación), remitieron para la noche la relación de nuestros sucesos, que prometimos, cumpliéndolo con admiración de todos y aumentos de la voluntad, que por abono de don Juan nos habían cobrado.

»Dio, después de todo esto, Roberto, las cartas que traía de Marco Antonio, a sus padres, hermana, don Artal y a su amigo, mostrando en todas el gusto que había recibido con los desposorios de su hermana y el noble aragonés, y el que tendría de que se efectuasen los de Próspero y Casandra. Pero en particular encareció a don Juan cuán mal cumplía con las obligaciones de hijo y de amante, siendo tan cruel con sus padres, que en dos años que no sabían dél, desperdiciando lágrimas y diligencias, les había pagado, su ingratitud, en plata decrepita las deudas de su amor, de manera que, si se tardaba más, era forzoso darles la muerte los últimos alcances de su vida, que su dama, según se había informado, estaba por casar, y don Baltasar, su competidor, ausente el mismo tiempo que él, de donde conjeturaba que apariencias de agravios (en la sustancia mentiras) le habían precipitado a tan costosa venganza para todos; que si Lisida la merecía (que se le hacía difícil de creer) no, a lo menos, sus padres, ciudad y amigos, que todos le echaban menos y a todos hacía falta.

En fin, concluyó, que él estaba de partida para Toledo y determinado de no pagar con silencio ingrato las obligaciones que a sus padres tenía, sino de decirles dónde, cómo y por qué se había castigado a sí y a ellos con su ausencia; pero que, si le daba palabra de alzarse el destierro a sí propio, y dar la vuelta a Barcelona, le esperaría en ella tres meses, y partiendo juntos a Castilla acabaría de reconocerse adeudado de su amistad, y sin esperanza de poder desempeñarse.

Avisábale también cómo mi padre estaba en el cielo, y dos hermanos que quedaron míos, el uno en Malta, honrado su pecho con la cruz belicosa de aquella milicia y el otro, casado y deseoso de saber de mí y de mi amante, y acabar con amistades amorosas, bandos y enojos antiguos.

»Menos persuasiones que éstas habían menester los deseos y amores de don Juan para aceptar tan cuerdo partido; pues, si la imaginación de que su dama estaba en ajeno dominio había amortiguado alguna parte de su amor, agora que supo era dueño de su libertad, resucitó con mayor aliento. Esto, y la compasión de sus padres, le dispusieron de suerte que, revocando determinaciones pasadas, dio cuenta a los de Marco Antonio, a don Artal, Próspero, don Rodrigo, doña Vitoria, Casandra, a don Dalmao y a mí, de los verdaderos sucesos de sus amores, restaurando con ellas el nombre de don Juan de Salcedo y jubilando el de don Jacinto de Cárdenas. Y, declarándonos los propósitos de restituirse a los ojos de sus dueños, no hubo quien no los aumentase con persuasiones y consejos prudentes, si bien sentían su partida con afectos amigables; pero, en fin, pudo más en ellos el entendimiento que la voluntad. Enseñónos después a los dos la cláusula que nos tocaba; y, aunque leyéndolas lloré a mi padre con natural compasión, consolóme la quietud que nos aseguraba su falta, y era lo que más estimábamos de su herencia, para cuyo efeto ordenamos nuestra partida acomodándola don Juan con la suya.

»Holgóse Casandra cuando la vio prevenida, deseosa de desarraigar con ella reliquias que de su primera voluntad habían quedado (pues pocas veces amante verdadero se limpió de calentura mientras la causa está presente). Habíame cobrado particular afición y, en fe della, me descubrió la que a don Juan había tenido y la retirada cuerda que la obligó a hacer los papeles que leyó de Lisida, con todo lo demás sucedido hasta el presente estado.

»En resolución: Próspero y ella se desposaron, y juntamente don Dalmao y yo, siguiéndose a sus regocijos lágrimas de nuestra despedida. Y con cartas para Marco Antonio, de todos, nos hicimos a la vela, remitiendo al silencio cosas de poca importancia que nos sucedieron en el viaje. Llegamos a Barcelona en veinte días. Fuimos recibidos de Marco Antonio y Estela, al paso que deseados.

Avisaron a mi hermano de mi venida; y, mediando intercesores amigos, se reconcilió con nosotros y nos entregó liberal la parte de nuestra herencia, que, aunque dividida en tres, fue suficiente para acreditar me por rica. En estas diligencias, y otras que de industria voy abreviando, gastó don Juan mes y medio. Y, habiendo dos años y medio que le perdió Toledo, volvió a sus ojos (a costa de los nuestros, tristes sin él) con el gozo y aplauso de sus amigos y naturales, que veo, y con la seguridad de sus recelos, y premio de la firmeza de su esposa, que merecieron amores tan dificultados y, por el consiguiente, de tanta estimación. No le acompañó Marco Antonio, por impedirlo la preñez de

Estela, pero prometió partir en su seguimiento luego que saliese a luz el fruto que esperaban.

»Pocos días nos dio la Fortuna de vacaciones, pues a los quince de la ausencia de don Juan, cuando con más quietud gozábamos mi esposo y yo el fruto de tantos trabajos, vino a Barcelona mi hermano menor desde Malta; que, heredando la severidad de mi padre, se dio por agraviado de que, mientras él vivía, se atreviese contra su voluntad a intitularme mi esposo don Dalmao, y se posesionase, sin su permisión, de la parte de mi herencia. Espiábale con secreto cada día, hasta que uno que supo estaba fuera de la ciudad, tres leguas de ella, le asaltó ayudado de dos criados. Pero, aunque hizo lo posible por ejecutar en su vida su venganza, mi esposo, con sólo un amigo y la razón que valía por mil, le hirió de una estocada, tendiéndole en tierra, no sé si muerto o en vísperas dello; y, huyendo de allí hasta salir de aquel Principado, me escribió desde el más cercano pueblo lo sucedido, avisándome que no pararía hasta Toledo, donde, en compañía de don Juan, ni temería persecuciones, ni echaría menos otra cosa sino mi presencia. Aconsejóme que, por dar lugar a la justicia, me retirase a un monasterio. Pero yo, acostumbrada a resistir semejantes desdichas y a peregrinar trabajos, me embarqué una noche secretamente, con favor de Marco Antonio, hasta Alicante, y desde allí he caminado hasta esta ínclita ciudad, donde tengo esperanzas llegará brevemente don Dalmao, y participando de la buena suerte de don Juan, y de la voluntad que en él tantas veces hemos experimentado, me aseguro tendrán fin nuestros infortunios, colgando las esclavinas y bordones en el tempo de su amistad, para eternos trofeos de su nobleza y cortesía.»

Cesó Dionisia, y celebraron lágrimas compasivas de las damas y alabanzas de los caballeros este suceso, admirando unos sus desgracias, y encareciendo otros la discreción y donaire con que tejió casos tan peregrinos, alabando la fecundidad de su memoria, y que con tanta orden contase lo que en diversos tiempos experimentó en sí misma, y oyó de las personas comprendidas en su discurso.

Púsoles fin don Juan, llevándolos a todos a un estanque cristalino y espacioso, en cuya mitad estaba artificialmente dispuesta una isleta, adornada de variedad de flores y verduras, y en ella las mesas capaces para los convidados. Pasaron a ellas por una puente levadiza, compuesta de arrayanes y murtas, que la servían de antepechos, y levantándola luego quedaron cercados de agua.

Esperando estaban todo el modo con que se les habían de servir los manjares, porque distando igualmente de tierra en la mitad del estanque, no les parecía podían venir, sin mojarse, menos que volando. Pero mientras decía don Alejo, «la primera cena a nado será ésta que haya visto el mundo», sonando todas las diferencias de instrumentos bélicos que inventó la milicia, por las cuatro partes del cristalino estanque salieron, encima de sus ondas, cuatro aparadores en forma de pirámides de jaspes, pórfidos y mármoles, y en la sustancia de madera

que, calafeteada diestramente con la mezcla de betún marineró, habían impedido que las aguas escudriñasen sus interiores. Pusiéronse, en proporción vistosa, cada uno a su esquina: y, en afirmándose en sus sitios, comenzaron a disparar un ejército de artificiales fuegos que, sin perjuicio de los que miraban, poblaron con instantáneas cometas la curiosidad del más inquieto elemento; y consumidos, prosiguiendo músicas pacíficas a sosegar el estrépito de las primeras, se cayeron envueltos en llama los cuatro capiteles de las pirámides, quedando descubiertos los aparadores: el primero, poblando sus gradas de vajillas ricas y curiosas servilletas, toallas, ramilletes y brincos, con toda la demás máquina de que se sirve la gula y el apetito; el segundo estaba proveído de todos los servicios y manjares que habían de satisfacer a los convidados; el tercero, de los postres, frutas y conservas de todas diferencias, ocupación apetitosa de las religiosas toledanas, que en esto, como en discreción, hermosura y virtud, se aventajan a cuantas en el mundo profesan su clausura. Finalmente, el último estaba bastecido de vasos tan vistosos en el artificio, como opuestos en la materia, porque allí, como en las mesas de Agatocles, se atrevían a competir el barro y vidrio con la plata y el cristal. Acompañábanle multitud de cantimploras de nieve, unas proveídas del licor Dionisio que en las comarcas de Toledo no envidia los Falernos y Surrentinos, tan decantados de Marcial; otros, de agua de canela; y los demás, del néctar con que Tajo satisface sedes y hermosea caras. Alumbrábanse todos con faroles preñados de luces que, en presidios de vidrio, se burlaban de combates del viento, aunque le hacía fresco. Cada una de estas máquinas echó, en llegando, un pasadizo adornado de varias yerbas y rosas, por donde salieron (con gusto y admiración de todos) gallardos pajes y gentilhombres que, sirviendo los principios, le dieron al banquete.

Duró tres horas, con todas las circunstancias que podían hacerle espléndido de manjares, instrumentos, poesías, motes y agudezas, hasta que fenecido, y levantadas las mesas con todos sus despojos, se cerraron las cuatro pirámides, poblando segunda vez la tercera región, a diferencia de la pasada, de infinitos y menudos pajarillos, las damas de ramilletes, y las aguas de peces, zambulléndose los artificiosos aparadores por las mismas partes que aparecieron. Dejaron despejada la isleta, satisfechos y alegres, los convidados. Y coronada, sin saber por quién, Isabela, princesa y sucesora, jurada de don Juan, y Reina del Cigarral venidero, recibió parabienes, y don Juan gracias.

Conversaron sobrecena varias y sutiles materias. Llegó por la posta el sueño; y, para recibille, volviendo a echar la levadiza puente, salieron todos, hallándole acostado en regaladas y frescas camas, en cuya compañía los cogió el alba, habiendo don Juan y Lisida cumplido la obligación de su suerte como dellos se esperaba.

CIGARRAL CUARTO

Imitaba el Aurora a la Ninfa-laurel en la velocidad con que huía atrevimientos del Sol que, acechándola risueño por las vidrieras del Oriente, la seguía, más para beberla el sudor en perlas que desperdiciaba, que con esperanza de darle alcance, cuando Isabela, más hermosa que ella, Reina de aquel día, despertando sus efímeros vasallos, en coches que les previno, los trasladó al Cigarral asiento de su jurisdicción. Era día de fiesta; y, por cumplir en ella con las obligaciones cristianas, antes que entrasen en el apacible sitio, los llevó a una ermita nueva y curiosa, que a la entrada dél hizo el dueño religioso e ilustre del dicho Cigarral, donde oyeron misa, y ocuparon en devociones parte de la mañana. De modo que, cuando entraron en su quinta, pareciéndole a la Reina tarde para representar antes de comer una comedia que les tenía, de parecer de todos se remitió para la tarde, ocupando lo que faltaba de la mañana en músicas y bailes.

Y ya que el calor los convidaba a pasatiempos de más sosiego, entoldado un jardín, pedazo del de Adán –cuyas paredes se vestían de doseles de naranjos y limones, pegados con ellas, que servían de escalas a jazmines, parras y nueces, con que, sin dejar blanco en sus piedras, pudiera causar envidia a los sitiados más soberbios–, les ofreció asientos. E Isabela, en el más eminente, mandó que por su orden fuesen todos diciendo los versos que tuviesen en la memoria, aunque a diversos propósitos, comenzando desde don Lorenzo, que estaba casi a su lado; el cual, obedeciendo, dijo:

–«Esta Canción acaban de enviarme de Madrid, a los desposorios por poderes de dos títulos, estando el esposo ausente. Leyéndoosla cumpliré con mi obligación y el deseo del poeta, que es lograr sus estudios en tan discretos oyentes.»

CANCIÓN

Con más cambiantes que soberbia peina
de Juno el ave, si doradas plumas
ojos un tiempo de Isis veladores,
la toda lenguas, de los tiempos reina,
cristales rompe, multiplica espumas,
exhala aromas y produce flores;
y, emulando esplendores
que al sol hacen injuria,

de la española Menfis vuela al Turia,
mensajera sutil de Manzanares
(si no con caduceo con talares)
tan bizarra, que agravia
al poético pájaro de Arabia.
Recíbela festivo; y en vez de ovas
vestido el cano padre de esmeraldas,
de sus ninfas convoca el sacro coro
que dejando las lúcidas alcobas,
brillantes piedras, orla de sus faldas,
recaman telas y entretejen oro;
ostentando el tesoro
que oculta en sus cristales,
en un trono de perlas y corales
(sitial agora, si otras veces carro)
sentándose festivo, si bizarro,
al bien que ya barrunta
albricias manda y la ocasión pregunta.
-«Una nieta (responde la que anuncia
las nuevas enemigas del silencio)
tienes, ¡oh, sacro Turia!, en Carpetania,
hija del claro espejo que entre juncia,
espadaña y verbena, reverencio,
néctar que bebe Apolo y brinda Urania.
Desde la griega Albania
hasta donde a Faetón llora y sepulta
la adusta plebe, con piedad, si inculta,
no honró Naturaleza, diestro Apeles,
en otro igual desvelo sus pinceles,
pues en ella procura
hipérboles mostrar de la hermosura.
»Progenitor de su belleza suma
es el Vice-Filipo, que deroga
del interés la vil jurispericia,
y de Areópago laureó la pluma
porque cedan las armas a la toga,
merecido blasón de su justicia;
la universal noticia
de leyes autorizan su nobleza,
de la corona de Aragón, cabeza,
a quien si el ciego Vates alcanzara
Illiades de Aquiles dedicara,
y el Macedón monarca

ofreciera del rey Asirio el arca.
«El nácar donde amor perlas congela
madre, que en ésta cifra su tesoro,
es la Egeria de nuestro español Numa,
que no porque Penélope y su tela
guarden al griego el conjugal decoro,
la aguja basta a entorpecer la pluma.
Eternizar presume
tres Corinas la Fama en sus historias,
a quien Píndaro ofrezca tres vitorias,
que si dio la primera, en Grecia, a Tebas
nuevos blasones y murallas nuevas,
no ya de augustas ramas
Apolo ceñirá sus Epigramas.
«Invente la otra el dórico poema,
y Ovidio alabe a la tercera en versos,
dando a los suyos célebre renombre,
de Cleubolina la elocuencia extrema
canten los jeroglíficos diversos
sus enigmas, porque al mundo asombre,
Safo, en Lesbos, dé nombre,
a los sáficos versos que hasta agora
la Iglesia canta y honran a su autora,
y eternamente Alpaida y Anastasia
ilustren, una a Europa y otra al Asia,
pues no hay difícil trance
que, si le intenta, una mujer no alcance.
»Pero ésta, ilustre más que todas ellas,
que sin mapas, esferas, y astrolabios,
del cielo sus estudios hace dignos,
orbes midiendo y numerando estrellas,
por discípulos tiene a los más sabios,
residenciando con el Sol sus signos;
los astros que, benignos,
influyen sus divinos pensamientos,
la revelan sus leves movimientos;
y del milesio Tales cada día
aventaja la oculta Astrología,
juntando su elocuencia
a la hermosura, la nobleza y ciencia.
»De aquestos dos principios (que en un nido
lazo de amor son uno indivisible)
este milagro célebre procede;

y por eternizar contra el olvido
su prosapia (sin nietos imposible)
un sol buscaron que su casa herede;
rendir sus flechas puede
el que a Pitón ostentativo enseña,
al que sobre el Oriente de Cerdeña,
si el mundo padeciera más diluvios,
pudiera restaurar con rayos rubios,
y ver en su grandeza
competir la hermosura y la nobleza.
»Conformáronse, en fin; que la Fortuna
propicia, aunque envidiosa, en yugo leve
juzgó igual de tal dicha a su consorte,
y el Sol enamorado desta Luna,
ausente della a desposar se atreve,
mandando Amor que su pesar reporte.
Amaneció la Corte
a ver la novia y a gozar la fiesta
tan bizarra, tan bella y tan compuesta,
que en gracia y nombre de los dos amantes
lo menos que arrastró fueron diamantes,
mostrando en su riqueza
grandes de España y grandes en belleza.
»Damas y caballeros, en la gala
Venus y Adonis, si en la vista soles
a honrarse, con honrar los novios, llegan,
y hecho cielo en la tierra la gran sala,
serafines de amor, aunque españoles,
alumbran almas, cuando cuerpos ciegan;
en agua aromas riegan,
andando allí tan pródigo el contento
que es Alejandro Midas avariento,
y en galas, trajes, joyas y bordados,
a los dueños se igualan los criados,
que en lee de lo que medran
diamantes pienso que hasta el suelo empiedran.
»Del monarca metal honran sus barras
en campo de rubís los que el Senado
a Mantua pasan, que celebra Roma,
que entre hermosuras del amor bizarras
autorizan las canas, si el nevado
puerto de la vejez abrilés doma.
La cándida paloma

a dar la mano vergonzosa llega
(por medio del pacífico colega
que en toga, merecida, de escarlata,
del tiempo esmalta la peinada plata)
al Salomón prudente,
por quien celebra España a Benavente.
»Del dichoso marqués fue sustituto,
que a quien Filipo su gobierno fía
bien pudo Villasor fiar su esposa:
y al pronunciar el sí, de amor tributo,
nuevos rayos del sol dieron al día
grana entre nieve, de la Aurora hermosa.
La corte generosa,
«feliz mil veces» esta boda llama.»-
Esto al Turia contó la leve Fama;
y él gratulando su vejez prolija,
soberbio con la honra de tal hija,
-«¡Vivan siglos dorados
(dijo) los venturosos desposados!»

Seguíase, después de don Lorenzo, don Fernando; y, por cumplir con su vez, dijo esta glosa:

(AJENA)

¿De qué sirve, ojos serenos,
que no me miréis jamás?
De que yo padezca más,
mas no de que os quiera menos.

(PROPIA)

Con ser señor absoluto
Amor, a quien dan despojos
el hombre, el ave y el bruto,
luego que vi vuestros ojos
el mío os pagó tributo.

Ya sirve a dueños ajenos,
pero no ha venido a menos,
pues con ser tan gran señor,
sólo se precia mi amor
de que sirve ojos serenos.

Por esclavo un rey tenéis,
y a mí con él, que os adoro;
mas, ojos, no os enojéis,
que con mi amor niño lloro
de que airados me miréis.
¡Basta, ojuelos, no haya más!
¡Favorecedme al compás
que yo vuestros rayos sigo,
porque es terrible castigo
que no me miréis jamás!

Pues traigo vuestra S y clavo,
ojos, tratadme mejor,
y advertid que en cualquier cabo
suele pesarle al señor
que se le muera su esclavo.
Vuestro rigor vuelva atrás,
pues no os ofendí jamás,
y acábense estos enojos,
si no es que gustáis, ¡mis ojos!,
de que yo padezca más.

Que si en esto os doy contento,
tendré, penando, por justo
dar tratos al sufrimiento,
pues, como vos tengáis gusto,
gloria será mi tormento.
¡Dadme muerte, ojos morenos,
(cruelles, aunque serenos)!
Serán causa vuestros tratos
de que os llame más ingratos,
¡mas no de que os quiera menos!

Anarda, que estaba a su lado, sin aguardar a que se lo mandasen, prosiguió con este soneto:

Compárase a la muerte una partida
porque es el mal mayor que dan los cielos
(si no es peor la ausencia y sus desvelos
que el acabar tormentos con la vida).
Ausente estoy de quien de mí se olvida,
y si el estallo aumenta desconsuelos,
¿qué sentirá una ausencia que entre celos
de amor y agravios vive combatida?
Viva tu ingratitud, pues es la cosa
que agora se usa más y tú apeteces;
quedaré yo vengada, aunque quejosa.
Que tú de ingrato el nombre, al fin, mereces,
y yo, después de ausente sospechosa,
estando viva moriré dos veces.

Encomendó la Reina a Narcisa la suerte que le cabía, y respondió este soneto, que
agora diré es de un príncipe de Castilla, igual en el ingenio y en la sangre, siendo
en ésta de la mejor de Europa.

A UNA FUENTE

Risa del monte, de las aves lira,
pompa del prado, espejo de la Aurora,
alma de abril, espíritu de Flora
por quien la rosa y el jazmín respira.
Aunque tu curso en cuantos pasos gira
perlas vierte, esmeraldas atesora,
tu claro proceder más me enamora
que en cuanto en ti Naturaleza admira.
¡Cuán sin engaño tus entrañas puras
dejan que por luciente vidriera,
se cuenten las hijuelas de tu estrado!
¡Cuán sin malicia cándida mormuras!
¡Oh, sencillez de aquella edad primera!
¡Perdióla el hombre, y adquirióla el prado!

Admiraron la lisura, propiedad y concepto del epigrama cuantos le oyeron, granjeando dél deseos de conocer a su generoso artífice, que les prometió cumplir Narcisa cuando tuviese licencia para ello.

Seguíase don Alonso, y tras él fueron todos por su orden diciendo lo que les ofrecía la memoria, como se irán nombrando:

Don Alonso:

Seis veces ha dado mayo
tributo en flores al sol,
que desea ver el fruto
de su esperanza mi amor,
sin que anime este cuidado
una hora de posesión
en tanto tiempo mi dicha
y vuestro largo favor.
¡Mirad si será milagro
que el gusto conserve en flor
(en el jardín del deseo)
tanto tiempo mi afición,
y qué tal estará un alma,
que es mía y habita en vos,
sustentándola seis años
a vista sin posesión!
Bien sé yo, señora mía,
que un discreto comparó
(con propiedad y agudeza)
el amante al labrador;
y que para que éste goce
la cosecha con sazón,
compra un día de descanso
por un año de sudor.
Mas ¿qué labrador habrá
que no deje la labor
que en seis años de trabajos
no da frutos, sino yo?
Sembré al principio esperanzas
en fe que me prometió
el pronóstico del gusto
un año de bendición;

y pasados seis de penas
nunca el agosto llegó,
siendo en cosechas de amores
el agosto la ocasión.
Ya sé que responderéis
(puede ser que con razón)
que culpe mi cortedad
y no vuestra obligación,
pues cogidos los cabellos
que su frente me ofreció,
sin ver su calvo castigo
gozara vuestro favor.
Mas si el dar cinco de corto
seis años me castigó,
segundad y veréis
cuán diestro en el juego estoy.
Dueño mío, no haya más;
dad fruto como dais flor,
que se nos va todo en flores
y yo acabándome voy.

Don Miguel de Monsalve:

A UNA DESPEDIDA

A ejemplo de Alejandro, la violencia
de mis desgracias hoy deshacer pudo
por medio de la espada de la ausencia,
del alma y vida (no de Gordio) el nudo,
ya el potro de mis celos la impaciencia
al sufrimiento muestra, que desnudo
amenaza temores y desvelos,
¡pues no hay tormento como ausencia y celos!
Gerarda, si es la muerte despedida
del cuerpo y alma, y de la misma suerte
en vísperas estoy de tu partida,
las vísperas celebro de mi muerte;
contigo parte el alma que es mi vida,

y así el alma y la vida que, a no verte,
se parte, y tu hermosura considera,
no es partida mi muerte, sino entera.
Pero si es piedra-toque en que el decoro
pruebe amor y el valor de la firmeza,
los quilates verás que ha dado al oro
de mi memoria tu sin par belleza.
¡Pártete, luz hermosa, en quien adoro!
Probarás, con partirte, la nobleza
de mi invencible amor, y que ha mentido
quien dijo que la ausencia causa olvido.

Doña Petronila:

Tal vez el cazador el arco afloja,
porque descansa un poco, y con más brío
(volviendo a amenazar el aire frío)
con más valor la flecha alada arroja.
El Sol esconde la madeja roja,
porque en su ausencia (como el amor mío)
el prado se marchite y llore el río
por ver que su cristal de luz despoja.
Si aflojaron de Amor el arco celos,
fue para hacer mejor después el tiro,
pues no le quiebra aunque le desadorna.
¡Vuelva tu sol a dar luz a mis cielos,
que el tiempo que sin verte estoy suspiro,
pues no huye, en fin, aquel que a casa torna!

Sirena:

Penetra Amor como invisible fuego,
pues sin ofender ojos alma pasa;
pero no es fuego Amor, que el fuego abrasa
y amor me yela a mí cuando a él me llego.
Ciego se pinta, mas tampoco es ciego
quien en la vista ha puesto corte y casa;

llámase dios sin límite ni tasa,
pero mal será dios quien en fee es griego.
No es nada, en fin, Amor; y así no hace
a nadie bien ni mal, ni causa efetos,
ni con penas o gustos satisface.
Es un humor discreto en los discretos;
pero en los necios, necio, porque nace
a la medida Amor de los sujetos.

Don Nuño:

(AJENA)

Mil cercos doy a mi pecho
a ver en qué te he agraviado,
y si no es haberte amado,
otra ofensa no te he hecho.

(PROPIA)

En la batalla de Amor,
donde van desordenados
huyendo de su rigor
mis penas, que son soldados,
y el capitán, mi temor,
tu memoria asiento ha hecho
en mi pecho, y satisfecho
del valor de tu belleza,
por ser él la fortaleza
mil cercos doy a mi pecho.

Pongo al muro ardiente escalas,
y asestando Amor mis tiros
por derriballe las alas,
son las piezas mis suspiros,
y mis congojas las balas.
Pero de guerras cansado
vuelve luego mi cuidado,

y Amor, a quien da tributo,
viene cual juez absoluto
a ver en qué te he agraviado.

Hace proceso en presencia
de tu divina beldad,
y aunque en mi favor sentencia,
condena a mi voluntad
porque le hizo resistencia.
Ningún delito en mí ha hallado
(puesto que estoy condenado)
si no es, hermosa señora,
contemplarte cada hora,
y si no es haberte amado.

Si con esto satisfaces
tu enojo, que me destierra
del cielo, y Luzbel me haces,
acábase ya la guerra,
cesen quejas, haya paces;
que si no es darte mi pecho,
alcázar fiel aunque estrecho,
y de mis dichas teatro,
donde ciego te idolatro,
¡otra ofensa no te he hecho!

Don Juan:

¡Cuán envidiosa, dulce prenda mía,
el alma, de sus mismos pensamientos,
juzga por siglos largos los momentos
que no goza los rayos de tu día!
Ellos que vuelan por la esfera fría
usurpando las alas a los vientos,
en la fruición de su beldad contentos
dan flor a mi esperanza, aunque tardía.
¡Oh mar! ¡Oh montes! ¡Oh prolija tierra!
Impedimentos sois de mi ventura,
mientras ausente peno y amo loco.
Mas si la paz es premio de la guerra,
¡sufrid por merecer tanta hermosura,
alma, que nunca mucho costó poco!

Doña Gracia:

¿Qué confusión de estrellas, qué influencia
eclipsada y oscura juntó el cielo
cuando a la primer cárcel rompí el velo
que de mi centro fue circunferencia?
Simbólica deidad, si toda ciencia
es certidumbre y vos sois en el suelo
fuego que alumbra, ¿cómo en vos me yelo,
y os hallo oscuridad y no evidencia?
Si Floriso me quiere, es por rodeo
y equívocos, que agora dificulto,
amándome en enigmas quien no veo.
¡Amor, salid a luz, no andéis oculto,
que no sé yo (aunque versos cultos leo)
que haya también amor crítico y culto!

-«A un galán escribí el otro día (dijo don Melchor, llegándole su vez) estas
décimas. Tenía una nube en un ojo; pero tan registrador con el otro de
hermosuras, que no perdonaba a ninguna de su barrio.
Las décimas son éstas:

Don Melchor:

Monóculo enamorado,
trasunto español de Esopo,
puesto que en los ojos, topo,
Argos lince, en el cuidado:
a las damas que has aojado,
la más bella darme quiso
de tus desvelos aviso,
y entre las señas que dio
de ti, que eras me avisó
antípoda de Narciso.
En ser la esfera del fuego
que entre suspiros exhalas,

dicen que al Amor te igualas
si no en lo lindo, en lo ciego;
que me respondas te ruego:
¿quién hay que te certifique
que haya quien por ti se pique,
si anda en tan necia conquista,
en crepúsculo tu vista
con sólo un ojo meñique?
¿A quién no darás enojos
tú, que, sin ser blanco y rubio,
prometes otro diluvio
con tanta nube en los ojos?
¡Si como traes los antojos
en el gusto, los traeras
en el rostro, aún encubrieras
la fealdad que nos promete
cara con sólo un ojete,
y ése cercado de ojeras!
Estima la maravilla
con que en ti la suerte fragua:
ojos pasados por agua
con sus niñas en tortilla;
que a quien los tiene, mancilla
por las nubes que les dan
poca vista y mucho afán.
Puedes decir, con razón,
que en fe de que niñas son
en los pañales se están.
Deja, cíclope cruel,
de dar al amor enojo,
que aún no es digno aquese ojo
de que te asientes sobre él;
mas si dando en cascabel
tomas la pena a destajo
de tanta ronda y trabajo,
pues no es ojo ése de rúa,
haz que te suba una grúa
en su lugar el de abajo.

Riéronse tanto del donaire con que don Melchor (sazonado en todo) recitó las décimas, como dela agudeza de sus motes. Y entretanto, Lisida, templando una

vihuela de arco, que mandó la previniesen para cuando llegase su ocasión, cantó así:

Lisida:

Ligero pensamiento
de amor, pájaro alegre
que vistes la esperanza
de plumas y alas verdes:
Si fuente de tus gustos
es mi adorado ausente,
¿dónde amoroso asistes?,
¿dónde sediento bebes?
Tu vuelta no dilates
cuando a sus ojos llegues,
que me darán tus dichas
envidia si no vuelves.
¡Pajarito que vas a la fuente,
bebe y vente!
Correo de mis quejas
serás, cuando le lleves
en pliegos de suspiros
sospechas impacientes.
Con tu amoroso pico,
si en mi memoria duerme,
despiértale agraviado,
severo le reprehende,
castígale descuidos,
amores le agradece,
preséntale firmezas,
favores le promete.
¡Pajarito que vas a la fuente,
bebe y vente!

Así cantaba Clori,
y el viento corrió leve,
que en competencias tales
discreto fue en correrse,
y por acompañarla,
su voz hace que temple

los tiples de las hojas,
los bajos de las fuentes.
Regálala amoroso
besándola claveles,
y Clori agradecida
prosigue desta suerte:

¡Ay, pensamiento mío,
qué dello te detienes!,
¡qué ligero que partes!
¡con qué pereza vuelves!
Celosa estoy que goces
en propiedad aleve
las glorias que me usurpas,
la ardiente sed de velle.
Si acaso de su boca
el puro aliento bebes,
que vierten sus palabras,
y hurtalle algunas puedes.
¡Pajarito que vas a la fuente,
bebe y vente!
¡bebe y vente!

Regalándose estaban las almas por los oídos con las endechas de Lisida, cuando entró don Dalmao en traje de peregrino, que guiado de los criados de don Juan no quiso dilatar los deseos de verle, ni él pudo dejar, en conociéndole, de poner fin al ingenioso entretenimiento, levantándose a recibille con el corazón en los brazos y el alma en la lengua. Y si don Juan, por ser solamente su amigo, hizo tales demostraciones, dellas podéis conjeturar las de Dionisia, no sólo mitad de su vida, pero su alma entera. Doblósele el contento a su esposo de hallarla allí, haciendo nuevos empeños su voluntad a las finezas que en la de Dionisia reconocía. Como todos sabían sus sucesos, y así por la compasión dellos, como por lo que su esposa había granjeado con su discreción y hermosura, en las voluntades de los generosos toledanos fue universalmente recibido de la suerte que si hubiera la amistad gastado muchos años de conocimiento, principalmente de la laureada Isabela, que dijo era ya imposible no llevar la ventaja la suerte de su Cigarral entre todos, pues la había tenido tan buena que la autorizase tal huésped, y en él tuviesen fin los sobresaltos y desdichas de la catalana hermosa.

En amigables reconocimientos y cortesías pasaron lo que quedaba de la mañana, satisfaciendo a todos de que su enemigo o su cuñado (que las más veces todo es

uno) no quedaba muerto (según había sabido en el camino) aunque sí peligroso, y de que el haber llegado después de Dionisia había sido por haberse detenido en Madrid, haciendo un propio a Marco Antonio, fuera de que el viaje por agua, cuando es próspero, gana muchas leguas al de tierra.

Llegó la hora de comer. Y llevándolos con músicas alegres y entretenidas a las mesas, compitieron en ellas el abundancia y el artificio, leyendo de ostentación, y quedando los juicios indiferentes, aunque admirados. Regocíjoles por sobre comida una máscara de matachines que con ridículas mudanzas y mimos se remató en un ingenioso juego de manos, inventor de nuevas tropelías.

Durmieron la siesta los que quisieron, aunque fueron pocos, porque iban bajando de la ciudad muchas damas, y caballeros amigos, a la fama de la comedia y de los que la representaban –que eran de los más mozos y principales de aquel festivo concurso–, y fue forzoso el dejar, por recibillos, desacomodado al sueño.

Apartáronse de todos don Juan y don Dalmao, Lisida y Dionisia, y trataron despacio de sus acaecimientos, asegurándoles los generosos toledanos que mientras la Fortuna no les alzase el destierro de su patria, tendrían aquélla por propia, y su casa y hacienda por herencia, sin que en la dispensación della hubiese diferencia sobre cuál de los cuatro era su dueño. Pagó estas ofertas Dionisia a Lisida en abrazos y lágrimas agradecidas, y don Dalmao a don Juan en nobles reconocimientos, gastando en esto y otras conversaciones de gusto todo el tiempo que el Sol en el de su peregrinación por nuestro hemisferio, llamándolos (cuando se iba a poner) para la comedia, que quisieron se representase en el jardín donde comieron, comenzándola de día, para que con tiempo pudiesen los forasteros volverse a sus casas. Sentados estaban todos, y estudiando las flores nuevas hermosuras en las bellezas de sus huéspedes, cuando habiendo hecho lugar a Lisida, a don Juan, y sus dos amigos, salieron los cantores, en número, voces, tono y letra célebres, y tras ellos don Melchor a echar la Loa, que por ser en alabanza de las bellezas presentes, y decirla él con tanta destreza, se llevó la de todos. Siguióse el Baile, regocijado, artificioso y honesto, y después dél la comedia, que fue la que se sigue: «Comedia famosa de Cómo han de ser los amigos...»

La sazón y destreza de los recitantes, las galas con que se adornaron, y la fama que ya la comedia tenía ganada en toda España, fue tan a gusto del apacible auditorio, que no halló otra falta sino el que durase tan poco.

–«Entretenidas dos horas (dijo don Melchor) tiene el entendimiento en una comedia cuando es buena.»

–«Martirio de tres o treinta padece el alma (replicó don García) cuando es mala.»

-«Decís la verdad (respondió don Melchor), y la diferencia que yo hallo en esos dos encontrados poemas es la que hace el sabio entre la conversación del necio y el discreto, que si la una satisface y entretiene, la otra atormenta y martiriza.»

-«Muchas comedias (dijo don Alejo) han corrido con nombre de disparatadas y pestilenciales; que, siendo en sí maravillosas, las han desacreditado los malos representantes, ya por errarlas, ya por no vestirlas, y ya por ser despropositados los papeles para las personas que los estudian; las cuales, después que caen en otras manos, o más cuidadosas o más acomodadas, vuelven a restaurar, con el logro, la fama que perdieron.»

«La del Vergonzoso en palacio (dijo don Juan) pasó por esos naufragios; que no pareciendo en la Corte, como merecía, en poder del mejor autor y representante destos tiempos -porque ni sabía el papel, ni eran a propósito sus años para la vergüenza y cortedad primeriza que en materia de amores trae de ordinario consigo la juventud-, después, en las demás compañías (que hubo pocas que no la representasen) ganó renombre de las mejores de su tiempo.»

-«Tres causas hallo yo (dijo don Melchor) que todas juntas y cada una de por sí echan a perder un estudio tan digno de no malograrse. La primera es un vituperio del poeta que, o no sabe trazarla, o escribe impropiedades tan indigestas que, revolviendo el estómago al sufrimiento, provocan a silbos y vituperios. Yo conozco uno de los más corpulentos, y no de los más dignos, que en una comedia sacada de un Flos Sanctorum, en romance -cuyo argumento fue la vida de uno de los Jueces de Israel-, se dejó decir, entre ciertas promesas que el gracioso hacía a no sé quién, «que le traería el turbante del gran Sofí». ¡Mirad qué gentil necedad, profetizar un pastor los Sofíes, que vinieron a Persia más de mil años después del nacimiento de Cristo!»

-«¿Tragaría el vulgo (dijo don Vela) con todo el aplauso y risa imaginable la turbantada que le dio el poetón?»

-«Como esas zarandajas caben en el buche (respondió él) de la ballena plebeya, llaman a la Tarasca «traga-caperuzas», ¿y no queréis vos que el poblado trague turbantes?»

-«¡Yo se le colgara después de muerto (acudió don García) sobre su tumba, como capelo de cardenal graduándole de presumido, no con borla, pero con borlas!»

-«La segunda causa (prosiguió don Melchor) de perderse una comedia, es por lo mal que le entalla el papel al representante. ¿Quién ha de sufrir, por extremada que sea, ver que habiéndose su dueño desvelado en pintar una dama hermosa,

muchacha, y con tan gallardo talle que, vestida de hombre, persuada y enamore la más melindrosa dama de la corte, salga a hacer esta figura una del infierno, con más carnes que un antruejo, más años que un solar de la Montaña, y más arrugas que una carga de repollos, y que se enamore la otra y le diga: «¡ay, que don Gilito de perlas!, ¡es un brinco, un dix, un juguete del amor!»?»

-«En esa ocasión (dijo don Lorenzo) castigar podrían por vagamundos cuantos pepinos pueblan muladares, si no la sacasen colores a la cara, ya que no se las sacó la vergüenza.»

-«Pues, ¿qué haciérades vos (prosiguió) si viédes enamorar a una infanta un hombrón, en la calva y barriga segundo Vespesiano, y, decirle ella amores más tiernos que rábanos de Olmedo?»

«¡Sacárale yo a ése por alquitara (respondió) y quedara en la disposición acomodada para ese papel con una cabellera postiza!»

-«¿Y si este tal (volvió a decir don Melchor) haciendo a un emperador, saliese vestido como un Gómez Arias, y queriendo dar un asalto a una fortaleza, subiendo por una escalera a vista de todos, le viédes la espada desnuda y subir con chinelas?»

-«¡Díraselas yo a comer (respondió) como el otro señor a su zapatero, guisadas!»

-«Pues lo más intolerable (prosiguió) es ver errar los versos por instantes, estropeando pasos que merecieran, a recitarlos con fidelidad, suma veneración.»

-«Sabed (dijo don Fernando) que después que se usan representantes, no ha menester el Pegaso de Apolo herradores, porque ellos hacen ese oficio clavándole por puntos. Pero castigáralos yo en la costa, como albéitares que mancan las cabalgaduras.»

-«Ahora, señores, bueno está de murmuración (dijo la Reina). Emplead esos aceros en la cena que os llama, y dejad a los pobres, que harto hacen -guardando en la memoria un proceso de papeles de cincuenta comedias- en no pasarse en el tablado de un dicho a otro, como delincuente entre dos jurisdicciones.»

Obedecieron todos, aumentándose los convidados que de la ciudad quisieron quedarse aquella noche, porque la prevención de la hermosa Isabela a todo se extendía, y la cena era tan abundante, que pudo formar quejas de que no fuesen más. El último plato que se sirvió fue una corona, en una fuente de plata, para don Fernando, que le puso en la cabeza su antecesora. Trújola un viejo venerable,

vestido de ropas rozagantes, bordadas de verdes ovas, cristales y granos de oro, coronado de azucenas y espadañas, que representaba al padre Tajo; y, agradecido a la honra que le hizo cuando fue mantenedor en el torneo, celebrado en su diáfana palestra, le guardó para esta ocasión, en premio, la misma corona, que defendió gallardo. Diéronle todos el parabién. Y, acompañándole con festiva majestad hasta su hospicio, se retiró cada cual al suyo, acomodándose en uno Lisida y Dionisia –que ya se amaban íntimamente–, y en otro, don Juan y don Dalmao, que hasta el sueño se desazona, si no le acompaña la amistad.

CIGARRAL QUINTO

Dos horas antes que el alba abriese las ventanas de cristal para despertar al Sol, habían todas las damas comprendidas en la fiesta de nuestros Cigarrales (con permiso del nuevo Rey) trocado las camas por los juguetones cristales del Tajo, deseosas de ahogar el calor, que atrevido las descomponía, en los brazos de sus diáfanos raudales, yendo a visitarlos en coches al conocido sitio que llaman de «las Azudas» donde más comunicables, y menos peligrosas las corrientes del caudaloso río, les previno linfas serviciales que, a puros besos, refrescaron alabastros y recrearon hermosuras. Bañáronse todas, hasta que el Sol, deseoso de ver lo que la noche se alababa de retozar, salía presuroso por cogerlas de repente; y saliera con su diligencia, si no las avisara la parlera Aurora, por medio de las aves; previniéndose con tanto tiempo que, cuando él se despeñaba de los montes, ya ellas, guardando enfundar pedazos de cielos, habían desamparado relicarios de cristal, y en la huerta de la Encomienda motejaban de dormilones a sus amantes, pues por descuidados habían perdido tan buena coyuntura.

Recibíólas don Fernando, y recreó, con conservas y confitura, los alientos, que siempre sacan de los baños afilado el apetito. Llevólos a todos, después desto, a un soto ameno, y privilegiado del sol, hecho a mano de toda la diversidad de agradables árboles, con asientos de olorosas yerbas, alrededor de una fuente artificial, centro de aquella circunferencia, hermosa, y coronada de unos y otros. Impuso a don Melchor refiriese la Novela que le había ofrecido el pasado día, pues del ingenio y sazón con que recreaba en todas materias a sus aficionados, se prometía un apacible entretenimiento, que divirtiese las horas que faltaban hasta las de la comida; el cual, obedeciendo comedido y disponiéndose risueño, comenzó así:

Novela

«En Madrid –hija heredera emancipada de nuestra Imperial Toledo, que habiéndola puesto en estado, y casado sucesivamente con cuatro monarcas del mundo (uno, Carlos Quinto, y tres Filipos), agora que se ve Corte, menos cortesana y obediente que debiera, quebrantando el cuarto mandamiento, le usurpa, con los vecinos que cada día le soborna, la autoridad de padre tan digno de ser venerado– vivían pocos tiempos ha tres mujeres hermosas, discretas y casadas; la primera, con el cajero de un caudaloso ginovés, en cuyo servicio ocupado siempre, tenía lugar de asistir en su casa, solamente los medios días a comer y las noches a dormir; la segunda tenía por marido a un pintor de nombre que, en fe del crédito de sus pinceles, trabajaba, más había de un mes, en el retablo de un monasterio de los más insignes de aquella Corte, sin permitirle sus tareas más tiempo para su casa que al primero, pues las fiestas, que daban treguas a sus estudios, eran necesarias para divertir melancolías que la asistencia contemplativa deste ejercicio comunica a sus profesores, y la tercera padecía los celos y años de un marido que pasaba de los cincuenta, sin otra ocupación que de martirizar a la pobre inocente, sustentándose los dos de los alquileres de dos casas razonables que, por ocupar buenos sitios, les rentaba lo suficiente para pasar, con la labor de la afligida mujer, con mediana comodidad, la vida.

»Eran todas tres muy amigas, por haber antes vivido en una misma casa, aunque agora habitaban barrios no poco distantes; y, por el consiguiente, los maridos profesaban la misma amistad, comunicándose ellas algunas veces que iban a visitar a la mujer del celoso; porque la pobre, si su marido no la llevaba consigo, era imposible poderles pagar las visitas, y ellos los días de fiesta, o en la comedia o en la esgrima y juego de argolla, andaban de ordinario juntos.

»Un día, pues, que estaban las tres amigas en casa del celoso, contándoles ella sus trabajos, la vigilancia impertinente de su marido, las pependencias que le costaba el día que salía a misa; que, con ser al amanecer y en su compañía, aun de las puntas del manto, porque la llegaban a la cara, tenía celos; y ellas, compadeciéndose de sus persecuciones, la consolaban. Habiendo venido los suyos, y estando merendando todos seis, concertaron para el día de San Blas, que se acercaba, salir al sol y a ver al Rey, que se decía iba a Nuestra Señora de Atocha aquella tarde; y por ser un día de Jueves de Compadres, llevar con qué celebrar, en una güerta allí cercana, la solemnidad desta fiesta que, aunque está en el calendario, se solemniza mejor que las de Pascua, habiendo hecho no poco en alcanzar licencia para que la del celoso necio se hallase en ella.

»Cumplióse el plazo y la merienda, después de la cual, asentadas ellas al sol, que lo hacía apacible, oyendo muchas quejas de la malmaridada, y ellos jugando a los

bolos, en otra parte de la misma güerta, sucedió que, reparando en una cosa que relucía en un montoncillo de basura, a un rincón della, dijese la mujer del celoso:

-«¡Válgame Dios! ¿Qué será aquello que brilla tanto?»

»Miráronlo las dos, y dijo la del cajero:

-«Ya podría ser joya que se le hubiese perdido aquí a alguna de las muchas damas que se entretienen en esta huerta semejantes días.»

»Acudió solícita a examinar lo que era la pintora, y sacó en la mano una sortija de un diamante, hermoso y tan fino, que a los reflejos del sol parece que se transformaba en él. Acodiciáronse las tres amigas al interés que prometía tan rico hallazgo; y, alegando cada cual en su derecho, afirmaban que le pertenecía de justicia el anillo. La primera decía que, habiéndolo sido en verle, tenía más acción que las demás a poseerle. La segunda afirmaba que, adivinando ella lo que fue, no había razón de usurpársele. Y la tercera replicaba a todas que, siendo ella quien le sacó de tan indecente lugar, hallando por experiencia lo que ellas se sospecharon en duda, merecía ser solamente señora de lo que le costó más trabajo que a las demás.

»Pasara tan adelante esta porfía, que viniendo a noticia de sus maridos pudiera ser ocasionaran en ellos alguna pendencia, sobre la acción que pretendía cada una dellas, si la del pintor, que era más cuerda, no las dijera:

-«Señoras, la piedra, por ser tan pequeña y consistir su valor en conservarse entera, no consentirá partirse. El venderla es lo más seguro, y dividir el precio entre todas, antes que venga a noticia de nuestros dueños, y nos priven de su interés, o sobre su entera posesión riñan, y sea esta sortija la manzana de la Discordia. Pero ¿quién de nosotras será su fiel depositaria, sin que las demás se agravien, o haya segura confianza de quien se tiene por legítima poseedora desta pieza? Allí está paseándose con otros caballeros el Conde mi vecino. Comprometamos en él (llamándole aparte) nuestras diferencias, y pasemos todas por lo que sentenciare.»

-«Soy contenta (dijo la cajera); que ya le conozco, y fío de su buen juicio y mi derecho que saldré con el pleito.»

-«Yo y todo (respondió la mal casada). Pero ¿cómo me atreveré a informarle de mi justicia, estando a vista de mi escrupuloso viejo, siendo el conde mozo, y ciertos los celos, con el juego de manos tras ellos?»

»En esta confusa competencia estaban las tres amigas, cuando, diciendo que

pasaba el Rey por la puerta, salieron corriendo sus maridos entre la demás gente a verle. Y, aprovechándose ellas de la ocasión, llamaron al Conde y le propusieron el caso, pidiéndole la resolución dél antes que sus maridos volviesen, y el más celoso llevase qué reñir a casa; poniéndole la sortija en las manos, para que la diese a quien juzgase merecerla.

»Era el Conde de sutil entendimiento; y, con la cortedad del término que le daban, respondió:

–«Yo, señoras, no hallo tan declarada la justicia por ninguna de la litigantes, que me atreva a quitársela a las demás. Pero, pues habéis comprometido en mí, digo que sentencio y fallo que cada cual de vosotras, dentro del término de mes y medio, haga una burla a su marido –como no toque en su honra–, y a la que en ella se mostrase más ingeniosa, se le entregará el diamante, y más cincuenta escudos que ofrezco de mi parte, haciéndome entretanto depositario dél. Y, porque vuelven vuestros dueños, manos a la labor, y adiós.»

»Fuese el conde, cuya satisfacción abonó la seguridad de la joya, y su codicia las persuadió a cumplir lo sentenciado. Vinieron sus maridos. Y, porque ya la cortedad del día daba muestras de recogerse, lo hicieron todos a sus casas, revolviendo cada cual de las competidoras las librerías de sus embelecos, para estudiar por ellos uno, que la sacase vitoriosa en la agudeza y posesión del ocasionador diamante.

»El deseo del interés –tan poderoso en las mujeres, que la primera, por el de una manzana dio en tierra con lo más precioso de nuestra naturaleza– pudo tanto en la del codicioso cajero, que habiendo sacado, por el alquitara de su ingenio, la quintaesencia de las burlas, hizo a su marido la que se sigue:

»Vivía en su vecindad un astrólogo, grande hombre de sacar por figuras los sucesos de las casas ajenas, cuando quizá en la propia, mientras él consultaba Efemérides, su mujer formaba otras que, criándose a su costa, le llamaban padre. Éste, pues, tenía conocimiento en la de un vecino contador, y deseos no tan lícitos, cuanto disimulados, de ser su ayudante en la fábrica del matrimonio. Había la astuta cajera caládole los pensamientos. Y, aunque por ser ella tan estimadora de su honra, cuanto el amante entrado en días, se los rechazaba, quiso en la necesidad presente valerse de la ocasión y aprovecharse de sus estudios; para lo cual, mostrándosele menos intratable que otras veces, le dijo que, para cierto fin ridículo con que quería regocijar aquellas Carnestolendas, le importaba hiciese creer a su marido que dentro de veinticuatro horas pasaría desta vida a dar cuenta a Dios de la que hasta entonces había mal empleado. Prometióselo, contento de tenerla gustosa, sin inquirir su pretensión. Y mientras ella, llamando al pintor amigo, y celoso necio, concertó con ellos lo que habían de

hacer para colorear este disparate, persuadiéndolos que era para regocijarse con semejante burla en días tan ocasionados para ellas, haciéndose el astrólogo en contradicho con el ignorante cajero, que cansado de pagar letras se venía a acostar, le dijo:

-«¡Mala color traéis, vecino! ¿Sentís acaso alguna mala disposición en vos?»

-«¡Gracias al cielo (le respondió), si no es el enfado de haber contado hoy más de seis mil reales en vellón, no me he sentido más bueno en mi vida!»

-«La color, a lo menos, replicó, no conforma con vuestra satisfacción. Dadme acá ese pulso.»

»Diósele turbado el ignorante vecino. Y, arqueando las cejas con muestras de sentimiento amigable, el cauteloso embelecador dijo:

-«Vecino mío, cuando yo no haya sacado otro fruto del conocimiento de los cursos celestes, sino el que se me sigue de avisaros de vuestro peligro, doy por bien empleados mis desvelos. Para estas ocasiones son los amigos. No lo fuera yo vuestro, si no os avisara de lo que os conviene y menos cuidado os da. Disponed de vuestra hacienda y casa, o lo que importa más, de vuestra alma. Porque yo os digo, por cosa infalible, que mañana a estas horas habréis experimentado en la otra vida cuánto mejor os estuviera haber ajustado cuentas con vuestra conciencia, que con los libros de Caja de vuestro dueño.»

»Entre turbado y burlón le respondió el pobre moscatel:

-«Si este juicio sale tan verdadero como el pronóstico que del año pasado hicistes, todo al revés de como sucedieron sus temporales, más larga vida me prometo de lo que imaginaba.»

-«Ahora bien (replicó el astrólogo), yo he cumplido en esto con las leyes de cristiano y amigo.

Haced vos lo que mejor os estuviere, que yo sé que no llevaréis queja de mí al otro mundo de que no os lo avisé pudiendo.»

»Y dejándole con la palabra en la boca, echó la calle arriba.

»Turbado y confuso guió a su casa el amenazado cajero, tentándose por el camino los pulsos y más partes de donde podía temer algún asalto repentino y mortal. Pero hallándolo todo en su debida disposición, y no siendo el crédito del adivinante muy abonado, medio burlándose dél y medio temeroso, entró en su casa, y sin decir nada a su esposa, por no darla pena, pidió de cenar, que le trujo

ella diligente, habiendo conjeturado de sus acciones que ya se había dado principio a aquel stratagemata. Comió poco y mal. Y, diciendo le hiciesen la cama, se comenzó a desnudar, suspirando de cuando en cuando. Preguntóle lo que tenía, fingiendo sentimientos amorosos, la codiciosa burladora, a que satisfizo fingiendo disgustos con el ginovés, que le habían desazonado. Consolóle ella lo mejor que supo. Acostáronse, y fue aún menos el sueño que la cena, notando ella, aunque fingía dormir, cuán buenas disposiciones se iban introduciendo para el fin de sus deseos. Y, acudiendo a su ejercicio acostumbrado, fueron de suerte las ocupaciones de aquel día, que no pudo ir a comer a su casa, dándosele en la del ginovés su amo.

»Al anochecer, cuando se tornaba a su posada, estaban a la esquina de una calle, por donde forzosamente había de pasar, el Tiniente de su parroquia y otro Clérigo, con dos o tres hombres, prevenidos por el pintor a instancia de la dicha cajera, diciendo cuando llegaba cerca dellos, fingiendo no verle y de modo que pudiese oírlos:

-«¡Lastimosa muerte por cierto ha sido la del malogrado Lucas Moreno! (que así se llamaba el escuchante).»

-«¡Lastimosa (respondió el otro Clérigo), pues sin sacramentos ni otra prevención cristiana le hallaron muerto en su cama esta mañana, estando su mujer, que le amaba tiernamente, de puro dolor cerca de hacerle compañía!»

-«Lo peor es (dijo otro del corrillo), que el astrólogo su vecino afirma que se lo avisó ayer, y haciendo burla de su pronóstico, sin desmarañar las trampas que los de su oficio traen entre manos, se dejó morir como una bestia.»

-«¡Dios tenga misericordia de su alma (replicó el cuarto), que es de quien podemos tener compasión; que la viuda con dote queda, de lo que quizá él ganó mal, con que asegundar el matrimonio! Y vámonos a acostar, que hace mucho frío.»

»Iba el pobre Lucas Moreno a satisfacerse dellos, y saber si había otro de su nombre que se hubiese muerto aquel día. Pero ellos, de industria, dándose las buenas noches, se desaparecieron, dejándole con la turbación que podéis imaginar. Caminó confuso adelante, y en una calle antes de la suya halló al astrólogo hablando con el pintor, que en viéndole venir, dijo (como que proseguían la plática de su muerte):

-«¡No me quiso creer a mí cuando ayer le dije que se había de morir dentro de veinticuatro horas! Hacen burla los ignorantes de la evidente ciencia de la Astrología! ¡Tómese lo que le vino; que yo sé que es ésta la hora en que está bien

arrepentido de no haberme dado crédito!»

»Respondió el pintor:

-«Era notablemente cabezudo el mal logrado de Lucas Moreno, y no poco glotón. Debió de comer alguna fiambarrera ginovesa y daríale alguna apoplejía. ¡Dios le tenga en su gloria y consuele a su afligida mujer; que cierto que habemos perdido un buen amigo!»

»No pudo sufrirlo el confuso cajero; y, llegándose a ellos, les dijo:

-«¡Señores!, ¿qué es esto? ¿Quién me hace las honras en vida, o tomando mi forma, se ha muerto por mí? ¡Que yo bueno me siento, gracias a Dios!»

»Echaron a huir entonces todos, fingiendo espantosos asombros y diciendo a voces: «¡Jesús sea conmigo! ¡Jesús mil veces! ¡El alma de Lucas Moreno anda en pena! ¡Alguna restitución pide que hagamos de su hacienda, por la que debe de haber mal ganado! ¡Conjúrote, de parte de Dios, que no me sigas, sino que desde donde estás me digas qué quieres!»..., dejándole con esto a pique de sacarlos verdaderos, según el sobresalto que le causó tan apoyada mentira.

»Prosiguió, medio desmayado y sin pulsos, hasta cerca de su casa, y junto a ella vio al amigo celoso, que fingía salir della, y le estaba esperando para acabar de desatinarle. Hízosele contradizo y, al emparejar con él, volvió los pasos atrás, y haciéndose mil cruces, dijo:

-«¡Animas benditas del Purgatorio! ¿Es ilusión la que veo, o es Lucas Moreno difunto?»

-«¡Lucas Moreno soy! Pero no esotro, amigo Santillana (dijo el asombrado mentecato). ¿De qué os santiguáis? ¿O cuándo me he muerto yo para hacer tantos aspavientos?»

»Asíóle entonces de la capa porque no huyese. Y él, dejándose en las manos, se fue dando gritos, santiguándose y diciendo:

-«¡Abrenuncio, espíritu maligno! ¡No debo a Lucas Moreno sino seis reales que me ganó a los bolos el otro día; pero quod non ponitur non solvitur! ¡Si vienes por ellos, vende esa capa, que no quiero trabacuentas con gente del otro mundo!»

»Fuese huyendo con esto, quedando nuestro Moreno tan pasmado, que faltó poco para no dar consigo en tierra.

-«¡Alto! ¡No hay más! ¡Yo debo de haberme muerto! (decía entre sí muchas veces). ¡Dios debe de enviarme a esta vida en espíritu, para que disponga de mi hacienda y haga testamento! Pero ¡válgame Dios! Si me morí de repente, ¿cómo ni vi a la hora postrera al demonio, ni me han llamado a juicio, ni puedo dar señal alguna del otro mundo? Y si soy alma, y el cuerpo quedó en la sepultura, ¿cómo estoy vestido, veo, toco y uso de los sentidos corporales? ¿Si he resucitado? Pero si fuera así, ¿no hubiera visto o oído algún ángel, que de parte de Dios me lo mandara? Mas ¿qué sé yo de lo que se usa en el otro mundo? Puede ser que me hayan otra vez revestido de mi primera carne, y no se acostumbre allá hablar con escribanos; y como mi oficio es de pluma, tendrán por caso de menos valor tratar con gente de trabacuentas. Lo que yo veo es que todos huyen de mí y me tienen por muerto, hasta los que son mis mayores amigos, y según esto, debe de ser verdad. Pero si dicen que el más amargo trago es el de la muerte, ¿cómo no la he sentido ni me ha dolido nada? Las repentinas deben de entrarse, sin duda, por una puerta y salirse por otra, sin dar lugar al dolor para hacer su oficio. Pero... ¿si fuese alguna burla de mis amigos? Que el tiempo es acomodado para ellas, y hasta agora ninguno de los que me encuentran por la calle hace aspavientos de verme, sino ellos. ¡Válgate Dios por muerte tan a poca costa!»

»Haciendo estos discursos desvariados llegó a su casa y, hallándola cerrada, llamó con grandes golpes. La noche estaba fría y oscura, y la cavilosa mujer estaba prevenida de lo que había de hacer, y avisada de lo que había pasado. Tenía sola una criada, en casa, habiendo de industria enviado dos leguas de allí con un recado fingido a dos criados que vivían en ella. La moza era tan bellaca como su señora; y, en oyendo llamar, respondió con una voz lastimada:

-«¿Quién está ahí?»

-«¡Ábreme, Casilda!» (dijo el difunto vivo).

-«¿Quién llama (replicó) a esta hora, en casa donde sólo vive el desconsuelo y la viudez?»

-«¡Acaba ya, necia (volvió a decir), que soy tu señor! ¿No me conoces? ¡Abre, que llovizna y hace más frío del que permite este lugar!»

-«¿Mi señor? (respondió ella). ¡Pluguiera a Dios! ¡Ya le pudre la tierra! ¡Ya está en parte donde, por lo que sabía de cuentas, le habrán hecho cajero mayor del infierno (que allí todas se pagan a letra vista), si Dios no ha tenido misericordia de su ánima!»

»No pudo entonces, impaciente, sufrir tantas verificaciones de su muerte. Y así,

dando un puntapié al postigo, que no estaba para aguardar otro, quebrando la aldaba, le abrió, huyendo la criada y dando las voces que los demás que habían encontrado en la calle. Salió a ellas la mujer en hábito de viuda recoleta, fingiéndose alborotada. Y en viéndole se cayó desmayada, diciendo: «¡Jesús, que veo!» Faltó poco para no hacer lo mismo el asombrado marido, y tuvo por infalible que estaba muerto. Con todo eso, en pago de las muestras de sentimiento que en su mujer había visto, la llevó en brazos a la cama, desnudándola y echándola en ella; que, aunque lo sentía todo, se daba por medio difunta. La moza se encerró en otro aposento, disimulando la risa y vendiendo miedos que no tenía.

En fin, el pobre ánima en pena, sin averiguar si comían o no los del otro mundo, abrió un escritorio y dio tras una gaveta de bocados de mermelada, acompañándola con bizcochos y ciruelas de Génova, que ayudó a pasar con los empujones de una bota, cuya alma le había infundido la Membrilla, pareciéndole que no era tan trabajosa la otra vida, pues hallaban tal ayuda de costa los que caminaban por ella. Diose tan buena maña nuestro Lucas Moreno en fortalecer el corazón desfallecido, con el cordial remedio, que cogiéndole algo flaco y desvanecido con las ilusiones burlescas, y subiéndosele el licor de Noé, si no a las barbas, a la cabeza, se halló en la gloria de Baco, desnudándose a zancadillas y echándose al lado de la que todavía disimulaba su desmayo, y se tragaba la risa, con no poca resistencia della, que reventaba por salir. En fin, él se acostó entre desmayado y lo otro, embistiendo el sueño con aceros vinosos; que no hay tal jarabe de adormideras como el que saca un lagar. Él durmió hasta la mañana, soñando infiernos, purgatorios y glorias. Y entretanto, vinieron los burlones amigos a informarse de lo que pasaba de la criada, y celebrando la buena elección que el difunto había hecho, amortajándose por dentro, de pies a cabeza, con las telas que teje Baco.

»Amaneció (viendo que todavía estaba durmiendo su marido) la cautelosa cajera, y se levantó y vistió de gala, enviando fuera de casa el monjil viudo y las hipócritas tocas. Compuso la cara de fiesta y, volviendo a la cama, despertó al aparente finado, diciéndole:

-«¿Hasta cuándo habéis de dormir, marido mío? ¿Aún no se han dirigido los humos con que anoche os acostastes?»

»Estremecióle los brazos, tirándole de las narices, con que dando bostezos volvió en sí; y, viendo a su mujer tan compuesta, la casa de regocijo y sin los lutos y llanto de la noche pasada, admirado de nuevo, dijo:

-«Polonia, ¿adónde estoy? ¿Haste tú también muerto como yo, y en fe del amor que me tenías en el siglo, y te ha sacado dél, vienes a celebrar en este mundo nuevo segundas bodas? ¿De qué enfermedad, o cómo, salí de la otra vida? Que

¡vive Dios (si en ésta se puede jurar) que no sé cómo me he muerto, ni a qué partes me ha echado el cielo! ¿Hay camas y aposentos por acá? ¿Véndese vino y bizcochos? ¿Qué arriero me trujo a mi escritorio, que yo anoche saqué dél provisión bastante a consolar la soledad que sin ti sentía por estos países no conocidos?»

-«Buen humor (respondió la astuta fisgona) crían en vos, marido mío, las Carnestolendas! ¿Qué chilindrinas son éstas? ¡Acabad, levantaos!, que ha enviado a llamaros el ginovés dos veces.»

-«¡Luego ¿no estoy muerto ni me enterraron ayer?» (replicó él).

-«En vos, a lo menos (respondió entonces ella), debió de enterrarse anoche el alma de nuestra bota, según está de macilenta, pues decís esos disparates.»

-«Si las almas se entierran, Polonia de mi vida (volvió a decir), es verdad que anoche la hice las honras; pero ya yo lo estaba en la parroquia, lastimado el Tiniente, tristes nuestros amigos, llorando Casilda y enlutada vos.»

-«¡Acabad agora de ensartar chanzas (replicó ella); que os llama nuestro ginovés!»

-«Luego ¿también los hay acá? (preguntó él). No debo yo de estar en carrera de salvación, pues puedo ir donde habitan cambios y se hospedan trampistas.»

-«Dejémonos de pullas (dijo Polonia), y levantaos de ahí; que parece que habláis de veras, y estáis echando bernardinas.»

-«¡Mujer, por nuestro Señor (respondió Lucas Moreno), que ha veinticuatro horas que estoy muerto y no sé cuántas enterrado! Preguntádselo a Casilda, al Tiniente Cura de nuestra Parroquia, al pintor nuestro amigo, a Santillana el celoso, al astrólogo nuestro vecino, y a vos misma, viuda anoche y enlutada, y agora, a lo que imagino, muerta como yo; que, si no me acuerdo mal, anoche os llevé sin pulsos ni aliento a la cama, y os debió de costar, el espanto de verme, la vida; y sin saber cómo, de la suerte que yo estáis en ésta y no lo acabáis de creer.»

-«¿Qué tropelías son éstas, marido mío? (dijo la fingida turbada). ¿Anoche no nos acostamos buenos y sanos? ¿Qué entierros, difuntos, o otros mundos son éstos? Casilda: llámame al astrólogo nuestro vecino, que también es médico, y nos dirá lo que le ha dado a mi buen Lucas Moreno; que estas mujercillas con quien trata le deben de haber trastornado el seso.»

»No sabía qué decir el atronado marido, ni si estaba loco, muerto o vivo, ni la

mujer podía sacarle de que era espíritu que volvía a poner orden en su hacienda.

»En esto entraron los dos ayudantes de la burla; y, refiriendo ella lo que pasaba, le afirmaron –no sin reírse– de que estaba no sólo en este mundo, pero en Madrid y su casa, y que si daba todavía en su tema, pararía en la del Nuncio. Vino luego el astrólogo, llamado de la criada, y afirmó que el desvanecimiento de sus libros de Caja y cuentas le tenían barrenado el cerebro; con que él, consolado de que vivía, y airado de que le tuviesen por loco, les dijo:

–«Pues si es verdad que no estoy muerto, ¿de qué sirvieron los espantos y conjuros con que ayer huistes de mí, haciéndoos más cruces que tiene una procesión de penitentes?»

–«¿Vos me vistas a mí? (replicó el astrólogo). ¿Cómo puede eso ser si estuve encerrado todo el día en mi estudio levantando figura, sobre descubrir los ladrones de una joya de diamantes?»

–«Yo a lo menos (dijo el pintor) no salí del Monesterio donde trabajo hasta las once de la noche.»

–«Pues yo (acudió el viejo) tampoco vi ayer la calle, ocupado en despachar un propio a la Montaña, mi tierra.

–«¡Peor está que estaba! (dijo el casi loco de veras). Vos, señor vecino, ¿no me dijistes anteyer por la noche que según la mala color, los índices del pulso y pronóstico de vuestras figuras, había de morirme dentro de veinticuatro horas?»

–«¿Yo? (replicó él). Pues ha más de cuatro días que no nos vemos, ¿y agora salís con eso? Volved en vos, señor Lucas Moreno, que lo debéis de haber soñado esta noche.»

–¡Como ello sea sueño, y no pura verdad (replicó), yo haré la costa del martes de Carnestolendas, en albricias de la vida que no sé si tengo!»

–«¡Acetamos la fiesta! (respondieron todos). Y, para que os acabéis de desengañar, vestíos y vamos a oír misa a la Parroquia. Veréis lo que puede en vos la imaginación vehemente.»

»Hízolo así el incrédulo finado. Y para no cansaros, le sucedió lo mismo con los Clérigos que vio el día pasado tratar de su entierro, que con los demás amigos. Riyéronse y diéronle picones que, por no hallarse con caudal para sufrirlos, le obligaron, después de haber cumplido con el convite, a que se ausentase de Madrid a negocios del ginovés por quince días, dando en ellos lugar al olvido,

que en la Corte sepulta brevemente todos los sucesos por peregrinos que sean, dejando concertado su mujer con todos los participantes en la burla no dijese el misterio della a su marido, sino que le persuadiesen a que fue sueño, temerosa de que no hiciesen sus espaldas la costa della.

»Entretanto que nuestro cajero experimentaba ausente que estaba vivo, y se moría la fama de su entierro en sueños, no se descuidó la mujer del pintor de ejecutar la burla que tenía imaginada, envidiosa de la buena salida que había tenido la de su competidora. Para lo cual, concertándose con un hermano suyo, amigo de entretenerse a costa ajena, le envió el jueves siguiente a la plazuela de la Cebada, a que comprase una puerta, de las muchas que tales días traen a vender allí, que fuese a medida de la que en su casa salía a la calle, y por vieja pedía la jubilasen. Trújola con todo secreto, de noche. Y, escondida donde el pintor no pudiese verla, avisó al burlón hermano de lo que había de hacer, y le encerró con otros dos amigos en el sótano. Vino dos horas después su marido, quedándose en el Monesterio donde pintaba los aprendices que tenía, moliendo colores, porque se había de acabar el retablo para la Pascua y era necesario darse prisa. Recibióle Mari-Pérez (que así se llamaba la codiciosa pintora) con todo cariño y amor. Acostáronse temprano, porque le importaba el madrugar, y durmieron hasta la media noche –digo, el descuidado marido, que ella mal pudiera, preñado el entendimiento con tantas arquitecturas burlescas–, y llegada aquella hora, comenzó a dar voces y quejarse a gritos la engañosa casada, diciendo: «¡Jesús, que me muero! ¡Marido mío, mi hora es llegada! ¡Tráiganme confesión presto, presto, que me muero!», y otros extremos semejantes, que saben hacer las mujeres cuando se les antoja. Preguntábala compasivo su compañero lo que tenía, respondiendo sólo:

–«¡Jesús! ¡Madre de Dios! ¡Que me muero! ¡Confesión! ¡Sacramentos! ¡Que perezco!»

»Levantóse a las voces una sobrina que tenía en casa, a suplir los ministerios de una criada, y era partícipe en el engaño; la cual, llorando de verla así, aplicándola paños calientes a las tripas, dándola tostadas en vino y canela, y haciendo otros remedios semejantes, sin que el dolor cesase, porque la enferma no quería, hubo de obligar al desvelado Morales (que éste era el nombre del pintor) a que se levantase, harto contra su voluntad, coligiendo de la complexión que en su mujer conocía, y afirmándolo ella y la sobrina, que aquel accidente era mal de madre, ocasionado de una ensalada que había cenado, cuyo vinagre recio, y una rebanada de queso, otras veces la habían puesto en el último peligro de la vida. Riñóla de que no escarmentase de tales excesos; y ella le dijo medio ahogada:

–«No es hora, Morales, agora, de reprender lo que no se puede remediar. Vayan

a llamar a la comadre Castejona, que sabe mi complexión, y ella sola puede aplicarme con qué se me alivie este mal rabioso, o si no, ábranme la sepultura.»

–«¡Mujer mía! (respondió el afligido esposo) la Castejona se ha ido a vivir junto a la puerta de Fuencarral. Nosotros estamos en Lavapiés; la noche es de invierno y, si no mienten las goteras, o llueve o nieva. Aunque yo vaya con todas estas incomodidades, ¿cómo sabemos que se querrá levantar? La otra vez que os apretó ese achaque, me acuerdo yo que fue con dos onzas de triaca de esmeralda, caliente, en la cáscara de media naranja, y puesta en la boca del estómago. Yo iré a la botica por ella. ¡Por amor de Dios que os soseguéis, y no me consintáis hacer tan larga diligencia, pues ha de ser inútil, y yo tengo de volver con otro mal de madre, peor que el vuestro!»

»Comenzóse a quejar entonces más recio que nunca y a decir:

–«¡Bendito sea Dios, que tan buena compañía me ha dado! ¡Miren qué imposibles le pido, qué enterrarse conmigo si me muero, qué sangre de sus brazos, qué desperdicios de su hacienda, sino que me llame a una comadre a costa de mojarse un par de zapatos! Ya yo sé que deseáis vos renovar matrimonio, y que a cada grito que doy, dais vos una cabriola en el corazón, y por eso excusaréis cualquiera diligencia que estorbe vuestros deseos y mis dolores. Volved a acostaros, sosegad y dormid; que, si yo me muriere, declarado dejaré que me distes solimán en la ensalada de anoche.»

–«¡Mujer, mujer (respondió el marido), menos libertades; que no tienen los males de madre exenciones de atrevimientos, y podrá ser que con un palo os trasiegue el dolor desde las tripas a las espaldas!»

–«¿Palos a mi señora tía? (dijo la doncella taimada). ¡Malos años para vuesa merced, y para quien no le sacara los ojos primero con estas uñas!»

»Iba el pintor a que pusiese la postura a no sé cuántos pretinazos la sacudida moza –que excusó huyendo; y, dando mayores gritos, con alharacas mortales, volvió a pedir la doliente– ¡Confesión, comadre, sacramentos! ¡Que me muero! ¡Ay, que me han dado rejalgar! ¡Jesús! ¡No, no es este mal de madre, sino mal de marido!»

»Temió alguna burla más pesada de la que sin saberlo le comenzaban a hacer, el enojado Morales, y que, si se moría dejando fama que él la había hecho la costa, era echar la sogá tras el caldero; y hubo de apaciguarla con caricias y amores, y encender una linterna bien necesaria para la escuridad y lodos, poniéndose unas botas, capa aguadera, la capilla sobre el sombrero, y salir en busca de la comadre Castejona, registrándole las goteras que despachaban los tejados a cántaros.

Sabía el buen Morales que se había pasado la dicha comadre a la calle de Fuencarral, pero no a qué parte della; y lloviendo, como os he dicho, sin persona en la larga distancia que hay desde Lavapiés a aquel barrio, la noche como boca de lobo, y él renegando de su matrimonio, juzgad vosotros si se tardaría buen espacio de tiempo en hallar lo que buscaba y no había menester, que entretanto que él se va echando en remojo, volveré yo a la enferma de bellaquería, y no de males de estómago; la cual, en viendo fuera de casa a su buscón marido, llamó a su hermano, que estaba escondido en la cueva con otros dos amigos, y en un instante quitaron la puerta antigua de la calle y pusieron la nueva, que ya tenía su cerradura y aldaba, y se había ajustado a los quicios, y medido de suerte que, sin ruido, se asentó como de molde. Encima della, en el frontispicio, clavaron una tabla mediana, y escrito en campo blanco: Casa de posadas. Hecho esto, trujo una caterva de amigos que vivían cerca de allí, con sus mujeres, dos mastines, gruñidores, guitarras y castañetas, y de en casa de un figón cena y jira, acomodada con el tiempo, celebrando con bailes y borracheras el naufragio del pobre buscacomadres que, sin hallar la Castejona, no hizo más de importunar aldabas y despertar vecinos.

»Con el agua a media pierna, y la paciencia al gollete llegó nuestro pintor a su casa. Y, oyendo desde la puerta las voces, bailes y grita que pasaba dentro, pensando que la había errado, levantó la linterna, y reconociéndola, vio las puertas nuevas y la tablilla de posadas sobre ella, que le desatinó sobremanera. Volvió a examinar la calle, y halló que era la de Lavapiés. Recorrió las casas colaterales, y conoció que eran las de sus vecinos. Reparó en las de enfrente, y halló las propias que siempre. Volvió a la suya, y desconoció la novedad de su puerta y reciente oficio de su título.

-«¡Válgame Dios! (dijo, haciéndose cruces). Hora y media ha que salí de mi casa, donde mi mujer estaba más para llantos que para bailes. En ella sólo vivimos los dos y su sobrina. Las puertas, aunque menesterosas de reformación, eran las mismas cuando salí que los otros días. Casas de posadas en esta calle no las vi en mi vida; y, cuando las hubiera, ¿quién puede, de noche y en tan breve tiempo, haberle dado a la mía este ventero privilegio? Pues decir que lo sueño no es posible, que tengo los ojos abiertos y los oídos examinadores deste encantamento. Echar la culpa al vino, en tiempo de tanta agua, es obligarme a la restitución de su honra. Pues ¿qué puede ser esto?»

»Tornó a tentar y ver y oír puertas, tablilla y bailes, sin saber a qué atribuir tan repentina transformación. Y, asiendo de la aldaba, dio golpes con ella, bastantes a despertar el barrio, que no oyeron, o no quisieron oír los bailadores huéspedes. Asegundó aldabadas mayores. Y, después de haberle tenido a curar, como lienzo de Galicia, un buen rato a las goteras, abrió un mozo la ventana de arriba, con un candil encendido en la mano, y un tocador en la cabeza, entre sucio y roto,

diciendo:

-«¡No hay posada, hermano! ¡Vaya con Dios, y menos golpes, que le coronará por necio un orinal de seis días!»

-«¡Yo no busco posada que no sea mía (dijo el pintor), sino que me dejen entrar en mi casa, y me diga el que se hace mandón en ella quién en hora y media la ha dado el nuevo oficio de hostería, habiéndole costado su dinero a Diego de Morales!»

-«¡De Parras debía de ser (respondió el mozo), el que os desgobierna la lengua, hermano mío! ¡Para quien tan aforrado viene, poco daño te hará el agua de las goteras! ¡Váyase noramala, y no toque otra vez a la puerta, que le echaré un mastín que le abra media docena de botanas!»

»Cerró con esto de golpe la ventana. Prosiguió adentro la jira y bureo, y el pobre pintor, dándose a los diablos, imaginaba que alguna hechicera le hacía estos trampantojos. Menudeaba el cielo cántaros de agua y nieve a vueltas de un cierzo que le desembarazaba el cerebro. La vela de la linterna se había acabado, y con ella la paciencia de su portador. Y así, volviendo a dar mayores golpes a la aldaba, oyó que respondía de dentro uno:

-«¡Mozo, daca un palo! ¡Suelta esos mastines! ¡Sal allá fuera, y hazle a ese borracho una fricación de espaldas, con que se le desembarece la cabeza!»

»Abrióse la puerta entonces y salieron dos perros, que a no detenerlos el mozo, y cerrar tras sí, hicieran que llorara el confuso pintor la burla de veras.

-«¡Hombre del diablo! (dijo el ministro). ¿Qué nos queréis aquí con tantos golpes? ¿No os han dicho que no hay posada?»

-«¡Hermano, ésta es la mía! (respondió él). ¿Quién diablos la ha convertido en mesón, siendo ella, desde mis padres acá, de Diego de Morales?»

-«¿Qué decís, hermano? (replicó). ¿Qué Morales o azufaifos son éstos?»

-«¡Yo lo soy (dijo), por la gracia de Dios, pintor conocido en esta corte, estimado en este barrio y habitador desta casa más ha de veinte años! ¡Llamadme a mi mujer, Mari-Pérez, si no es que también se ha transformado en mesonera, y sacaráme deste laberinto!»

-«¿Cómo puede eso ser (prosiguió el mozo), si ha más de seis años que esta casa es hospedería de las más conocidas de cuantos forasteros vienen a Madrid, su

dueño Pedro Carrasco, su mujer Mari-Molino, y yo su criado? ¡Andad con Dios; que, a no teneros lástima, yo os curara por el ensalmo deste garrote la enfermedad vinosa que os deslumbra!»

»Volvió a cerrar la puerta entrándose dentro; y el expelido amo de su casa, atarantado sin saber qué decir ni hacer, a oscuras y atrancando lodos, se fue a la del celoso Santillana. Llamó a ella, y haciéndole levantar, casi a las cuatro de la mañana, encendió luz, creyendo le había sucedido algún desastre o pendencia. Preguntóselo; e, informado de lo que pasaba, hizo levantar a su mujer; y, aunque ella sabía el fin a que tiraba la burla, la hizo, en compañía de su marido, del aguado pintor, atribuyéndolo a los hechizos y tropelías que Yepes y San Martín – de quien era no poco devoto– suele hacer en tales noches y tiempos. Encendieron lumbre, en que se calentó. Dejaron a enjugar su ropa, limpiáronle las botas y, dándole matraca sobre el fieltro, que resistió mejor el agua que sus figas, le acostaron en una cama que le hicieron, porfiando él en acreditar lo que había visto, y ellos en afirmar que venía, como dicen, calamocano.

»Luego, pues, que la buena Mari-Pérez supo por sus espías que se había ausentado su enlodado esposo, asentó la primera puerta, con ayuda de sus convidados, como estaba de antes, quitó la tablilla; y, haciendo que se llevasen lo uno y lo otro consigo, los despidió a todos, conjurándolos guardasen secreto; y, quedándose con su sobrina sola, se acostaron, cansados los pies de bailes, las manos de castañetas, los estómagos de comer y las bocas de reír, durmiendo a satisfacción de la cena y entretenimiento hasta la mañana, que volvió su pintor a medio enjugar, en compañía del viejo Santillana, que casi persuadido con la porfía de nuestro Morales, oyéndole afirmar lo mismo a la mañana que por la noche, deseaba ver esta nueva maravilla. Llegaron, en fin, a vista de la casa encantada. Y, hallándola con su puerta antigua, sin tablilla sobre ella, quieta y cerrada, comenzó el viejo a dar cordelejo de nuevo al pobre Morales y él de nuevo también a desbautizarse, jurando y perjurando que era verdad cuanto le había referido, y alguna arte del demonio aquella con que pretendía se desesperase. Llamaron, y salió a medio vestir la sobrina, abriendo la embustera puerta; y, en viendo a su casi padraastro, le dijo:

–«¿Con qué cara viene vuesa merced, señor, tío, a ver a su mujer? ¿Ni qué cuenta dará de sí quien, dejándola a la muerte a las doce, y enviándole por una comadre, vuelve a las ocho de la mañana sin ella y con esa flema?»

–«¡Si tú supieras, Brígida (respondió), en lo que por tu tía me he visto esta noche, más lástima tuvieras de mí que quejas! ¡Mañana nos hemos de mudar desta casa, que andan en ella enjambres de demonios!»

»Oyóle en esto la prevenida enferma, y levantándose como una onza, de la cama,

en solo manteo, salió dando gritos y diciendo:

-«¡Oh, qué solícito marido de la salud de su mujer! ¡Para frío de cuartana valéis lo que pesáis, Morales mío, que no volveréis en toda la vida! ¿Hízoos mal el sereno de anoche? ¿Venís acatarrado? ¡Qué enjuto que os dejó la tempestad pasada! ¡Cerca vivía la piadosa Marta que os hospedó! ¡Bien creísteis vos hallarme muerta cuando volviédes con la Castejona, y entraros por mi dote y hacienda como por viña vendimiada! Pero ¡malos años para vos y para quien tan mal me desea! ¿A qué viene vuesa merced con ese perdido, señor Santillana? Si es a disculparle conmigo, no tiene para qué, que por el siglo de mi madre que he de irme luego al Vicario y pedir divorcio! ¡No quiero aguardar otra ensalada, cuya sal maliciosa ponga a pique mi vida! Dame de vestir, Brígida; toma tu manto, huye deste buscacomadres.

-«¡Sosiéguese vuesa merced, señora Mari-Pérez (dijo el amigo), que el señor Morales no tiene la culpa, sino alguna hechicera que, por malos medios, quiere hacerlos mal casados!

-«¡Mujer (acudió el afligido pintor), puesto que os parezca tenéis razón en quejaros de mí, escuchad las mías y hablad menos libre, que me falta paciencia para sufriros, gastada la que tenía en dos embelecros desta noche!»

»Contóle en esto todo lo que ella mejor se sabía; con que, fingiendo alborotos nuevos, volvió a decir:

-«¿A mí con papeles? ¿No ven vuestas mercedes que soy cabos negros y boquiancha? ¿Hay más lindas panpadujas que las que me venden? ¿Casa de posadas la mía? ¿Mastines, bureo, bailes y fiestas aquí anoche? ¡Aun si dijeran quejas, maldiciones, suspiros y males, acertaran! ¿No lo hubiera hecho mejor conmigo media azumbre del santo y dos mostachones acompañados de seis bizcochos -que desterraron el mal de madre- que mi cuidadoso marido, que ya mascara tierra la pobre de su mujer!»

-«¡Hágaos muy buen provecho, esposa mía! (respondió él). ¡Y no permitáis que me entre el mal a mí, dándome tras de una noche tan penosa un día tan pendenciero! ¡Juro a todo lo que puedo jurar, que cuanto os he contado me sucedió! En esta casa debe de haber duendes. Con venderla o alquilarla, pasándonos a otra, se remediará todo.»

-«Y ¿cómo que hay duendes, señor tío? (acudió la taimada Brígida). Las más noches me pellizcan y dan de azotes, aunque blandos, y se ríen a carcajadas.»

-«Pues ¿cómo nunca me lo has dicho?» (dijo la disimulada tía).

-«Porque no imaginasen vuestas mercedes (respondió) que era otra persona, en descrédito de mi opinión, y su casa de mis señores tíos.»

-«¡Alto! ¡Eso debe de ser, sin duda! (dijo Santillana). ¡No hay sino perdonarse unos a otros, y entrar con buen pie en la Cuaresma, que es mañana!»

«Hízose así, quedando en ojeriza con los duendes el encantado pintor, y su mujer con esperanza de que premiase su burla el diamante pretendido.

«No desmayó la bella malmaridada, por ver la prosperidad y sutileza de las burlas de sus dos opositores. Antes, de un camino satisfizo dos necesidades: el premio de la burla el uno, y el otro la cura de su celoso compañero, que dispuso así:

»Acababa de llegar a Madrid un Religioso, hermano suyo, por Prelado de uno de los Monasterios que, fuera de la Corte, con la Recolección de su vida, apuntalan lo que los vicios tienen a pique de arruinar. No sabía su venida el celoso Santillana; y su mujer, cuando ausente, por cartas, y agora, presente, por papeles y una visita que él la hizo, se le había quejado de la mala vida que sus impertinentes sospechas la daban, y dicho que, si no fuera por su respeto y lo que menoscababa la opinión de las mujeres el poner pleitos a sus maridos y pedir divorcios, se hubiera apartado dél por el Vicario. Estaba informado el prudente Religioso, de los vecinos y amigos, del mal acondicionado viejo, de la razón que su hermana tenía de aborrecerle y vivir desconsolada; deseando hallar un medio con que alumbrarle el entendimiento y, sin romper con el yugo conyugal, persuadirle cuánta satisfacción era justo tuviese de su esposa, y que celos sin ocasión no suelen servir sino de despertar a quien duerme. Pero por más que estudió sobre ello, nunca atinó traza suficiente que venciese la pertinaz malicia que, ya vuelta en costumbre, era casi imposible de desarraigar su sospechosa vejez.

»Habíala escrito que mirase ella qué modo le parecía más a propósito para que, sin llegar a dar cuenta de sus trabajos a tribunales causídicos, ella viviese descansada y su marido con sosiego; que, por difícil que fuese, él pondría toda la diligencia imaginable en su ejecución. Ahora, pues, que halló ocasión para ejecutarle en estas promesas, curar al viejo Santillana, y de camino llevarse el diamante, una mañana que él se fue a oír misa y sermón, por ser principio de Cuaresma, envió a llamar al bien intencionado fraile; y, después de haberse consolado con él, llorándole sus martirios y pesadumbres, le dijo que no hallaba otra traza más a propósito para sacarle de la cabeza aquel tema venenoso de sus celos, sino era uno que le propuso y después sabréis. Refirióselo con toda la elocuencia que dio el artificio persuasivo a las mujeres, con lágrimas, suspiros y

encarecimientos, concluyendo en que, si no le ejecutaba, sería imposible no acabar, o con sus trabajos descasándose, o con su vida rematándola en una viga de su casa por medio de un cordel. El remedio que la mal casada le ofreció tenía muchos inconvenientes. Pero, en fin, atropelló con todos el amor de hermano, la piedad de Religioso, y el deseo de impedir alguna desesperación, creíble de la angustia y sentimiento que nuestra Hipólita (que éste era su nombre) mostraba. Prometiéndola llevar al cabo lo que le pedía; señalaron el día, despidiéndose, llegó a su convento, y propuso el caso a sus súbditos. Queríanle mucho y, conociendo el provecho que se esperaba de él para la quietud de dos casados, le ofrecieron hacer cuanto les mandase, y le animaron a concluirle.

»Alentado con esto, envió para el plazo concertado dos onzas de unos polvos, eficacísimos para dormir quien los bebiese, cuatro o cinco horas, con tanta enajenación de los sentidos, que sólo se diferenciaban de la muerte en la breve distancia con que aquéllos restituían el alma a sus vitales ejercicios. Recibiéndola contenta la astuta Hipólita, asentándose a cenar con su marido, y mezclándolos con el vino, apetitoso a sus años. Entre bocado y bocado la daba una reprehensión, y entre trago y trago bebía su sueño. Al último, en fin, sin aguardar a que se levantasen los manteles, cayó como piedra en pozo, siendo tan eficaz la polvareda boticaria que, a no estar sobre el caso la aplicante y la moza, creyeran (y no las pesara) que había nuestro Santillana desembarazado el matrimonio.

Desnudáronle. Y, echándole en la cama, aguardaron que viniese por él el Religioso hermano, que no tardó mucho, pues a las nueve –suficiente hora y quieta para aquel tiempo frío y de invierno– con dos Legos y un coche, se apearon a su puerta; y, entrando dentro, mandó a uno de sus compañeros, que venía prevenido de tijeras y navaja, que le quitase toda la barba y abriese una corona de frayle. No se mostró perezoso el obediente barbero, pues sin bañarle, porque la frialdad del agua no ahogase la virtud de los polvos, le convirtió en reverendo Cenobita. Era cerrado de cabellos como de mollera: y así, salió la corona con toda la perfección, venerable, autorizándola las canas, que se entretejían todo lo posible. Y, despachada la barba, no pudo dejar de causarle risa a su mujer, viendo vuelto a su marido de viejo en vieja. Vistiéronle un hábito como el de su hermano, sin sentirlo él más que si esto acaeciera con el Conde Partinuples; y metiéndole en el coche, encargó el Prelado a Hipólita encomendase a Dios el próspero fin de aquel buen principio. Llegó con él a su Monasterio; y, desembarazando una celda, le desnudaron, acostándole en una cama, penitente, dejándole los hábitos sobre una silla, y un candil encendido; juntaron la puerta y se fueron a dormir.

»Dos horas había que duraba el éxtasis del ignorante Novicio, y dos prosiguió en su dormilona embriaguez, que era el término puesto a la virtud de los polvos, con juridición de solas cuatro horas; y, habiéndola comenzado a las ocho, síguese que a las doce fenecería su operación.

»Tocaron a Maitines, «»como se acostumbra en todos los Monasterios, a media noche, y tras la campana, las matracas con que despiertan a los que se han de levantar –que es un instrumento cuadrado de tablas huecas, llenas de eslabones de hierro, que cayendo sobre clavos gruesos y meneándolos aprieta, hace un son desapacible para los que despiertan y le conocen, y espantoso para los que coge desapercibidos y bisoños en tan gruñidora música–. Así le sucedió al padre Santillana, pues despertando despavorido, y creyendo que estaba al lado de su mujer y en su cama y casa, dio un grito, diciendo:

–«¡Jesús! ¿Qué es esto, Hipólita? ¿Cáese la casa? ¿Hay truenos, o vienen por mí los diablos?»

»Como no le respondió, atentó a los lados buscando a su mujer; y, no hallándola, lleno de malicias e imaginando que estaba haciéndole fayancas, y con el ruido pasado querían echarle el aposento a cuestras, se levantó furioso y diciendo a voces:

–«¿Dónde estás, adúltera? ¡Mala hembra, no dirás ahora que son ilusiones y vejezes las mías! ¿A media noche fuera de mi cama y aposento, recibiendo por el techo el adúltero? ¡Más leales que tú son para mí las tejas, pues cayéndose me han despertado! ¡Daca mis vestidos, muchacha! ¡Venga la espada, que yo lavaré mi afrenta en la sangre destos traidores!»

»Esto y buscar los vestidos, hallando en vez dellos los hábitos de frayle, fue todo uno. La novedad de la celda, sin saber cómo o quién le había traído a ella, le tuvo como cada cual podrá juzgar por sí; ni sabía si diese voces; ni si era arte aquella de encantamento, si dormía o velaba. Fue a abrir la puerta, y estaba sobre ella una calavera que, cayendo sobre la suya los dos huesos de las canillas, le resfriaron la cólera de los celos con la flema del miedo que le causó verse acometido de requiem.

Juzgándolo a mal pronóstico, tomó el candil para ver a qué calle o campo caía aquel aposento encantado, o en qué parte estaba, y vio un tan largo dormitorio, que le cansó la vista, lleno de celdas, con una lámpara en medio.

–«¡Válgame Dios! ¿Qué es esto? (dijo volviéndose a entrar temblando). ¿No me dormí yo en acabando de cenar anoche? ¿Quién me ha traído aquí ahora, trocando mis vestidos en hábitos? ¿Si estoy en el Hospital? Que ésta más parece enfermería que habitación política. ¿Si mis celos me han vuelto loco, y para curarme me han traído al Nuncio de Toledo? Que la estrechez deste aposento más parece jaula que hospedería. ¡No sé lo que imagine! Aunque esto último bien puede ser, pues si no me acuerdo mal, ya andaba mi seso dando zancadillas de puro imaginativo sobre la conservación de mi honra, y no será mucho que haya

algunos dos o tres años que me estén curando en el Hospital, y ahora, vuelto en mi juicio, me parezca que fue anoche cuando estuve quieto y seguro en mi casa y con mi mujer. Si es esto como imagino, a navaja quitan los cabellos y barbas, a los locos y a los galeotes; la mía me sacará deste temor.»

»Eché mano a ella, y hallóla tiple, habiéndola él criado con trabajo. Tentóse la cabeza, y hallóse coronado por rey de los celosos maridos. Lloró su juicio rematado, teniéndose por conventual del Nuncio, creyendo que por burlarse dél, como suele hacerse con los de su profesión, le habían puesto la cabeza de aquel modo. Con todo eso, se consolaba, pareciéndole que, pues echaba de ver entonces el estado en que estaba, había ya vuelto en su juicio, y según esto, saldría presto de aquel colegio desacreditado. Sólo le desatinaban los hábitos, que le disuadían estas imaginaciones, porque los locos que él había visto en Toledo andaban vestidos de ropas burrieladas, pero no de Religiosos.

»Entre estas confusiones ridículas estaba en su celda desnudo, sin haberle acordado que se vistiese el frío, ni saber él por dónde o cómo acomodar la diversidad de pliegues y confusión del hábito, que en su vida se había puesto, cuando entrando el compañero, que daba luz a los demás frayles, le dijo:

-«¿Cómo no se viste, padre Rebolledo, si ha de ir a Maitines?»

-«¿Quién es aquí Rebolledo, hermano mío? O ¿qué Maitines o Vísperas son éstas que me desatinan? (respondió el casado frayle). Si sois loco, como yo lo he sido, y es ése el tema de vuestra enfermedad, ya yo estoy sano por la misericordia de Dios, y no para oír disparates. ¡Decidme dónde hallaré al Rector, y dejad de rebollearme!

-«¡Con buen humor se levanta, padre Rebolledo!, dijo el Religioso. ¡Vístase, que hace frío, y mire que voy a tocar segundo, que es mal acondicionado el Superior!»

»Fuese con esto, dejándole muy confuso.

-«¿Yo, Rebolledo? (decía). ¿Yo frayle y Maitines, no habiendo seis horas, a mi parecer, que al lado de mi Hipólita trataba más en pedirla celos que entonar salmos? ¿Qué es esto, Ánimas benditas del Purgatorio? Si duermo, ¡quitadme esta molesta pesadilla! Y si estoy despierto, ¡reveladme este misterio o restituidme el juicio que sin duda he perdido!»

»Pasmado se estaba, sin acertar a vestirse, obligándole el frío a traer las frazadas a cuestras, cuando vino otro frayle y le dijo:

-«Padre Rebolledo: el Vicario de Coro dice que por qué no va a Maitines; que son cantados, y vuestra reverencia el semanero.»

-«¡Válgame la corte celestial (replicó el nuevo frayle) que, en fin, soy padre Rebolledo yo, siendo ayer Santillana! Dígame, Religioso, si es que lo es, o hermano loco, si, como imagino, estamos en algún Hospital dellos: ¿Quién me ha puesto en este estado? ¿Cómo o por qué me han quitado mi casa, mi hacienda, mi mujer, mis vestidos y mis barbas? O ¿qué Urganda la Desconocida a Artús el Encantador anda por aquí y ha rematado con mi seso?»

-«¡Buena está la flema y disparate (respondió el Corista), para la priesa con que vengo a llamarle! Delantero debió de cargar anoche en el refitorio, padre Rebolledo, pues aún no se han despedido los arrobos de Baco. Vístase, y si no acierta, yo le vestiré.»

»Echóle entonces el hábito encima, y al ponerle la Capilla, como era estrecha, creyendo que era algún espíritu malo que quería ahogarle, comenzó a dar gritos:

-«¡Arredro vayas, Satanás! ¡Déjame aquí, ángel maldito! ¡Ánimas del Purgatorio! ¡Santa Margarita, San Bartolomé, San Miguel, todos abogados contra los demonios, ayuda y favor y, que me ahoga este diablo capilludo!»

»Y, escabulléndosele de las manos, rota la Capilla y arañado el frayle, echó a correr por el dormitorio adelante.

»Atentos y escondidos habían estado oyendo la escarapela ridícula el Prelado y súbditos, reventando la risa, por romper los límites de la disimulación y silencio que este caso requería; pero, saliendo juntos con las velas encendidas que habían prevenido para el Coro, le dijo severo el disimulado Superior:

-«Padre Rebolledo, ¿qué escándalo y descompostura es ésta? ¿Al frayle que yo envío para que le llame al Coro trata de esa suerte? ¿Las manos pone en un ordenado de Grados y Corona, y a la culpa de no venir en fiesta doble a hacer su oficio añade el descomulgarse? Aparéjese luego; que con un *Miserere mei* se le aplacarán esos bríos.»

-«¡Qué es aparejar? (respondió el colérico montañés). ¿Soy yo bestia? Ya lo estoy para defenderme de vuestras ilusiones. ¡Espíritus condenados! ¡Catad la cruz! ¡No tenéis parte en mí, que soy cristiano viejo de la Montaña, bautizado y con crisma! ¡*Fugite, partes adversae!*»

»Éstos y otros desatinos comenzó a ensartar, con no poco tormento de la risa de

los circunstantes, que se malograba puertas adentro de la boca; pero, haciéndole agarrar a los Donados, y diciéndoles el prelado: «Este frayle está loco, mas la pena le hará cuerdo», le asentó en las espaldas de par en par una colación de canelones, que pagó con más cardenales que tiene Roma. Daba gritos que los ponía en el cielo, diciendo:

-«¡Señores, o frailes, o diablos, o lo que sois!, ¿qué os ha hecho el pobre Santillana para tratarle con tanta riguridad? Si sois hombres, ¡doleos de otro de vuestra especie, que jamás hizo mal a una mosca, ni tiene de qué acusarse, sino de la mala vida que sus celos han dado a su mujer! Si sois Religiosos, ¡baste la penitencia, pues no cae sobre culpa que yo sepa! Si sois demonios, decidme: ¿por qué pecados os permite Dios que me desolléis de esa suerte?»

»Menudeaba el padre diciplinante azotazos en esto, diciendo:

-«¿Todavía da en su tema? Pues veamos quién de los dos se cansa.»

-«¡Ya lo estoy, padre de mi alma! (respondió el penitente por fuerza). ¡Por la sangre de Jesucristo, que tenga lástima de mí!»

-«Pues ¿enmendaráse de aquí adelante?» (preguntó el curador por ensalmo).

-«Sí, padre mío, yo me enmendaré, ¡aunque no sé de qué!» (respondió).

-«¿Cómo que no sabe de qué? (replicó). ¡Miren qué gentil modo de conocer su culpa! ¡Aún no está como ha de estar! ¡Aguarde un poco!»

»Y diciéndole esto le taraceaba las espaldas.

-«¡Padre de mi corazón! (dijo entonces, echándose en el suelo) ¡Confieso que yo soy el más mal hombre que pisa la Tierra; tenga misericordia de mis carnes, pues Dios la tiene de mi alma; que yo me enmendaré!»

-«¿Sabe (le replicó) que es frayle y que, en los que lo son, las culpas veniales son de más escándalo que las mortales del seglar?»

-«¡Sí, padre (respondía), frayle soy, aunque indigno!»

-«¿Sabe la regla que profesó?», (proseguía, y él también en responderle):

-«Sí, padre.»

-«¿Qué regla es?»

-«¡La que vuestra Paternidad fuere servido! No repare en reglas, aunque entre la del gran Sofí.»

-«¿Será desde aquí adelante humilde y cuidadoso en su oficio, padre Rebolledo?»

-«Seré Rebolledo (respondía) y todo lo que quisieren.»

-«Pues bese los pies a ese Religioso (dijo), maltratado por él, y pídale venia.»

-«¡Bésele los pies, padre mío (dijo llorando de dolor más que de arrepentimiento) y pídale brevas, o lo que es esto que me mandan le pida!»

»Soltaron la risa todos entonces, que no pudieron sufrirla. Reprehendiólos el Prelado, y diciéndoles:

-«¿De qué se ríen, padres, habiendo de llorar la pérdida del juicio de un frayle, el mejor que teníamos, y que ha servido quince años este Monasterio con la mayor puntualidad que la Religión ha visto?»

-«¿Quince años yo? (decía entre sí el pobre Santillana). ¿Hay encantamento semejante en cuantos libros de Caballerías desvanecen mocedades? ¡Alto!, pues tantos lo dicen, verdad debe de ser (aunque no sé el cómo); porque a no ser así, ¿qué les importaba a estos benditos el maltratarme y afirmallo?»

-«Véngase al Coro con nosotros» (le dijo el cuñado, que no conocía).

»Obedecióle el celoso por su daño. Comenzaron a cantar los Maitines, y mandóle que entonces la primera antífona. Sabía él de música lo que de vainicas. Pero, no osando replicar, temeroso de otra tunda, la cantó regañando, de suerte que, prosiguiendo la risa de todo el Coro, y pudiéndola disimular, el Superior le mandó llevar al cepo, donde le tuvo tres días tan fuera de sí, que faltó poco para no renunciar con el siglo el seso. Al cabo dellos le sacaron, y mandó el Prelado fuese con un compañero a pedir el pan de limosna que se acostumbra los sábados. Diéronle su talega, y sin replicar palabra, como una oveja cumplió la obediencia. Llevóle de industria el que le acompañaba, a la calle donde vivía su mujer; y reconociendo la casa, alentado y con nuevo espíritu, dijo entre sí:

-«¡Aquí de Dios! ¿Ésta no es mi casa? ¿Yo no estoy casado con Hipólita? ¿Quién diablos me ha metido en fraylías que no apetecí en mi vida? ¡Matrimonio me llamo!»

»Entróse con esto en el portal; y, hallando a su mujer allí, abrazándose con ella, comenzó a decir:

-«¡Esposa de mis ojos! ¡Castigo del Cielo fue el mío por la mala vida que te he dado! ¡Frayle me han hecho sin saber cómo o por qué; pero desde hoy más, buscarán talegueros, que yo Matrimonio me llamo!»

-«¿Qué descompostura es ésta? (dijo a voces la mal casada). ¡Aquí de la vecindad, que este loco atrevido ofende mi honra!»

»Acudió el compañero y parte de los vecinos, que le desconocieron –por faltarle la longitud de la barba y estar en tan desusado traje, y tan macilento con las penitencias pasadas, que pudiera vender flaqueza a los padres del Yermo–, y le apartaron a empellones, diciéndole oprobios satíricos.

-«¡Déjenle vuestas mercedes! (acudió el compañero); y no se espanten de lo que hace, que ha estado el pobre seis meses loco, y su tema principal es decir a cualquiera mujer que ve que es su esposa. Hémosle tenido en una cadena; y, habiendo más ha de dos meses que mostraba tener salud, a falta de frayles, que han ido a predicar por las aldeas esta Cuaresma, me mandaron le trujese conmigo a pedir hoy la limosna, bien contra mi voluntad!»

»Diéronle todos crédito, lastimados de su desgracia; que, cuanto más gritaba afirmando era el marido de Hipólita, más la acreditaba. Lleváronle medio loco de veras, y en son de atado, a su convento. Volviéronle a disciplinar y meter en el cepo, donde después que purgó más de otro mes los malos días que había dado a su mujer, al cabo dellos y a la media noche le despertó una voz desde el tejado que estaba sobre la prisión, y decía en tono triste y sonoro:

Hipólita está inocente
de tus maliciosos celos,
y así te han hecho los Cielos
de ese cepo penitente.
Por necio e impertinente,
en ti su venganza funda
el que te ha dado esa tunda;
por eso, si sales fuera,
escarmienta en la primera,
y no aguardes la segunda.

»Repitió esto tres veces la fúnebre voz, y él, puestas las manos llorando, con la mayor devoción que pudo, respondió:

-«¡Oráculo divino o humano, quienquiera que seas, sácame de aquí; que yo prometo verdadera enmienda!»

»Diéronle después desto de cenar, y la bebida fue de vino, que no lo había probado desde el día primero de su transformación (penitencia más áspera para él que todas las demás). Bebiólo, y con él dos veces más cantidad de los mismos polvos que primero. Durmióse como antes. Habíale crecido el cabello y barba suficientemente; afeitáronle, dejándole lo uno y lo otro en la disposición antigua; y, llevándole en otro coche a su casa, se despidió el Religioso, médico de celos, de su hermana, con esperanza de que cuando despertase hallaría sano a su marido y enmendado. Púsole los vestidos seculares sobre un arca cerca de su cabecera, acostóse a su lado, acabó el sueño junto con la operación de los polvos, al amanecer, por haberlos él tomado a las diez de la noche; despertó, en fin, y, creyendo hallarse en el cepo, vio que estaba en la cama y a oscuras. No lo acababa de creer.

Tentó si eran colchones aquéllos o madera, y topó a su mujer a su lado. Imaginó que era algún espíritu que proseguía en tentarle, dio voces y ensartó letanías. Estaba velando Hipólita, y aguardando el fin de aquel suceso; fingió que despertaba, y dijo:

-«¿Qué es esto, marido mío? ¿Qué tenéis? ¿Haos dado como suele el mal de ijada?»

-«¿Quién eres tú que me lo preguntas? (dijo despavorido el ya sano celoso); que yo no tengo mal de ijada, sino mal de fraylía.»

-«¿Quién ha de ser la que duerme con vos (respondió), sino vuestra mujer, Hipólita?»

-«¡Jesús sea conmigo! (replicó él). ¿Cómo entraste en el Convento, mujer de mi vida? ¿No ves que estás descomulgada, y que si lo sabe nuestro Mayoral o Superior te acanelonará las espaldas, dejándotelas como ruedas de salmón?

-«¿Qué Convento o qué chanzas son éstas, Santillana? (respondió ella). ¿Dormís todavía o qué locura es ésta?»

-«Luego ¿no soy frayle de quince años ha (preguntado él) y entonador de antífonas?»

-«Yo no sé lo que os decís con esos latines (replicó ella). Levantaos, que es mediodía, si habéis de traer que comamos.»

»Más asombrado que nunca, se tentó la barba, y hallóla cumplida y la cabeza descoronada. Mandó abrir la ventana, y se vio en su cama y aposento, los vestidos a su lado, sin rastro de cepo ni de hábitos. Pidió un espejo, y vio otra cara diferente de la que los días pasados le enseñó el de la sacristía. Hacíase cruces, acabando de creer el oráculo coplista. Preguntábale disimulada su mujer que de dónde procedían aquellos espantos. Contóselo todo, concluyendo en que debía de haberlo soñado aquella noche, y Dios le debía de mandar se enmendase y tuviese la satisfacción que era justo de su mujer. Apoyó ella esta quimera diciendo que había prometido nueve misas a las Ánimas, si le alumbraba a su marido el entendimiento; y que si no, había determinado echarse en el pozo. - «¡No lo permita el cielo, Hipólita de las Hipólitas!» (respondió él). Pidióla perdón, jurando no creer, aun lo que viese por sus mismos ojos, de allí adelante; con que, dándola libertad para salir de casa, hubo de ir con las otras dos amigas a la del Conde, alegando cada cual su burla, y quedando tan satisfecho él de todas, que por no agraviar a ninguna les dijo:

-El diamante, ocasión de sutilizar, señoras, vuestros ingenios, se me había perdido a mí el día de su hallazgo; él vale doscientos escudos; cincuenta prometí de añadidura a la vencedora; que todas merecéis la corona de sutiles en el mundo; y así, ya que no puedo premiaros como merecéis, doy a cada una estos trescientos escudos, que tengo por los más bien empleados de cuantos me han granjeado amigos, y quedaré yo muy satisfecho si os servís de esta casa como vuestra.»

»Encarecieron todas su liberalidad y, volviéndose más amigas que antes, hallaron al cajero vuelto ya de su viaje y olvidada su burla; al pintor, que había vendido su casa y comprado otra por evitar bellaquerías de duendes; y a Santillana tan satisfecho y enmendado de sus celos, que desde allí adelante veneró a su mujer como a merecedora de oráculos protectores de su buena vida.»

Pagaron en risa, damas y caballeros, a don Melchor, el donaire que añadió a la sal de la novela, celebrando la sutileza de las tres casadas, y disputando entre todos cuál merecía el premio, si no se hubiera sentenciado con tanta igualdad, dividiéndose en opiniones el auditorio, que duraran en defender la suya cada cual, a no llamarlos a comer, poniendo treguas a la entretenida disputa la comida que, en el mismo sitio, fue igual a la largueza y cuidado del generoso don Fernando. Feneció con músicas, bailes y juegos, recogíendose la siesta a dormir los que quisieron y a jugar los aficionados. Pasó la furia del mayor planeta; y, apaciguados sus rayos, después de haber recibido muchos caballeros y damas que bajaron de la ciudad, convidados a una Comedia, con que el Rey de aquel

Cigarral quiso dar entretenido fin a su gobierno, cercado de asientos en teatro de flores, árboles, y olorosas yerbas, se asentaron todos, el Rey en medio. Y, dando principio diestros músicos, echó la Loa don Miguel, con despejo toledano, siguiéndosele un honesto e ingenioso baile, y luego la Comedia, que fue la que se sigue: «Comedia famosa del Celoso prudente...»

Bien afortunada fue en todo esta Comedia, pues ni en los que la representaron hubo que notar menos que alabanza, ni en ella los escrupulosos hallaron cosa que no fuese a satisfacción de los gustos y del arte.

–«¡Afilen ahora (dijo don Juan de Salcedo) los Zoilos murmuraciones en la piedra de la envidida! ¡Veamos si hallarán, los que parten un pelo, alguno en ésta digno de reprensión! Censuren los Catones este entretenimiento, que por más que le registren, no tendrán las costumbres modestas ocasión de distraerse. Aquí pueden aprender los celosos a no dejarse llevar de experiencias mentirosas; los maridos, a ser prudentes; las damas, a ser firmes; los príncipes, a cumplir palabras; los padres, a mirar por la honra de sus hijos; los criados, a ser leales; y todos los presentes a estimar el entretenimiento de la comedia, que en estos tiempos, expurgada de las imperfecciones que en los años pasados se consentían a los teatros de España, y limpia de toda acción torpe, deleita enseñando y enseña dando gusto.»

–«Apacibles predicadoras (replicó don García) son las que, en alabanzas de sus autores, no pasan de los límites honestos, pues persuaden y curan los ánimos que se quieren aprovechar de sus consejos disfrazados. ¿Qué píldora se atreverá a acometer desnuda la salud del enfermo, por más eficaz que sea su medicina, si no viene con la máscara del oro que hermosea su amargura? Ya las verdades que no se visten con metáforas ingeniosas y versos deleitables, dan en rostro y son dificultosas de digerir. Y aquí vienen tan bien guisadas, que el más delicado estómago las recibe, siguiéndosele el provecho que no hiciera a venir sin adorno.»

Prosiguieran este discurso, a no atajarle la cena, que fue igual a la comida, y una y otra publicadoras de la generosidad de su dueño, el cual, al cabo della, ciñendo las sienes hermosas de la discreta Anarda con su misma corona, renunció en ella el gobierno del siguiente día, aceptando colores purpúreas y palabras corteses el nuevo cargo.

Íbanla a dar sus vasallos parabienes, cuando entró Carrillo, criado antiguo –si os acordáis– de don Juan de Salcedo, de camino, diciéndole:

–«Marco Antonio, vuestro amigo, y don Garcerán, llegan cerca de Olías, que viniendo a Madrid en compañía del Virrey de Barcelona, mi amo, han querido

cogeros en Toledo de repente. Pero yo, que no consiento pependencias ni desafíos, me adelanté a avisaros. Salid a recibirlos y, si hay frío, denme de beber, que traigo la lengua a la posta si lo demás a pie.»

Recogieronse todos. Y, pidiendo coches y caballos, los encontraron poco más de una legua de nuestra ciudad, cuyos recibimientos, fiestas, novelas, juegos, invenciones y Comedias, os contará la Segunda parte de nuestros CIGARRALES, si esta Primera es recibida de vosotros con la correspondencia de voluntades que merece quien os sirve con ella.

FIN DE LA PRIMERA PARTE DE LOS «CIGARRALES DE TOLEDO»

Edición digital Revista literaria Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2008 Revista Literaria Katharsis 2008